



N A S C I M E N T O

Cuando mi tierra nació
A t a r d e c e r

por

IRIS

N A S C I M E N T O

SANTIAGO

1930

CHILE

. *A la memoria de Andrés Bello que trajo a la Tierra Virgen, la noble túnica del habla castellana para cubrir la desnudez del alma criolla.*

EL AUTOR.

ALBORADA

EN SERIE:

Cuando mi tierra nació...

ATARDECER

Cuando mi tierra era niña...

NOCHE

Cuando mi tierra fue moza...

AMANECER

Frente a la ciudad — Santiago del Nuevo Extremo — enhiesta y soberbia, se yergue la Cordillera de los Andes.

Colgada de sus breñas que dominan el villorrio chato, se escalona la hacienda de Peñalolén, reclinada en las mesetas y recuestos del granítico muro.

Amplios maitenes y quillayes cubren de espeso verdor los faldeos. Embrujados rincones silentes se abrigan a la sombra de peumos centenarios.

Desde sus boscajes y bajo sus densas cúpulas verdes, Peñalolén impera sobre el pequeño pueblo agazapado en el llano y lo' aplasta con la atrevida decoración de sus picachos coronados de pedrerías—países de hadas que la magia del sol dora con feéricos hechizos. Incrustados en los regazos montañeses, varios lagos reflejan en sus cristales, desmayados sauces y grupos de cipreses taciturnos...

Es dueña de la hacienda doña Beatriz Aranda de Toledo, viuda de un Oidor de la Real Audiencia, con su única hija, Alba.

El dorado otoño de la madre junto al cándido amanecer de la hija, se han recluso en aquel dulce retiro campestre, sobre el regazo de la Cordillera, a media falda encima de la ciudad.

... Era el mes de Agosto. Tras un rudo invierno el sol devoraba la tierra y en sigilo la primavera avanzaba intrépida y sonriente...

Orgía de luz, cantos y perfumes, vibraba en el aire.

Los aromos en flor elevaban sus incensarios de oro.

Danzaban ebrias las mariposas azules.

Floridos de milagro los durazneros, ilusionaban de rosa el campo y los almendros retenían en sus copos albor de nieves.

Los deshielos que vierten en bulliciosas cascadas las altas cumbres, son acogidos en cristalinos remansos por las hondonadas.

Desde oscuros milenios, las aguas bajan cantando alegres canciones en precipitada fuga a la planicie. Resuena de músicas festivas o melancólicas el aire extático.

Las esencias de resinas y yerbas montañosas, musitan graves el poema de gloriosas resurrecciones...

... Y cuando el día afirma su imperio azul, cambiantes juegos de luces fingen milagrosas visiones en la alta cordillera y hasta la lejana ciudad, esfumada en bruma junto con los gemidos del viento y las insinuantes fragancias calladas, componen la gran orquesta, que canta en el corazón de la niña reclusa en Peñalolén, el himno triunfal de la vida en ascensión...

El sol liquidaba los ventisqueros en cascadas bullentes que armonizaban sus tonos a musical diapasón y componían la sonoridad viviente de las aguas, que cantan, ríen o lloran en camino al gran océano...

Aquel maravilloso mediodía, se sentó Beatriz frente al vasto estanque, en que reposaban las vertientes andinas, antes de su loca huida a la tierra baja.

La casa blanca se miraba, temblando ruborosa, sobre el cristal que robaba los fuegos al día, doblando su esplendor...

Vino a encontrarla el birlochero—Ño Eustaquio—Sobaba el huaso la chupalla entre sus manos morenas y toscas.

—¿Ha reparao, su mercé, que están pidiendo renuevo las guarniciones del tiro? Me le ocurre que hacen risa de uno allá en la Villa...

—Con tal que alcancemos a bajar.

—Los cueros de las cinchas aguantan toavía; son las flecauras que se han desvéido...

—¡Ah, no urge!... —se tranquilizó la dama.

Bajo la aureola de sus cabellos albos, Beatriz guardaba un secreto triste que no contrariaba la marfileña frescura de la tez, ni la ironía de los ojos tiernos.

Desde su mansión cordillerana contemplaba la vida con limpia mirada, fuera de convencionalismos e intereses que empañan, mutilan o deforman la visión. En aquel contacto directo con la naturaleza, las cosas humanas recobraron en su delicado sentir, la santa inocencia que les roba el mundo.

—Así que baje, Ño Eustaquio, renovaremos las guarniciones para que el birlocho no lo humille.

—¿A mí qué? ¿Pero al ama...?—Se caló el sombrero hasta las orejas.—¡Qué Dios la guarde, patrona, a su mercé y a la amita!...

Alba, instalada, papel y lápiz en mano, junto a la madre, *hace monos*.

—Debo bajar hoy a pagar alcabalas que tengo pendientes, por abuso del recaudador.

Disgusto concentrado de la joven.

Beatriz tenía un secreto afán que al fin comunicó a su hija.

—Venancia ha echado sangre por la boca... y me pone en grave aprieto...

—¿...? — Silencio angustioso de Alba...

—Está ética...

Pavor de ambas... El terrible mal se había propagado en la Villa, sin aparecer en el alto...

—¿Medicinándola pronto?

—Es un mal traidor y contagioso... Ni que menos ha de pasar en esta barbarie... Tiran de los conventos a la calle por las albardillas de los muros, los colchones en que han muerto los éticos, y hasta ataúdes y ropas de difuntos, sacadas de tumbas... Los pobres escarban en el basural y toman los contagios... Echan desperdicios junto a los Tajamares y a la Cañada de San Francisco.

—¡Jesús, qué horror!

—Hacen muebles con esas tablas y tejen calcetas con esas lanas... Tú sabes que era regla, en tiempo de mi madre, tirar los cadáveres en la esquina de la Cárcel... No se podía averiguar, después, quiénes dejaron ahí el difunto... y en casos de asesinato, se dificultaba la acción de la justicia... Muchos bandos de buen gobierno se proclamaron por las calles, para reprimir tales abusos...

Debo bajar ahora mismo...

La niña se alarma. No nubla el esplendor de su rostro el imperceptible mohín de disgusto... La Naturaleza es su escenario, cuyo gran personaje—los Andes—y también el bosque, el jardín, los lagos, animados por el sol, bajo luces diversas, le hablan enigmática lengua de signos vivos... Interrogó Beatriz el silencio de la niña.

—¿Te disgusta bajar?

Estaba contrariada.

Allá en la villa se sentía oprimida por los muros de las casas chatas, por el ambiente rancio y la pueblerina estrechez de las costumbres.

El país lejano en el confín del mundo, las comunicaciones lentas recluían las almas en prisión. Entre el inexpugnable muro

andino y el gran océano, la faja de tierra quedaba aislada y oprimida.

En esta media tarde le urgía a Beatriz bajar al pueblo.

La aristocracia de la ciudad no la atraía a su sociedad de aldea remota. Un prematuro desencanto la recluyó en la soledad de su hacienda.

La niña, en cambio, no hallaba tiempo bastante para extraer el encanto que le brindaba su jardín solitario.

Aguardaba para esa tarde una apoteosis en la Cordillera—su teatro—y el convite de su madre le robaba la función de gala a que asistía en sillón de orquesta.

—¿Qué te arroba en la puesta de sol?—le preguntó Beatriz.

Temía ella confesarlo.

—El trance del día me dice muchas cosas.

Calló ruborizada.

—Las visiones tan fantásticas que dan la madrugada y el crepúsculo se me convierten en imágenes transparentes, de otro mundo invisible al que la Naturaleza sirve de espejo.

Creyó no haberse expresado bien, y continuó:

—La materia sensible se me figura un velo espiritual tirado ante los ojos, para que nuestra videncia interna lo desgarré siquiera a trechos y logremos penetrar el otro mundo oculto...

Suspiró Beatriz...

—¡Y yo que me reprocho tanto la soledad en que vives!...

—¡Jesús! Madre, que os tranquilicen mi regocijado vagabundaje y mi amor creciente a la contemplación.

—Careces de amigas... y a tu edad no debes estar sola. Te juzgarán extravagante. Eres ya mujer y vas a entrar al mundo, para ocupar en sociedad el lugar que te corresponde por tu nacimiento.

No advirtió Beatriz el dengue que sus palabras dibujaron en la boca de Alba.

—No necesito amigas; todas las creaturas de Dios: los perros, las avecitas, las flores, las aguas cantarinas, el aire que silba en las hojas, todo me acompaña, me habla y me sugiere...

—Así no te casarás. Tus primas se han establecido porque gustan de lucirse en calesa por la Cañada, o a pie por los Tajamares... Y tú sola aquí... No te conoce nadie. Hubieras visto el vestido de tarlatán amarillo, hecho de vulecitos menudos de alto abajo, que llevó Conchita al baile del Conde Toro...

—Ellas gustan de componerse y yo no.

—Debemos, hija, vivir como los demás. Yo prefiero Peñalolén al pueblo, pero me sacrifico por tu porvenir.

—¿No crees, madre, que te sacrificas inútilmente? Se me ocurre que tenemos un destino hecho desde antes, que viene a nuestro encuentro, sin que salgamos a buscarlo.

—Debes acomodarte a los usos de ahora, para que tomes estado, a menos que te metas de monja en algún monasterio.

Alba sonrió. Los conventos le parecían cárceles. Necesitaba del libre espacio y de todas las bellas cosas creadas.

—¿De no ponerme velo, he de casarme?

—A menos que quieras vestir santos, hasta de entrar en la vida, y el matrimonio es la puerta.

—Me hallo en la vida mía. ¡No quiero otra!...

De súbito apareció azorada la negra Basilia.

—Patrona, ey de avisarle que la Pollenana ha subió en una carreta del llano...

Le temblaba la voz.

Júbilo de Alba. Atribuyen la emoción de la sierva a la prisa... Se detuvo...

—¿Si permite su merced que la aloje?

—¿No era más que eso?...

Sonrió Beatriz.

—¿En qué pasos anda?

La niña corre, entre tanto, en busca de la anciana criada.

—Ahora va de cortesitos, vendiendo ropitas viejas, hasta el verano, que la deja la patrona Cruz al cuidado de la casa. Búsquele su mercé oficio de respeto, en que esté a firme.

—Nadie gusta de persona tan andariega. Dicen que, a pretexto de ventas, entra en sitios... — Hizo un delicado respingo la dama, que acentuó la mano escultural.

—La lleva su caria de favorecer a esas desgraciás, pa que se acuerden de su alma. Está muy mermáa—alegaba la negra.

—Ha vendió too, no le quea más que la basquiña usáa que le di.

—Anda entre gente tan baja...

—Por lo mesmo, sacarla de malos tratos. Es su afán hurgar en vías ajenas, ¡como si no sobrara con la cuenta propia!

—Le buscaré oficio de razón.

—Honráa, eso sí, es como oro en polvo...

Alba vuelve confirmando alborozada la fausta nueva; el arribo de Ña Mariquita Apolinaria—la Pollenana—, allegada a toda la parentela y júbilo de los niños por sus cuentos sabrosos de hadas, príncipes y brujos. Volvían con ella a Peñalolén las infantiles veladas al borde del brasero, mientras Polla les cebaba mate: "Pá saber y contar", cuya respuesta, prólogo, se daba en coro por los niños oyentes: "y contar para saber"...

Bajo la calma del día soleado, que mece la canción de las aguas traviesas, una zozobra palpita en el aire y la niña siente turbación.

—¡Dios me las guarde así, tan hermosas y en güena salud, como acabás de hacer por su divina majestá!

Es Apolinaria, que aparece por un sendero de atraveso. Su tez morena y sus inmensos ojos traen piedad, asombro, e inquietud... Alba le saltó nuevamente al cuello.

—Estabas tan perdida, Ña Mariquita.

La presencia de la antigua criada sumaba para la joven el revuelo de sus primeros ensueños, encendidos por los cuentos que le oyó de chica, en largos días de lluvia, mientras les cebaba, junto al brasero, hirvientes mates, de cuyas quemaduras en la lengua se curaban mascando tortillas calientitas.

—¿Qué te habías hecho?—preguntó Beatriz.

—Cuesta tanto trepar a estas alturas. Su mercé anida con las águilas...

—Con los cóndores—rectificó Alba.

—Un compadre que venía pa acá a llevar leña, me trajo en su carreta.

—¿Y cuándo sientas reales en alguna parte? Te va a pillar la muerte en esas andanzas... Eres aventurera, Pollenana...

—Si su mercé me halla casa de respeto?

Su empedernido celibato se basa en el terror a la brutalidad masculina. En el fondo extremo de sus dilatadas pupilas negras, despuntaba el miedo ancestral, que el asalto del varón dejara en el fondo de la raza.

Leyó Beatriz ese pudor alarmado, en sus ojos atónitos.

—Buscaré para tí casa de anciano sacerdote, que te asegure muerte en paz con Dios...

Pollenana, agitada, dijo a Alba:

—Venga a ver los tordos que le traje... Les falta reclamar más el habla pá ser gente...

—¿Y Florín?

—Mi pobre cuchito murió como un cristiano. Era de verlo...

Arrastró a la niña consigo, no obstante las recomendaciones de Beatriz.

—¡No te tardes... vamos ahora a la villa!...

Urgida por la criada, caminaban hacia el corralón de las casas viejas. Ya lejos le comunicó a la joven con grandes aspavientos el secreto:

—En la carreta trajimos, escondió entre costales de lona, un esclavo fugado...

Se enciende viva lumbre en los ojos de Alba.

—Fué bárbaramente azotado y huyó. Es compasión verlo... ¡Mal haya sea nunca, hijita, la suerte del pobre!

Indignada y atónita, escucha la niña.

—No parece cristiano, sino perro sarnoso... Nadie se atreve a decirle a la patrona...

—¿Cómo nadie? ¡Yo!...

No estaban seguras las siervas de que el ama se aventurase a violar las leyes, escondiendo al esclavo en su hacienda.

Echó la joven a correr hasta hallar a Beatriz.

—La llegada de Polla no es así... como así... no más... —titubeó.

—¡Habla!

—Trae un pobrecito, un prófugo... hecho miseria, cubierto de llagas..

Beatriz palideció.

—Titubean en esconderlo... te piden auxilio...

—¡Hija de mi alma! ¡Antes que entregarlo, que nos lleven a presidio!

La indignación de madre e hija culminó cuando sus ojos dieron fe de la barbarie...

Basilia quedó a cargo del enfermo. Ordenes terminantes fueron impartidas a mayordomo y siervos... ya muy atemorizados

por los castigos que desafiaban, burlando derechos autorizados para encomenderos de indios.

—Todos salen de mi hacienda antes que este desgraciado...

—¡Y nosotras, también!—respondía la joven...

—¡Mientras no haya piedad humana!...

—¡Piedad también para los animales!,—dijo Alba, ampliando el sentimiento de la madre.—¡No tendrá Dios misericordia de este pueblo!

La hacienda donde el esclavo fué martirizado pertenecía a un señorón que requebraba a Beatriz. Al saberlo montó en cólera, le hirvió la sangre, a ella tan plácidamente armoniosa.

—Ya le pararé en seco sus cumplidos. ¡Miserable!

Se aprestaba a la venganza.

—¿No te encienden de rabia estas injusticias?

—Madre, me hallo amasada en otra pasta; si esos señores sintieran, como nosotras, no podrían ser crueles... No entran en conciencia de que esas creaturas desvalidas son nuestros hermanos... Los creen de especie inferior.

Urgía bajar... y amenazar antes que el hecho fuese denunciado. Ahora no sentía Alba perder la magia crepuscular de aquella tarde, encerrada en casa de tía Cruz, donde alojaban en Santiago,—hermana mayor de su madre, viuda de un linajudo caballero español. A causa de la lentitud de los birlochos en caminos espesos de barrizales, arribarían a oraciones.

Al partir llega el viajero, que iba diariamente a la Villa Baja.

Anuncia que los Padres del señor Santo Domingo se arrebataron todas las chiguas de marisco, dejando a la gente *apretaita* en un chivateo furioso, que llenaba la calle de la Pescadería, por no tocar ni un pejerrey.

—¿Vino mucha carga?— inquirió Beatriz...

—Estaban apilás las chiguas y la gente amontoná, cuando los mochos las abarrotaron pal convento, a moquete limpio, espaldeados por los reverendos.

Se miraron en silencio madre e hija...

En vasta cuadra helada, de casona señorial, doña Cruz Aranda de Itúrgoyen, hermana mayor de Beatriz, tomaba mate con el canónigo don Pascual Solís de Ovando, que venía diariamente a verla después del Coro y se quedaba hasta oraciones.

Junto al brasero de cobre, Bárbara, la esclava negra, permanecía de pie—estatua de ébano—para coger la manserina de plata labrada, que ostenta el mate, como una flor abierta sobre el tallo, cuando el canónigo terminaba su ritual función.

Al agotarse el líquido gorgorea el aire dentro de la bombilla. La negra toma el mate de manos del canónigo y le ceba otro, encucillada junto al brasero. Coge el azúcar tostado en el rescoldo, con ágiles dedos, diestros en lances al fuego vivo y atasca los terrones con la yerba.

Doña Cruz guardaba en sus ojos inmensos y en la finura de sus rasgos la ejecutoria racial de su ilustre familia. Su belleza equivalía a legítimos documentos nobiliarios.

Sometida incondicionalmente al amo—su esposo—, transcurrió su vida en letal quietud, llana, sin complicaciones, sin gozo ni dolor.

Reducidas las mujeres a condición de hembras, no tenían responsabilidades, conflictos, ni problemas.

Vegetaban en país nuevo, distante y soñoliento, comentando con provinciana estrechez, los banales sucesos de muertes, nacimientos o enlaces.

Se dormía siesta, costumbre española de pueblos cálidos cercanos al Africa, y se comía en abundancia.

La belleza de Cruz, con los años, se ahogaba en grasa. Tiempo ha que sus esbeltas líneas se espesaron.

Tenía el pescuezo corto, gruesa la garganta y la respiración anhelosa.

Sus movimientos eran lentos y su amplia pollera de recio cordellate se acompañaba rítmica en torno de su voluminosa persona.

El canónigo era el noticiero de doña Cruz. Le contaba de chavalongos y cólicos misereres, que caían como rayos, fulminando a conocidas personas.

Se le escuchaba con interés y respeto. Sus palabras iban solemnizadas con graves pausas, que precedían y continuaban las noticias casi siempre alarmantes y sorprendidas.

Cruz desde su niñez, tomaba consejo del canónigo para sus resoluciones.

Era el director de conciencias. Recomendó los mozos en que podían *fijarse* las niñas y que fueron presentados a la casa en calidad de novios. Se sentaban los pretendientes en el estrado a distancia de las muchachas y se hacía conversación general a través de la madre, en alta voz. Reinaba el lema:

Entre Santa y Santo
pared de cal y canto.

Largo y crudo fué el invierno en el caserón.

A media tarde, después de siesta, era costumbre familiar reunirse en el segundo patio a tomar sol, sencilla manera de calentarse, antes de encender los braseros en las cuadradas heladas y vastas.

Se sentaban en el corredor que inunda glorioso el sol, hasta que baja por los cerros de la costa. Traían sus costuras o tejidos

de calceta y hablaban, para mover la lengua, con distracción y desgana, atendiendo más a la labor que a palabras sin interés ni novedad—en lenta rumia de horas idas...

Cuando promediaba la tarde—horas todavía de resolana—la familia y alguna pariente amiga o vecina, comentaban pequeños sucesos de interés doméstico.

Cruz tenía tres hijas casadas y una soltera.

Dolores, la mayor, estaba consumida por continuas preñeces. Su marido, hombre muy católico, habría creído faltar al fin esencial del séptimo sacramento, dejando correr tiempo sin dar un hijo a Dios y a la patria.

Hombre de austero deber, iba de la casa a la *Escribanía*, en que legalizaba documentos con plena conciencia de ejercer el alto cargo de ministro de fe pública, y regresaba por la tarde a hora de mate, a echar su cuarto de espadas con el canónigo.

Dolores hubiera preferido un hombre menos cabal, aunque diera a su vida dolorosas emociones y malas sorpresas.

Su picaresca imaginación se desteñía en aquella vida ajustada a virtud...

Envidiaba las existencia ricas en acontecimientos buenos y malos. La regularidad le parecía enemiga jurada de la vida intensa. La suya era un lago gris, en que no soplaban ni viento...

A Carmen le bastaban sus niños, y, en estando libres de contagios, se sentía dichosa. Ni siquiera le molestaba que sus trifulcas estremecieran los espesos paredones de la casa solariega.

Su esposo era un inteligente licenciado, en cuyo bufete caían importantes litigios.

Por ser demasiado ingenua su mujer y también por la gran superioridad intelectual que el hombre se atribuía, don Máximo no comunicaba a su esposa ni preocupaciones, ni problemas.

En las raras veces que Carmen se permitía opinar, su esposo la

inducía gravemente al silencio, diciéndole: *¡Hija mía, tú no sabes nada!*

Estaba casi engreída de su ignorancia, pues así tendría menos cuenta que dar a Dios, en el día del juicio, que, según el canónigo, por ventajosa confusión del propio juicio particular (que su edad acercaba) con el juicio final, creía ya muy próximo.

... Así, por lo menos, lo reveló una santa religiosa, que en las Clarisas se levantaba en éxtasis a dos varas del suelo.

La espléndida belleza de Rosario, hecha de nacarado cutis, de ojos y dientes, con brillo de piedras preciosas, perdía por inercia, finura de líneas y frescura.

Era dichosa por la equilibrada armonía de su ser, desbordante de paz, de salud y de contento.

Aquel día soleado y tibio, sentía el goce de vivir, dentro de aquel gran patio con fragancia de alicantos y gorgeos de zorzales.

Doña Cruz, siempre armada de dignidad, pasó por el corredor, quejándose de los revoltijos con que los negrillos traían agitado el caserón. Melchor fué acusado por Peta de haber capitaneado la banda que dejaron en seco el barrilito de guindas en aguardiente...

... Horas antes se había producido aquel grave escándalo. Hallaron embriagados, durmiendo bajo la higuera grande, a los negritos menores y muy alteradas, iracundas y pendencieras a todas las chinas.

Ño Alejo, armado de látigo, hubo de entrar a calmar furias y despertar a los bienaventurados de su alegre sueño.

—¡Que sean hermanos nuestros estos indios, lo acepto sólo porque la Iglesia lo manda creer!,—expresaba Cruz indignada.—La gente baja, y de color, tiene de cristiana sólo el agua del bautismo y los óleos del sagrado crisma. Grande ha de ser la misericordia del Señor para salvarlos.

No se atrevían las niñas a contradecir a su madre, pero estaban ciertas de que, a la miseria de aquella condición de esclavos, un cielo muy barato les estaría reservado en justicia. . .

—Si esto pasa en mi casa, es de imaginar lo que ocurrirá arriba en la hacienda de mi hermana Beatriz, donde viven como moros. . . Ni misa, ni cumplimiento de Iglesia.

—¿Siempre fué la tía tan indolente con la religión?—preguntó Carmen.

—Durante su juventud era tan devota como yo, ni pudiera ser de otro modo con la severidad de mi madre; pero, en su viudez, ha tenido amistades con forasteros, que traen la impiedad en alma y sangre.

Se le veló la voz a Cruz.

Dolores interrumpió:

—Tía Beatriz es una santa, y Alba peca de inocente.

—Buenas por natural, ¿quién lo niega? Pero no buscan la gracia y son muy inclinadas a novedades peligrosas. Beatriz no se somete a la opinión de ningún sacerdote, discurre por sí y yerra, como es de cajón. . . ¿Es dable que en familia realista, donde el respeto a nuestro Rey es parte de la religión misma, se haya dado, mi pobre hermana, a tratar con revolucionarios, gentes sin Dios ni ley, ambiciosos, logreros y perturbadores del orden? . . .

Silencio de las muchachas, que, sin confesarlo jamás, de miedo a sus maridos realistas, simpatizaban con los patriotas.

El Mayor de Húsares, Carrera, las fascinaba con sus audacias. . . Compartían en secreto su anhelo de independencia nacional.

Dolores era la más entusiasta. Deseaba que el país sacudiese el yugo de España y había transmitido a las hermanas sus sentimientos de liberación. Sólo a Conchita, la menor, no le importaba ni mucho ni poco la política. Estaba a gusto donde hubiera

bolina y zalagarda. Las revoluciones le encantarían si daban movimiento y animación al sopor poblano...

—Nada bueno va a ocurrir en casa de mi hermana, con esas frecuentaciones de rebeldes... —profetizó doña Cruz.—Abusan porque es viuda y sola, para comprometerla. Casas sin hombres a quienes respetar, están expuestas a muchos riesgos.

Pronunció como oráculo esas últimas palabras, que concentraban el temor reverencial de la época al Varón Amo y Señor...

El sol bajaba y el patio devenía una poza de hielo. Dolores tomó la palabra:

—Para mí que tía Beatriz ha reunido allá arriba, en secreto, a los patriotas. Deben estar acompañadas, y la prueba es que se pasan los tiempos muertos sin bajar.

—Me gustaría conocer a Carrera—dijo Rosario;—si su hermana doña Javiera, con ser mujer, es tan apasionada, ¿cómo será él, que ha rodado tierras y peleado en combates?...

—Aquí no lo veremos nunca,—suspiró Carmen.—Máximo cree muy peligroso a un hombre semejante...

—También cree Fernando—añadió Dolores— que en voltear mundo se ha velado su fe...

Sólo que ella no atribuía a la fe, las mismas excelencias, que para su esposo eran inseparables de todo caballero cristiano, como ser la sumisión incondicional al Rey y por ende a Dios, cuyo representante legítimo es el monarca.

Al caer la tarde llegó doña Arsenia. Era viuda de un capitán español y, venida a menos, tomó oficio de recadera en las Monjas Rosas. El dramatismo de sus actitudes divertía a las jóvenes.

Morena, arrugada por violentos gestos, desproporcionados a asuntos menudos, llegaba arrastrándose apoyada en un palo.

Suspiraba muy hondo antes de saludar, abriendo ojos desmesurados...

Parecía siempre angustiada por inminente tragedia...

—Vamos a ver en qué acto del drama se halla... —dijo Dolores, en voz baja, a Rosario.

—¡Dios las guarde, niñas, con su talegas y sus escudos, que en yéndose los reales, se queda una también sin blasones!... ¿Quién creería al ver a esta pobre vieja, en la sangre que lleva y en el señorío que tuvo? Mientras vivió el *finado* no supe de necesidad, porque me sobraba todo... —Suspiró y levantó los ojos al cielo...

De su manto verdoso sacó una mano descarnada, que acusaba raza.

—Y ahora verme confundida y mandada por esas legas—se le agrandaron los ojos ya fruncidos—que a la pobre encomendera echan a andar leguas, aunque arrastre los pies. Ellas, ahí encerraditas—las monjas no saben de distancias—se figuran que en ir del convento a la Plaza Mayor, no se tarda más que de la celda al coro...

—¿Y qué se hicieron los buenos reales que le dejó el difunto?

Carmen hizo esta pregunta indiscreta, porque tocaba a la íntima tragedia de su vida...

—Dineros de viudas, son bienes de todos... Yo era ignorante en códigos y leyes... Me hicieron firmar papel sellado y me quitaron las buenas onzas de oro que debí tocar de mi difunto esposo. ¡Tener tan regalada juventud para llegar a esta miseria!...

Las lágrimas le asomaron y se las enjugó con un pañolón de a cuadros, deshaciéndose en hondura, a su contacto, todas las arrugas de frente y carrillos.

—La caridad me manda callar... Si yo nombrara a los señores que ahora se disputan lo que fué mío... ¡Que Dios los

perdone!... Ellos van en calesa, mientras yo me arrastro por esas piedras... Y peor que allá en el convento, estuve afuera. Había de salir entonces con truenos y relámpagos a comer donde proporcionaban la caridad de un plato... Su mamá y su tía, se acordaron siempre de esta desgraciada... ¿Ha bajado doña Beatriz?

—Viene muy poco.

—¡Jesús! Tener a esa criatura tan linda viviendo como hereje y con esa cara de ángel...

—A ellas les gusta así... Alba se solaza allá arriba en la Cordillera.

Doña Arsenia tomó un aire de misterio.

—Que me perdone Dios, si pienso mal—pecarás, pero noerrarás.—Para mí que muchas cosas pasan por allá arriba. En aquellas alturas se fraguan quién sabe qué planes contra los realistas... Yo he sabido de personajes que llegan a lo alto, tarde de la noche y se apean de las monturas, sin ruido y se los tragan los portones. ¡De allá nos pueden caer rayos!...

Conchita venía saltando y tarareando una canción, por el fondo del corredor. Era la última hija de Cruz y había roto la tradición de serenidad y compostura que distinguía a la familia. Vendía gracia y compraba belleza.

Tenía lindos ojos negros, naricilla avispada, hoyuelos impávidos en las mejillas y una boca sabrosa, fuente inagotable de frescas y sonoras carcajadas.

Su agitación estaba hecha de cándido abandono a la vida.

Suministraba con su alegría perpetuo manantial de risa.

Rompió el grave compás de la casona y su leve reír hizo vibrar con gorgoros de pájaros, el aire estancado...

Se despertaron en alegre conjuro los ecos dormidos del caserón, yendo a rebotar en los muros blancos, con juvenil ebriedad...

—¿Doña Arsenia, todavía estamos de Viernes Santo?—preguntó en tono zumbón.

A la señora vergonzante le molestaba aquella insolente alegría inmotivada.

—Ya te llegará la hora, niña; tu hermana Lolo fué pizpireta como tú, y ya la ves tan mustia, cumpliendo la maldición de Eva... que ya no lo es, desde que Nuestra Señora santificó el parto para darnos los méritos de su Hijo Santísimo.

—Hasta mí, doña Arsenia—exclamó Dolores;—no ha llegado más que la pesadumbre de la maldición bíblica...

—No digas herejías, hija mía. La maternidad es el blason de nuestro sexo. Somos participantes del más grande de los atributos divinos, creadores como el Eterno Padre.

—Se ve, doña Arsenia, que Ud. no ha parido, de lo contrario prefería el oprobio de las mujeres de Israel.

—¡Jesús! cómo se pierde en las almas la doctrina cristiana... Para mí, Lolo, que tú lees esos libros que llegan de Francia... Allá han arreglado a su lengua hasta la misma palabra de Dios, para que nadie la entienda! Toda la gente que sale de esta tierra bendita, en busca de novedades, trae, al regreso, vacilación de fé y malas costumbres.

—¿Y a Ud., Arsenia, no le gustaría ir a Europa?

—¡Ave María Purísima! ¿Y para qué? ¡Cuando todas esas maravillas las he de ver desde el cielo, sentada y sin peligro de perder mi alma!

—¿Y Ud., Arsenia, nunca aprendió francés, cuando tuvo comodidad?

—¿Para qué saber lenguas profanas? Un cuñado tuve que hablaba idiomas como un gitano, y así eran también sus costumbres... Había vivido allá en París de Francia, con una cómica, como son todas esas francesas, mujeres de mala vida... Esta concubina de mi cuñado dicen que era *lirica*, es decir, cantante;

peor fuera danzante... Aunque todas esas son de pata en quinchá, tienen en el cuerpo una zandunga... el mismísimo demonio les baila adentro para tentar a los hombres y revolcarlos en el pecado...

Doña Arsenia devino grave... como si el sólo relato la hubiera contaminado... El tono de su voz llegó a notas bajas de un diapasón cavernoso.

Carmen, por diafanidad de alma (mantenida en conserva por su marido) hallaba penosas las conversaciones de Arsenia, que hacían la picaresca delicia de Dolores, cuyo espíritu travieso plasmaba después en comicidad suma, los relatos de la anciana.

El frío que bajaba de las cordilleras con la puesta de sol, recluyó a todas las mujeres en la cuadra... hora ritual del mate, que solemnizaba desde temprano la presencia del canónigo.

Ya estaba encendido el gran brasero, y don Pascual con doña Cruz departían añorando el pasado.

—¡Tiempo tan superior al presente!...

Recordó el sacerdote con veneración a doña María de la Gracia Orihuela—la Ñaña—señora de respeto en casa de las Aranda, de alta conciencia y mucho consejo.

—Mi madre decía que era grande el saber de doña Engracia.

—Tenía más latines que un Obispo,—subrayó el canónigo.—Ya de muy mayor, calada de anteojos, seguía leyendo a Santo Tomás de Aquino en puro latín. Era una dama leída como ya no las hay y modesta en su gran saber.

—Ya ven ustedes, niñas,—metió lengua Arsenia... —Eso es saber idiomas como doña Engracia, la lengua teológica, para penetrar los misterios y no esos hablares con que tapan los vicios o encubren indecencias.

Entraron Fernando y don Máximo—acompañados y graves—

modelados en sus respectivos oficios de Ministro de Fe, el primero, y Defensor de Justicia, el segundo.

Una reciente cédula había conferido a Máximo el cargo de Oídor de la Real Audiencia, acendrando este honor la solemnidad de sus gestos y la importancia de su persona. Casi al mismo tiempo Fernando obtuvo vara de Regidor en el Cabildo.

La ocupación exclusiva de los altos puestos por los realistas pelucones, irritaba a los patriotas, que, dejados al margen del Gobierno, fraguaban con ardor la revolución.

Los yernos parecían confirmados en la dignidad de sus altos cargos — poseedores de esos secretos que la sociedad confía exclusivamente a hombres de ley y a esclarecidos varones.

Era notoria en el pueblo la probidad del jurisconsulto y del escribano.

Pleno de majestad en su porte, Máximo arrebuja su obesidad prematura en el amplio ruedo de su capa española; así también se esculpía en su señor modo, la escrupulosidad del Notario, alto, enjuto, corto en palabras y parco en el reír.

Eran por esos días, los dos hombres, puntos de mira en el reducido círculo de hablillas poblanas, por tratarse de la anulación del testamento del Oídor de la Real Audiencia, don Perfecto de Uriondo, que legalizara con su acostumbrada meticulosidad Fernando, y por haber caído al bufete de Máximo la defensa del reo *Carvacho*, asesino de su esposa en plena Plaza Mayor, sobre las gradas de la Metropolitana, a la luz del insolente sol de medio día... Acontecimientos ambos que traían agitada y dividida la opinión ciudadana.

La causa de la pobre mujer apasionaba a Dolores y padecía de que su propio cuñado defendiera al asesino. El alegato de la defensa por adulterio de la esposa, no calzaba con su sentimiento de justicia...

Carmen no se inmutaba por tal litigio, en la seguridad de que Máximo, por gracia de ser su esposo, había de compartir la infalibilidad del Santísimo Padre.

Dolores también fiaba en la acrisolada conciencia de su marido, segura de que un testamento así legalizado sería válido aún ante el tribunal divino...

Deseaban las niñas noticias aquella tarde, aunque sabían que para sus esposos formaba parte de un código de honor masculino, la completa reserva con las mujeres.

Nunca observaron por sí mismos, la capacidad de comprensión y el grado de juicio de que eran susceptibles sus esposas. Por mero prejuicio sexual, suponían indiscretas, superficiales, verbosas y atolondradas en demasía a todas las mujeres... La plaga de insensatez y emotividad femenina, arrancaba desde Platón. Se recordaba a Sócrates arrojando a su mujer, en previsión del lloriqueo, que hubiera restado solemnidad a su muerte.

Así Fernando, en fuerza de incluir a Dolores en el grupo familiar, no la analizó personalmente y llegó a ignorarla...

La amaba por su gracia inocente de creatura cuyos actos y palabras no llevan trascendencia, juzgándola a través de ironías, chanzas y ponderaciones de una irremediable frivolidad.

Por reacción se formó en Dolores la astucia con que encubría su verdadero yo, para no dejar traslucir de sí misma sino los aspectos exteriores que le convenía mostrar.

Ninguna confianza fué posible entre los esposos. No obstante el mutuo afecto, las almas se mantuvieron distantes.

El marido le reservaba a su mujer la médula de su propio pensamiento; y ella exhibía sólo las chispas de su ingenio.

En el fondo, Dolores se hallaba sola. Sus hermanas eran de otra raza espiritual, y Conchita, semejante a ella de temperamento, no se despertaba aún de su aturdida juventud.

Mientras los dos maridos hacían conversación general y, por lo tanto, hueca, con Cruz y el canónigo, Dolores y Rosario comentaban por lo bajo, en un rincón, la mudez noticiera de aquellos hombres.

—Crean que si cuentan algo se comprometen...

—Mientras más silenciosos permanecen, se hallan más importantes—respondió Rosario.

Era de rigor que los caballeros rindiesen a las damas acatamiento social, lo que no obstaba al íntimo menosprecio, por bien reconocida inferioridad.

El tedio de aquella existencia, que para las mujeres no diferenciaba más que el cambio de estaciones, las preñeces, los partos y las lactancias—funciones que desempeñaba por turno una u otra de las hermanas—llegó a ser insoportable a Dolores, la más lista y sensitiva de las cuatro.

—¡Aquí no sucederá nunca nada!,—decía angustiada a sus hermanas, terminando la frase con un largo bostezo, que sumaba el desconsolado aburrimiento de aquella vida estrecha y material.

... Si triunfasen los patriotas ¿acaso traerían cambios a las costumbres?

... ¡Al paso que caminaban los acontecimientos, era por demás remota y quimérica la realización de tal ideal!...

¿Quién alcanzaría a ver ese futuro?

¡Nadie! Era triste nacer en confín de mundo, en este Santiago del Nuevo Extremo, como rezaban las Actas Reales...

—¡Todo llega aquí tan atrasado!,—suspiró Rosario.

—Claro! ¡Como que es el trasero del mundo!,—replicó Dolores.—¡Se nace y muere en lo mismo! ¡El tedio roe los entusiasmos y mata lentamente las energías!...

Beatriz y su hija llegaron aquel día, en largo viaje desde Peñalolén a Santiago, antes de oraciones.

Era peligroso que sorprendiese la tarde a los viajeros en aquellos caminos.

Acompañaban el birlocho dos mozos a caballo, por temor a las arriesgadas contingencias de aquellas rutas.

El canónigo iba ya a despedirse cuando entraron a la sala las damas. Tan inesperado suceso, lo retuvo en su sillón.

Nadie acertaba a comprender en la familia y relaciones que Beatriz, todavía joven, y su hermosa hija, vivieran en el campo.

Esta rareza había dado lugar a hablillas, que la dignidad de Beatriz y la pureza de Alba, desmentían a todas luces.

El señor Solís, engreído por su larga experiencia del confesionario, que lo hacía creerse en posesión de todos los secretos lugareños, ignoraba los sucesos verificados extrasacramentalmente.

Guardaba la inocencia práctica—única que no pudieron robarle sus estudios teológicos—con los infinitos casos que la concupiscencia ofrece al demonio en posibilidades para dañar las almas.

Las punzadas de la carne, aunque conocidas sólo de oídas, le daban por presunta sabiduría, majestad a sus consejos y solemnidad a sus gestos. Actuaba en todo momento, con el temor de hallarse ante un enemigo emboscado, que pudiera devorarlo.

Cruz le consultaba los problemas domésticos del segundo y tercer patios de su casa.

Era costumbre que las criadas nunca se avvicinaran a varones, como no fuera a horas de comer y en presencia de Ñaña.

Peta Quevedo, respondía ante Cruz de la moralidad del interior.

Con su grueso manojó de llaves al cinto, abría el pasadizo

que comunicaba el segundo con el primer patio, residencia del caletero y caballerizo, para que entrasen a comer.

Se sentaban en mesas distintas los hombres de las mujeres.

Todas eran *veteranas* y su sexo, ya perdido por celibato o arruinado por edad, no ofrecía tentación.

La llegada de Beatriz y Alba, estremeció el lento ritmo de la casona. Considerándolas extravagantes, las respetaban como a seres superiores.

Peta Quevedo apareció en el salón, trayendo la acostumbrada mistela de apio, para reponer a las huéspedes de las fatigas del viaje.

—¡Tienes valor—decía Cruz a su hermana—para venir de tan lejos, casi en invierno!... Necesitarías ir de compras a los tendales... Alba querría componerse.

El canónigo carraspeó largo, cogió con los finos dedos una narigada de rapé en su tabaquera de oro, sorbió muy hondo y con majestad, conforme a su rango de Deán de la Catedral, dijo:

—Alba no gusta de composturas, le bastan su manto y su basquiña... ¿Te gustaría entrar a las monjas Capuchinas?

Beatriz se apresuró a responder que las aficiones de su hija eran de animalito salvaje.

—¡Qué menos, con esa vida rústica!,—interrumpió Cruz, cuyas hijas ya casadas dieron el tono en la ciudad. Lucieron su belleza en los oficios de Santo Domingo, con gran mantilla y peina. Salían en Semana Mayor a las Estaciones, acompañaban procesiones y obtuvieron grandes partidos.

—¿No conoces el Niño Dios de las Capuchinas?,—insistió el canónigo.

Alba lo ignoraba.

—Pues El recoge la limosna. Son muy pobrecitas las monjas,

y cuando tienen hambre tocan una campanita y sale el Niño Dios a buscarles socorro.

Alba se interesó. Le gustaría oír ese toque de las religiosas a la media noche...

—Si estás despierta a las doce—anunció Cruz—oirás la plañidera campanita que llama a penitencia.

La niña se dispuso a la vigilia. Quería sentir esa emoción nueva para ella, ya acostumbrada al silencio de la noche cordillerana—tan hondo, que daba pavor...

El canónigo se levantó. Tocaban a oraciones los campanarios de la ciudad. La Metropolitana, Santo Domingo, la Merced, San Agustín... ¡La hora de Queda!...

El toque grave marcaba el gran reposo de la oscura y silente noche, en confín de mundo. Las familias linajudas y honestas, cerraban a esa hora sus portones claveteados, a la sombra del alto mojinete señorial, sellado con escudo equivalente a torre por juro de heredad.

La cena, a las seis, guardaba la tradicional gravedad de un rito. Los padres de familia recibían de los hijos trato de "Mercé". Se rezaba el rosario en la cuadra, ante un Cristo quiteño, de trágica expresión contorcida.

A las ocho, tocadas en el ronco esquilón de la Catedral, venía ese huésped pavoroso—el gran silencio colonial—del rincón de tierra estrechada entre la adusta Cordillera y el mar desolado y furioso, que le azota el flanco en su vasta longitud.

Cuando se fué el canónigo, Cruz refirió a su hermana Beatriz la grave consulta que hiciera al sacerdote—consulta en que ella misma acabaría de diri giria.

—¿Sabes que los Sábados viene de Macul Ño Zuloaga? ¿Te acuerdas, ese viejo que nos llevaba cuando chicas a caballo por delante? Viene con mulas trayendo en las alforjas provisiones para la semana. Peta Quevedo, al verlo tan anciano, lo dejaba adentro,

todo el día, en el patio de las criadas... Pues ¿creerás? este desgraciado, que apenas se mueve, que ya tiene los huesos descoyuntados, requiebra a Salomé, que sólo conserva en la boca un diente enorme. Peta, que es maliciosa, estaba al aguaite. Les brillaban los ojos a los dos... hasta que oyó... ¡Figúrate que le proponía matrimonio!...

Beatriz estalló en sonoras carcajadas.

—¿Y qué mejor había de ofrecerle?

Cruz ya no reconocía casi a su hermana, tal era el cambio que hiciera en ella la viudez. ¡No era la misma! ¿Acaso esa vida rústica en Peñalolén le quitara la delicadeza?

—¿Querría saber qué haces tú en ese campo abierto, con trabajadores, para mantener el orden entre tus criadas?

—Es que para mí no es desorden que se casen... —dijo, y en sus adentros sintió *ni que amen*, pero se tragó la palabra, que hubiera escandalizado a Cruz.

... Entraron a la sala las tres hijas casadas, en gran alborozo, por la sorpresa de verse reunidas con tía Beatriz y Alba.

Ningún paisaje interior se dibujaba en el alma de Cruz. En medio siglo de existencia la vida no le dejó la huella luminosa de ningún horizonte sentimental. Todos sus recuerdos se recortaban sobre un alto muro gris — la rutina de pequeños deberes, cumplidos fatalmente.

Beatriz, en cambio, ocultaba en su alma recónditas celdas, adonde convergían largos senderos de silencio. Se internaba suavemente en sus memorias durante prolongadas noches invernales, junto a su hija, que cantaba en una harpa dorada.

La esclavitud marital no dió a Cruz las ocasiones de vida que proporcionara a Beatriz su prematura viudez.

Permaneció al lado de la sombra, dentro de la práctica del deber pesado, desabrido y estéril.

Beatriz, por contraste, guardaba luz, bajo las espesas ondas plateadas de su cabello y en suave tibieza anidaba recuerdos a lo largo del panorama que le desenvolvía la memoria.

Logró romper la red de mentiras tejida por una civilización vieja de sangre y mal adaptada al medio ambiente creado por el mestizaje. Vivió, en verdad, ante su conciencia, cuando la mujer se debatía en maraña de convencionalismos... Desde su mansión cordillerana contemplaba la existencia en su vasta infinitud y complicadas combinaciones espirituales. El Dios amenazante y crucificado de Cruz, se le había aparecido en gloria de amor.

Su inteligencia estaba abierta a punto que en nada soñaba con el corazón antiguo. Su gran bondad se teñía de fuerte individualismo.

Rompió esa solidaridad del alma colectiva, en que pensaban y actuaban las mujeres. Ningún sacerdote, con su sabia experiencia, dirigía su casa. Sus ideas eran propias. Naturalmente *su manera* era tema de comentarios en la ciudad. ¿Por qué ese retiro y, sobre todo, esa independencia?

Después de la partición de los bienes de su esposo, ningún campanudo señor le daba consejo. Administraba su propiedad ella misma.

Beatriz vivía y su hermana vegetaba. Sentía la una por sugerencia directa, mientras la otra reflejaba ideas hechizas que, en vibraciones apagadas, rebotaban de mentes endurecidas y espesas.

Mientras Cruz arrastraba la vida bajo carga opresora, cuya inalterable continuidad le envolvía el alma en menudo polvo gris, Beatriz indagaba el mensaje nuevo en el sol mañanero.

Los años en su obra lenta, pero continua, las distanciaban más y más.

Durante el mismo espacio de tiempo, las hermanas vivieron dimensiones emotivas diferentes...

A lo largo de lentas horas superficiales y vacías, se deslizó la vida de la mayor, y en hondura de momentos vertiginosos, acumuladores de eternidad, se precipitó la existencia de la menor.

Las hijas de Cruz, a excepción de Dolores y de la pequeña frondista, que era Conchita, dieron a la madre la continuación monótona de sus días iguales, sin sorpresas, hallazgos ni emociones, en tanto que Beatriz tuvo en el soleado paisaje espiritual del alma de su hija, presagios de perpetua anunciación.

Así que estuvieron solas, Beatriz exclamó:

—Vengo dolorida de compasión...

Refirió lo sucedido.

—Quisiera que Máximo me interpusiese queja, antes que me denuncien...

Halló en su hermana profunda indolencia.

—A estos indios los doma el rigor... No trates de ampararlos. Se sublevarán todos tus siervos si hallan debilidad...

—Yo no consiento que los maltraten... Son nuestros prójimos ¡Ni soporto, tampoco, que martiricen a los animales en Peñalolén!

—¡Jesús qué ideas trajiste de España!

—Me fuí de aquí con estos sentimientos, que te escandalizan... La crueldad me ha sublevado siempre... Mi rebelión es innata... Recuerda mis padecimientos cuando, en nuestros juegos, los otros niños estropeaban a los pajaritos.

—Tienes corazón de sebo, se derrite solo...

La dureza de Cruz chocó a Beatriz. La sintió de otra sangre...

—Esta dominación española, tan dura y cruel, no ha de durar ya mucho...

La desafió de frente, con impavidez.

—Tenemos derecho— prosiguió —a vivir una vida propia, a nuestra manera. Precisa suprimir la esclavitud, oprobio de la

Humanidad. Tenemos derechos adquiridos sobre esta tierra, en que nacimos...

Cruz levantaba los ojos al cielo...

Beatriz continuó:

—¿Hallas justo que se fallen los litigios allá en esa Corte, y que se trabaje aquí para que disfruten de nuestras riquezas en España? Los productos del suelo nos pertenecen...

Indignada Cruz, se puso los dedos sobre los labios.

—Si tienes tales pensamientos, guárdalos, que nadie te escuche. ¡Nos perderías a todos! Tus malas amistades, hermana, te han trastornado el seso. ¿Ignoras, acaso, que la autoridad del Rey es de derecho divino?

—Creo que la autoridad ejercida por los más buenos y sabios en justicia sobre los débiles es de derecho natural, siempre que seamos todos considerados hermanos ante Dios...

—Eso será cuando estos indios tengan alma racional, que hasta ahora no conocen ni la religión...

—Los tratan como a bestias... ya lo sé... He leído al Padre Las Casas que dice: "Sois más crueles que los antropófagos, pues os he visto cazar hombres con perros, como a las fieras..." Se decían entre los españoles: "Dame una lonja de indio para que coman mis perros, que yo mañana te daré un cuarto. Sólo en vuestras casas, agrega, ví colgada la carne humana."

—¡Estás loca!,—interrumpió Cruz.—Sábetete, y te lo digo en secreto de hermana: ¡siempre ha habido sediciones y el gobierno hace desaparecer a los revoltosos sin que nadie se entere!... ¡Ten cuidado!...

Se acostaban muy temprano. Desde la hora de *Queda* la conventual ciudad permanecía entregada a los calaveras, al "sereno", que, en largos pitazos marcaba las horas y anunciaba

el tiempo, y a los tortilleros que, farolito y canasto en mano, rondaban gritando: ¡Tortillas güenas... nas... ah!...

Prolongado lamento, queja del pueblo, perdido en vasta soledad continental, olvidado de la evolución...

¡Güenas ah ah!... Rasgaba el sopor aquel grito angustiado y chillón. Se oía desde lejos para extinguirse así mismo en lúgubre melancolía de impreciso lontanar.

Silencio letal, hondo y pesado...

Un prolongado pitazo... ¡Ave María Purísima!... ¡Las doce! ¡Serenol Y el eco repetía en negación fatídica... ¡no... no!...

La voz del vigilante de turno—vela de la ciudad dormida—resguardaba el reposo de los habitantes...

Los pitazos quejumbrosos, perforaban en todas direcciones el pavoroso silencio de la noche, formando en sus tonos ya distantes o cercanos, una red de angustiosas vibraciones—¡cúpula sonora de la ciudad avasallada y triste!

Centelleaba el cielo en viva titilación estelar, con pureza de mundo austral, en plena tierra virgen.

Los Andes, impasibles y taciturnos, limitaban la ciudad aplastándola con fuerza imperativa.

Ningún viandante quebraba el silencio del pueblo, ni despertaba los ecos dormidos...

En paz de cementerio, que rasga un llamado de otro mundo, tañía quedo a la media noche la campanita de Capuchinas... Débil y plañidera voz que se derramaba leve en la ciudad, cual tierna imploración por las almas pecadoras, que a altas horas negras ofendían al Señor.

Tan dulce y tétrico era el sonido de la campana conventual, que llegó a ser para los calaveras un punzante remordimiento de conciencia.

Las doce perlas desgranadas en el aire, que emergían do-

lientes del silencio nocturno, llamaban a los impetinentes: "Las Vírgenes del claustro oran... Abandonan sus duras tarimas y en el hielo de la capilla vacía, piden piedad para todos..."

Un pavoroso estremecimiento sacudía las conciencias endurecidas...

¡Las doce! ¡Tim, tam, tim!... Y, ante la virginal plegaria, las creaturas todas, desde sus lechos, tabernas o prostíbulos, se unían en sentimientos de fe, de remordimiento, de cólera o de angustia...

La campanita tenue, en breves notas cristalinas, reintegraba a sus desertadas conciencias a los tunantes más disipados en sus francachelas...

¡Llamado de sombras, suspiro de almas prisioneras!...

¡Tim, tam, tim, tam!... ¡Tam... am!... Y al extinguirse la última vibración quedaba sellada la ciudad por losa sepulcral de amenazante quietud.

Alba y Beatriz dormían en una estancia del segundo patio, en la señorial casona—el cuarto de alojados—vasta y amplia habitación, con petate de estera, muebles de caoba y botellas de greda.

La joven se hallaba mal en la ciudad.

Las voces de los animales domésticos, el gallo anticipado al alba, los perros alarmados, los mugidos apaciguantes de las vacas caseras... todos esos anuncios o lamentos, le faltaban en el pueblo.

En cambio, los pitazos del sereno, el pregón del tortillero, le traían pena inexplicable...

Los ruidos de vida ciudadana la estrechaban en círculo de prisión o de peligro.

No así las voces campestres, siempre anunciadoras de paz en Dios y de alborada próxima... voces mecedoras de ocultos ángeles guardianes—¡vigilantes celosos de otras sombras!

Beatriz padecía de insomnio en la Villa. ¿De cuántos torturantes recuerdos huyó en su soledad de Peñalolén? Entre el pasado y el presente levantó un muro imaginario, pero los fantasmas creados por el tiempo muerto, no se desvanecían... aunque su conciencia le daba testimonio de haber obrado dentro de humanas posibilidades estrechas...

La arrastró un poder desconocido...

Cierta voluntad oscura, pero tenaz e invencible la había sometido al *deber* cortado en la medida común y no al alto deber individual que le marcaba su conciencia.

La oprimía el remordimiento de haber cedido a conveniencias exteriores cuando ya la nueva luz encendida en su alma le marcaba deberes más altos.

Un desencanto remordiente se apesadumbraba sobre ella, con los años que pasaban...

El concepto de amor vigente en el código de galantería mundana, no se acomodaba a su sentir.

La breve hoguera pasional que consume a seres sólo de carne y sangre, por ausencia de vinculaciones espirituales, parecía a Beatriz torpe celada de la Naturaleza, para alcanzar la finalidad de la especie, dejando burladas las almas, en impotente contemplación de ruinas.

La felicidad no se cotizaba para ella en breve combustible pasional.

Pudo volver a casarse ventajosamente, según su rango; pero no quiso ser nuevamente la esclava de otro hombre. Durante su matrimonio fué viuda por falta de correspondientes equivalencias en su cónyuge.

La casona de la calle Santo Domingo ocupaba casi toda la

cuadra. El alto mojinete de piedra que coronaba con escudo, también de piedra esculpida, la suntuosa majestad del portón, daba bajo su ancho alero, abrigo a un segundo piso con balconcitos.

En el ángulo de la esquina, sobre las dos calles, dividido por grueso pilar de piedra, quedaba el despacho.

El caserón contaba con seis patios, que se sucedían de dos en dos; uno muy amplio y otro pequeño al lado. Los patiecitos quedaban fuera del movimiento de la vasta mansión.

Eran sombríos, aprisionados entre paredes y tapizados de musgo los caminitos del jardín.

Frondosos naranjos enanos, tristes y meditabundos, poblaban la soledad. Recibían por el alero de los corredores enladrillados, los bulliciosos chorros de la lluvia implacable y el agua del deshielo en gotas pausadas y sonoras...

El último de estos patiecitos, era el de la noria.

Estaba abandonado, fuera de las horas en que algún esclavo descendía el cubo al fondo del pozo, por el abismático ojo negro que daba agua fresca al caserón.

La noria se ahondaba en el círculo de su viejo brocal de piedra—tan viejo, que cuando la familia de Cruz heredó el solar de sus abuelos, las piedras estaban ya pulidas por secular desgaste.

Junto al pozo se levantaba arrogante, una palmera esbelta. Su gran cabellera loca, hacía techumbre al patio minúsculo, y lo sepultaba en sombra.

Fué la palmera en la ciudad el curioso atalaya que, hastiado de conventuales reclusiones, salía airoso a mirar el cielo, a hurgar en los patios vecinales y contar al viento los chismes comadreros. Su batir de abanicos era en el sopor de las siestas, alegre fandango.

En las noches tempestuosas, la palmera ya no vibraba con rit-

mo de festivas castañuelas. Furioso el huracán cordillerano batía entonces sus hojas musicalmente sonoras, en ahullidos de fiera...

Del cubo caía en la noria, una lenta gotita de agua que condensaba la vida de la casa solariega. En su caer acompasado y triste, morían dulcemente los últimos latidos del corazón colonial...

Durante la noche, el sonido de la gotita de agua marcaba la lentitud del tiempo, que se arrastraba sin urgencias ni premuras, en rincón del mundo, para las almas allí reclusas por inescrutables misterios del destino.

Nunca había entrado Alba en la noche al patiecito de la noria, pero su prima Conchita le contó la leyenda del pozo...

Una ánima aparecía junto con la sombra invasora y se sentaba a gemir en el brocal.

La negra Bárbara, que lo ignoraba fué una vez, a la media noche, a sacar agua del pozo. Llegó encandilada con el fulgor de su lámpara de aceite.

El gemido del ánima bendita la espantó; cayósele la lámpara y quedó a oscuras, petrificada de pavor...

Cuando pudo escapar y refirió a las viejas criadas el gran susto que había pasado, se burlaron de ella.

Todas sabían que penaban en la noria y ninguna osaba acercarse al patiecillo después de tocadas las oraciones en el esquilón mayor.

A veces habían visto al ánima apoyada a una gran botija de greda, en que guardaban el vino del consumo.

Peta, la llavera, no gustaba que se hicieran alusiones a estas cosas vedadas.

Era solidaria del honor de sus patronas y echaba sobre las indiscretas hablillas, piadoso manto de misterio.

—¡Paz a los muertos!—dijo solemnemente cuando el relato de

la negra desató las lenguas del tercer patio grande... Y se alejó rebozada en su amplio pañolón de flecos, que hacían cadencia con su pesado andar de obesa. Ella conocía los secretos del patio de la noria, pero con delicado rubor señorial, los reservaba de domésticas habladoras.

Se contaba que, en los tiempos de la primera conquista, un noble español, enamorado de una dama casada, que correspondió por algún tiempo a su mala pasión, se había encerrado en el caserón y entregado allí por muchos años al vicio de ebriedad, hasta que murió idiotizado.

Nunca consintió que entrase a su casa sacerdote y tuvo muerte de réprobo. El impenitente penaba desde tiempos inmemoriales en el patio de la noria.

La esbelta palmera, según tradición, fué plantada por su mano y daba sombra a su alma errabunda.

Muchas otras ánimas, en el curso de los siglos, vinieron a hacerle compañía.

La persona condenada a morir en el año, si acertaba a pasar por el patio después de la *Queda*, veía un grupo de fantasmas blanquecinos y fluídicos, sentados al pie de la palmera o en el brocal del pozo...

Sobre los tejados de los muros y en los aleros, anidaban lechuzas que graznaban fatídicas en las noches sin estrellas. Y nunca dejó el chuncho fatal de anunciar desde la palmera las muertes y las epidemias.

La niña estaba deseosa de ver algo... pero nadie se atrevía a acompañarla, por considerar que los difuntos no gustan de ser tomados a travesura...

También le advirtió Conchita que la hora más segura de hallar la *visión* era después que pasaba por la calle de Monjitas el carro de los muertos, en camino del Hospital de San Juan de Dios al Cementerio, por el puente de Cal y Canto.

La niña despertó sobresaltada. Se había dormido después de media noche.

Sintió el áspero rodar de un pesado carro sobre las gruesas piedras redondas de la calle lejana.

¡Los muertos!... Se alzó en el lecho, y como era animosa y tenía cierta familiaridad con los habitantes del otro lado, se bajó de la cama en puntillas y pasó a la cuadra, donde el rescaldo del brasero la orientó para hallar las pajuelas con qué encender el cirio de bien morir, que estaba apoyado al muro en un rincón de la sala. No dudó que sería buena la vela bendita para visitar el patio de las visiones... Atravesó por una puerta pequeña, el primer patiecito...

Obscuros y negros a esa hora, los naranjos capuchinos se animaban como espectros...

Alba avanzó sin miedo. Las ánimas benditas eran sus amigas.

¿Por qué el despojo de la vestidura carnal asustaba tanto a la gente?

Las almas eran las mismas, impotentes de este lado, poderosas de allá.

Los patiecitos comunicaban unos con otros por pequeñas puertas de cedro. Sus leves pasos no hacían ruido. Caminó resuelta.

Antes de abrir la última puerta se detuvo en el umbral. Silencio profundo.

Se batían levemente en la copa las hojas de la palmera en misterioso susurro de parlamento animado con las estrellas. La nota cristalina de la gota de agua, cayendo rítmica del cubo al pozo, marcaba los lentos latidos seculares... *Tim... Tam... Tim... im...*

Secreto que el tiempo guarda, expresado con milenaria quietud, por puro sonido de cristal... "Soy Eternidad, que me quie-

bro en segundos breves, para entregarme despedazada a vosotros, los humanos...”

Impulsada por la voz clara de la gotita, que caía imparable del cubo a la noria, Alba entró decidida... ¡Nada! En la transparencia del aire se estampaba el pozo y el tronco de la palmera, en nítido dibujo sobre la desnuda pared caliza. Los pilares negros del corredor se alineaban severos, en procesión espectral...

Avanzó Alba hasta la noria para mirarse en su ojo negro ciclópeo... ¿Le devolvería acaso, su espejo, los rostros de las creaturas que allí se reflejaron?... El ojo de la noria estaba ciego y eternamente seco... Orbita vacía en que no se miraba ya nadie, retenía en torva mudez sus secretos seculares.

Se alejó la niña presurosa y desde el umbral de la puertecilla abarcó en una mirada al patio silencioso...

... Se quedó como hechizada, sobre el dintel de la pequeña puerta, mirando el vacío con fijeza hipnótica...

Ya no tenía miedo. Iba de regreso...

Tomó la hoja de cedro en su mano y continuó clavada en el sitio, sujeta por atracción inexplicable... Creyó notar que el suelo se cubría de un imperceptible claror—leve reflejo estelar que tomaba lentamente consistencia. Aquella sutil palidez cundía en forma de nube blanquecina...

Tuvo miedo la niña... pero ya no podía huir; una fuerza invencible la retenía clavada al suelo... siempre con la hoja de la puerta en la mano, como una posibilidad de escape para tirarla en caso necesario y substraerse a la visión fatídica.

Ahora, a no dudarlo, emergían del suelo candelillas en leve blancor... Humos luminosos de cadavérica palidez—lucecitas fosforescentes, que tomaban consistencia.

... Alba, fuera de sí, contempla el fenómeno, dividida entre el deseo de huir y una apasionada inquietud que la retiene... El

gesto de cerrar la puerta bastaría para escapar. Y en ese posible gesto, reside su fuerza de expectación... No supo ella cuándo, ni cómo las candelillas dibujaron nítidas una figura humana...

Era una mujer alta, triste, luminosa y bella...

Al temor vago de que estuvo poseída siguió en Alba una quietud extática. ¿Aguardó? ¿Contempló? ¿Habló? ¡No lo sabría nunca!...

Toda su alma interrogaba ansiosa de comunicación... ¿Quién sois?... Se alargaba en muda plegaria su voluntad agudizada como un hilo... ¿Es acaso un alma en pena que pide sufragios?...

—¿Qué queréis, desgraciada?,—suspira el corazón de la niña en ardor de piedad...

Le vino a la memoria la frase de un libro: *Soy el Espectro del Umbral*..., pero luego se rectificó en ella el recuerdo y la figura le expresó en silencio...

—Soy la Eternidad.

—¿Quién?

—Tu misma.

—¿Cómo?

—Te has encarado contigo, sin pavor de tu propio desdoblamiento.

La niña se ocultó el rostro entre las manos y creyó todavía oír una dulce voz que musitaba:

—*Sigue... Vé a tu destino... Llevas contigo la Alborada...*

Cuando se halló en su cama creyó que se había levantado sonámbula y que era todo una pesadilla de la noche. Además, los sueños siempre le parecieron más reales que la realidad puramente sensitiva.

... A un ojo avizor, se hubiera revelado la mayor inquietud

de Conchita por la noche después que entraban al "tresillo", el oídor y el cabildante, compañeros de juego, con sus cuñados.

... Desaparecía la niña del estrado con leve pirueta de pájaro y su aparición se anunciaba nuevamente, en sonora risa, por otra puerta de la sala.

Habituados en familia, a aquel voltear de tarabilla, no reparaban en sus continuas salidas nocturnas al patio. Atribuían a incurable futeleza la gracia alada de la chica.

Poco antes o después que se oía el pregón del tortillero, pasaba todas las noches un militar alto y guapísimo, envuelto en caperuza corta que borneaba con infanzona bizzarría...

Español flamante lo suponía Conchita, por el garbo señorial y la desenvoltura cortesana...

Su mirada de fuego, quemaba como una áscua, en la penumbra de la noche.

Las primeras veces pasó... y luego repasó... Y más tarde solía pararse al frente, hasta que se convirtió su paseo en devota ronda nocturna, retardada hasta la salida de los jugadores.

Durante largas noches de lluvia—grave acontecimiento pueblerino, que dejaba en suspenso hasta las citas amorosas, por cierre general de los portones, pues no se aventuraban los pacíficos habitantes a desafiar las cataratas del cielo—el apuesto mancebo, fiel a su dama, atisbaba con ojo de cóndor por la *mirilla* del portón y descubría dos estrellas que lo acechaban desde adentro...

Sus trancos firmes y resueltos, de mozo lanzado en derechura a conquista de gloria, eran presentidos desde lejos por la joven, en desesperado aleteo del corazón...

Tornaba con el buen tiempo la pompa arábica de cielos cuajados de astros y la amorosa ronda se hacía más veladamente cautelosa...

Al enfrentar el joven, a paso lento, el zaguán de la casona,

echaba a la niña finos requiebros, en frases chispeantes y encendidas, cortadas en castellana donosura.

Más tarde recogía Conchita en su ventana un mazo de claveles rojos. Este romance nocturno y callejero nutría de casto ensueño su inquietud.

Esperaba que la aparición tomase nombre y realidad cívica cualquier día, en alguna de las fiestas a que la invitaban... Pero los meses pasaron vacíos, sin que el mancebo diese más señas de su amor, que la asídua ronda callejera...

... ¿Sería un joven humilde, incapaz de aspirar a su mano?— se preguntaba la niña... — ¿O acaso un enemigo de su familia?...

Su excesiva reserva dentro de su aparente espontaneidad, la enclaustraba en silencio.

Nadie hubiera sospechado que Conchita guardase un secreto...

De miedo a su indiscreción le ocultaban los pequeños desaciertos del caserón, mientras ella substruía de hablillas su ilusión amorosa, complacida a solas en su embelesada vivencia...

Desdeñaba los ínfimos secretos que percibía a pura malicia, permitiéndole saborear el suyo en íntimo y delicioso regodeo...

El ritmo secular de la casona cuya sangre pulsaba, cristalina y breve la gotita de agua, cayendo del cubo a la noria, fué apagada en el estrepitoso y claro reír de la joven.

Inspiraba serios temores aquel jolgorio permanente. El canónigo tranquilizaba los ánimos consternados, entre dos sorbos de rapé, augurando que la alegría de la niña era sana y de buena calidad.

—¿Acaso Teresa de Jesús no recomendó, como medio de perfección, la alegría a sus monjas?

—¡Alegría en el claustro!, pero en el mundo ¿qué resultaría

de aquella risa, que, en fuerza de ser incitante, peligraba devenir pecaminosa?

Nunca cavilaron tanto en la casa para buscar novio, como en el caso de Conchita, que, con espíritu nuevo, sin precedencia ni ubicación en la ciudad, vino a quebrar el orden establecido.

Arremetía contra las cosas consagradas e inamovibles.

Su chusca naricilla era el pavor de la gentes. Cada gesto envolvía alegres mofas.

En sus ojos sonrientes y en sus picarescos hoyuelos se plasmaba el ridículo regocijado de las costumbres rancias, que modelaban en austera severidad las formas solemnes.

Aguardaron en el caserón que la pubertad—sus quince años—le devolviera el *juicio* que tendría por ahí extraviado en el aturdimiento bullicioso de la edad, ¡pero no!, Conchita aumentaba con los años en acometedora audacia y en conciencia de la fuerza que llevaba consigo a pura gracia y simpatía, para demoler la ranciedad de las costumbres.

Se cuidó de ocultarle el fondo de la vida que pudiera despertarla. Le escamotearon aún los libros que, sin riesgo, se ponían en manos de niñas, como el *Año Cristiano*, que doña Cruz acostumbraba leer en familia, después de Queda y colación.

Aquellos milagros que sus abuelos escucharon compungidos, a Conchita le sabían a cómicos y con grave escándalo de la familia, se permitió decir que eran *tontos*.

A doña Cruz se le cayó de las manos el libro, de puro susto.

—¡Tontos!, los prodigios realizados por los taumaturgos, canonizados por la Iglesia...

Conchita no sabía a punto fijo cómo unir esas dos ideas de la necedad y los milagros, pero tampoco pudo descubrir dónde se hallaba el divorcio de la tontería con la santidad. Hubo de suspenderse aquella lectura tradicional que fué la nutrición de la Colonia, y se tomó el *Ejercicio de Perfección*, que no obtuvo

reparo de la niña, pero que le produjo sueño anticipado a la hora ritual del lecho.

Mucho gustaba Conchita de un libro que leía Alba y que le prestaba poco.

Ahí estaba viva la palabra de Cristo.

—*Es el Evangelio*—le confió su prima en reserva.

Pero cuando la niña alabó ese libro ante el canónigo, don Pascual frunció el ceño, carraspeó muy hondo, sorbió rapé y dejó caer como sentencia salomónica:

—Libro *peligroso*, que no *debe* leerse.

—¡Es de los protestantes!,—subrayó Cruz.

Conchita no indagó más, pero sentía que esas palabras eran transparentes de luz y vibraban en el alma, mientras que los milagros referidos en el Santoral, daban risa por inflación ridícula y pueril.

... Tocó a Agonía la esquila de la Catedral—tañido lúgubre, confundido a veces por el llamado a *Escuela de Cristo*, que convocaba una campana semejante, pero la plañidera voz en insistencia anunciaba que un alma se disponía a partir... Las mujeres se juntaban a orar, para ayudar al cristiano llamado a juicio en su duro trance...

... Judas Tadeo Reyes, Máximo y Fernando, callaban cejijuntos y graves, en la vasta sala del caserón.

Realistas empecinados, unidos a la tribu de los Larraínes, formaban un círculo cerrado de fuerte oposición a los *Juntistas*, así designados los insurgentes, partidarios de las peligrosas ideas nuevas, a que diera orientación Juan Martínez de Rozas, mediante una hábil política luisoncena, de división entre el Presidente Carrasco, el Senado, la Audiencia y el Cabildo.

—Cara va a costarnos la intrusión de Napoleón en España, —dijo Máximo, sorbiendo una narigada de rapé.

—Ha sido fatal para las colonias esa cesión de Carlos IV al invasor—siguió Judas Tadeo.

—La debilidad de Fernando VII y los consiguientes motines de la Granja y Aranjuez, han extremado la situación—terminó el comentario el otro que estaba en silencio.—La desconfianza al Monarca afirma a los insurgentes.

—Y ahora arde la revolución incubada por envidias, por odios y también por las crueldades que nos achacan—resopló Máximo muy hondo.

... Fernando continuó:

—La dominación española ha sido dura... ni se podía vender con menos rigor y dar civilización a estos indios... Se nos hace responsables de la severidad que fué menester para someterlos, sin reparar en los riesgos corridos y en los bienes que trajo la Conquista...

Reyes expresó su temor a los disturbios suscitados por Luis y Juan José Carrera, que serían agravados por la reciente llegada de José Miguel, el más osado, hábil y valiente de los tres hermanos. Apenas supo la situación agitada del Reino dejó su brillante carrera en los ejércitos peninsulares, que resisten al bárbaro invasor, para regresar al país. Calculen las buenas intenciones que trae...

A los oyentes les corrió hielo por las venas...

—Bien orientado en los nuevos rumbos dentro de escuela tan superior y saturado en principio de libertad... ambicioso y temerario, ¿qué vendrá a fraguar con la ayuda de su poderosa familia?

—¡La avería ya está pintada!,—declaró Máximo.—Trae grado de Mayor en Húsares de Galicia.

—Alto grado para sus veinticinco años—observó Fernando.

—Desde un punto céntrico—el teatro mismo de los sucesos—ha logrado ver el momento que vive España—siguió Reyes.—Nos cae encima como un cóndor con el pico recto y voraz, dirigido hacia la presa...

—Su incisiva mirada desde la altura ha abarcado el conjunto de los sucesos y la significación, que aquí apenas vislumbramos—dijo Fernando.

—¡Audacia y visión clara, es todo lo que se necesita!—asintió grave Judas Tadeo.—Aquí, tan alejados y abandonados, ignoramos todo... Viniendo de allá mismo, de la propia Corte y con el prestigio que lo envuelve, le será fácil ponerse al frente del movimiento, agrupando con enérgica acometividad los deseos incipientes, las voluntades vacilantes y los odios dispersos.

—Es un gran peligro para la causa del Rey—asintieron, graves, los otros dos.

—¡Lo único que faltaba en esta confusión era el golpe de audacia!—lamentó Máximo.

—La audacia oportuna es la victoria misma—profetizó Reyes.

Indignación grande había producido entre los realistas la actitud del anciano Conde de la Conquista, por cuyas debilidades y vacilaciones seniles logró organizarse la Junta de Gobierno que, no obstante el juramento de sumisión al Rey, canalizaba las fuerzas insurgentes.

—¡No debimos denigrar a García Carrasco!—se confesaban, ahora, los tres pelucones contritos.

—¡Lamentable era la situación que se creó ese gobernante!—presidió Reyes el coro de las protestas.—No permitía el acceso a Palacio... pues ningún noble llevaba su esposa allí, donde el Presidente se había amancebado con una negra de pasa...

Las relaciones entre el Gobierno y los titulados en Castilla, quedaron cortadas.

—¡Es la vergüenza del Reino, que mande una negra en el propio palacio, donde lució su gracia cortesana doña Luisa de Esterripa, junto a su noble esposo, el Gobernador Muñoz de Guzmán!

Esta frase condensaba el lamento con que las damas motejaban las indecorosas licencias de Carrasco, a que no lo autorizaban sus antecesores.

.....

.....

Dolores y Conchita escucharon desde el corredor la conversación.

—No les pega la camisa al cuerpo de miedo a los Carreras—apuntó con malicia Dolores.—¡José Miguel, sobre todo, los sacará de su pachorra!

—¡Bolinas tendremos!—Conchita, de pensarlo, se sentía vivir!

Su imaginación le pintaba al recién llegado aterrizando a los realistas.

El juvenil arrebato de los veinticinco años de José Miguel Carrera, la situación elevada de su acaudalada familia, la arrogancia de su impetuoso carácter, la justificada ambición de su fuerte individualidad, lo impondrían fatalmente como el caudillo necesario, que suscita la evolución, en las encrucijadas de sus caminos...

—Renovará el aire estancado por sacudidas violentas.—Dolores gozaba de imaginar los aprietos en que tal personaje pondría la cachaza nacional.—Le harán terrible resistencia, pero arrastrará juntando a todos los despechados por este régimen...

—Y a los aburridos—suspiró la niña—que dirán *a río revuelto, ganancia de pescadores*. Los que ganen serán más que los que pierdan con los trastornos del Reino...

Conchita ilustró con una pirueta, la esperanza de tiempos nuevos que despertasen la siesta pueblerina.

... Con los finos pies posados sobre el borde del brasero de cobre y la mirada hundida en invisibles lontanares, Beatriz recorría los aposentos cerrados de su alma...

No se hallaba sola. El contacto con la gran Naturaleza la había vuelto concentrada y sensible a la vida oculta de las cosas... Alba, aún más emotivamente afinada que la madre, vivía ensoñada dentro de aquel agreste rincón de montaña.

Punteaba las cuerdas de su harpa—rebeldes ahora por prolongado abandono, a entrar en diapasón...

... Subieron el día antes a Peñalolén. Durante su permanencia abajo había estallado milagrosa floración.

Ocultos gérmenes rompieron sus clausuras y la vida se expandía en pomposos colores y frondas exhuberantes. Contemplaban desde la ventana abierta la embriaguez triunfal de la estación novedosa...

Sentían la hondura del silencio—elemento ya cómplice o traidor—y el embeleso de la vida lozana y renovada en tierna frescura.

Alba dilató bajo sus ágiles dedos las sonoridades de un motivo lento y dulce. El harpa era su confidente, la expansión de su alma musical y silenciosa. Su rostro puro a través del palpitante cordaje, se transfiguraba en divino arrobamiento de virgen apriada en pauta de oro...

Afuera la primavera abría mágicos ojos de luz, en el fresco verdor de los ramajes... El parrón rejuvenecía en brotecillos sus negros sarmientos retorcidos.

Los sauces llorones desplegaban su finísimo verdor, haciendo

cúpulas de encaje, en que las varillitas de leves hojas desmayadas, agitaban cortinajes de tul...

En un seco acorde de prolongada vibración, levantó Alba las manos del harpa...

—¡Qué graves hacen las minucias en casa de tía Cruz!—La hondura del trozo que tocaba le trajo esa impresión por contraste.

—La desmedrada condición femenina no ofrece asuntos equivalentes a la emotividad de las almas—contestó Beatriz.—Las pocas noticias que en espaciados períodos llegan a este Reino, toman resonancia... Desde que yo recuerdo, las enfermedades proporcionan a la gente empleo de energías y les permiten colocar frases y manoteos...

—Los casamientos, procesiones y bautizos, se comentan durante años enteros. Las cosas traídas de Europa producen admiración.

—Y las personas llegadas de allá... —le cortó la palabra Beatriz a la niña—un prestigio reverencial...

A eso atribuyó Alba, para sus adentros, la impresión que le causó un mozo de tipo forastero, que encontró en la esquina del Portal de Sierra Bella.

Con ironía siguió Beatriz:

—Cada chavalongo y cada lepidia, se desmenuzan para formar emocionantes dramas... En las muertes hallan las mujeres digno empleo a sus aspavientos, escape a lágrimas sobrantes y honorable salida a emociones reprimidas.

—La verdad es que dan pena y risa a la vez...

—Las mentes se tiñen en colores trágicos.

—Las almas se me figuran cogidas por una garra, que las hunde en tinieblas.

—Dios les representa el magisterio de un terrible Gobernador

o Encomendero y sus ministros, hacen oficio de verdugos, encargados de anunciar y distribuir castigos.

—¿Vos tan compasiva, madre, chanceáis en las penas?

—Hija mía, es bueno levantar los ánimos... El dolor hunde y contrae el corazón, la alegría dilata y eleva el alma... Una broma pone alas a la creatura acongojada... Restituye a su proporción el hecho triste que el dolor abulta, filtra un rayito de luz en la tiniebla... Cierto es que gusto de chancear, ante las penas; no se me escapa que la ponderación misma, es el canal por donde se escurren los propios dolores inconfesables que las gentes ponen a cuenta de excesiva conmiseración por los otros...

Beatriz se daba el lujo de vivir fuera de la tragedia circundante, disfrutando del espectáculo caricatural que ofrecía la sociedad, en agrandamiento de pequeñeces, para dar expansión a los sentimientos de que era mezquina la vida poblana en ocasiones propicias.

Su ágil espontaneidad, la diferenciaba de aquellas damas momificadas en ceremonias, prejuicios y rutinas importadas de la Península.

Por la ventana se encuadró la figura de Apolinaria.

—¿Nadie ha venido a vernos, Polla?,—preguntó Alba...

—Pasó de a caballo don José Miguel, con otros mocetones. No se apearon. Me asomé a la verja.

—¿Está la patrona en el alto?—me gritó...

Por la tarde fué a averiguar del ama al corralón, pero no lo vide...

De súbito se encendió en oro fundido la altiva Cordillera.

Se esculpían y pintaban en su cara de piedra, audacias, hosquedades y ternuras, que no daban los rostros humanos, en la cólera, el amor o el odio.

Se alumbraban para Alba en esa simbólica lengua del Andes, problemas oscuros del diario vivir. Recibía de la altura aliento, consuelo, enseñanza e inspiración.

Era su libro de cabecera. Tenía la certidumbre que un gran Espíritu, alentaba en aquella abrupta forma de la Naturaleza, presidiendo el destino de la tierra baja desde sus soberbias rocas, que durante los rudos inviernos, acentuaban en brillo su virginal pureza.

Y ya en Agosto las nieves derretidas caían en espumantes cascadas sobre los campos quemados de sol, conservando la montaña sagrada su diadema de diamantes—insignia de su desposorio eterno con la luz.

Siempre guardaron relación en el alma de la niña los signos del Andes, con sus trances psíquicos...

El naufragio de la hostia de fuego, aquella tarde tuvo cortejo de magnificencias. Recordó, entonces, la joven, por extraña asociación, la mirada penetrante y atónita de aquel mozo descubierto en la esquina de la Plaza Mayor.

... Esos ojos habían abierto brecha en su alma—ventana que enfocaba un horizonte, ¿antiguo o nuevo?...

Los castillos de pedrería se irisaban en las cumbres... Se tiñeron de azul cobalto los lontanares. La degradación muriente de la luz cobró encanto de orquesta en sordina.

El crepúsculo se tornó grave... Todo enmudecía... El avance de la noche aumentaba la hondura del silencio. Las lumbres y diafanidades crepusculares se apagaban... La montaña gigantesca se envolvía en densos terciopelos...

Una inmensa quietud brotaba de la tierra cansada hacia la piadosa claridad del cielo... Los primeros grillos rompían la solemne mudez del atardecer en notitas agudas y metálicas. La

santa paz de la noche daba al mundo su amable tregua de diario afán.

.....

.....

En el cuarto de Basilia, ubicado en las casas viejas, se reunían confusamente, mesas de palo con escaparates de cedro, y sofás de caoba al lado de sillas empajadas. Finos petates y esteras viejísimas alternaban sobre los ladrillos.

Restos de aceites y pomadas de friegas, quedaban en pocillos de greda, junto a comidas rancias, guardadas en cajas de lata.

En los baúles se acumulaban ropas de épocas remotas.

Los muros desaparecían tras las estampas de santos y en la cómoda de jacarandá, imágenes de madera tallada, de dimensiones distintas, vestidas con trapos y galones de similar, amenazaban con torvos ceños de bandoleros.

Gustaba tanto la negra de los niños, que las creaturitas se sentían atraídas a su cuarto. Para esas visitas reservaba Basilia golosinas en los escaparates.

Una mulatilla de cinco años le tendía ahora las manitos... Basilia se levantó pesadamente:

—Te voy a dar un manjar...

—Empachas a los niños con tus comidas fiambres—le dijo, desde la puerta, Beatriz, que pasaba en ese instante, pero Basilia creía que toda comida era alimento para la *dibiliá*... única enfermedad temible en la especie humana.

Llamaba a los niños *los inocentes*. Había sufrido con el trato bárbaro que su difunto marido diera a sus propias chicuelas. Por reacción, aquel negro brutal despertó en ella mansedumbre y sumisión—menos por miedo que por bondad excesiva de su temperamento dócil, resignado y humilde.

Para la conciencia cristiana de Basilia toda creatura salida al mundo por rectas o torcidas sendas, era una sonrisa que el

Niño Jesús hacía a la vida—tierna sonrisa que borraba para ella toda idea pecaminosa.

... ¿Ni cómo había de ser punible el acto que sirve de puerta para que eche Dios un inocente al mundo?

... Para Basilia un niño era un ángel que el Señor mandaba de emisario suyo a la tierra.

Por humillante que fuese la condición de esclava y bajo el color, Basilia hallaba atenuación grande de miseria, en poder los esclavos reconocer a la creatura nacida por pecado de la madre, mientras que las amas, con su señorío, habían de renunciar a sus propios hijos, si no entraban a la vida por puerta sacramental.

La niñita estaba todavía sentada en el umbral, cuando Basilia le pasó un pocillo con turrón...

—Es la huachita que quedó de la Jesús... ¿Se acuerda, su mercé? La recogieron los Gómez de la carbonería. Haga memoria su mercé de la Jesús, que era larga y flaca como un candil de entierro... Bien guanita se amancebó con Ño Peiro, el cabrero del alto, que le hacía niño por cada nueve lunas en la curaera... porque era muy curao Ño Peiro... ¡Que Dios lo haya perdonao!— Basilia se santiguó contrita— porque echó al limbo a muchos inocentes.

Beatriz se asustó.

—¿Qué hacía ese bárbaro?

—Le daba la idea, porque era muy *idioto*, en que la Jesús no arribase a término con la creatura, y en cada *cura* la agarraba a patás... "Tomá pá que no te preñis más, condenaa", le decía... Hasta que se consumaba el malogro le daba con la penca de la montura.

—¿Y este crimen ha pasado aquí en mi hacienda?

Beatriz palideció de indignación al enterarse de que había sido traicionada por la más fiel de sus esclavas.

—¿Por qué no avisaste, mujer?

—Comprenda, su mercé, que esta gente no tiene temor de Dios... Pusieron a Ño Peiro al cepo, hasta que se le pasó la *cura* y cuando la Jesús fué fináa, tocante a las resultas de la última chanca, le tomó una pensión tan negra a Ño Peiro, que andaba como ánima en pena, encendiéndole velas a la difunta y gastando en responsos la plata de los días güenos—que no eran muchos—porque la salú iba a menos y la dibiliá lo consumió en calentura.

Ahora creía Beatriz, como su hermana, que el pueblo no alcanza todavía a la redención de Cristo...

.....

.....

Basilia, junto al brasero, cebándole mate a Apolinaria, le reprochaba su oficio de traperera...

—No le conviene a su alma, Mariquita, andar por esos barriales... La salpicarán...

—Si no fuera por mí, Bartola se hubiera condenaó... Cuando la saqué estaba pá morirse... Y a más gano cortecitos... Pagan bien las tiras de las amas, porque son güenas.

—No le conviene, ni siquiera pá ganar. Era de que tuviera buenos reales juntos pá su vejez, y ya no le quedan ni los trastos que le dejó Sor Carmen...

—Es que yo no lo hago pá ganar... como pá que se acuerden de Dios esas desgraciás...

—Ahora que la patrona le halló casa de respeto, deje esas andanzas... Mariquita, que si el Prebendado se entera, perderá la ocupación...

En realidad, para Pollenana la venta de vejestorios, que le daba paso a las *charcas*, era el alimento de su honesta imaginación, que la estada en conventos avivara, por curiosidad en

ayunas. Ella que no había pecado, necesitaba respirar la atmósfera del vicio, para agradecerle al Señor la pureza de alma en que su gracia la mantuviera...

Pollenana era una huachita mestiza de español y de zamba, criada en la portería de las Monjas Capuchinas.

Fué honesta joven, y ya mayor de edad entró a las Clarisas, al servicio de una dama noble, que hacía vida claustral de patio aparte, con sus comodidades y regalías.

Apolinaria aprendió a hacer dulces de pasta y tortas pinzadas. A la muerte de su patrona, pasó a ser cuidadora de casas solariegas, durante los estíos, en que las familias salían a recreaciones, en chacras próximas a Santiago.

Su honradez permitía que se le confiara todo. Quedaban los armarios abiertos y las bodegas sin candado.

Le agradaba el oficio e imponía como condición que la dejaran sola en el caserón, cuya responsabilidad asumía por entero. No gustaba de compañera, por miedo a las pependencias que se traban, ni mucho menos ayuda de varón.

La zamba que fué su madre, le comunicó un terror grande al sexo invasor. Su vida en conventos acentuó esa tendencia.

Llevada por miedo, convertido en atracción al peligro, enriqueció su imaginación con espeluznantes hechos y relatos que robustecían en ella cierta mezcla de reverencia a la fuerza masculina, junto al menosprecio que entraña el feroz instinto indomable.

Para Apolinaria, cada señorón o esclavo, llevaba consigo la misma bestia, que desencadenada por leve circunstancia, hace víctimas inocentes.

Los hombres—sus enemigos—la atraían y la asustaban conjuntamente.

Fuera de las Clarisas, su curiosidad retenida en el convento,

por natural recato y por fuerza del ambiente, se soltó en la ciudad.

A pesar de su beatitud—allegada a la iglesia de San Agustín y devota ferviente del Señor de Mayo, que tan mala cara pone a hembras desenfrenadas—satisfizo su viva curiosidad, recogiendo todos los chismes de amoríos y aventuras que circulaban veladamente en el villorrio.

Los poquísimos lugares donde recibían embozados por la noche, la atraían.

La principal casa de jolgorio, de la época, era regentada por la negra Tiburcia.

Estaba agazapada a orillas del río. No se veía entrar ni salir a los parroquianos. El canto y el tañido de las vihuelas se perdían en el fragor del Mapocho.

La negra comenzó su negocio con una ventita de arrollado y sopaipillas muy afamadas. Era un puestecito con carpa de lona.

Después tuvo casa, con ponche y dos niñas. La generosidad de sus huéspedes agrandó el negocio.

Bartola, la sobrina de Basilia, fué arrastrada por engaño a ese sitio y salió años después con la calentura de que murió.

La curiosidad de esas vidas pecaminosas, atrajo a Apolinaria. En su devoto corazón se proponía convertir a Tiburcia y sacarle a Bartola.

Llevaba en venta ropas viejas de seda y baratijas de relumbrón. También iba a la casa del río la mejor fruta de Peñalolén *pá la calor*, y quesos de cabra *pa que no les entrara calentura por dibiliá*.

En el lupanar se enteraba de la vida íntima de los señores. Les conocía la máscara de uso corriente en el caserón y comparaba con el rostro avinado, la palabra soez y la actitud canallesca de las nocturnas meriendas, al borde del río en el cu-

chitril infecto, hecho de adobones y palos, en que ejercía su negocio la negra.

Muchas veces Apolinaria, pasó la noche sobre unos jergones sucios del casucho, envuelta en su manto, para no contaminarse de pecado, y por la mañana iba a la primera misa de San Agustín.

Rogaba al Señor tuviese piedad por sus sacrosantas llagas, de aquellas almas empedernidas en el pecado.

Después caía a hora de almuerzo en el caserón de Santo Domingo, y por entre el torno, en que pasaban los platos y fuentes, desde el tercer patio al vasto comedor, oía las graves voces de aquellos mismos señorones, que en la compostura de la vida familiar, no dejaban traslucir el otro personaje—sá-tiro encadenado—que se diera amplias largonas, horas antes, en el cuchitril vuelto al río...

Pollenana hacía comentarios entre la servidumbre.

—¡Tan grandes señores, dignos de todo respeto en la casa, y tan iguales a los pobres más miserables, cuando no los ven!

.....

El matrimonio de Conchita fué el gran problema que distrajo la atención de los otros menudos problemas del tercer patio.

Allí sólo se pecaba de pensamiento contra el sexto, pecados pasajeros y de pura debilidad humana, mientras que Conchita, con su espíritu revoltoso, si no hallaba un marido de mucho juicio que oponer a su carencia de juicio, quedaría expuesta la honra de la familia y padeciera quizás alteración la línea de sañgre, que se conservaba pura, hasta de malignas sospechas.

Preciso era un hombre que le entrara por los ojos, que su-

piera halagarla hasta domesticar aquella avecilla soberbia, huera y volandera... Entre doña Cruz y el Canónigo se concertaron planes que salieron fallidos.

Le llevaron un mozo cabal, de alto consejo y prosapia, sedudo y devoto, continente y pelucón, pero era excesivamente miope, cabezón y muy feo...

A Conchita le dolió el estómago de mirarlo, y todas las esperanzas cifradas en tan garantida varonía, cayeron derrumbadas estrepitosamente a la primera visita.

Fué así, como después de una novena rezada en familia a Santa Rita, abogada de imposibles, se descubrió al mozo, que Conchita aceptó, en anhelo de que la noticia trascendiera hasta el joven, para forzarlo a presentar su candidatura oficial.

Estaba despechada por aquella ronda vana de carácter romántico, a la que no podía substraerse, impelida al portón por irresistible fuerza. Sus buenos propósitos de la mañana se rompían a oraciones... Así que daban el toque de ánimas, su agrio querer de venganza padecía suave desmayo...

Los pies se le iban solos a divisar el bulto donairoso de aquel hombre cuya ronda fiel pasó a ser la bella ilusión secreta de su ardiente juventud... ¡Cuántas veces quiso contestar sus requiebros con insultos, prohibirle el paseo por la cuadra, forzarlo a tomar honesta posición!... ¡Inútil! Le ahogaba la voz la misma fuerza arrastradora. La vista del capitán la contenía...

Ahora sí que doña Cruz y el Canónigo descansaban en la esperanza de que el *Amor* entrase al corazón de Conchita por el gran portón de mojinete empingorotado y con honores debidos a su rango... Se temió tanto que si el novio no lle-

naba las condiciones requeridas, la niña recibiese a Cupido por la puerta falsa de la calle atravesada, a horas clandestinas.

La hallaban capaz de todo, y lo peor era que no la entendían. Esa niña trajo al mundo nuevo, una maquineta complicada, con resortes desconocidos, de cuyo manejo nadie en la ciudad era todavía capaz.

Don Pascual, ante el indescifrable enigma, se resignaba a esperarlo todo del tiempo... — secreto agente de la Providencia.

—¡La salvarán los muchos hijos que Dios ha de concederle en su divina misericordia!,—decía con unción sacerdotal; pero doña Cruz, en maternal sentir, temía que el exceso de familia mutilase su fresca y sana individualidad.

Todos los temores fueron disipados por el novio, como hecho para Conchita en las Monjas Capuchinas, a cuyo milagroso Niño Dios, acostumbaban dar limosna los Martes.

Antonio de Cepeda y Aragón, hijo único de buena cepa y poseedor de vastas haciendas, vinculadas a su título de Mayorazgo de Castilla, con torre por juro de heredad, en la villa real de Toledo, era el partido clásico en la ciudad. Su buena presencia, finos modales y noble gravedad en el trato, auguraban a Conchita suerte y hermosa descendencia. En su voz cavernosa de agua colada por tubo de piedra, decía cosas interesantes, vividas o sólo leídas en grandes autores españoles, después de rodar muchas tierras...

Para Conchita, que se hallaba prisionera de esos muros, en perpetuo lamento de haber nacido en rincón de mundo, donde nunca sucedería nada de lo que a diario acontece en aquellos otros países distantes, don Antonio tenía el prestigio de la vida aventurera y novedosa de que estaba ella excluida.

Su novio le hablaba de la vieja España moruna y encendía con relatos pintorescos, su imaginación traviesa.

Hacían tertulia los cuatro, doña Cruz y Conchita, sentadas en el gran sofá de brocato carmesí, don Pascual y el joven en sillones de alto dosel. La conversación era general, como cumplía al buen tono y recato de la época.

El brasero de plata los dividía por sexos.

Cruz arrojaba zahumerio, traído del Perú en pastillas olorosas.

¡Linda prometía ser la procesión del Rosario!

—La Virgen va en un carro de pura plata bruñida—contó el Canónigo, pasándose la lengua apetitosa por los labios delgados, al mozo que abundaba en reminiscencias de la Semana Santa, en las catedrales primadas de España.

Conchita veía corto y adivinaba largo... No estrechaban sus ojillos punzantes y reidores, los contornos de las cosas. Se le ofrecían difusos los objetos y esfumados a través de un tul.

Este aspecto vagoroso de la realidad, dió pábulo a su fantasía, supliendo en imaginación la carencia de exactitud.

Enterada de su defecto trató de disimularlo, pasando a trueque de distracciones o inadvertencias, aquella invalidez visual, que consideraba ridícula, pues la ponía en retardo a ella, tan rápida, respecto a otros, de ocurrencias cortas y de vista larga...

En la calle, todos los militares le fingían de lejos la donairoso figura de su nocturno rondante.

Sin revelar su dulce secreto, averiguaba con destreza.

—Parece guapo ese capitán que se divisa por allá...

Iban por la Cañada de San Francisco, con Rosario...

—Vamos, Concha,—le respondía la hermana, cuyos grandes ojos esmeraldinos escudriñaban a larga distancia hasta mínimos detalles de los viandantes... — ¡Te deslumbran los uni-

formes, las espadas y los pecheros!... ¡Ese que se acerca es un pachacho con cara de mono!...

Acabó la niña por dar fe sólo al vuelco de corazón que le daba la bizarra silueta y la honda pisada del capitán.

Bajo la débil luz del candil que alumbraba el portón, se le mostraba un rostro de nobles rasgos, levantado el pecho arrogante, cubierto de espesos galones dorados y la caperuza inflada al viento en rítmico borneo...

Tras averiguaciones astutas, supo Conchita que ese uniforme pertenecía al regimiento de Húsares, traje que usaba aquel hermano de doña Javiera Carrera, ese guapo mozo que guerreó en España contra Napoleón—el ya legendario *José Miguel*—probable caudillo de una revolución que se incubaba en el aire, nutrida de injusticias, opresiones, abusos y crueldades...

¡Carrera, Mayor de Húsares! al solo nombre latió el corazón de la niña, que no lo conocería nunca por hallarse encerrada dentro de los más irreducibles cercos realistas.

Antonio de Cepeda tenía un amigo íntimo, con quien vino en el mismo barco desde Europa, Pablo Villeneuve.

Se frecuentaron en París, donde este joven obtuvo título de ingeniero.

Al recibir su diploma el tutor entregó a Pablo el capital legado por su padre, ingeniero también, que había estado en Chile. Esta circunstancia y el haber vivido de pequeño en España, permitían a Pablo entender la lengua castellana, aún cuando ya no recordaba los sitios que habitara de niño.

Las descripciones que Antonio le hiciera de su lejano país le encendían la imaginación en ansias de conocer usos y paisajes exóticos.

El tutor le dejó a entender, veladamente, que su nombre

francés equivalía a un pseudónimo. Razones íntimas precisaban silenciar el apellido verdadero... Así supo el joven de su origen clandestino, que su padre se halló forzado a ocultar, aunque le reconociera civilmente. De su madrastra española, muerta poco después que su propio padre, sin hijos, Pablo sólo recordaba su alterado carácter, exageraciones y violencias.

Espíritu místico, sensible y fino, no exteriorizaba las condiciones de su alma.

La carencia de hogar y de afectos, lo había concentrado hondo en sí mismo. Máscara de buena educación, le ocultaba el rostro psíquico, dejando trascender suave melancolía, no exenta de timidez.

Era alto, delgado, de rasgos suaves y claro colorido. Finura, reserva y urbanidad algo exagerada, lo barnizaban de distinción. Se sumergía en sí mismo, sin dejarse sorprender.

Antonio de Cepeda era más brillante en el trato social; daba más interés a los relatos, sin poseer la sensibilidad emocional de Pablo, cuya educación francesa, a base de mesura y matices, le pulió delicadamente el espíritu.

Se le estremecieron al mozo fibras vírgenes y sonoras, en el país nuevo, primitivo y conventual, adonde llegara sin vinculación alguna.

Todo le parecía viejo, agradable, conocido y aún en armonía con su íntima naturaleza.

Mientras Antonio se hallaba desterrado en su patria, oprimido en pueblo bárbaro, Pablo, venido de Francia, le hallaba al paisaje, a la vida, a las costumbres y a las personas, sabor de frescura y nobleza.

No se explicaba aquella anomalía, pero la vivía por sentimiento. Encontraba ingenuidad patriarcal en las costumbres y señorío de buen tono en las personas.

Simples eran sin duda las almas, embrionarias las ideas, fa-

nático en demasía el sentimiento religioso para su misticismo libre, pero conservaban, junto con cierta dignidad altanera, un respeto a la verdad, autoridad y justicia, que se perdía ya en pueblos más viejos.

Pablo se halló bien. Su profesión le daba sobrados medios de ganarse la vida, pero el artista estaba desorientado en la ciudad española, con edificios chatos y ninguna inquietud espiritual.

Sólo la Naturaleza daba grandes espectáculos en Santiago—feéricos cuadros — que pasaban inadvertidos a los habitantes, condenados a satisfacer las urgentes necesidades materiales.

Desde que se fijó la fecha de la boda, Antonio visitó a su novia por la noche. Fué un penoso dilema para Conchita. Hubo de suprimir sus nocturnos eclipses, ante tan celoso guardián. Después de tres angustiosos días sin asomarse al portón, hizo una escapadilla...

Aguardó... paseó su mirada por la calle desierta. Silencio... Soledad... Nadie... Se le heló hasta el alma... ¡No lo vería más!

Su angustia le reveló hasta dónde arraigaba aquella travesura inconfesada...

... Pasó la noche insomne, leyendo su amor en la desgarradura mortal de su sensibilidad.

Hizo proyectos insensatos, que desvaneció la cruda luz del día, arrojándola de cara sobre la realidad... Fué vencida por la fuerza de los hechos consumados... Se sublevó su amor propio, y hasta su orgullo femenino... Si ese hombre no pudo arriesgar una aproximación, bien merecía su pérdida... ¡No la amaba!

Presumió el capitán, quizá, que sus coqueteos eran una sim-

ple broma... Sangraba de imaginarlo enamorado, tímido y suponiendo sus manifestaciones, capricho de niña mimada...

Para no caer en flaqueza trató de convencerse, aún despedazándose el alma, de que el joven había querido Burlarla...

... Fué una aventurilla de soldado... Mata tiempo de noches vacías en pueblo chico... Se daba esa explicación a manera de calmante.

Mordió colérica el blanco almohadón de holán. Y se levantó altiva a la mañana siguiente.

Nunca como en esos postreros días que precedieron a la boda, resonó más cristalino su claro reír jubiloso, entre los paredones del patio, en el sopor de las siestas...

Antonio de Cepeda presentó a Pablo en casa de doña Cruz. Fué llevado por primera vez al mate de las cuatro, hora en que la familia se juntaba en torno del brasero tradicional. Se hallaban reunidos el Canónigo y las hijas casadas, Dolores, de ojos aterciopelados y tristes; Carmen, tipo bíblico, de sana belleza; y Rosario, la más hermosa—frente pura, ojos de lucero y facciones perfectas. Majestuosa en su porte de diosa griega, era el tipo de la mujer a quien se puede predecir el porvenir, sin riesgo de sorpresa.

Carmen, magnífica de porte, gruesa, ingenua y hermosa, pintaba un retrato hebreo de mujer sana, en actitud de nutrir con su savia una generación de hidalgos.

Dolores era picarescamente irónica. Su imaginación teñía con gracia la vida insípida de la ciudad. Remedaba a las personas en picantes caricaturas.

El peso del matrimonio en continua preñez, le robó fuerzas, y ahora su comicidad se velaba en suave desmayo, que no le restaba interés.

Conchita tenía el temperamento de Dolores. Era alegre y em-

bustera. Su imaginación ponderativa y pintoresca, bordaba en encanto leve los asuntos vulgares y hacía divertidas las huecas solemnidades coloniales.

Naturalmente, la chica encontró *pavo* a Pablo, el amigo presentado por su novio.

Ante tantos ojos femeninos y la mirada escrutadora del canónigo, el mozo se sintió intimidado.

Para aquella sociedad estancada, al extremo del mundo, un forastero era más atrayente que un peregrino del medio evo, que se detiene una noche en el castillo feudal y divierte la velada con relatos de aventuras...

Pretendían las damas no aparecer atrasadas ante el extranjero y se tragaban sus curiosidades para mostrar sólo sus conocimientos. Pasaban por ser niñas algo sabidas y muy linajudas en la ciudad remota...

Carmen preguntó si se acordaban todavía en Francia de la Reina mártir, María Antonieta.

Don Pascual aprovechó la ocasión para fulminar el crimen de los revolucionarios franceses, inspirados por las logias masonicas, que dirige Satanás en persona.

Cruz se alarmó...

—Sí,—afirmó don Pascual—en las reuniones llamadas Logias se deja al demonio un sillón vacío y si acepta la determinación que toman en su nombre, Lucifer viene en persona a ocuparlo.

Antonio y Pablo se miraron.

Carmen se asustó.

—¿Y cómo se presenta el diablo?

—En figura de hombre—respondió convencido don Pascual;—sólo cuando desaparece queda fuerte olor a azufre, que lo delata.

Conchita, que deseaba tanto ver al demonio de lejitos, nunca lo había divisado.

Con voz solemne de profeta, don Pascual anunció la ruina de Francia.

—Su crimen contra la Religión y la Monarquía sería castigado por pérdida de la Fe y decadencia nacional. ¡Los países sin Dios se corrompen y mueren! ¡Ese valiente canalla del tal Napoleón es la venganza de Dios que les llega!

La severa certidumbre de sus vaticinios enmudeció a todos.

Era, además, de mal tono discutir la autoridad que arrasaba consigo la sotana eclesiástica.

—Las malas semillas— continuó el Canónigo— han llegado hasta nosotros; hombres sin juicio predicán doctrinas de libertad, sacadas de esa Revolución—ruina de pueblos.—Calló en grave reticencia. . . Su mudez solemne evocó a los Carreras. . .

—Esta no es tierra para malezas—afirmó doña Cruz. . .

Para sacudir el peso de tales profecías, Pablo preguntó a Conchita si deseaba viajar.

—Quiero ir a Lima y traerme un negrito de pasa para vestirlo de encarnado y que me escolte a misa, llevándome la alfombra. . .

—Pero aquí, también, hay muchos negros. . .

—Feos, jetones, mientras que en el Perú se hallan negritos lindos, que es una gracia vestir. . . Una amiga de madre lleva a los oficios de Santo Domingo, un primor de negrito, todo de azabache, que yo le envidio.

Tengo una prima—le dijo—que gustará de oírle contar cosas de otras tierras. . . Canta en el harpa y habla otras lenguas

Antonio intervino. Era menester acercarlos.

En medio de los afanosos preparativos de la boda de Conchita, la víspera por la tarde, llegaron de Peñalolén Beatriz y Alba para asistir a la fiesta.

El último patio de la casa se llenó con los canastos de viandas traídas de las haciendas: pavos, perdices, chanchos y corderos. Todas las criadas trabajaban en preparar los arrollados, fiambres, pastas y mistelas.

De las monjas Rosas mandarían los dulces de maza real, regalo de la comunidad a los novios. También trajeron en mulas cargas de chirimoyas y lúcumas de Quillota.

La novia tuvo ricos presentes, aderezos de esmeraldas, de brillantes y un chal de *Terneau*, ofrecido en una bandeja llena de jazmines del cabo.

Con el júbilo ocasionado por cada regalo, Conchita bailaba en un pie de puro alborozo. Descubría pretexto para redondear ágiles piruetas o vibrar en estruendosas carcajadas.

La hallaban en la familia excesivamente niña, ya que de su boda sólo veía la suntuosa decoración pero ella guardaba un fondo cerrado a los más íntimos.

Por natural agudeza y penetración de ambiente, adoptó aquella *pose* de alegría y desparpajo.

Fingía distracciones sólo para conservar la libertad de obrar a su antojo. Era de mucha cabeza y mostraba de sí misma únicamente lo que cabía en la estrechez del medio. Lanzaba sus verdades en broma, por la imposibilidad de que fuesen aceptadas en serio. . . Además su risa inofensiva, por exceso de frivolidad, demolía suavemente los arraigados hábitos, que el ataque hubiera reforzado.

Pasaba en la casa por graciosa, superficial y muy divertida, pero bajo su aparente ligereza, los había calado a todos por sus lados vulnerables y con destreza suma los manejaba a pura broma . . .

Cruz pretendía grabarle la máxima que le inculcaran a ella misma sus abuelas, y que era un acertado recurso femenino de astucia: "Hazte lesa".

La esclavitud obligaba a la mujer a emplear esos medios de defensa, pero Conchita venía de vuelta, cuando su madre la encaminaba discretamente a la disimulación. Los había *hecho le-sos* a todos antes de recibir el primer consejo.

Aparentaba ser tan frívola que no tomaba el peso a los asuntos graves, para realizar libremente sus antojos, antes que un prudente aviso o anticipada reprimenda estorbasen su acción.

En las cuestiones escabrosas, procedía con tan bien simulada espontaneidad, que sus peores audacias quedaban selladas de inocencia.

Despistó a su novio sobre su verdadera naturaleza.

Le distrajo la atención del problema que encaraba, haciéndole tragar en menuda monedilla de gracia liviana, su astuta feminidad, duplicada por sagaz y fina destreza.

Creía Antonio casarse con una inocente chiquilla aturdida, cuando en verdad tomaba una mujercita complicada, sabidilla y picaruela, que le presentaba, con himeneo, un haz de problemas por resolver.

La hipócrita seriedad del medio desarrolló en ella, por contraste, el pudor de la grave hondura que llevaba en el alma. Escondía su intimidad, tanto como los demás dramatizaban asuntos triviales, haciendo grandes aspavientos en cosas nimias.

Alba estaba en el cuarto de alojados, cuando Conchita la vino a buscar para que conociera al gabacho, amigo de su novio.

Se resistió. No gustaba de amistades nuevas. Ese juego a hacer visitas—única diversión de la ciudad—a ella la aburría. Nunca estaba mejor que sola.

Su mundo interior era riquísimo. Vivía despierta a la vida, que se extiende más adentro del radio que abarcan nuestros

sentidos. Comunicaba con seres imaginarios, que para ella tenían realidad insuperable...

Las visiones de sus sueños eran más vivas que las de la vigilia. ¡Y estaba habituada, además, a ver tantas cosas raras!

Conchita le hacía violencia para que la acompañara pronto al estrado. Alba sintió hasta miedo, que no confesó a su prima...

También tuvo deseos de mirarse al espejo para componerse bien y estar bonita.

Estaba animada la tertulia del mate aquella tarde. Todas hablaban a la vez, y tan alto, que la algarabía tomó babelescas proporciones.

Los gorgeos de Conchita daban las notas agudas a que los demás hacían coro...

Sólo bajaban las voces cuando Dolores se prestaba a divertir la reunión con sus deliciosos remedos, caricaturizando a destacados y pintorescos personajes.

De los manjares preparados para la boda, se sirvieron en abundancia la víspera en el estrado: tortas pinzadas, huevos molles con almendras paradas, dulces de pasta, en surtidas formas de aves y frutas...

Era menester gustar aquellos primores, enviados por las monjas.

Don Pascual recomendó la aloja rubia y aromática, como bebida saludable, y también las coronillas y los dulces de mazapán, hechos por las Recogidas.

El mismo hacía honor a tan exquisitos manjares. Tiempo há se le cariaron los huesos de la boca, pero le quedaba el sentido del gusto—único inocente—que los años refinaban. Le compensaba ese sentido del paladar en potencia, a los otros tres debilitados por el desgaste y suprimido—el principal—por virtud de estado.

Pablo observaba aquella sociedad nueva y atrayente, a la que se sentía vinculado por inexplicable atracción. Le complacían los magníficos tipos de reales hembras, en esas damas que tenían noble el porte, finos los rasgos y brillante el colorido. Las mujeres irradiaban la sana frescura de la tierra joven. Eran bellas y puras, pero estaban dormidas—las Vírgenes del Continente Nuevo.

A excepción de Dolores, cuyas ardientes miradas delataban fuego interior, las otras, Carmen y Rosario, tenían la ingenua placidez de almas venidas al mundo sin pecado original, en sus ojos cuajados con agua pura de manantial.

Conchita, aunque tan inocente en el fondo como sus hermanas, prometía en el chispear de sus ojos bailarines, llenos de astucia, pecaminosos sabores.

Notaba Pablo que estas creaturas carecían de lo que sobraba a las mujeres de Francia "sexo". Ya Antonio le advirtió:

—A cualquier edad las chilenas son "*jeunes filles*".

Entraron a la cuadra juntas las dos niñas. Formaban entre ambas un acordé: tan de *allá* Alba y tan de *acá* Conchita...

A Pablo pareció Alba solitaria, distante y nimbada de invisible claridad.

El cuello alargado en imploración angustiada, sostenía la cabecita de querubín. Le incendiaban el rostro unos ojos que traían recados de mundos superiores...

Hablaba con otra voz y con otro acento que sus primas y el dibujo perfecto de la boca daba en la perfección de los dientes albos, nueva luz a la sonrisa.

Esa creatura estaba amasada en sutiles materias transparentes, hecha por maravillosa fusión en confín de mundos, allí donde el ángel toma forma corpórea y atenúa la mujer hasta el límite extremo su carne traslúcida.

Se sentó lejos de Pablo. Estaba callada, pero su silencio era vivo y sugerente...

El mozo no se atrevía siquiera a mirarla, pero más allá de sus ojos la sentía en la vibrante atmósfera de su aura magnética.

Alba presintió en ese *gabacho pavo* de que le hablaba Conchita, un alma prisionera de las vainas de hierro en que la vida embute el espíritu.

Era quizás un solitario, aquel joven esbelto y triste.

La conversación rodaba entre tanto sobre temas usuales, trajes, díceres, sucesos...

Dolores había contado en la mañana, desde el portón, el número de almofreces con que las Argomedo llegaron a medio día de Chuchunco.

Eran siete solteronas devotas y anchas como botijas de vendimia. El peso de la mayor—Pilar—había hundido con su pie diminuto en la Catedral, la loza de la tumba del Obispo Alday, y todos los sacristanes de la Metropolitana no bastaron para izarla.

Eran las Argomedo ricas, linajudas y soberbias. Desde su irreducible celibato consideraban el matrimonio su poquitillo indecente.

Además, no querían amos en sus tierras de Chuchunco—afamada hacienda a las puertas de Santiago—donde se producía la leche de mejor calidad, para abastecer la ciudad.

Se decía con la consideración que inspira una indiscutible superioridad: "*La leche de las Argomedo*", pero ellas conservaban su virginidad intacta, para ingresar al Coro de las Vírgenes, que en la Jerusalén celestial siguen al divino Cordero.

Ningún varón había tenido audacia suficiente para hacerlas cambiar de propósito.

Se burlaban de las Argomedo, porque se habían quedado en

la Colonia sin seguir modas. No se escotaron nunca, ni se pararon de jóvenes por las tardes bajo el mojinete del portón claveteado, ni lucieron en la Pampa su magnífica calesa, ni se pasearon tampoco por el Tajamar...

Dolores trataba de imaginar dónde podrían ubicarlas al día siguiente. ¿Por qué no llevarlas al oratorio? Se les serviría allí lo mismo que en el estrado y sus voluminosas personas no llenarían todos los divanes.

Conchita temía que descubriesen, al abrir el oratorio, el ala que le rompiera al Arcángel Gabriel, días antes, al sacarle bruscamente su traje de plata y cubrirse con esa vestidura resplandiente, para darles una animada aparición celestial a las criadas...

Tenía la niña cierta audacia con las cosas sagradas, que no auguraba nada bueno para su porvenir—especie de irreverencia sacristanesca.

Nada escapaba a sus risas profanas, ni las venerables tejas eclesiásticas, ni los rítmicos manteos, ni el Señor de Mayo, tan ceñudo, que, según voces, mereció el enfado de la Quintrala, hasta arrojarlo la sacrílega dama de su casa: "*No admito hombres amurrados en mi presencia*".

Tenía un diablillo adentro y estaba caída en su época, como en honda pila de agua bendita...

Se hallaban en agitada tertulia, con esa alegre excitación particular a las vísperas de acontecimiento, cuando Peta entró azorada a la cuadra, para anunciar que había parado la calesa de doña Javiera de Carrera.

No obstante la diferencia de orientación política entre las dos familias, se conservaba la amistad.

Nobilísima mujer, compartía los ideales políticos de sus hermanos. Era altiva, inteligente y hermosa.

Mandó con anticipación varios pavos gordos de la hacienda

de San Miguel, para la boda de Conchita, y ahora llegaba, seguida la calésa por un esclavo, que, en rica bandeja de plata labrada, traía para la novia un magnífico chal con chinerías y flecaduras desmayadas en franjas larguísimas.

Gran alboroto se produjo en las muchachas para desenvolver aquel presente, que las colmó de admiración.

—Necesitarías que Javiera te enseñara el donaire con que ella lleva los chales—dijo Cruz a la niña.

Conchita desplegó, en respuesta, el magnífico chal; se lo tiró terciado sobre los hombros, se puso de jarras, hizo una pirueta y probó que la valiosa prenda no desmerecía de gracia en su palmito garboso.

—¡Qué le vamos a enseñar, hija,—decía Javiera a Cruz—si ahora nacen sabiendo *componerse* las muchachas! ¿No me negarás, chica, que ya bailas cueca?

La madre manifestó que la niña bailaba danzas andaluzas con castañuelas.

—¡Castañuelas! ¿Y para qué?, cuando las tiene todas adentro... Esta chica llegó al mundo pandereta en mano y castañuelas en el alma. Uds. tienen apellido que suena a Navarra—dijo Javiera;—pero la niña es flor de las Andalucías...

Le admiraban a la señora Carrera las razas diferentes que mostraban las Iturgóyen, plácidas, calmadas y morunas, Carmen y Rosario, a la vez que apasionadas y diablescas, Dolores y Conchita.

Sus simpatías políticas iban de acuerdo con sus temperamentos. Carrerinas de afición, eran las dos vivarachas, y peluconas las quietas, pero el respeto a la opinión de la familia era tan fuerte, que cada una de las revoltosas se reservaba, como pecado, cuál era el caudillo de su preferencia.

Conchita, mimosa y zalamera, se sentó junto a doña Javiera,

y la acarició, dándole menudos besos por el cuello albo y desnudo, hasta la parte del pecho, que marca las cumbres.

—¿Qué hará Ud., Cepeda, con esta pizpireta?— preguntó amable la dama al novio.—Lo compadezco. Léase bien la Epístola de San Pablo... *que por tener paz, pierda el varón de autoridad...*

Al sentarse de nuevo, Alba y Pablo, quedaron en sillas próximas.

—Me gustaría tanto oírla cantar—dijo el joven.—¿Cómo podría hacerme presentar a su señora madre?

—Mañana, en la boda.

Decían vulgaridades, y otro diálogo mudo se desarrollaba entre los dos.

Tras aquella fisonomía casi cerrada—máscara del alma—descubría la niña en Pablo, otro rostro invisible, que le recordaba algo... no sabía qué...

Un extraño acorde, que nunca sintiera antes con nadie, se creaba entre ella y el desconocido...

Sentía Pablo un encantamiento superior a todo análisis, salido de lo más hondo del alma.

La niña formaba en su ser una armonía viviente, tan perfecta y compleja, que la observación aumentaba el misterio, sin explicarlo.

La limpidez de la frente—luminoso pórtico de acceso a su interior—deslumbraba al joven.

La tensión del cuello cisneño, daba a la fisonomía cierta mística ensoñación, que enriquecía sin destruir, el conflicto de los ojos angustiados y radiantes, extáticos y dolientes...

Los purísimos arcos de las cejas se cerraban en interrogación dolorida sobre la nariz perfecta y el rostro tomaba expansión en la sonrisa blanca... Humana en su expresión y a la vez divina,

era la joven alianza fatal entre dos mundos distantes—que juntaban en ella la amplitud del espíritu y la limitación de la carne, el seráfico gozo y el humano tormento, la luz y la sombra...

Pablo fué sensible a esa dualidad, que se expresaba sin palabras y sin gestos, por armonioso contraste de mujer con ángel, en ideal fusión.

Ahora no más comprendía su insensato viaje a un país tan distante... Esta niña era el imán que lo atraía secretamente...

Cuando sonó la Queda, todos se levantaron para despedirse.

Alba y Pablo se prometieron encontrarse al otro día. Ya sabían ambos que en aquel banal encuentro, un grave destino comenzaba a cumplirse entre ellos... Sólo al momento de separarse se dieron cuenta que ya se habían divisado en los Portales.

El muchacho salió con su amigo de casa Aranda, ebrio de felicidad, dislocado y aturdido... Se colgaba del brazo de Antonio y sólo decía:

—*Merveille!* ¡No hay palabras con qué designar a esta niña!... Todas las expresiones me huelgan por viejas e inadecuadas...

Cepeda descubría en Villeneuve insensateces y desequilibrios de artista. No aceptaba que otros experimentaran estados de alma, reñidos con el buen sentido, sino a modo de imaginaciones enfermizas. Ni tampoco admitía que el silencio en que siempre encontraba sumida a Alba, pudiera equipararse a la gracia de Conchita.

Antonio la hallaba linda, fina, angelical, pero fuera de las cosas humanas, habitando en las nubes.

... Deseaba que Pablo la oyese cantar. Era un cuadro vivo. Y quería que viese sus dibujos.

—Coge los rasgos esenciales y da el carácter en dos líneas.
¡Très amusant!...

Pablo ya no escuchaba a su amigo. Todo eso le parecía inferior, al milagro mismo de la creatura.

Su alma, sus breves palabras, y más que todo sus silencios, se modelaban en su tipo tan exactamente como la cutis al cuerpo...

La niña pertenecía a un mundo, de que era ella el primer emisorio en el pueblo distante.

No le extrañaba a Pablo que habitase el campo, ni que tuviera otras maneras de ser... Se prostituía sólo de frecuentar las gentes... No iba a la conquista del mundo... Venía de vuelta, poseedora de los íntimos secretos que inquietaban a los tímidos peregrinantes, del mezquino vivir cotidiano...

... ¡Era la última noche! Al recogerse Conchita a su cuarto tuvo una cita consigo misma...

Angustia y desesperación que no hallaba dónde ubicar en su alma, ni tampoco en los acontecimientos de las últimas semanas... Ya recogida en su lecho, sintió pasos.

... Con celeridad extrema le palpitaba el corazón... Creyó que alguien se detenía en su ventana.

... ¿Sí?... ¿No? Ligero ruido y los pasos recomenzaron desde la ventana misma... ¡la sonora pisada inconfundible!

Sus ilusiones prisioneras echaron a volar enloquecidas...

En puntillas fué a entreabrir quedo, muy quedo, la ventana...

Los pasos se alejaban, se perdían... ¡Nada!... Ilusoria o leve resonancia de cuando en vez...

Clavó la frente ardida en la reja de hierro implacable.

... Deseó escaparse tras el capitán, hasta el fin del mundo, dejando todo atrás, familia, novio, fortuna, nombre y honra... ¡Todo!...

¡Huir!... ¡Si, para siempre!

Acertó a mirar en el alféizar... y vió un ramo... Lo cogió con mano trémula... ¡Claveles rojos, atados con cinta lacre del mismo tono!

Aspiró devotamente en su fragancia el alma de su solitaria juventud, detenida ya para siempre en la simbólica reja de su balcón...

¡El silencioso homenaje le traía el postrer renunciamiento de un muchacho romántico que no tuvo más que ofrecerle!

Desató la cinta, para ceñírsela al cuello esa última noche libre, en sangriento emblema del místico degüello de su feminidad rica, a intereses aplastantes del mundo en que naciera...

Al desatar el lazo se desprendió un papelito.

Avida lo recorrió con ojos asombrados:

“Otro te conducirá al altar mañana...

¡Pero mía quedarás para siempre encarcelada!”

.....

Sorpresa, ira, humillación, despecho, hicieron a Conchita estrujar el papel con dedos crispados... ¡Qué insolencia!, burlarse así de su secreto afán, abriendo la puerta de la jaula al ave canora de su ilusión juvenil...

Cogió fuerza en su quebranto... ¡Ya hallaría en la vida, que es larga, ancho el camino y pleno de encrucijadas, a ese hombre para humillarlo!

¡Con la frente alta y el alma seca iba a jurar su fe en el altar al otro día, ante la ciudad entera!

En el momento de abandonar su alcoba en la tarde siguiente, vestida con el suntuoso traje de boda, el ramo de claveles rojos, caído al suelo, rodó entre sus piecillos, calzados con chapines de seda...

Desplegó la enorme cola de brocato blanco, por sobre las flores mustias, hasta quedar los claveles esparcidos tras su paso, en humilde trofeo de un ayer irrevocable...

Todo estaba dispuesto en las tres espaciosas cuadras divididas por tabiques de vidrios con marcos de cedro, que daban en transparencia de cristalería su amplio conjunto, enriqueciéndose la perspectiva por compenetración.

Las "*Donas*" formaban colecciones magníficas de chales con bordados multicolores y franjas, ruedos de encaje de Inglaterra y de Venecia, platerías en forma de zahumadores, bandejas, manserinas y animales.

La *plata labrada* estaba colocada sobre cajuelas de tarascea y cofres incrustados de nácar, marfil y carey. Los bargueños ostentaban las joyas, aderezos de diamantes y esmeraldas, zarcillos, brazaletes, sortijas, dormilonas y collares.

Constituían las *donas* casi una dote para la niña.

En la sala del medio se verificaría la ceremonia sacramental, bajo el gran retrato de la abuela, hierática y tiesa, pintada de cuerpo entero, en la amplitud de su rígida crinolina, quebrada de cintura y turgentes los pechos.

El escote en línea circular, rendía el bien ajustado corpiño al esplendor de la carne tersa, formando el vestido bandeja de

encajes a aquel busto hermoso, desnudo hasta bajo los hombros.

Allí, frente a ese retrato, de la mujer raíz de la familia, se sacramentaría Conchita, tomándola por testigos del juramento en que la nieta continuaría la tradición de austero linaje, marcado por la abuela.

Colgaban del muro cornucopias y espejos guardando en sus muertas aguas glaucas, los ya irreveles secretos de antaño...

Las sillas se alineaban en batallones compactos, atracadas a las paredes. Escaños forrados en vaqueta, fraileros de nogal, tapizados en alcatifas turquescas, ofrecían asiento a los invitados.

Una mullida alfombra apagaba y hundía las pisadas en grave silencio.

Al centro de la vasta sala, pendía del artesonado techo, con lacunares pintados de añil, una voluminosa araña de bronce y cristales, que elevaba un centenar de bugías. No obstante las candelijas de cristal cortado, goteaba la cera espesas lágrimas y las mil lengüitas y colgajos de vidrio, respondían con sutil vibración a la algarabía de alegres voces...

Regocijados chismecillos esparcía la araña, al coger en el aire ecos vibrantes de livianas charlas.

Las salas olían fuertemente a zahumerio, ardido en pebeteros de plata o arrojado en pastillas limeñas, sobre amplios braseros de cobre.

Los regios cortinajes de brocato carmesí, se quebraban en pliegues duros, por consistencia de la tela espesa. No padecían desmayo de tiempo, simbolizando en su recia tensión el orgullo de sus dueños.

En la tercera cuadro, se había dispuesto la gran mesa cubierta de manjares exquisitos. Una fila de camoncillos tapados por

cojinetes moriscos y espaldares de zaraza, daban descanso a los huéspedes.

Sobre guardameciles de Córdoba, aves en actitudes de héroe sacrificio, yacían con sus picos dorados y colas aderezadas sobre mullido colchón de papel picado.

Entraban por la vista las viandas, antes de complacer el gusto.

Los conventos de monjas vaciaron sobre aquella mesa sus primores.

Se amontonaban en amplias bandejas pajaritos y frutas fabricados con pasta de almendra y mixtura de olor, en salvillas de plata.

Las transparentes gelatinas temblaban recelosas, exhibiendo en su acuario congelado "Pensamientos" de terciopelo obscuro que se inmovilizaban en su agua de topacio estancada.

Las confiterías alzaban castillos de caramelo, altos como campaniles sobre magnífica peana de sólidas almendras, coronados por angelitos de azúcar.

Las frutas tropicales, piñas, plátanos, se amontonaban, junto con las suaves chirimoyas de Quillota, las untuosas lúcumas y las limas frívolas de insípida frescura.

Las jarras de cristal se teñían de ámbar con la rubia aloja de culén, enviada en calabazas.

La abundancia rivalizaba con la finura exquisita de las vituallas. Se acumulaban desde las carnes más gruesas y aliñadas, como las galantinas y los arrollados, hasta las delicadezas más finas al paladar en perdices y pavos.

Se recomendaban las pastas de mazapán, los huevos chimbos y los dulces llamados monjiles, como de excelencia, exclusiva a la capital, Santiago del Nuevo Extremo.

El sol daba su augurio feliz a la boda de Conchita, presentándose desde la madrugada, como convidado de gala.

Llegaban las calesas en áspero rodar sobre las piedras, penetraban al patio, se desmontaba pesadamente el rollizo auri-ga, respiraba hondo la mula, y se procedía a desembarcar a la dama que ocupaba todo el hueco del vehículo por la amplitud de su pollera.

Desprendían los esclavos las cadenas de los cabestrillos para sujetar a las mulas caleseras de los horcones del patio.

Al aproximarse la hora cundían las calesas, de donde bajaban grandes personajes, vestidos algunos, para la ceremonia, con anticuados trajes versallescós; casaca de paño, amplia corbata de encaje, sobre chaleco de seda bordado, botones de oro, calzón corto y sombrero apuntado.

Entraron pausadamente los condes de Sierra Bella, el marqués de Cañada Hermosa, don Manuel Manso, el conde de Quinta Alegre, el Oidor Aldunate.

Cruz y sus hijas recibían con majestad y magnificencia, pero se temía que la novia desentonase este ceremonial que creara la noble estirpe de la familia, con honda raigambre castellana.

Los invitados se hacían graves reverencias y pronunciaban las frases consagradas por el uso para las circunstancias solemnes.

Alba colocaba en esos momentos el velo a su prima en forma de toca monjil, y se lo ceñía sobre la cabeza y cuello, con los hilos de un collar de perlas, heredado de una abuela española... En su penetración intuitiva, daba a las perlas significación de lágrimas... Creía que la herencia de dolor, augura dicha...

El óvalo de la niña, encerrado en estuche de vaporoso tul, velado hasta los ojos y estrechado en hilos de perlas, aparecía fresco y candoroso. Las luminarias de sus ojos vivarachos le encendían fugitivas chispas de oro.

Arrastraba una enorme cola de brocato blanco, símbolo de la antigua raza de donde salía al mundo... El traje severo y

ceñido como una mortaja, debía significar que el matrimonio es la muerte de la mujer.

La llevó a la cuadra un tío, único hermano de su padre, cuyo tipo señorial era ejecutoria de nobleza.

Estuvo solemne y hermosa la ceremonia, grave el novio, agradecida la novia y majestuosos los padrinos.

Se casaron al centro de la sala, bajo la araña grande con sus cien velas encendidas, en soberbio haz de luces.

Las vibrantes cristalerías de los colgajos, rompían el hondo silencio, dando rumor de tintineo a la sala en que la solemnidad del acto paralizaba a la concurrencia de hidalgos, caballeros y nobilísimas damas.

Los latinazgos litúrgicos, caían graves sobre las conciencias de los asistentes.

Detrás de los novios estaba colocada una imagen grande de la Virgen del Carmen de expresión arrobada, con las manos cruzadas sobre el pecho y cubierta por magnífico manto recamado de pedrerías.

Fué préstamo de los Padres Dominicos, por deferencia de la comunidad a la familia Aranda, cuyos varones siempre cargaron el anda mayor, en sus procesiones.

La Virgen asistía en calidad de primer testigo a la boda.

Beatriz y Alba miraron, durante la ceremonia, la imagen bendita y el mismo pensamiento las asaltó...

Observaron que la Virgen miraba muy alto, cual si Ella, que representa el eterno femenino en el mundo, supiera cuán lejos está *Amor* de aprisionarse en formas consagradas y cuántos divinos secretos han de esconderse bajo las bendiciones rituales.

La Virgen Madre, arrebatada en divina contemplación, decía cuán breves son los lazos que en la tierra contraen las creaturas...

La figura virginal que emergía de nubes—el misterio de la pasada vida—se exaltaba al infinito de otro misterio futuro cual si en la tierra *Amor* fuese nudo de oro que vinculase desde el obscuro ayer hasta el desconocido mañana.

La actitud extática de la imagen, prescindiendo del acto mismo allí verificado, era símbolo del secreto transcendental, que envuelve nuestros gestos, nuestros actos y nuestras vidas dentro de fórmulas idénticas, que no contienen la íntima verdad de cada alma.

... En ese momento, dentro del apretado grupo de cabezas que hacían anillo en torno de los desposados, una mirada vino a sorprender a Alba, y tuvo la fuerza magnética de abstraerla a su contemplación, citándola atrevidamente allí mismo.

El poderoso imán que la atraía... eran los ojos de Pablo...

Sintió la niña en la soledad de la vasta sala, cuya sensación le daba la gente, que había encontrado sitio donde asilarse.

Aquel mozo extranjero y desconocido, a través de banales palabras, poseía un alma perteneciente a la misma región que habitara en sus solitarios ensueños...

Terminada la ceremonia, rompió un bullicio en que se desataron todas las lenguas en incontinente verba.

Se deshizo el apretado anillo formado en torno a los desposados,—sortija preciosa en que vertían sus reflejos volubles las lengüitas de fuego de cien candelas.

Se arremolinó compacta la concurrencia para abrazar a los novios y, en unos cuantos segundos, Conchita y Antonio, de pie sobre el estrado, fueron víctimas de la avalancha, que se precipitaba sobre ellos con los brazos abiertos.

El velo de Alencon que cubría a la novia, sufrió recias desgarraduras. Placían tanto a Conchita las *bolinas*, en que ha-

llaba expansión su juvenil ardor, que las roturas de tan preciosa prenda no la inmutaron.

Tocaban en la piana, el clavicordio y el harpa, cadenciosas danzas, en que las anchas damas y los apuestos mancebos, componían las figuras tradicionales de las cortes europeas. Se bailaron pavanas, minuets y rigodones, al són de lentos compases y graciosas reverencias cortesanas.

Fué un torneo de elegancia en la vasta sala. Se pintaron móviles cuadros vivos, al mezclarse los colores de los trajes y el ritmo de las franjas.

La gran cena, con viandas calientes, quedaba preparada en el comedor, al fin del segundo patio. Tenía cincuenta asientos y no se abría hasta oraciones. Entrarían por orden de importancia los invitados a sillas marcadas, según su rango.

El novio solicitó que Alba hiciese a la concurrencia el honor de tañer el harpa. Insistieron con ardor muchas personas.

—Sería lo más particular y hermoso de la fiesta.

Costó hallarla entre la multitud, que llenaba las salas. Tenía el don de hacerse invisible...

Las bellezas de apariencia exterior se imponían triunfalmente, pero ella se borraba en el mundo. Contribuía a disimularla la carencia de adornos llamativos. Y clausuraba en abstracción serena el esplendor de su hermosura.

Se colocó ante el tabique de cristalería de la cuadra principal y tras su harpa dorada.

La figura blanca recortada sobre los cristales y vista a través del palpitantes cordaje, era una ideal visión que el oro del instrumento destacaba en reluciente marco.

Con dedos liliales preludió un estudio de Mozart, de claro dibujo melódico, describiendo el panorama musical, en que su

voz se alzó cristalina—alma gloriosa que llenaba la vasta soledad.

Vibró la sala en ondas de mística dulzura.

Su rostro arrobado, traía mensajes de mundos remotos, que repartían los ojos iluminados en alta ensoñación.

Le parecía a Pablo tan lejana aquella niña, tan inabordable... pero ahora, la ternura de su canto acertaba distancias... su voz algo extasiada, pero cálida y redonda, con acentos de dolor y de piedad, la humanizaba.

Había exilio, soledad y melancolía en su tono. Era todavía terrena, a pesar de su elevación, y Pablo se sintió alentado aquella tarde, en que se hallaba solo en la casa, abandonado en la fiesta y desconocido en la ciudad...

¿Quién era él, entre aquellas personas ceremoniosas, linajudas y altivas? ¡Nadie!... Presentía, sin embargo, que para Alba, él, así obscuro, tímido y fuera de ambiente, sería alguien... Su acento le era familiar, respondía a secretas entonaciones de su ser.

—¿Qué inconscientes añoranzas cantaban en su alma ritmo secular?

La voz de la niña era un conjuro, un llamado de remoto pasado, cita de almas distantes, separadas por espacio y tiempo, nota acordada a clave, en que el alma percibe su íntimo secreto.

Las vibraciones de cristal quedaron todavía cantando en el silencio espiritual que creara, prolongadas por divino encantamiento hasta extinguirse en suavidades de diafanidad muriente...

Cuando brotó otra vez el ensordecedor bullicio de las conversaciones, algo se había elevado secretamente en la sala, alzando el nivel de las ideas, como si en la música social que com-

ponen las notas individuales, se hubiera cambiado de llave y de pauta.

Después de oírla, los hombres eran menos groseros, las mujeres más idealistas y los viejos más indulgentes.

Todos fueron momentáneamente abstraídos a la limitada realidad y arrebatados a esferas presentidas en raros momentos de pesar, de amor o de ensueño.

Mientras Alba cantaba acompañada del harpa, Pablo sintió la persistencia casi penetrante de una mirada, que lo imantó en su dirección visual... Enfrentaron sus ojos una preciosa cabeza de mujer todavía joven, pero de cabellos plateados. Semejaba una duquesa del gran siglo, si el alma asomada al rostro, y que se entregaba en ojos purísimos, no indicase una filiación diferente...

Su expresión rompía los clichés, con que en la fábrica divina se hacen tipos humanos, para enviar a tierras nuevas...

En su comparación, las personas allí reunidas parecían hechas sobre el mismo molde. Detonaba por originalidad esa figura.

En el relámpago que cruzó las miradas de la desconocida con el joven, hubo en la dama asombro, pasmo y deleite... Sus ojos zafirinos fueron súbitamente velados por sombra candente...

Era Beatriz, que descubría en la multitud que se agrupaba en torno del harpa, la cabeza de Pablo.

Aquel mozo, de expresión algo velada, se le presentó desnudo en su alma... Le halló algo de vagamente conocido, de remoto... casi como un recuerdo subconsciente...

Beatriz creía en las vidas pretéritas, pero nunca como ahora, en este vulgar encuentro, sintió que aquella fantasía tomaba realidad.

—¿Lo he conocido en otra vida, acaso?,—se preguntó.

El muchacho no se parecía a nadie que ella recordara...

Se deshizo la masa compacta que formaba círculo al harpa y en pequeños grupos comentaban la voz de Alba, la poesía romántica de su figura: ¡todo!

En ese instante, Cruz, arrastrada por el remolino de las gentes, quedó junto a Beatriz.

—¿Quién es ese mozo alto, pálido, delgado, a quien no conozco?—preguntó.

—¡Ah!,—dijo Cruz, después de fruncir ligeramente el entrecejo,—debe ser un amigo de Antonio, con quien vino de Francia!

¡No podía ser otro!... Beatriz comprendió entonces...

—¡Un francés!, ¡ah, sí, ahora entiendo! Lo hallé distinto de los demás.

—Es el mismo de quien hablamos anoche...

Deseaba conocerlo...

Conchita derramaba sonoras risas. El novio departía con gentil solemnidad, sin que el acontecimiento lo sacase de su pauta. Argüía una dama que no era zalamera la niña, sino orgullosa...

Una señora pelucona reparaba con suspicacia que a la madre y a la hija no se les veía adheridas a convento alguno, como era de regla en las otras familias que estaban inscritas en las cofradías de San Agustín, de Santo Domingo o bien de Nuestra Señora de la Merced.

¡Nunca bajaban del campo a las grandes novenas, ni iban a arreglar andas para las procesiones, ni a vestir Santos, ni a las fiestas de tabla en la Catedral!

Estos reparos enturbiaron la admiración que provocara el canto de Alba y la originalidad de Beatriz, con su hablar pintoresco... Se le sentía cerca de la Naturaleza, por su frescura y espiritualidad.

—Esa vida tan alejada y solitaria que llevan en la Cordillera no es de bien pensar—observó un rígido señorón, de mucho peso en sus ideas.

Asintieron los oyentes, porque la maledicencia era la sal y pimienta de las conversaciones.

Incapaces de comprender a personas distintas de sus reducidas conciencias, dejaban caer granitos de ají, que condimentaban de turbia malicia, la claridad de almas superiores.

Un chusco que oía de pie, cerca del grupo, aseguró que Beatriz y su hija estaban tildadas de embrujamiento... Se decía que allá en el campo practicaban hechicerías, que los espíritus malos andaban sueltos entre los árboles, que las ánimas penaban de dar espanto, que los Sábados de Cuaresma celebraban las brujas en aquellas cimas un furioso aquelarre, y que ningún sacerdote había querido ir a arrojar el demonio de esos sitios malditos.

—¡Ave María Purísima!,—exclamó la señora pelucona y se santiguó devota... El caballero sesudo pitó rapé y el chusco quedó satisfecho de haber apuntado en el blanco...

Otra señora que se había unido al grupo—crujiente en las sedas de su falda indomable—añadió en tono compungido que una religiosa capuchina había visto a Beatriz ardiendo en llamas.

—*Leen malos libros*—apuntó reposado el señor de consejo—y no reciben dirección eclesiástica.

La señora pelucona se había enterado, por personas que lo saben de alta revelación, que en ciertos sitios de cordillera están refugiados los espíritus aborígenes, expulsados por los conquistadores, para dañar a los habitantes de sus antiguos dominios, suscitando almas femeninas con particulares encantos de seducción, que con voces de sirenas y miradas ardientes, que man de lujuria las almas...

Lo dijo con acento medrosamente reservado... Hasta el chusco sintió pasar una helada ráfaga de aire demoníaco.

—¡Son raras!,—resumió el solemne señor, y el hallazgo feliz de esta plabra cómoda, encontró eco en todo el grupo...

¡Raras!, repitieron todos. La rareza era mina de malévolas sugerencias—expresión que sin definir nada concreto, levantaba el fantasma del ridículo y erigía en pedestal el pecado de no pertenecer a la masa de aquel rebaño humano, cuya única perfección consistía en ser y hacer, igual a todos los otros. La singularidad era temida, el individualismo condenado y el progreso rechazado...

.....
Sobre la gran mesa, llena de manjares había caído ahora la gente en avalancha.

Hasta se relajaba en aquellos momentos la etiqueta y cesaban las reverencias. La materia recobraba sus derechos primitivos, por sobre todo orgullo y galantería.

Las damas de más edad quedaban repantigadas en los grandes sofás de medallón y sillas de altos doseles. Eran servidas ahí mismo por los criados que llevaban bandejas con refrescos, frutas tropicales y coronillas de las Monjas.

Entre bocados y tragos, las nobles señoras comentaban... Cada pollera de brocato rígido llenaba un diván entero.

Se sentaban con gravedad, como cumplía a su calidad de honestas damas; el ruedo de la falda extendido, quebrada la cintura y oprimido el busto dentro del corpiño tenso que rebalsaba sus opulencias en el escote de bandeja.

La línea de vasallaje rendida por el justillo, corría bajo los hombros desnudos y modelados en suaves contornos, conteniendo en su estuche de seda, las protuberancias de los pechos, hasta las cumbres—última frontera permitida por el uso recatado de la época.

—¡Conchita se ve preciosa!,—decían.

—No me gusta su vestido—exclamaba otra.—No es traje de desposar. Es mortaja.

—Esa prima extravagante es causa de que parezca difunta. Sus hermanas no gustan de disonar ni de faltar a las costumbres...

Dolores llegó a punto y escuchó el elogio que iba enderezado a la familia, pero ella también gustaba de fantasía.

Le preguntaron hipócritamente por qué su prima Alba vivía tan retirada de la sociedad, donde podría lucir.

—Es esquivia... Cuando viene a casa no nos acompaña a paseo, no quiere ir por las tardes al Tajamar ni a la Pampa. Tampoco gusta de pararse en la puerta antes de Queda con Conchita—rival de oficio con el vigilante de punto en la esquina.

—¡Sí!, y era un cuadro en el verano, cuando se paraba en el portón, vestida de tarlatán rosado.

—Parecía el Angel de la Trompeta en el anda de la procesión del Señor de Mayo.

—Y su risa permanente es clarín de fiesta—dijo Dolores.

Hizo traer a las damas, ancladas en los sofás, limas, chirimoyas, lúcumas.

Era uso sacar de las fiestas todo lo que cabía en la mano y también en el pañuelo...

—Es muy lista... —dijo doña Juana Villarreal, amplia dama, cuyo vasto estómago la ponía al abrigo de toda indigestión.

—Es demasiado vivaracha, pero su esposo la empuñará luego. Tendrá un hijo por año y reclusión continua en la chacra.

—Se ha desmejorado mucho... Le quedan los ojos como muestra. (Se trata de Dolores en otro grupo).

—El novio parece hombre de peso—continúa el comentario doña Pepa de Lastra.

—Lo que necesitaba Conchita, ni más ni menos, un hombre de consejo,—contesta la vecina, señora también frondosa que engulle blanca pechuga de pavo...

—... Dicen que ha rodado muchas tierras, que ha traído libros en otras lenguas y que se van a encerrar en el campo...

—Muy acertada determinación—dijo una solterona arrugada en cruz...

—Suerte y mortaja...

—¡Del cielo baja!... —dijeron en coro las otras... pero la solterona, por avaricia de la suerte, esperaba con certidumbre sólo la mortaja.

Frente al grupo, Alba estaba de pie y Pablo a su lado.

Así que repararon las devotas damas, en la pareja, mordieron a los jóvenes con dientes de malicia, más ávidos que sus afilados colmillos al hincarse en el pavo...

Se apoyaban a una mesa consola de jacarandá, en donde un fanal de vidrio cubría un Niño Dios, reclinado en roca, y con los divinos atributos de su infantil dominio—animalitos y pastores, reyes magos y juguetes.

Pablo la contemplaba tímidamente...

A su aproximación se embotaba. Todo lo que tenía preparado para decirle, se le borraba.

Se le ponía el cerebro en blanco.

Los andamiajes con que preparara su discurso para comunicar con la dulce y enigmática creatura, caían por tierra.

Y quedaba frente a ella, mudo y desconcertado.

Alba gustaba de aquel silencio, en que leía tan secreta afinidad consigo mismo.

Cambiaron una mirada que contenía mundos de indecibles sentires, que nunca tal vez, tomarían carne en palabras...

Sedante dulzura embargaba a Pablo, que se sentía protegido junto a ella... Después de haberla descubierto, nunca volvería a ser el hombre que fué antes.

Abriase ante él una ignota puerta de la vida, cuya larga perspectiva enfocaba viva claridad... luz que cambiaba el sentido y la finalidad de las cosas...

Era un mundo nuevo de ocultas posibilidades que se le revelara en el silencio de un segundo...

Quiso decir algo y no pudo. Siguió callado. Se hallaba ridículo.

Las señoras de enfrente, ya hartas de comer, se dedicaban a contemplar...

—Es bonita la hija de Beatriz, pero parece muy muertecita.

—¡Y qué raro el francés! Ese joven forastero que está a su lado. No habla, fíjate...

—¡Un gabacho mudo! ¡Qué milagro! Ellos que son tan parlanchines en su habla cerrada.

—Este se guarda la lengua como reliquia en la boca...

—¿A qué habrá venido este joven?—preguntó otra.

Varias respondieron:

—Pues, al orito de América, hija; ¡jociosa pregunta haces! Creen que es llegar y agacharse a recoger los montones de onzas que les tenemos preparados.

—Seguramente traerá cosas que vender.

—No pierden estos gabachos el viaje en venir a hacer reverencias...

—Esas las hacen allá en su tierra; aquí, a sacar provecho y a llevarse los reales...

Alguien contó:

—Un forastero, que se las daba de tener muchas campanillas, trajo un surtido de tisúes riquísimos, de chales, abanicos y sombrillas.

Fué convidado a todas partes como gran señor con título nobiliario y su criado le vendió las mercancías sin que nadie se enterase.

¡Era comerciante y estafó a la alta sociedad!

Le abrieron todas las puertas, franqueándole nuestros grandes salones, por creerlo noble de primera, con título de marqués.

—¿Y no se le conoció en la facha que era simple mercader?

—No, estos gabachos tienen la palabra tan fácil, son tan cumplidos con las señoras y accionan con las manos tan sueltas... Sus reverencias parecen hechas sobre goznes. Nadie sospechó lo que era de verdad... ¡un comerciante!—El acento desdeñoso subrayó de indignación la estafa de que fueron víctimas.

—¡Un vendedor de trapos!,—acentuó otra...

—¿Sabe Dios lo que será éste, que ha traído Antonio?...—dijo, con voz de bajo profundo, una dama que pitaba muy hondo el rapé, sacando con sus finos dedos, narigadas de tabaco de su cajuela de oro cincelada, con incrustaciones de piedras preciosas...

—Son muy peligrosos estos desconocidos— asintieron todos como verdad demostrada...

—¡Para estar seguras con los hombres, hay que saber de qué vientre han salido!

—Y es lo único que puede averiguarse con probabilidad de acierto—dijo Dolores, que traía un vasito de mistela a doña Juana, ya congestionada por el exceso de chancho...

—Lo demás es el secreto que el Espíritu Santo—la más discreta de las tres personas divinas—revelará el día del Juicio en la tarde—añadió con su comicidad Dolores.

.....

Alba y Pablo pasaron a la otra sala y tomaron asiento.

Las parejas, después de refrescarse con encopetados platillos de helados, se armaban para bailar un rigodón.

La música y el baile, la apretura en que se agrupaban los mirones, el entretenimiento que el espectáculo proporcionaría a las señoras pomposamente embutidas en los asientos, todo eso, les aseguraba la soledad de una aproximación tranquila.

En la otra sala se sintieron el blanco de las miradas de las virtuosas damas, siempre en acecho de curiosidades... Perezosas e incapaces de pensar, se divertían mirando en torno, para sacar consecuencias extremadamente simplistas.

En su existencia ociosa buscaban asuntos que les proporcionaran comentarios con qué teñir de color o entibiar de emoción el hastío de vivir...

—Su voz ha sido para mí una revelación — dijo Pablo a Alba.

—La voz es lo que tiene más verdad interior—dijo ella...
Callaron.

Seguía el diálogo mudo de las almas.

—Querría ver lo que Ud. pinta.

—No sé dibujo; no he tenido maestro... trato de ir más adentro de lo que veo...

—Es lo único interesante... El arte no es copia de la Naturaleza... interpretación sí... idealización, sobre todo...

—¡Creación!,—afirmó Alba, con su voz clara y sus ojos abismáticos...

—¿No será una quimera la pretensión de crear, ya que la Naturaleza y la vida se expresan en símbolos?...

—Para que los penetremos... que es quizás el principio de la futura creación... Por ahora debemos ahondar esas imá-

genes en que las cosas se muestran... después, tal vez, descubramos por medio del arte su esencia espiritual... y los artistas las hayamos recreado por interpretación...

Su aserto encerraba la fe de un alma, que no ha aguardado nunca, ante puertas cerradas... Pablo buscaba o indagaba... pero Alba comprendía... Todos los caminos le estaban abiertos.

Ciega en su sexo negativo—la materia física;—abierta en su alma positiva—el espíritu,—caminaba segura al borde de los precipicios, con su tea encendida y elevada en alto...

Lograba percibir con exquisita delicadeza matices de sensibilidad y le eran tangibles sensaciones desconocidas a los otros.

Se aventuraba el muchacho con timidez en el sendero que Alba recorría serenamente impávida, con extrañeza de que los demás, no sintieran aquellas cosas, que le eran naturales como la vida misma.

Pablo era sólo un hurgador de emociones, atrevido explorador de impalpable más allá...

Beatriz, desde el umbral del salón, miró en círculo buscando un asiento y se encontró con su hija y el joven desconocido.

Avanzó resuelta. Pablo la vio venir y se levantó como un sonámbulo. Aquella mujer, de cerca o de lejos, lo embobaba...

Beatriz, al acercarse, sintió un violento choque... turbación

—¡Mi madre!,—dijo Alba al joven... —¡Mr. Villeneuve!

Se estrecharon la mano.

El contacto de aquella piel dió a Beatriz una conmoción que circuló en acelerado bullir de sangre por sus venas.

—Había reparado en Ud.—le dijo, tomando súbita posesión de sí misma.

—¡Y yo también!, — balbuceó el muchacho, extrañamente conmovido.

—Son mis cabellos tan blancos, que resaltan... —continuó, ya más segura de sí...

—Dan luz... y en un rostro tan fresco hacen contraste

—Mamá encaneció muy temprano y así de pronto...

—¡No!, en tan breve tiempo—dijo Beatriz, riendo, ya dueña de su emoción.—Parezco muy vieja, pero yo me siento joven... No se me ha arrugado el alma.

—¡Ni la cara!,—siguió Pablo, menos turbado.

Era simpática y natural, sin esas lentitudes y rigideces de la gente santiaguina, que parecían firmar en cada gesto sus pergaminos.

Había roto el empaque y la solemnidad de los hidalgos castellanos. Detonaba en la tiesura del medio... Sus ojos clarísimos se aterciopelaban de súbito, tornándose extraños a la vida, como si viniesen de lejos y se ausentasen después de posar leve mirada sobre el mundo. La flexibilidad verbosa de su conversación admiraba a las gentes de comprensión tardía y palabra corta.

Había huído para siempre de ese inflexible código social que se llama "Agradar" y que consiste en la perfecta adaptación al medio, sin chocar en opiniones, actos ni tocado.

Beatriz no se amoldaba a nada ni a nadie. Era ella.

Se había realizado conquistando su independencia a trueque de permanecer al margen de la vida. Iba a sociedad como a un espectáculo indispensable de soportar en ciertos días y horas.

Desde su alta mansión bajaba a la Villa como se va al teatro a aburrirse, cuando los cómicos son malos. Era monótona la representación y se reía a solas, sintiendo inmensa piedad ante la vacuidad espiritual que ocultaban aquellos gestos solemnes.

Ella y su hija, fuera de pauta convencional y abiertas a otras esferas, sentían desproporción grande entre la vivencia en que

estaban sumergidas y las pequeñas rutinas infantiles y huecas que practicaban en la sociedad de abajo. Se burlaban entre ellas, sin participar de aquella vida de muñecas.

Beatriz se alejó pronto del grupo que formara su hija con el joven francés.

¿Por qué se sintió tan conmovida? No podía explicárselo, en aquel banal encuentro con un desconocido. Tal vez le impresionó ese hombre de otra raza, más vivo en su aparente laxitud, que aquellos señorones y damas que se movían, actuaban y pensaban de prestado... La impresión era más fuerte que todo eso... No podía engañarse...

—*¡Conocido de vida anterior!*—se dijo en el secreto de su conciencia.

Ocultaba aquellas antojadizas ocurrencias como pecados. No quería aparecer loca, en el mundo donde le era menester casar a su hija. Ya estaba suficientemente tachada de rareza, y entre todos esos fantoches—la diferenciación, aunque fuese por superioridad, era falta sin remisión posible.

No olvidaba la fama de extravagante y casi de insano que creara cierto campanudo señor, versado en latines, por imaginar que había peleado en la batalla de Farsalia.

Beatriz se sintió extenuada la noche de la boda. Tenía ánsia de recobrar a sí misma en la soledad.

Se le hizo largo aquel tiempo, en que estuvo asomada al exterior. Quedó exhausta de hablar mucho, sin decir nada, de moverse sin asunto y de contemplar autómatas que comen, bailan, andan y hablan.

El vano desgaste de actividad, que la vaciara, le hacía urgente adentrarse en la misteriosa región, en que se nutre la vida esencial.

De ese mundo inexplorado, oculto y sin forma, surgían las fuerzas que alimentaban su vida, en ideas orientadoras, y en estados de pena o gozo, que la enriquecían compensándole la aridez exterior.

Del íntimo manantial emanaba una vida que el hueco bullicio de aquel día estancara.

En su lecho se halló a sí misma y dominó ese desordenado tumulto que enturbiaba otra sensación de alegría y bienestar más íntimo...

... Desde hacía cierto tiempo registraba un fenómeno curioso en su sensibilidad.

Singular atracción se le insinuaba desde la sombra en que huelgan signos concretos—región donde se incuba y germina la vida que más tarde nace en el mundo.

Cuando estaba sola en su hacienda, se sentía más acompañada, que en medio de su numerosa parentela santiaguina.

... Alguien la llamaba a través del espacio. Una entidad desconocida le hablaba una vieja lengua familiar.

Esta fuerza de simpatía que tal vez, estuvo siempre en su alma sin que lo advirtiera, ahora se le revelaba con amorosa insistencia...

... Y de ser un sentimiento vago al principio, devino por expansión de energía y claridad en secreta compañía, casi más íntima que la de su propia hija...

... ¿Sería un ser humano, que entraba por aproximación, en su atmósfera, sintonizando con ella?... ¿Era acaso un ánima del purgatorio?...

Sin embargo, esta atracción que deleitaba ocultamente a Beatriz, parecía terrena, humana y hasta material en su proximidad...

¿Era quizá creatura unida a ella, por dentro del alma?...

En la repetición anual, de cierta fecha triste de su vida pasada, tuvo un cruel presentimiento al asociar el fenómeno—más vivo ese día que nunca—a un recuerdo viejo que sangraba con el trascurso del tiempo en su sensibilidad afinada.

... Tan intensa amargura le produjo esa imprevista asociación de ideas, que la rechazó con violencia.

... Fué sorprendida esa vez, en la obscuridad solitaria de la conciencia, por el rostro triste, súbitamente aparecido de un antiguo remordimiento...

Le opuso Beatriz, en agresividad, su convicción en la fatalidad a que nacen encadenados los hombres.

Ese pasado, con que rompiera, se le venía nuevamente encima, si vinculaba la dulzura de esa presencia anónima, a un hecho fatal de su vida anterior.

Reforzó Beatriz su creencia en el determinismo que verificara en su propia vida y que la aliviaba.

Absurda le parecía la libertad que se atribuyen los hombres para dominar el destino!...

Con esta burla creyó desvanecer el fantasma...

Suprimida su presunta culpa en la conciencia, aquella íntima compañía ya asilada en su alma, podía entrar por cualquier puerta... ¡Todas le estaban francas!

.....
Ocultas campanas le repicaban jubilosas aquella noche, dándole una intensa alegría de vivir...

Llevada por sus sentires, se dilató interiormente en secreta dulzura... No sabía analizarse...

Se hallaba en posesión de una fuerza nueva, ante un hallazgo más bien presentido que descubierto.

Incapaz de introspección, se deslizó por suave pendiente, sin pedir a su cerebro razones de consentimiento o de rechazo.

Creía, además, que su mundo interior estaba construído sobre remotas y ajenas causas, a la fatalidad de cuyos efectos hemos de someternos. Dentro de esta certidumbre permanecía inerte.

Su experiencia le enseñó que esos estados interiores, sin causa aparente, corresponden a algo real, que se descubre más tarde en el mundo.

En este reposante convencimiento descansaba...

Algo bueno me espera, por esta alegría que siento, se afirmaba. La sencilla y confiada reflexión le permitía esquivar sutiles y vanos análisis.

No gustaba de entrar en la parte honda de su conciencia, donde una triste memoria le remordía el alma.

De miedo a ese recuerdo se quedaba en la antesala de su ser, dándose testimonio de haber obrado en esa ocasión, a pesar suyo y en ausencia de su verdadero yo.

Sufría demasiado al verificar que en la emboscada que la vida le tendiera, no amoldó sus actos a la alta conciencia que le señalaba su deber propio, para ajustarla a la hipocresía de la pequeña conveniencia.

Para escapar a la gran voz interna, que le marcaba alta finalidad, Beatriz había escuchado por única vez en su vida, el consejo de un prudente sacerdote. Así logró evadir el sacrificio y anteponer un mezquino interés, al noble impulso individual.

Su alma, que ya se despertaba a la viva realidad del mundo interior, no pudo acallar el remordimiento de haber procedido en la *prueba*, sin el heroísmo que ya le imponía, la vislumbre de otro deber superior.

Despreciaba el mundo en que hubiera podido figurar con brillo, por estar compuesto de almas dormidas, de inteligencias embrionarias y de corazones débiles. La sociedad poblana, sólo aquilataba barniz de regularidad en las personas.

Vivía lejos para conservar su libertad y se amoldaba sólo a ciertos hábitos de buen tono, a fin de establecer a su hija, en condiciones ventajosas.

Se compensaba de ciertas esclavitudes que le impusiera el cartabón mundano, en suave malicia irónica. Su conversación traducía en regocijada comedia las modalidades de los rígidos personajes y sus rancias costumbres.

A su aparición en los salones de la vasta parentela se relajaba la convención y detonaban las afectadas maneras. Su sola presencia rompía en jirones los bien urdidos chismes de que se nutría el ocio poblano. Los rasguños a la honra ajena, tan gratos a la envidia, se tornaban ridículos ante la fina sonrisa y elevación de la dama.

Entraba con ella a los estrados, aire vital de verdad, gracia afectuosa, que restaba a la existencia su mentira y su oculta tragedia.

En el aburrimiento de la vida lugareña, necesitaban las mujeres santiaguinas, dramatizar las menudas cosas para sentirse vivir. Los excesos de energía, las sobras de tiempo, los días grises y el incurable tedio, les agrandaban las pequeñeces.

Se entregaban las señoras a fervorosa meditación de verdades eternas, recargadas del más lúgubre colorido por los sermones de la época, con amenaza a corto plazo de purgatorio largo y de infierno eterno.

Las mentes excitadas por prédicas con anuncios de fulminantes castigos, estaban en tensa alucinación terrorífica.

Las historias de penaduras y aparecidos, que formaban la trama de las conversaciones, las mantenían en medrosa inquietud.

Ninguna mujer se aventuraba en la obscuridad ni en lugares solitarios después de la "Queda".

En los caminos se conmemoraban con cruces negras y velas encendidas los sitios donde se cometieran asesinatos.

Las leyendas de lugares *hantés* de apariciones macabras, ofrecían a las imaginaciones exaltadas, atmósfera de aterrizante sugerencia.

Alba fué con sus primas, como era de regla, a acompañar a Conchita a tomar posesión de su nueva residencia, en la calle del Rey. En el vasto salón, de brocato amarillo, se reunieron a la llegada.

La novia repartió los azahares de su ramo entre la concurrencia—flor consagrada como emblema de virginidad.

Acercóse con gracia no exenta de ternura a Alba y a Pablo... y al pasarles los minúsculos ramitos fragantes, dijo maliciosamente:

—¡Para que se les pegue el Espíritu Santo!

.....
Aquella noche Beatriz tuvo una pesadilla espantosa. Revivía en horror episodios del pasado que arrojara tiempo há de su memoria.

... Y a pesar de sus esfuerzos, los hechos consumados estaban ahí sepultados y descompuestos como cadáveres putrefactos.

No había querido habitar con ellos, ponerlos en contacto con el aire vivo del mundo real y presentaban ahora, en la pesadilla, esos recuerdos, el aspecto de la más espantosa descomposición...

Esa parte de su vida que creyó desvanecida para siempre estaba impresa en asustante verdad, dentro de la cámara oscura de su conciencia...

La pesadilla horrorosa la convulsionó. Estaba al principio como muerta, sin poder mover ni un músculo, ante el espectá-

culo terrible. Con inaudito esfuerzo, logró sacudirse después desesperada y gritar...

—¡Mi hijo... mi hijo! ¡Devuélvanme mi hijo! ¡Quiero tenerlo yo!... ¿Por qué me lo han quitado?... ¿Se ha muerto acaso?

Alba, no pudiendo sacar a su madre de la pesadilla, con sus llamados a la realidad, saltó del lecho.

No hallaba pajueta que encender; recorría desesperada dando vueltas en la alcoba y chocando con los muebles y muros.

Al fin pudo encender. Su madre tenía el rostro descompuesto, los ojos extraviados y bañado el albo cabello luminoso en un sudor agónico que le había amasado las ondas de plata en espesura.

—¡Despierta, madre! ¡Despierta! ¡Estás con pesadilla!...

Beatriz volvió lentamente en sí, y, al mirar a su hija con ojos todavía espantados, tomó conciencia de lo que la rodeaba, pasándose la mano por la frente para desvanecer la alucinación.

—He tenido una pesadilla—dijo con aire enajenado.

—¿He gritado?,—añadió inquieta.—¿Qué he dicho?...

—Creías que yo era tu hijo varón y me llamabas... ¡Disparates!; como en todas las pesadillas... Imaginabas que me habían robado. Clamabas angustiada que te devolvieran tu hijo...

Beatriz estaba intensamente pálida. Conservaba los ojos desorbitados y miraba a Alba con una ansia llena de pavor.

—Te hace mal fatigarte, madre... Nunca te he visto así en el campo...

Beatriz se oprimía el corazón con las manos, cuyos violentos latidos le levantaban el pecho. Era tan forzada la respiración, que abría la boca y todo el aire no bastaba para llenarle el pulmón.

—Me siento muy oprimida...

Bebió agua fresca de la jícara de greda... pero como la agitación continuaba, Alba se fué tocando las paredes con las manos hasta el patio claro, en lumbre estelar, a llamar a la anciana criada para que preparase a Beatriz agua de toronjil, que alivia la pena...

A su regreso estaba mejor, pero conservaba terror en la mirada...

Algunas veces sus ojos irónicos, tomaban una obscuridad súbita... como si en aquella alma diáfana hubiera un rincón tenebroso que proyectaba su sombra abismática...

No sin pavor había observado la niña, esa rápida evasión de los ojos transparentes de su madre, pero sólo ahora registraba ese matiz fugitivo de alarma, con cabal conciencia de vigilia...

Beatriz tenía un secreto dolor... Así lo sospechaba la joven... Tal vez deseó tener un hijo varón en vez de la niña, que en ella le dió el destino y esta contrariedad que nunca confesó a su hija, tomaba forma en el sueño, como si le hubieran robado a su hijo... ¡el que deseó siempre y no tuvo nunca!

Pablo, también agitado sin causa aparente, sentía bullir en él una vida extraña.

Arrendaba dos piezas a la viuda de un militar español: doña Asunción Osorio, cuya casa era afamada en el vecindario. Aunque muy encopetada por su rango, dirigía con acierto el negocio de hospedar caballeros. Tenía arrendado todo el primer patio a personas de prosapia, y de las grandes cuadras para adentro, era la señorona de su gran mansión.

Recibía por la noche, hora en que se despuntaba el *vicio del mate*, a prebendados, oidores, cabildantes y otros personajes titulados.

Tronaba la dama en el extrado, muy escotada y con alto mo-

ño de castañas, alzado en torre monumental, cuyo último piso de caladas almenas, lo construía la peina de carey rubio, clavada en la cima.

Interrogantes *patillitas* formaban guardia de honor ante las orejas, de que pendían complicados zarcillos de topacios, engastados en filigrana de oro... Manejaba con donaire sumo el abanico y en alegre ritmo los zarcillos añadían gracia picaresca a sus decires.

Entraba la noble dama en toda su majestad a la hora del recibo. Era doña Asunción, tan fiel a su glorioso nombre en la noche, cuanto la rebajaban sus diurnas tareas a más humildes misterios cristianos.

El último patio era un rincón de Africa.

La patrona participaba, respecto de los criados, de los duros sentimientos de la época. Los consideraba fuera de humanidad—clase intermedia entre el hombre y la bestia—y les daba trato cruel.

Los negritos cometían diabluras, pero las negras guardaban mansedumbre y miraban a su ama con ojos limpios de gace-las capaces de ablandar piedras.

La casona era la providencia del barrio de Matadas. A doña Asunción pedían, por turno, las vecinas, pailas de cobre para hervir almíbar, almireces, piedras de moler, ladrillos de Talagante y hasta un gran recipiente de greda, en que se lavaban los pies todos los señorones del barrio.

Aunque muy adicta a la iglesia, en política simpatizaba calladamente con los más avanzados revolucionarios. Fué de las primeras señoras que dejó de llamar *el muy Amado* a Fernando VII.

Tenía el concepto de *Patria*, sugerido por su propio case-

rón, tan bien administrado, desde que por prematura viudez, no dependiera más que de sí misma.

Concluídas sus tareas domésticas, Asunción Osorio empuñaba, por la noche en el estrado, el cetro de su pequeño reino. Concurrían personajes de talegas y blasones, todos con despuntes patrióticos en el alma, aunque temerosos todavía de perder en una aventura revolucionaria los bienes adquiridos.

Pablo entraba algunas veces al recibo, pero lo retraía la estrechez de las conversaciones lugareñas. Las ideas se arrastraban penosamente para llegar al confín del mundo.

Aquella tarde el joven no pudo permanecer en sus piezas... Salió a vagabundear por la ciudad, a matar de cualquier modo su agitación.

Anduvo por la Cañada de San Francisco, muerta a aquella hora, y siguió por la orilla del Mapocho, Tajamar arriba... Parpadeaban los mustios candiles en los portones...

Era una noche clara. Chispeaban los astros con brillo maravilloso. El río rugía sordo, en ciertos parajes y en otros cantaba juveniles canciones, o hacía bulliciosas algaradas...

La Cordillera cercaba el panorama, aplastándolo con la gigantesca pesadumbre de sus legendarios castillos de diamante.

Cuadro grandioso y desproporcionado a la pequeña aldea, que dormitaba a sus pies. Las aguas cantarinas o torrentosas orquestaban en su armonía secular la majestad del paisaje enigmático.

Pablo obcecado por Alba y hasta por el encuentro con Beatriz, se sentía extraordinariamente emocionado...

Explicable era que la joven le diese tanta inquietud y deslumbramiento, pero ¿por qué también la madre?

Eran damas exquisitas, seres hechos en moldes limpios y libres de deformación educativa... Creaturas que sólo produciría ya la soledad...

—¿De dónde vinieron estas almas que así lograron conservarse intactas?

No mostraban roces, no tenían pliegues, ni conservaban huellas de marcas ancestrales... Le parecieron prodigiosas.

Con su hermana, Beatriz tenía sin duda, parecido de familia. Esclava la una, forjada en los sometimientos y renunciaciones mentales la mayor, y libre la menor de la garra ambiente. Cruz estaba adobada en prejuicios, enmohecida en rutinas, y Beatriz tenía una entraña tierna. ¡Fanáticamente cerrada Cruz, libremente espiritual Beatriz!

Las primas Alba y Conchita, también estaban hechas de contrastes. Pertenecían a planetas distintos: ¡sabrosamente terrena Conchita!, ¡deliciosamente mística Alba!

Ansiaba Pablo respirar esa atmósfera vital que se desprendía de las dos, como una aura luminosa que las nimbase de oro...

Había hallado en este país tanta desproporción entre la grandeza austera y complicada del paisaje y la infantil simplicidad de las personas. El cuadro no correspondía a las figuras.

El elemento europeo de la sociedad—los rancieros españoles—tenían almas momificadas, de raza cansada que requiere un injerto de sangre nueva...

Ahora Pablo pensaba que a espíritus de esa calidad estaba ofrecido el porvenir de la raza, y que para ellas estaba construída la majestad de la Cordillera.

La vida ciudadana comenzaba a elaborar con elementos de vieja civilización, una nueva familia de almas cuyo futuro secreto guardaba impasible el coloso de los Andes, en la magnificencia de su altivo silencio milenario...

Andaba el joven como sonámbulo por el Tajamar desierto... Le parecía hallarse al extremo de la Tierra Virgen...

—¿Dónde vería a Alba al día siguiente?

La pregunta le ardía en los labios y no halló ocasión de hacerla...

Así llegó el momento de despedirse sin tener asegurada la oportunidad de verla al siguiente día.

Les oyó decir que regresaban a Peñalolén... ¡y que no volverían tan pronto a la ciudad! El temor de la ausencia le dió escalofrío... ¿Cómo verlas?...

Su amigo Antonio era el puente de comunicación, y ahora no se atrevía a perturbar su aislamiento de recién casado.

Volvió a su casa. Iba tan de prisa, como si acudiera a cita amorosa, con hora pasada... A largos trancos nerviosos llegó al gran portón de la calle de Matadas.

La tertulia de Asunción continuaba. Ardía un farolillo de aceite, frente a las ventanas enrejadas con palmas benditas puestas en cruz, entre dos pilares.

En ese momento salía un embozado de noble figura que se detuvo al reconocer a Pablo. Era José Miguel Carrera, llegado no ha mucho de España.

Se lo había presentado Antonio.

—¡Hola! ¿Qué hace el calavera?,—y le dió un varonil apretón de manos el apuesto mancebo.

A Pablo pareció providencial el encuentro...

¿Carrera debía sentirse como él mismo, desterrado de la civilización vieja, en el rincón de mundo nuevo.

Lo invitó a entrar a sus habitaciones. Hablarían de la vieja Europa, monárquica, cortesana y galante...

Encendió penosamente, con la pajuela, las bujías del gran blandón de plata labrada que doña Asunción colocara sobre la mesa del huésped...

Carrera se desembozó de su capa y empezó a pasearse por la vasta estancia.

—La vida parece aquí muy estrecha al principio, pero pronto se abren horizontes... ¡Allá todo está hecho y aquí por hacerse! Necesitamos libertad, ser dueños de nuestra tierra, crear nuestras leyes y adaptar la vida cívica a nuestro suelo...

Tenía la frente alta, con dos inmensos golfos en que se le adentraba el cabello electrizado, vivos y hermosos los ojos, centelleante la mirada y regulares los rasgos...

Se revelaba hombre de acción y de lucha, con la mirada abierta al futuro y el impulso firme de los conquistadores.

Ante aquella altiva desenvoltura, Pablo se hallaba cohibido. No sabía exteriorizarse con tal desenfado.

—Las gentes en estas tierras se hallan sumergidas en sopor—logró decir.—Los que algo poseen, de miedo de perderlo, se aferran temerosos al dominio del Rey, y los otros sólo buscan mejorar de condición en una aventura...

—¡Necesitamos independencia!,— afirmó el joven Carrera. Era arrogante y contrastaba con todas las momias realistas, que habían sentado plaza en la ciudad...

Hablaron de la boda.

Se le contrajo al Mayor ligeramente el entrecejo... Con la voz algo empañada explicó que estaba retenido ese día en una chacra de la vecindad.

Su vida era llena de alternativas y emociones. La independencia de Chile se le había clavado en la mente.

Gustaba a las mujeres, y se veía envuelto en lances continuos de galantería, según se murmuraba...

Pablo le insinuó la sorpresa que le diera el descubrimiento de Alba y de su madre, en tan lejana comarca. Carrera había reparado en la hermosura de la niña, pero la hallaba reservada.

—No es femenina.

—¡Esencialmente femenina!,—aseguró Pablo, dándose por exi-

mio conceder;—pero no es asequible a banales galanteos. Las costumbres mundanas no le calzan. Es muy original. No se somete a modalidades ni a convencionalismos.

El joven calló pensativo...

Carrera irrumpió:

—¡Pero, hombre, estás enamorado! ¿Cómo has descubierto tanto a la primera ocasión? No es fácil sacar chispa de ese pedernal...

Pablo protestó, azorado, de haberse descubierto.

—Para mí estas damas han sido hallazgo de oasis, en el desierto del pueblo. Y ahora—continuó pesaroso—no las veré más. Viven en el campo...

—En Peñalolén—irrumpió Carrera.—Es un sitio precioso. Encima de la ciudad y al pie de la Cordillera. Iremos juntos...

—¿Cómo, si no he sido invitado?

—Recurriremos a la hospitalidad de que esas damas no pueden dispensarse, en lugares donde es virtud tradicional. Por esos lados yo camino mucho... Iremos juntos un día y nos entraremos así de rondón, a la caída de la tarde, en calidad de víctimas por algún imaginario accidente que nos impide alcanzar la ciudad, antes de la noche. Yo mantengo cordiales relaciones con Beatriz... Suelo pasar a su hacienda en mis correrías.

No era Carrera hombre de ceremonias, listo, audaz y muy resuelto, quebraba los moldes de civilidad española, imperantes en la ciudad.

Le urgía el tiempo como si tuviera grandes cargos que desempeñar en años breves...

Temperamento fuerte, excesivamente impetuoso, tenía la inteligencia ágil y la voluntad decidida. Sus voraces pasiones estaban servidas por actos rápidos, en nervioso ritmo de sangre ardorosa y acelerada combustión de energías varoniles.

Presentó a Pablo, que se desesperaba aquella noche, ante obstáculos insuperables, la supresión de todas las barreras que lo separaban de Alba, con gentil desenvoltura, de hombre habituado a andanzas galantes, a quien no arredran minucias de etiqueta.

... Cuando Conchita regresó de Quilicura, a donde pasó los primeros días de su matrimonio, un vaho de tristeza le enturbiaba de insulsez el alma diáfana.

Sacudido el aturdimiento de la boda, novedad de *Vistas y Donas*, empezaba a despertar...

... ¿Verdad que ese gran misterio de la vida, rodeado de espesos muros, cual palacio encantado, no daba en su acceso más que leve cansancio y empalidecimiento de todo en torno suyo?...

... Su candor había confundido la potencia amorosa que le desarrollara el desconocido enamorado, con la vanidad que le produjo el rendido cortejo de su novio. La superioridad de Antonio se realzó en la casa, por comparación con los otros candidatos desahuciados...

Desvanecido el prestigio, continuaba revoloteando en la imaginación de la niña la infanzona arrogancia del joven capitán que pasaba entre el esquilón grueso y el canto pregonero de las tortillas...

Era guapo, esbelto, garboso en la pisada y florecido el labio fresco en bien disparados requiebros...

Comparaba la joven, a pesar suyo, con el esposo.

Noble señor, oriundo de Talavera de la Reina, Caballero de buenas partes, como rezaban las cédulas reales de su probanza de limpieza en rica sangre castellana...

... Tuvo orgullo en darle su mano, agrado en tomar posesión de la casa solariega... pero ya no le cantaba en el pecho, esa

diuca matinal, que, por milagrosa ilusión, le enjaulara el capitán...

... Vino a humillarla el recuerdo de la esquelita, liada en el ramo de claveles.

Otro te lleva, pero quedas mía... ¡Qué insolencia! Se le tiñeron de ira las mejillas frescas, que los hoyuelos apuntaban en regocijada picardía...

... Aquel osado... ¡Qué asco de sí misma! No estaba lejos de la verdad...

Un hilito finísimo la mantenía atada al supuesto capitán, por secreta ilusión inconfesable...

Cada vez que Beatriz bajaba de la Cordillera a la Villa, iba a visitar a los criados del patio tercero.

Era grande, plantado de huerto frutal y rodeado de habitaciones para la numerosa servidumbre de negras, zambas, cholas y mulatas.

Sólo en la última generación de esclavos se admitían los dos sexos dentro del patio último.

Guardaban a los negritos de puertas adentro hasta los doce años. Servían para acarrear el agua traída en carga por los *aguateros*, sacaban tacos de las acequias, encendían lumbre y bajaban fruta de los árboles.

Era uso raparles la cabeza a navaja, dejándoles una gran mota de pelo en la frente, como asidero para mechonearlos en cualquier emergencia.

Los únicos varones que entraban al tercer patio, y sólo a estrictas horas de merienda, colación y cena, eran el mulero y el calesero. Aquel día Beatriz vino a sentarse en el escaño verde. Su presencia dió alboroto a la gente del interior.

Todo continuaba su lento ritmo de antaño; los mismos oficios se hacían ogaño por otras manos...

Una chola entonaba, chapaleando el agua en los cancos de greda:

“¡Dios mío, dame lo que pido,
plata y buen marido!”

Junto a la ancha acequia, que corría a tajo abierto, atravesando ese rincón del patio, dos zambas agachadas sobre las ardezcas, lavaban la ropa del caserón, en agitada zirigaña entre las bateas y tendales.

En amplia paila de cobre, una negra de cabello motudo, cutis de bronce y alba dentadura, revolvía almíbar hirviendo con un gran cucharón de palo, que levantaba en alto, dejando caer el hilito transparente una y otra vez, hasta que soltó el pelo...

Era seña infalible que cuando el hervor estaba a punto, el hilito de almíbar había de cortarse. La negra lanzó estrepitosa carcajada, que se desgranó sonora, entre las perlas de su boca abierta.

Al otro extremo del patio, en vibrante tintineo, una zamba machacaba porfiadamente almendras en un almirez de cobre estañado.

Estos diversos afanes, los jesuseos de las ancianas, los cantares de los negros, las tonadas de las mulatas, daban al patio asoleado hervir de rebujiña.

Delataba el segundo amasijo, que ya iba a salir del horno, el sabroso olor a pan tostado, a que olía el patio entero.

Un negrilla atizaba con pala de hierro las brasas del horno, manteniendo el calor necesario al buen cocimiento del pan casero.

Se desaguaban en grandes botijas las aceitunas y se distribuía

la chicha dulce en pequeñas damajuanas a la parentela. El canónigo regalaba todos los años, para Pascua de Resurrección, pasas del Huasco, uva de moscatel y un vinito de misa norteño que desarrugaba los fruncidos entrecejos de los próceres.

La entrada de Beatriz hizo acontecimiento entre los siervos.

La primera que la saludó fué Peta Quevedo.

—¿Querría, su mercé, mistela de apio, con torta remojáa?...

Las otras negras jubiladas rodearon también a la dama, que franqueaba, con su sedante sonrisa, las barreras de sangre y color.

Era un decir entre ellos que el trato bueno dado por el ama joven, rescataba el color bajo.

Reparó Beatriz en que Ña Eufrasia no le había salido al encuentro.

—Está muy acabáa... —contestaron varias voces.

Bárbara agregó:

—El Señor se acuerda ya de ella, pa llevársela...

El cuartito de la anciana mulata era el mismo en que la viera Beatriz desde su más remota niñez, cuando hacían intempestivas visitas con Cruz para robarle los dulces que guardaba en pailas, hasta darles el último hervor... Las muchachas, en su ausencia, sacaban con los dedos, del almíbar espeso, los rubios duraznitos cristalinos...

Más tarde, se descubría el robo por las untuosas huellas que manchaban los ladrillos.

La anciana ya no se alzaba del lecho. Las rodillas plegadas, iban en camino de apoyarle la puntiaguda barbilla y la encorvada nariz de buho, se aproximaba a la boca hundida.

Fué viva su alegría de ver a Beatriz. Siempre tuvo predilección por ella. Bajo sus albos cabellos continuaba viendo a la traviesa muchacha de antes...

Recordó cierto culminante episodio de su infancia, que fué la desaparición de un patito de loza blanca, colocado sobre un trozo de espejo, en el *Nacimiento* de un año ya muy remoto, durante la tradicional fiesta del Niño Dios.

El asombro producido en el negrerío por ese *lago* en que nadaba una parvada de patos, marcó de horrendo sacrilegio al osado ladrón.

Beatriz confesó contrita su robo a Ña Eufrasia, y, previa devolución del pato al Niño Dios, el nombre de la criminal permaneció oculto.

La anciana repitió la antigua historia con la misma frescura de emoción que antaño. La viveza del recuerdo grato, dió fugitiva chispa a sus ojos vidriosos.

En ese instante, Alba irrumpió en la alcoba, trayéndole paquetes de yerba mate y azúcar.

En vano la amable sencillez de las mujeres blancas destruía barreras, pues, la Naturaleza porfiada, marcaba en color, tosquedad y rudeza de gestos, su obscura voluntad de dominación y servidumbre.

Ña Eufrasia veneraba en su cuarto un Niño Dios, bajo fanal de vidrio, adornado con toscos animalitos de madera, frutas de cera y flores de mano.

La vuelta a infancia senil y el ya trémulo albor de conciencia en la raza negra, se armonizaba con la ingenua devoción a un Dios también Niño...

—Mamita—dijo Alba a la anciana—allá arriba celebraremos este año con gran pompa la Pascua de Navidad, y mi madre los va a llevar a todos en carreta hasta la Cordillera. Nos reuniremos en torno a Jesús...

—Ya estaré bajo tierra—respondió Eufrasia.

Se apagó la mirada de la anciana, mientras la sorpresa de tan

feliz anuncio hizo brotar chispas de luz en los ojos atónitos de las demás negras, cuyas pupilas nadaban mansamente complacidas en lechoso blancor.

Al silencio que el asombro provocara en las chinas, se siguió tarda expansión de alegría, en estrepitosas carcajadas...

Ingenuas, desconfiadas, maliciosas y sensibles también al más leve signo de bondad, la chinería del tercer patio se amotinaba rebelde o se reducía a mansa servidumbre.

Perezosas, glotonas y embusteras, tan pronto estaban sublevadas como sometidas a la voz de Peta Quevedo, cuyo mestizaje se acusaba en blanqueo del rostro y suavidad de rasgos, todavía tan toscos de las otras esclavas.

Domada en ella la bestia primitiva, ejercía influencia sobre ellos, a quienes dominaba con energía y bondad, dejando a la patrona privilegio exclusivo de respingos, altiveces, retos y dengues.

Cruz se mostraba en severidad, temerosa de que se relajase la disciplina férrea del caserón por las condescendencias de Peta.

.....
Dos negrillos de pasa que chancaban nueces, al paso de las damas por el patio, desaparecieron.

Los buscaban las criadas en vano... Nadie respondía a los llamados... Una mulata acertó a mirar al tejado y divisó al mayor trepado en lo alto.

Al grito de alarma, saltó con acrobacia de mono, haciendo diestras y arriesgadas cabriolas sobre las tejas, en audaz desafío a las amenazas.

Vino el calesero, armado de larga picana, a sitiar al prófugo... que se evadió por los techos vecinales.

El otro negrito fué descubierto muy cerca de la copa del no-

gal... Le brillaban como áscuas los ojillos inquietos, por entre las densas frondas del árbol.

El calesero pretendió pincharlo con la picana, pero Alba y Beatriz, indignadas, reprendieron al mulato.

—Bájate, chinito,—le decía Alba; pero el chico, asustado, temblaba en la rama...

Tranquilizado por la dulce voz, el muchacho, con maravillosa agilidad de tití, se descolgó en saltos malabares por entre las ramas y cayó a sus pies.

—Monino, si te portas bien, te llevaré a la Cordillera a la fiesta del Niño Dios... Vas a *travesiar* a tu gusto... Ahora te he librado, pero no hagas otra diablura...

El chico la miraba fijamente y se disponía a ser bueno, clavando en ella sus ojillos punzantes.

.....
¿Dónde habría ido a parar el otro negrillo?

Tomaron consejo de Peta Quevedo...

—Estos condenaos corren como gamos. Se quedan a veces, de miedo al castigo, días enteros en los tejados... Volverá, a menos que tenga alguna querencia donde lo hayan cebado... Son de mala índole... —aseguraba Peta.

Alba tomó una resolución.

—Voy a recorrer la manzana...

Había cuatro casas en la cuadra, habitadas por gente principal.

—Si hubiera caído en cualquiera de esas moradas, donde Perico es muy conocido, ya lo hubieran devuelto—aseguró Peta...

Tanta intimidad había entre todos los habitantes de la *cuadra* —isla entre las cuatro calles— que se hablaban de patio a patio, a través de los paredones, pidiéndose cosas en préstamo o comunicándose noticias...

Los volantines con que jugaban los niños, al romper la clausura

de dichos patios llevados al azar del viento, solían enredarse en los pinos de las casas circundantes y eran motivo de riñas o de algaradas entre chicos y criados.

Causa de antiguo rencor con la familia Aranda, fué el cometa de papel verde, lanzado al espacio por un muchacho de la vecindad y que traicionera ráfaga de aire desgarró en las rodajas del pino piramidal...

El hecho pareció casual, pero al permanecer el volantín roto suspendido al árbol, como humillante trofeo, se convirtió para los niños de la otra casa en permanente burla a su derrota.

Se creó un largo disgusto que dejó rastros de malquerencias... El pequeño suceso creció en razón de la absoluta falta de acontecimiento mayor, en la ciudad...

.....

Cuando Alba salió a recorrer el vecindario en busca de Perico, lo halló regando con un gran mate, que llenaba con el agua de la acequia, al frente de la casa por la calle de Santo Domingo.

—¡Pícaro, iba a buscarte!,—y lo cogió de una oreja suavemente.

El negrillo regaba afanoso, tirando rayas de agua con su mate, de vereda a vereda... Había hecho un dibujo de líneas sesgadas, que zebreaban el terroso pavimento de la calle poblana...

.....

Despuntaba Septiembre. Carrera y Villeneuve caminaban de noche a través de las callejas desiertas.

Pasaron a tomar un vaso de ponche a la fonda de la plaza, perteneciente a Ña Rutal, una vieja comadrona bigotuda.

Pablo se interesaba por conocer las operaciones de las tropas francesas en España.

La gloriosa invasión del Emperador en la Península halaga su amor propio.

Carrera satisface con creces su interés.

—En España a Napoleón lo consideran Satanás en persona, movido por todas las fuerzas infernales. Notaron que su primer revés de armas lo sufrió por Pascua de Pentecostés, circunstancia que atribuían a merecido castigo por privar al Papa del poder temporal y rehusar las candelas que era de rigor enviar a los Soberanos para las fiestas de Candelaria.

—¿Tan fanático es el pueblo español?—Pablo se atusó finamente el bigote, al colocar el vaso mermado sobre la mesa.

—Como aquí mismo. En ocasión que hube de recomendar a mi señor padre un capitán de buque protestante, para prevenir su resistencia a los herejes, escribí: “Deseo trate Ud. a un hombre de las más recomendables prendas, pues le probará que también se encuentra la “virtud” entre los de esta religión”.

Ambos jóvenes sonrieron con sutil ironía.

—Napoleón no ha comprendido al pueblo español—continuó Carrera—y su triunfo será efímero. Se burlaba de los insurgentes, motejándolos de “*vaurien*” soñadores dignos de Don Quijote.

Vió la arrogancia, la crueldad, la ignorancia y la vileza de los jefes y de las clases cortesanas, sin advertir el heroísmo y la bravura de ese gran pueblo, cuya desgracia era la de ser mandado por capitanes débiles y desprestigiados... Verdad que los reyes destronados tenían los cetros podridos, pero a través de ellos desconoció el Emperador la nobleza y el empuje de ese pueblo insigne.

Se lleva Carrera con nerviosidad la mano a la cabeza y se introduce los dedos por los golfos que el cabello indómito le describe en torno de la frente alta y tersa.

—Napoleón se me ha figurado siempre un héroe de la antigüedad, cuyo nacimiento atrasó el Destino dos mil años. Para

Francia es más que el Caudillo, es el amante. Realizará el pueblo todos sus caprichos, arrastrado por su mágica acometividad... Desde luego esta campaña de Rusia...

Le desmayó al joven una sonrisa en los labios.

—Green los franceses que a Napoleón lo impulsa el amor exclusivo de Francia. Es un ideal pequeño para tan excelso caudillo. Busca el predominio de Francia como medio de asegurar la paz entre las potencias. Los Estados Unidos de Europa es su ideal...

Dejó caer la mano Carrera con enfática gravedad y broncíneo acento. En esa idea condensaba quizás, por cuenta ajena, una subconsciente voz inexpresable...

—Todo cabe en su genio—subrayó Villeneuve, menos convencido...

—Trae al mundo, con el fragor de sus batallas, la libertad nueva...

Los dos mozos apuraron el fondo de sus vasos, y Carrera continuó, dando un golpe con el puño cerrado sobre la mesa...

—Por equilibrio de fuerzas entre las naciones, se logrará la libertad continental.

Pablo, cegado por su sentimiento de francés, se negaba a atribuir al Emperador tan amplia visión.

—No creo que haya concebido ese plan tan vasto desde el Consulado...

—Son las circunstancias que abren caminos y muestran posibilidades. Las victorias han reflejado el miraje de ese ensueño ante sus ojos audaces.

—Tal vez lo concibió en un vértigo la noche de Austerlitz...

—La revolución mundial le ha dejado entrever la fraternidad de los pueblos por la independencia de cada uno...

Salieron del café. La guerra napoleónica le había dado a Carrera visión de la maravillosa aventura que le aguardaba en América.

Caminaba junto a Pablo, algo más pequeño, con la apostura resuelta, la mirada clara, alerta el gesto y la palabra ardiente.

Tomaron la calzada por Compañía hasta la plazuela. Las torres de la iglesia de los Jesuitas oprimían la calleja de paredones chatos.

—Aquí estaba el Colegio Carolino, donde me eduqué.—Sonrió con malicia, corrigiendo la última palabra.—Donde hice mis primeras armas con Manuel Rodríguez, un discípulo muy diablo... Formábamos escuadrones de niños y dábamos batallas campales con palos y piedras hasta en esta plazuela. Nací militar, al cumplir un año, tuve título de cadete en el Regimiento del Príncipe, de que era jefe mi padre, teniente coronel de las Milicias de Caballería de Santiago.

—¿Era uso dar grados a los niños bajo el régimen colonial?

—Sí, y a los siete años ascendí a teniente. Por insubordinado, mi padre me envió a Lima a casa de un tío, cuya tiesura de carácter no se avenía conmigo.

Volví a Chile, y mi padre me mandó a España, para que me hiciera comerciante... Desembarqué en Cádiz y poco después me hospedaba en la suntuosa morada del Marqués de Villapalma, quien me recomendó al general Castaños, vencedor en Bailen.

Así logré incorporarme, durante la invasión francesa, como ayudante en el Regimiento de Milicias de Farnesio, que mandaba el prestigioso coronel Manso. A los dos meses fui trasladado, con grado de capitán, al Regimiento de Caballerías de Voluntarios de Madrid, a las órdenes del Duque de Alburquerque.

... —Ocasión magnífica para un militar de nacimiento...
c'est le cas de dire.

Se detuvieron ante el portón de la casa que habitaba Carrera con su familia, en la calle de las Agustinas. Ambos jóvenes deseaban continuar la charla. José Miguel propuso a Pablo acompañarlo hasta su alojamiento en Matadas.

Por las calles desiertas, en cuyos farolillos agonizaban los candiles, los serenos daban la medianoche en lúgubres y prolongados pitazos. Sereno! Las doce han dado... dó... dó...

Las voces estiraban lamentos por la villa solitaria. Los melancólicos ecos se tejían en el aire puro de la noche, hiriendo la gravedad del silencio colonial.

Las conciencias de los dos mozos exaltadas por el relato, reintegraron el presente—la noche callada en el confín de un mundo muerto que se lamentaba de abandono.

Siguió con más viveza Carrera, después de una pausa:

—Me hallé en 13 acciones de guerra que registra mi foja de servicio. Peleé por primera vez en la defensa de Madrid, que atacó Napoleón en persona. Allí tuve mi bautismo de fuego. Fui recomendado por mis jefes en el parte militar.

En Santa Cruz de Mudela libré dos piezas de artillería a mi regimiento, durante la espantosa derrota. Salvé a mi tropa ilesa.

En Abril de 1809 se me comisionó para que formara el Regimiento Húsares de Galicia, de que fui segundo jefe, al mando del Duque de Alburquerque, que luego pasó a mandar una división y me tocó a mí tomar el mando del regimiento en la batalla de Talavera de la Reina. Mi cuerpo apoyó las operaciones de la caballería inglesa. En esa jornada obtuve una medalla de oro.

Ese mismo año, defendimos el paso del Arzobispo sobre el Tajo, donde me mataron el caballo. Durante la refriega me

hicieron prisionero, pero me escapé y volví a ponerme al frente de mis soldados.

El 13 de Noviembre, me hallé en la sangrienta batalla de Ocaña. Fué una horrenda carnicería. En la lucha mi regimiento perdió más de dos tercios de tropa y nueve oficiales. Salí gravemente herido en una pierna.

Me ascendieron a sargento mayor y obtuve nombramiento de primer jefe de mi regimiento.

Los restos de este ejército derrotado en Ocaña se retiraron en dispersión a las Andalucías, y aún ahí mismo, hostigado por las tropas francesas, abandonó Córdoba y Sevilla, yendo a replegarse a Cádiz, donde conseguí una licencia para curar mi herida, pues peligraba quedar cojo...

En Enero de 1811 fuí llamado nuevamente al servicio. Debía incorporarme en el Norte, al sexto cuerpo que sostenía la guerra de aquellas provincias.

Rechacé la comisión, presentando al Consejo de Regencia, que funcionaba en Cádiz, solicitud para regresar a Chile...

En mi petición hice caudal de mis años de servicios con la exactitud y el honor que me correspondían.

El resultado fué que me hicieron prisionero por sospecha de que estuviera complicado con los disturbios del Reino de Chile... No me hallaron ningún papel comprometente, y después de 10 días de prisión obtuve la licencia con uso del uniforme de retirado y fuero militar.

—¿Y cuáles fueron las verdaderas razones para retirarte con ese grado y de esa campaña?

—Por falta de salud... Por hallarse, además, el Regimiento en Galicia, sin jefe, con oficiales malos y enredosos, soldados impagos, carencia de vestuario, armamento y monturas...

Se hizo un hondo silencio...

Carrera callaba la razón motriz—hueso del asunto. La guerra napoleónica había abierto a su genio y a su coraje, la virgen tierra de América...

Llegaban al portón claveteado.

Entraron los dos...

Encendidas las bujías de los blandones, la noche seguía su lento curso, y, ya de pie o sentado, Carrera hablaba con viva impetuosidad.

... —En Napoleón se junta el cálculo frío de un matemático y la inspiración fulminante de un iluminado...

Pablo está sentado con el brazo apoyado a la madera del sillón y los dedos en la mejilla:

—Desde niño, en Córcega, sintió la fuerza de ese Destino que le da su terrible audacia.

—Los hechos lo apoyan y le dan esa genial improvisación que nos sorprende. Combina los planes con lentitud y fulmina en la acción con celeridad de rayo... Cambia sus determinaciones según las circunstancias, forzando los sucesos hasta tornarlos favorables.

—Alude continuamente a su estrella—advirtió Pablo, con extrañeza.—Se mezclan en su alma el visionario y el supersticioso...

—Muchos "casos" se cuentan al respecto... Refieren que un día se le quebró en el bolsillo, durante la campaña de Italia, el vidrio que cubría el retrato de Josefina... Consternado detuvo el caballo y dijo al ayudante: "—Mi mujer está mala o me engaña. ¡Adelante!"

Coló Carrera sobre Pablo una mirada oblícua por sus párpados entornados...

—También cuentan que lleva consigo un gran mapa de Europa, que extiende adonde llega y deja picado de alfileres y alumbrado por candelas. Para probar su herejía, los españoles murmuran que ese mapa es el único santo que lo acompaña y a que se encomienda...

—¡Lo que salta a todas luces, es su suerte estupenda!—Se afirmó Pablo a los dos brazos del sillón.

Carrera se pasea nervioso. Las velas se consumen y lloran en los candelabros...

—En campaña, los sucesos más importante se resuelven por nimiedades y dejan cabida a la suerte... En el amor, como en la guerra, el tiempo decide en última instancia.

—Repiten siempre en París una frase suya: "*Une partie des données est incalculable*"...

—La exactitud de sus previsiones deja, sin embargo, mucho margen a la posibilidad de las emergencias. Su viveza de imaginación es el más poderoso auxiliar de su genio. Se ubica anticipadamente en el tiempo y en la situación que le corresponderá llegado el caso... Y, como poeta que es, proyecta sus actos a la posteridad y los mira en el espejo del siglo venidero, que ha de juzgarlo...

Pablo apoyó el concepto:

—Los hombres sin imaginación van desarmados por la vida... Esta facultad tan calumniada—*la folle du logis*—no ya la de fantasear, sino el poder representativo del futuro y desentrañador de lo oculto, es brújula del alma...

—Esta raza de vascos y de indios carece de imaginación—subrayó Carrera, golpeando cada palabra—y origina la falta de emoción y de entusiasmo que se nota en el pueblo.

—El entusiasmo es juvenil, y este pueblo es demasiado niño para que le falte.

—Por mezcla de sangre española cansada de glorias con sangre india, moza en demasía, carece de entusiasmo el pueblo chileno... Hice una arenga en la plaza la otra tarde y logré herir la imaginación del populacho... Se avivaron... Están dormidos en la esclavitud...

Pablo no escuchaba, seguía su pensamiento...

—Poeta insigne, Napoleón vive por imaginación en la leyenda que van tejiendo sus proezas...

—Su imaginación le ha dado la Europa por patria... Convéncete de que Francia queda estrecha a su ambición. Sus miradas se tornan ya hacia los imperios asiáticos, hallando que la Europa misma es una *ratonera*. En nuestro tiempo han terminado, compañero, las dinastías de derecho divino y comienzan las reyecías de derecho humano por mérito propio y excelencia personal.

Se llevó Carrera la mano sobre el pecho al galón de oro que cubría su uniforme de Húsar, exteriorizando así, solemnemente, su más secreta fe en el cambio substancial de la época...

Pablo apuntó con fineza, que el Emperador, era el eslabón entre las dinastías muertas y la revolución triunfante...

—Temo que el Imperio no sobreviva a Bonaparte. El genio se otorga rara vez y no se hereda nunca... y es su genio el único blasón divino, que lo ha encumbrado.

Lanzó todavía una brillante disertación sobre los derechos del hombre, que hacían absurdas las dinastías por sucesión hereditaria.

En su labio abundoso, florecía la electricidad de un verbo magnífico, hervido de pasión candente.

Las velas se extinguían. El reloj marcaba las altas horas...

Cuando Carrera salió de la casa, la noche iba vencida...

Dolores estaba de quinta preñez.

—*Esto va para consunción*—dijo un médico considerado “*poco creyente*”.

La voz se derramó como un grueso doble a difuntos de la venerable campana funeral de Santo Domingo, entre la parentela.

Su naturaleza débil no soportaba la fuerza de aquella fecundidad sin tregua.

Persistía en las ideas coloniales el sentimiento hebreo, de oprobio a la esterilidad; y la amenaza de muerte aumentaba importancia al estado.

Cruz y Fernando veían consumirse a Dolores, pero se hallaban impotentes para conjurar el mal, ante tan manifiesta y aún privativa voluntad de Dios.

Triste era, en el sentir poblano, perder la vida en juventud, sobre todo siendo tan bien dotada como Dolores para agudos decires, sátiras y letras; pero morir en aquel estado, era una muerte de honrosa elección y enviada por el Señor, como un martirio en signo de amor. . . No así se muere por golpe, por empacho o por lepidia—fines que implican descuido, abandono de Dios y hasta mengua del carácter personal.

Sufrían los deudos de ver en tan progresivo decaimiento a Dolores, pero aceptaban su *mal* sin murmurar ni buscar remedio, como cumple a personas que viven en el temor de Dios y acatan sus designios. El bíblico precepto de *Creced y multiplicaos*, imperaba sin excepción, en la tierra virgen.

—Si padecieran ellos mi dolor, no se quedarían tan quietos, ni fuera tanto su acatamiento a la divina voluntad—murmuraba la víctima.

Día a día iba a menos. La triunfante energía y la soberana ilusión de su juventud, la habían abandonado.

En aquel incesante derroche de fuerza vital, su cerebro quedó

reducido a vergonzosa vacuidad y su cuerpo fué convertido en harapo viviente.

En medio de la ruina, su conciencia permanecía como espectadora impotente. Enardecida de secreta cólera ante la injusticia y el desengaño, se dejaba morir... ¿Acaso su existencia no valía más que la de aquellos hijos que echara al mundo, fuertes, desalmados, impetuosos, que prendidos como a traición a su entraña frágil, la habían saqueado sin piedad, robándole su sangre generosa y su ardor de vida?

Interrogó a varios sacerdotes, y les expuso su situación...

Todos fueron de opinión que una mujer casada es un soldado que entra a combate y no puede rehuir las balas enemigas. El más piadoso la consoló, asegurándole que si moría a consecuencia de parto tendría el premio de los mártires... Trató de deslumbrarla con tamaña gloria; pero Dolores no se sentía con vocación al heroísmo... Siempre, a manera de consuelo a sus reiteradas consultas, respondían los clérigos:

—No hay nada que hacer... Es ley de Dios. La mujer debe estar sometida a la voluntad de su esposo...

—Es que no resisto—replicaba la infeliz;—no me alcanzan las fuerzas...

Entonces lanzaban el ramillete final:

—Morirás, hija, en cumplimiento de tu deber.

Tras de una primavera cruda, en que los días hoscos y tétricos se alargaban en fila compacta, triunfó la vida en alegre renacimiento. Las nubes rompieron su densa tela gris, dejando aparecer las adustas cabezas de los picachos andinos, cual monstruos milenarios. Se desgarró en jirones todo el firmamento y resplandeció el sol en un cielo terso, atónito de luz.

En el cuadro maravilloso irrumpió el concierto de las aves canoras, la sinfonía de las aguas traviesas y la canción mística de los perfumes—que penetrantes y mudos, son el alma de los elementos con que Natura se expresa.

Los naranjales que ardieran durante el invierno en sus pequeños soles—ahora florecidos de tempranos azahares—embalsaman el aire. Los apretados manojos de lilas se levantan en graciosos ramos junto a las rosas madrugadoras.

Por la hora meridiana comenzó el gran espectáculo a que asistían en sillón de orquesta las damas de Peñalolén.

Trajo Beatriz un libro que mecía sus recuerdos, Alba un papel, y mientras tiraba líneas o esparcía sombras, tarareaba un cantar.

Su voz se derramaba en puros cristales sonoros, vibrando en el aire limpio, picado por cantos de diucas o dibujado por revoloteos de presurosos chincoles, dentro de la amplia orquesta de las aguas bulliciosas.

En la fuente de piedra murmuraba un chorrito de agua dulces quejas, apagadas por el estruendo del gran chorro, que yergue un gigantesco plumaje de aguas irisadas en desafío al sol.

El espectáculo suplía en sedante embeleso a cuanto daba la sociedad allá abajo. Dulce soledad comunicante con la vida íntima del alma—de que la Naturaleza es puente milagroso...

Madre e hija se hallaban sin causa en júbilo de vivir.

Beatriz sentía secreta paz interior... Alba también, creía hallarse en el umbral de una ignota región... Deseaba llorar, gritar... Su lápiz no escrutaba esa tarde el fondo impreciso en que emergen sombras ocultas en transparencia de fugitivas visiones... Sus lapicillos de colores trotaban sobre el papel copiando idealizadas, las flores encendidas, las guirnaldas caídas en festones, los copos de lilas breves...

En esta vibrante orgía de luz, color, perfumes y cantos, se ha-

llaba la niña embriagada, aturdida, exaltada, y de su manecilla fina, emergía el éxtasis de la vida exhuberante y plena, que primavera culmina en fuerzas redivivas...

Zumbaban las abejas doradas y las mariposas azules describían círculos palpitantes de luces tornasoladas... Honda crepitación de vida estremecía el aire diáfano. Temblaban ruborosas las flores, meciéndose en el éter radiante.

Invisible presencia se insinuaba en el oro líquido de la atmósfera y en las cantarinas notas de las aguas desprendidas de las cumbres gloriosas.

La ciudad misma allá en el lontanar, aparecía en hermosura de juventud, esfumándose en ardiente resolana...

No era en esta media tarde, la prisión que a la joven fingieran sus espesos muros, sino la colmena laboriosa que extrae miel, para colmar sus caladas celdillas blancas.

Hasta la altura de Peñalolén no llegaba la estrechez de los paredones conventuales, ni la esclavitud de las almas. ¡Todo cantaba triunfo y amorosa evasión!...

...Si Santiago era colonia penal de almas, entre esas rejas forjadas por misterioso destino, se abrían extensas brechas de liberación... Ella sabía que las duras cadenas traen por dolor, felices rescates...

La esclavitud acumulaba en ellas fuerzas para futuras victorias... ¿Cuándo? La ley de justicia inmanente le respondía de todo. Su corta vida no le daba la experiencia de tales leyes, pero trajo esa certidumbre intuitiva... La arraigada convicción, innata, le daba casi un voluptuoso deseo de sufrir...

A la hora del mate, madre e hija entraron en la casa...

Dentro del patio de azulejos, reverberaba el sol. Los cardenales sangraban insolentes.

El gran toronjo narcotizaba los sentidos con su capitoso perfu-

me. Una mata de diamela azul abría en centenares de estrellitas, sus ojos asombrados, sobre el mundo a que acaba de nacer.

La fuente sabe musita un vago ensueño, en el silencio del patio dormido.

El naranjito enano, con su amplia silueta de dama encrinolinada levanta entre sus hojas lustrosas, esferitas rojas, de soles en miniatura.

Un loro con plumaje verde, azul y lacre, majaderea con necio orgullo, atisbos de palabras humanas, en estridentes risotadas imbeciles...

En otro rincón del patio, centelleante de azulejos al sol, el aljibe encierra el agua quieta, con pureza de nieve y frescor de manantial...

Los errantes perfumes bailan rondas en ráfagas de aire, o vibran en soplos cálidos, traídos por juguetonas brisas del horno en que a la proximidad del ocaso arde la ciudad lejana...

Beatriz contempla el pueblo pequeño, que se encucilla bajo la augusta sombra de la cordillera, y que limita allá lejos la montaña de la costa.

¡Es triste el grandioso panorama! La magnificencia del sol dora la tierra parda y sus rayos oblicuos glorifican la gravedad del paisaje.

Extendía su mirada hacia la ciudad, por el pequeño balcón de su cuarto, que enfrentaba el poniente, y Alba miraba también hacia la Cordillera, que la caída del sol comenzaba a esculpir en relieves maravillosos...

Las dos creaturas en aquella tarde eran misteriosamente atraídas; la niña por el Oriente y la madre por el Poniente...

Fué hora de apoteosis. Los fuegos del ocaso ardieron todo el cielo. Las nubes de la costa en erupción de inmenso cráter, arrojaron sus inmensas llamaradas, sobre la bóveda azul.

Al apagarse los oros crepusculares, en tenue degradación de tonos, acrecían la diafanidad exquisita de matices finísimos.

Para Alba, la cordillera andina, era un alma viva, que atravesaba fluxionarios y complejos estados, a cuyo rostro diera el Hada Luz significativas expresiones.

A veces la alta montaña amanecía muda, cerrada, amenazadora o bien oculta tras un velo, rasgado a trechos.

Sus aspectos eran confidencias que hacía al alma de la niña, dándole en sus continuas mudanzas, augurios, promesas y amenazas. Recibía de la altura consuelo e inspiración.

En las faces que mostraba la Montaña Sagrada, leía signos irrecusables. Los densos velos de bruma y el estampido de los truenos, producían pavor en su alma. La tormenta cortaba las comunicaciones con su mundo secreto, así como la culminación en gloria de sus horas críticas, era indicio precursor de acontecimientos felices.

En estrecha relación con estas señales andinas, se habían producido en Alba iluminaciones y desalientos...

La víspera del matrimonio de Conchita, oraba en su lecho, de cara al Oriente, cuando surgió del Andes, "Júpiter"... Aquella soberbia aparición ¿era respuesta a su plegaria?... Deseaba hallar un alma gemela, que la acompañara en su apasionada peregrinación por el mundo...

El despunte súbito del astro, al formular tal deseo, le hizo presumir que Júpiter, fiel a la cita de su alma implorante, era su estrella tutelar... Ahora unía aquella apoteosis crepuscular con el encuentro de ese joven francés—tan pavo—según Conchita, y tan vitalizado interiormente... ¿Sería acaso Júpiter el emisario—Arcángel Gabriel, venido a ella, obscura Virgen—de la cita en la fiesta, donde no esperaba hallar más que un inmenso tedio?...

En aquella turba de seres cortados por el mismo molde, rebaño

guiado por alma colectiva, halló un mozo consciente de ese principio oculto que orienta la vida de cada creatura y la plasma, según cierto tipo ideal de cuyo boceto, hecho más arriba, somos inocentes ejecutores los hombres...

Había presentado a Pablo en el aura espiritual que circunda a los seres íntimamente, de alma a alma...

Lo adivinaba luchando para hallar una senda que lo llevara a realizar las energías que pugnaban por escaparse de su rica personalidad.

El encuentro fué un grave suceso para ambos, pleno de promesas a que Alba vinculaba la complicidad de Júpiter...

Trata de descubrir ahora el significado de la magia crepuscular—única, en su recuerdo de devota contempladora de ocasos y alboradas...

—¿Qué anunciaba?

... ¿Por qué se habían dado cita todos los elementos de belleza en el gran horizonte abierto?...

Las dos montañas, las nubes, las luces, las nieves, los celajes, las piedras, se transformaron para deslumbrar...

Cúmulos y estratos, pintaron sus palacios de hadas, dibujaron sus arabescos y describieron sus parábolas de luz.

Islas de paz navegaban en océanos quietos y bajeles dorados, se suspendían en el éter azul...

... La tarde agonizante le prometía aún más que la plenitud...

En el avance triunfal de la primavera un gran acontecimiento venía en camino a su vida... ¿Era acaso la revelación que su alma reclamaba?... ¿O la entrada a su corazón de un sentimiento cuya gemelidad fecundara su existencia?...

Algo venía, sí...

Se lo escribieron esa tarde las luces de la montaña, se lo

cantaron las aves, se lo murmuraron las aguas en cristalinos parloteos, y las flores también se lo insinuaron en vivientes pinturas y hasta en lenguas de olores, que dicen al sentimiento lo que por limitadas no expresan las palabras...

Se quedó la niña suspendida del encanto que la arrobaba.

Ignoraba, cuando se levantó, el tiempo que había permanecido en contemplación...

La estancia estaba hundida en penumbra... Descendía del Andes, hosco y severo, una ráfaga helada, en que se agitaron temblorosos los árboles... Sintió frío y fué a contemplar el lado de la ciudad...

En las postreras diafanidades vesperales, la luna nueva aparecía en cándida visión...

... Cuchilla de plata, segadora de estrellas, sonreía a la niña por la derecha, elevada como aparición sobre la villa lejana... Otras veces se presentaba de improviso por la izquierda, en tinte rojizo, con los cuernitos sesgados sobre el firmamento y era de pésimo augurio...

Ahora blanca, plateada y candorosa, tenía aire de niña traviesa, que nunca ha sido cómplice de los amores pecaminosos de los hombres...

Enteraba con su hoz reluciente—arrasadora muda de los dorados espigales del cielo—la serie de símbolos que acumulaba la niña ese día en presentimientos alegres...

.....

Durante las tardes primaverales una pequeña mesa, colocada en el patio de azulejos, les servía para merendar.

En la fuente árabe, la gotita de agua ritmaba el silencio con su nota cristalina—confirmación de eternidad sobre el tiempo breve...

Separado del patio por inmensa portada de hierro calado, estaban ardiendo unas tristes candelas en el comedor.

La tarde impresionó a Beatriz, aunque la Naturaleza no fuera para ella el libro de *Horas* espirituales en que leía la niña.

—Se corresponden en mí—dijo—los aspectos de afuera, con mis estados interiores...

Beatriz calló... Recordaba que en algunas tristes horas de su vida pasada, reía indolente el sol, mientras sangraba su alma, pero no quería que su experiencia arrebatara ilusión a la niña. Ahora, sin embargo, ella misma estaba dichosa, sin saber de qué, con el corazón en primavera... Algo nuevo y largo tiempo contenido, tomaba expansión en su alma.

Otras veces, en este mismo tiempo, el oculto trabajo de ebullición en la savia ascendente, le dió melancolía.

Muertos, sin resurrección posible, estaban sepultados en su corazón y el peso de esos cadáveres, esterilizaba todo resurgimiento futuro... Y no obstante... manos invisibles levantaron esas viejas lápidas con inscripciones ya borrosas... y su alma cantaba alborozada la periódica renovación de la vida infinita...

—Esta primavera me ha sido liviana—dijo Beatriz. Sus palabras emergieron de hondo silencio y fueron seguidas de larga mudez... Transcendieron graves como si envolviesen un significado más profundo del que expresaban...

Alba calló... La coincidencia del propio sentimiento con la emoción de Beatriz fué dulce sorpresa.

Aquella gloria tenía algo de excepcionalmente alegre y prometedor... La niña, que contaba sus años sólo en primaveras, sentía el inmenso júbilo que trae el despertar de la tierra... pero ahora su alegría era más espiritual y más humana...

Beatriz explicó a su hija:

—Desde que mi alma se ha vuelto otoñal, el trabajo de la savia elabora sólo tristezas en mi espíritu.

... Gustaba más de la caída de las hojas y de los cálidos tonos de la estación moribunda, que de ese monótono verdor y de ese triunfo insolente, de la vida que nace...

—La primavera—dijo—tiene el aturdimiento y la impiedad juveniles. Sin embargo ahora, me he sentido bien, más alegre, con un deseo de vivir, que creía muerto en mí...

Alba nunca había oído hablar así a su madre.

La hallaba, por el contrario, con el humor igual, contenta de todo, sin esas arrugas que el tiempo labra en las almas.

No obstante su enfermedad al hígado, guardaba frescura.

Ni siquiera tenía esas impacencias vehementes, en que Alba se desahogaba, cuando la necedad del pueblo la cercaba demasiado.

Beatriz destendía, en viva comicidad, las tensas ligaduras convencionales.

... Con el tiempo que avanza la impresión crece en Beatriz, de que alguien vivo, pero ausente, permanece junto a ella, en espíritu.

Callaban esa tarde en el patio de azulejos, a la indecisa hora que se llama *entre dos luces*.

Las voces anónimas de la noche campestre preludiaban su orquesta en sordina. Vibraban notas solitarias y sutiles, que luego irrumpían en vasta sinfonía coral... Grillos, sapos, ranas—voces errantes de la noche, respiración de la madre tierra adormecida—traían confidencias a los labios...

A ratos Beatriz sospechaba con cierta vaga intuición, que ese *ser* o *alma*, cuya presencia evidenciaba más y más en sí misma, se le acercaba...

Esa noche, en la soledad y misterio circundantes—hora propicia a efusión de almas—Beatriz contó su sentimiento raro a Alba... (tan diferente lo creyó de su secreta realidad).

Con su hija tenía intimidad sólo respecto a fenómenos que les eran comunes y que llamaban en su lengua personal *cosas raras*.

La niña sobrepujaba ventajosamente a su madre, en extraños sucesos.

—¿Cómo me explicarías—interrogó Beatriz—la impresión que siento de alguien, que está aquí junto a mí... entre las dos?

—Te expresas mal, madre, será dentro de tí...

—Lo mismo da al caso.

—¿Desde cuándo? Eso hace más que el sitio... Los espíritus no ocupan espacio...

—No sé... Comencé a darme cuenta de una vaga dulzura, que se ha ido marcando, en forma de secreta compañía...

—¿Y no le ves cara de persona conocida *antes*?—preguntaba con ansiedad la hija.

—¡No! Debe ser alguien que no he visto nunca...

—... En fin... ¿Alguno que se ha muerto y que tú has querido mucho?

Silencio obscuro de Beatriz. La niña insiste...

—... ¿Se ha ausentado de tu vida cuando eras pequeña, un ser que tú querías... o que te amaba?...

—¡Nadiel,—afirmó la madre, deseando convertir su negativa en verdad inconvencible...

—Pues yo, madre, me hallo en el sueño con conocidos que no he visto nunca en el mundo y tan íntimamente conocidos que me dicen: *¿Te acuerdas?*... Y se me evocan escenas vivas, en que creo haber actuado... Tan reales son esas visiones, que la Cordillera, el jardín y tú misma aquí a mi lado, se tornan ilusorias en comparación. Después de esos sueños, lo que veo al despertar y lo que palpo con mis manos, me parecen alucinaciones... Esto, fantasía; y aquello, realidad!...

El toronjo espesaba su perfume, a medida que se hacían densas las sombras. Los olores contenidos durante el gran calor estival ahora se exhalaban fragantes...

Algunos botones habían estallado, abriendo sus corolas de cera, en cuyo centro se percibía la simiente diminuta del fruto; otros, se mantenían cerrados y enormes.

Ese perfume traía a Beatriz un recuerdo, en su mudo lenguaje... Así olía otra voluptuosa y embriagadora mata de toronjo en momento culminante de su vida... Tan intenso fué su aroma, en un pequeño patio colonial, que la capitosa esencia traidora había sido cómplice del aturdimiento que la puso en camino sin regreso... Huía de esa planta monstruosa, en que el azahar agigantado, parece un producto híbrido... connubio de flor y de insecto.

Le atribuía maleficio...

Y ahora, a tantos años de distancia, el mismo perfume hace arder las venas de Beatriz y rompe su sereno equilibrio.

Se halló raptada del presente y sensibilizada en el pasado... Su vivencia fué extraída del momento actual y arrojada muy lejos hacia aquel tiempo de que se evadiera con pavor...

La acariciante lascivia del perfume la sumergió en un estado que creía desvanecido, y que viviera nuevamente en intensidad.

¿De qué abismo de nuestro ser, emergen esas memorias vivas que nos tornan atrás y nos devuelven la violencia pasional de antaño, trayéndonos el alma vieja que creíamos perdida, por absoluto despojo en la nueva sensibilidad?...

... ¿En qué arca divina se guardan todos los yo que en el transcurso de la vida hemos tirado a la manera que el actor cambia de traje, según el rol que le toca investir?...

Revivió Beatriz un instante eterno, a través de ese perfume

en que hallara condensado, de improviso, todo un proceso sentimental que creía muerto.

La asustaba esa frondosa mata del toronjo lustroso, en que comenzaban a estallar los botones impacientes... Conteníala para ella un sortilegio aquella fragancia antestasiadora de voluntad y obscurecedora de sendas claras...

Le latía el corazón con fuerza inusitada, cuando la negrita anunció que Ño Morales venía a hablar con el ama... Se presentó el huaso semi indio y tartamudo, que estaba de vela esa noche. Dijo que dos amos pedían alojamiento... Llegaban de la Cordillera a caballo y no alcanzaron con luz hasta el pueblo.

—¿Y qué aspecto tienen?,—indagó Beatriz, temerosa de un salteo, pues estaban los alrededores de la ciudad plagados de malhechores...

—Parecen caballeros principales—decía el huaso, sobándose las manos en la punta de un poncho de colores rabiosos. Llevaba una faja lacre ceñida a las caderas, pantalones cortos, botas de cuero, puñal al cinto y grandes rodajas de plata en los pies—las espuelas—que daban tintineo argentino al tranco, quitándole aplomo al paso.

—Que digan sus nombres — propuso la niña.

Beatriz sentía angustia y Alba loca vehemencia...

—Me desvanece el perfume de ese toronjo, hasta me aturde. En cuarto cerrado, envenenaría el aire—dijo Beatriz, descargando contra el inocente arbusto toda su emoción contenida, mezcla de remordimiento, de aprehensión y hasta de pavor...

Vino la negrita motuda, a leves saltos:

—José Miguel Carrera y compañía...

Se les escapó un suspiro de alivio...

—¡Que pasen! ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!

Y sin poder aguardar, salieron las dos al encuentro de los visitantes.

Se desmontaban en ese momento.

Parecían venir de muy lejos, cubiertos de polvo y sudadas las cabalgaduras.

Carrera fué el primero en apearse. Avanzó con intrepidez—audaz viandante en peligrosas aventuras.

La curiosidad de Alba y Beatriz era grande por el misterioso amigo que acompañaba al capitán de Húsares.

Su alargada silueta hizo estremecer de manera distinta a las dos mujeres.

¡Era Villeneuve!

—Será de buen tono, señora, decir que se nos ha caído la noche en esta serranía—dijo el joven Carrera;—pero la verdad es que la hemos aguardado, para refugiarnos aquí. Esta hospitalidad es tentadora.

Villeneuve nada dijo. La explicación de Carrera holgaba la suya.

Se ocultaba la luna nueva y las estrellas palpitaban en el firmamento... Los picachos andinos refulgían y allá abajo, el poblachón miraba con trémulos ojillos de luz...

—¡Qué amable es este regazo de Cordillera!,—exclamó el capitán.—Estamos aquí a media falda sobre Santiago...

Los invitaron a tomar la colación.

Carrera sentía siempre junto a Beatriz que podía hablar con el alma a flor de labio...

A su reciente vuelta de la Península, con ojo limpio de prejuicios, halló en Chile mentes dormidas y voluntades inertes... ¡Qué pusilánimes le parecieron los hombres!

Sus palabras eran vivas y las mordía con labios frescos de juvenil impaciencia.

Estaba aquel impetuoso joven, ardidado por un anhelo de libertad que lo devoraba sin tregua...

Aguijoneado por este fuego interior, hacía largas excursiones a caballo, expiaba los boquetes de Cordillera, soñando con hallar en la otra banda colaboración a sus arriesgados proyectos; ya que de este lado, el miedo paralizaba a los incipientes patriotas, para sacudir el yugo de España. ¡Qué lentas eran las comunicaciones con el mundo y qué espesas las almas, para dar cabida a ideas nuevas!

Al aferrarse al pasado, no miraban hacia el porvenir, que al joven Carrera aparecía fácil de crear, con el arrojo que lo impulsaba.

Los mismos patriotas hallaron tantas dificultades para instalarse en el rincón del mundo, que sólo deseaban ahora descansar de los esfuerzos gastados y no exponer sus haciendas en imprudentes aventuras. Eran conservadores, por fuerza imperativa de las circunstancias.

La noche desabrochó el estuche de pedrerías de su infinito joyel.

La vibración estelar escribía en la página de arriba luminosos enigmas y el gran chorro de agua erguido sobre el lago desafiaba con su centelleante plumaje a los luceros del firmamento...

A las voces y confuso rumor del afanoso día, se substituyó el concierto en trémolos de violín, que preludian a la entrada de la noche los sapos y grillos invisibles.

Desde las praderas fragantes levantaban una inmensa plegaria anónima, en la paz de los campos dormidos... En la hondura silente, se oían lejanos ladridos de perros alarmados—gemidos lúgubres, voces errantes, que atravesaban ese regazo de Cordillera, como suspiros de la tierra exhausta y atormentada de deseos insaciables...

Carrera, siempre impetuoso, hablaba con Beatriz en alta voz. Envuelto con marcial donaire en un capingo corto, cerraba los puños con energía de hombre, a quien nadie resiste, describiendo con su brazo alargado, audaces y prolijas líneas de imprecación y misterio.

Estaba obcecado por ardiente ensueño.

Su amor a la tierra apartada y al panorama espléndido exaltaba su ideal por esa libertad necesaria al desenvolvimiento de la raza para crear su tipo nacional.

En el coloniaje seguirían vegetando tristemente las almas, reducidas a oprobiosa servidumbre.

La fina sensibilidad de Beatriz fué herida por sus palabras candentes y arrebatadoras, que saltaban como las aguas con presión de altura, sobre la tierra baja.

Deseaba, ante todo, suprimir la esclavitud.

Halló eco profundo en el corazón de la dama, que no podía soportar el trato de bestias, dado a esos hermanitos todavía pequeños, envueltos en ruda capa de materia y refractarios a la luz.

En esa idea comulgaron profundamente.

¡Suprimir la esclavitud! Beatriz fué conquistada por el capitán.

—También se necesita en el pueblo una gaceta para formar opinión y reunir las voluntades vacilantes o dispersas de estas creaturas inertes... La gaceta—dijo el joven—es la fuerza que cohesiona y exterioriza los valores ocultos... De muchas personas, que, separadas, son gotas inútiles, se forma la masa compacta, que el entusiasmo convierte en avalancha incontenible.

—Pienso en eso, cuando neva aquí en la altura... Las leves plumillas indecisas, que se ciernen trémulos en el aire se transforman después en formidables ventisqueros y muros de nieve congelada. Más tarde el estrepitoso tronar del deshielo amenaza de devastación a los que quedamos abajo...

Ya más seguro del terreno que pisaba, el Capitán insinuó otra idea, y esta vez con cierta timidez... no obstante su fuerza de dominación, avasalladora de voluntades femeninas...

—¿Y qué os parecería que se suprimiese el envío de fondos para la Inquisición, que ejercer en el Virreinato el Santo Oficio?

Temía el fanatismo de la mujer dominada por el clero, en complacencia suma de los esposos, a quienes creaban su imperio marital con despotismos absolutos de amo...

El bizarro capitán, dentro de la estrecha unión de su sexo, nunca se confiaba así a las mujeres; pero halló en Beatriz conciencia tan recta, que su insinuación dejaba de ser indiscreta.

Además, era viuda, vivía independiente, y su casa, alejada en la montaña, podía serle de utilidad para sus planes...

También aceptó Beatriz la idea con entusiasmo y abundó en el sentimiento de la crueldad e injusticia de la Inquisición.

—Contaba mi señora madre, a quien Dios haya, que por el siglo pasado el agente del Santo Oficio en esta capital del Reino, ponía en tabla durante las festividades de Semana Mayor, en la Catedral, el nombre de los deudores morosos en pagar las onzas narigonas que adeudaban.

—Se acogían al Oficio llamado Santo para delatar a los enemigos—amplió el capitán—aunque el asunto no rezara con la religión. Así ejercían sus inícuas y solapadas venganzas personales.

—Esta Villa es un convento grande, capitán.

—Con los abusos, tiranías, oprobios e intrigas de pueblo gobernado por indecentes frailes y cuatro ladrones sin vergüenza...

—El eterno contar de las lúgubres veladas de mi infancia, fué el pavor en que se vivía a esos corregidores—el Justicia Mayor—fantasma nocturno que, grueso bastón en el puño y desplegada la capa negra en alas de murciélago—, recorría las calzadas, ahogando a su paso los jaleos...

—Espantando a las gentes con crueles castigos. El Justicia Mayor, con los golpes secos de su bastón, ponía en polvorosa los pies de los apuestos galancetes que rondaban las ventanas de sus damas. La resonancia de tan temidos ecos, en la orante quietud de la noche poblana, hacía latir con celeridad los corazones. Soplaban candelas y permanecían agazapados los que no lograban huir... Convertían los bureos en rosarios con saetas cantadas.

—Por las mirillas de los portones acecharon en el siglo XVIII a los terribles corregidores...

—¡No, mi señora! Por las mirillas se evadía Cupido encadenado... ¿Cree Ud. que fueron muy recatadas las mujeres de entonces?

Sonrió Beatriz, le chispearon los ojos de zafir, descubriendo la línea marfileña de pequeños dientes apretados. Trepidó un instante...

—Creo que las mujeres de antaño renunciaron a su honra para hacer honor a la vida que se les ofrecía... es decir, se deshonraban ellas para honrar la vida... que es eterna y vale en todo caso más que una mujer... Por despreciar ahora el amor, han llegado a ignorarlo... Se han quedado sin vida, sin virtud y sin amor...

—En el siglo pasado les hervía aún la sangre heroica de España en las venas. Tras de esos guerreros que formaron la Capitanía General de Chile y que conquistaron la tierra noble y bravía de Arauco han venido gentes del Norte—almas heladas sin calor en la sangre que han trocado el espadón de hierro por la vara de medir algodón para justanes.

—Carecen de ardor imaginativo—subrayó Beatriz, que asistía a lenta decoloración de costumbres, gestos y palabras.—Se pierde la viveza del genio, la agilidad del ingenio y la donosa galanura de la expresión. Todo destiñe en la tierra nueva... Se les ha vuelto árido el corazón, hablan sin gracia y obran por miedo...

—Al menos los que labran el suelo y luchan con los elementos bravíos de la tierra nueva, cumplen hazaña que suple la de guerrear... ¡pero los otros maricones, que venden anafalla y chamebote para juntar míseros reales! El fanatismo religioso, a base de miedo, les ha enturbiado las ideas y la opresión los ha entumecido...

—Mi abuela, una andaluza de pura sangre, cuya viveza y agilidad, ponía todo en ebullición a su redor, chanceaba diciéndome: “La gotita de sangre mía que llevas, es la única que bullirá en entusiasmo e indignación... No te la dejes adormecer por la modorra de las otras sangres que tienes en el cuerpo...” A veces me hierve más de lo preciso...

Calló un momento y reanudó la conversación.

—Es digno de Ud., capitán, que trate de suprimir ese dinero que mandan al Virreinato para ayudar al Santo Oficio...

¡Violar conciencias!, le parecía un oficio más atrevido que santo, para ser atributo de hombres...

—Yo misma y mi hija estamos tildadas de practicar brujerías, por no habernos sometido a personas de Iglesia... y también por creer algunas cosas más de las que los dogmas mandan creer... Estamos tachadas de leer malos libros, entre los cuales el peor es el Evangelio, que en realidad, Alba y yo no conocíamos sino en interpretaciones de sentido mezquino y adaptado a mentes vacías de Espíritu...

—¿Cómo ha podido obtener aquí una Biblia sin notas eclesiásticas?,—inquirió el capitán, hallando raro que el libro reservado por la Iglesia llegara hasta la Cordillera...

—Me lo dejó un forastero.—(Se tiñeron de grana sus mejillas). Ya más repuesta continuó...—Que lo recibió en herencia de un Obispo...

Cayó un silencio pesado entre ambos...

Caminaron hasta la islita, que, comunicada por un puente, avanza sobre el lago. El pueblo de abajo dormitaba en la noche campesina con sus míseros candiles, bajo el constelado y fulgurante manto del cielo.

Alba marchaba algunos pasos atrás con el joven.

Decían cosas insignificantes, relacionadas con impresiones exteriores para colmar el silencio de sus almas... —silencio comunicativo, armonioso, pleno de cuanto resta de indecible al margen de la palabra, que los ligaba en íntimo consorcio callado, mientras las frases usuales se cruzaban insípidas...

—¿No le hace mal el sereno?,—preguntó al muchacho, que llevaba la cabeza descubierta.

—¿Caen aquí muy densas heladas?

—Los herbazales amanecen blancos como si hubiera nevado toda la noche, sólo que es nieve distinta, más opaca, como vidrio lechoso...

—... ¡Du givre!,—dijo el joven.

—Escarcha, decimos en castellano, y me gusta quebrantarla con los pies desnudos. Es cortante como vidrio roto y su hielo punzante quema los pies. Las primeras veces el dolor me hacía creer que mis plantas chorreaban sangre y era grande mi asombro al verme los pies intactos.

Se habían sentado. Beatriz cogió la última palabra de Alba, y dijo al capitán:

—Mi hija hace penitencias que no practicaron los monjes ni eremitas del santoral de mi abuela... ¡quiebra la escarcha matinal con los pies desnudos!

—Por gusto de poner en los pastales, mármol de estatuas... —respondió galante Carrera, y dió una mirada a su amigo, que parecía venir del limbo más bien que del país de la cortesanía, ya que no apuntaba a tiempo ningún requiebro.

—Es hechicera vuestra niña, tiene el más dañino de los sortilegios, su gran belleza...

—Está Ud. aguerrido también en brujerías peninsulares. Aquí llega todo desabrido... Tal vez la visión de las cordilleras, congela a las personas y paraliza los impulsos.

Los chilenos somos pacatos. ¡Cuestión de clima o de zona! Mientras la Andalucía hierve en ardores africanos... aquí son fríos y reservados. No se entusiasman ni arrebatan... Creen los devotos que la alegría es pecado.

—Lo he sentido... Las cordilleras aplastan con su formidable aspecto. Se pierde aquí la acometividad ibérica, por la irreducible aspereza que en su magnitud presentan los elementos...

—Que no lo escuche mi hija capitán. Ella no se hallaría en parte alguna, sin la Cordillera... Esta falda de montaña es su regazo espiritual. Se comunica con los Andes como si los picachos fueran personajes vivos... Sus luces o sombras, sus nubes o nieves, le hacen señas y le auguran el porvenir.

El capitán admiraba la sutileza que alcanza en la soledad el alma juvenil.

—No conviene que esa creatura viva aislada, señora. Habéis de colocarla en condiciones de recibir el amor... facilitando puertas al Destino.

—Es tan huraña. Esquiva las fiestas y el matrimonio la asusta. Quiere conservarse libre...

—Su hora no ha llegado... No se hacen programas a la vida, y menos a nuestro corazón... Ese es un rebelde... No acepta tiranías...

—Repáre Ud., capitán, en que mi hija no es dirigida por ningún sacerdote, que pudiera inspirarle vocación religiosa.

—Lo creo, es un alma libre... Son creaturas raras de hallar en estos países nuevos, donde los usos rígidos y las mentes estre-

chas presumen de encajar todas las individualidades en la misma pauta... En estos pueblos jóvenes pretenden trazar todas las sendas y crear moldes a todos los usos.

—Tal vez sea esa la causa de nuestra reclusión en esta hacienda. Nos sentimos detonar en la ciudad. Mi hermana y toda su familia viven en lo que ellas llaman: *el temor de Dios*, y a nosotros ese miedo nos parece la blasfemia mayor...

—Yo he reparado, también, que la religiosidad difiere aquí esencialmente del sentimiento español. En Andalucía el fondo de la devoción es sensual y rebosante de gozo. Se convierte en fuente inagotable de emoción, traducida en un culto pintoresco, pleno de colorido.

El pecado de amor allá es vida y aquí es muerte... Se especula en Cádiz y en Sevilla con el perdón infinito y aquí en Santiago con el terror de las penas eternas. En las Andalucías se ha santificado el amor y todos los crímenes que inspira. Por oposición en Castilla el clima duro ha dado al culto mismo, el ceño torvo y el cariz trágico. Más arriba los temperamentos se armonizan a la tierra parda, a la roca dura y a los furoros del Mar Cantábrico.

En este clima suave se relajan las energías, no apremia el tiempo ni las pocas necesidades del pueblo chico urgen a la voluntad. La religión es ceñuda, carece de la emotividad gaditana y de la magnificencia del culto sevillano. La teología romana ha perdido aquí sus elasticidades y se ha hecho férrea para amoldar a los indígenas.

—¿En vos, capitán, la energía no padece, acaso, quebranto, por la fuerza imperativa de estas montañas...?

—Sufro también desmayo, señora, pero las fuerzas que hallan en la tierra nueva, su órbita de actividad, se exaltan por urgencia de acción inmediata. Me costará encender estas almas,—suspiró el joven Mayor de Húsaes.—No tienen ambición...

—Desean reposar—respondió como un eco la dama;—la siesta los amodorra... vienen de vuelta y la actividad es para los que van de ida y les corre prisa y temen les caiga el sol, antes de hallar techo para la noche. Los españoles, cuando llegaron aquí acamparamos. Todo su esfuerzo se gastó en la empresa de echarse a la mar, y ¡qué aventura de titanes!

—Yo siento—dijo Carrera—una fuerza que me impele... Necesito realizar las empresas para que me ha capacitado la Naturaleza... ¡me arde algo aquí adentro!

—Pues, de ese natural ejercicio de sus fuerzas, le harán un crimen, capitán, y lo llamarán ambicioso... Los que han menester descanso y fuga de responsabilidades, por carencia de energía, atribuyen insensata ambición de mando a los conquistadores del porvenir...

—Creen que sólo buscamos pependencias y aventuras en qué destacarnos. ¡Imbéciles!...

—Ellos necesitan escudar en algo su pereza, su nulidad y hasta su tontería. De esta manera guardan superioridad sobre las personas que los sobrepujan y humillan. Al heroísmo se le llama aquí imprudencia, al genio locura y a la santidad brujería...

—¡Nombres que nada cambian a las virtudes!, — afirmó el joven Capitán.

Hallaba a Beatriz lista y no lo sorprendía.

—Con estas mujeres se puede hacer patria—pensó, y recordó a su hermana Javiera, tan aguda y generosa...

Sentía en Beatriz no sólo la real hembra, que era, en su tipo, una credencial de nobleza, sino la mujer ya despierta en su alma sensible, en cuya mente existía, además de la familia, la Humanidad...

No obstante lo apacible de su existencia, alejada del mundo,

solitaria en su mansión montañesa, como una religiosa enclaustrada, restaba en ella el sedimento que deja en los seres, la vida, vivida en pasiones y tormentos.

Y para dar aún más excelso testimonio de virtud, ostentaba como lirio aquella hija, amasada en pasta sobrenatural.

Su conocimiento de las mujeres—había conocido tantas el apuesto mancebo en su vida galante—daba al joven militar grata sorpresa en el caso de Beatriz. No era mogigata, como esas rígidas creaturas, que hacen de su pretendida virtud, a base de temperamento pobre o de carencia de oportunidades pecaminosas, motivo de condenación para las que han sucumbido.

Sorprendió este tipo de mujer a Carrera (que la había confundido en el grupo de su propia familia). Deseaba averiguar cómo logró evadirse de los prejuicios... ¿Por qué puerta?... Pero él, tan osado, no se atrevió a insinuar la observación...

Beatriz era una soberana creatura, dentro de aquella espontánea sencillez, que realizaba su trato en gracia y agilidad imaginativa.

Escondía una zona inviolable que revelaba su falta absoluta de prejuicios. Irradiaba tan viva energía y era tan transparente su alma, que la herrumbre ancestral, debió ser frotada, hasta dejar pulido y reluciente el oro de que estaba hecha.

La brisa húmeda del agua y el relente de la noche les hicieron abandonar aquel paraje maravilloso.

La intensa helada que iba cristalizando el pasto tierno, comenzaba a verterse en claridad estelar y hielo punzante.

La transparencia del aire aumentaba con el frío. La vibración luminosa de la atmósfera, en la altura cordillerana, iba avanzando con la noche callada...

Ofreció Beatriz a sus huéspedes un matecito para "*calentar el cuerpo*".

Entraron al comedor cerrado. Estaba impregnado y denso el aire con el aroma del toronjo y de la diamela azul.

Aquella fragancia dañaba a Beatriz. La sentía esta noche hasta dentro de sí misma...

Sus recuerdos la arrastraban violentamente a horas maldicidas e inolvidables. Tuvo miedo... Se halló aturrida. Creyó que iba a desmayarse...

Pablo, cogido por el hielo de la noche, estornudó con estrépito. Sentía ahora los efectos del *sereno* que tomara a cabeza descubierta, sin estar habituado al clima...

Beatriz se estremeció. Le zumbaban los oídos y devino intensamente pálida...

—Con el permiso de Uds., me voy a recoger; me siento mal. El aroma de ese maldito toronjo me aturde hasta desvanecerme...

—Verdad—dijo Alba—mamá se ha puesto varias veces mala, cuando el toronjo huele tan fuerte, como esta noche.

Los dos caballeros se levantaron solícitos... Propusieron recogerse ellos también...

—No—protestaron la madre y la hija.

—Ya traen el brasero para el mate, y queda Alba para reemplazarme y mostrar a Uds. sus alojamientos...

Iba atolondrada... Se negaban sus pies a sostenerla.

Tuvo apenas el tiempo preciso para tirarse de bruces sobre la cama. Le vino un síncope...

Alba, al notar a su madre tan demudada, la siguió a su estancia. Allí la encontró cadavérica, fría y con los ojos clavados.

Salió dando gritos.

Corrieron todos... pero ya Beatriz volvía en sí...

Miraba confusa en derredor, ignorando por qué la rodeaban inquietos... En ese instante de retorno a la conciencia, observó la joven, con espanto, en los ojos de su madre, esa misma mirada tenebrosa, que le viera al despertar de la pesadilla... y que contrastaba con la pureza de sus pupilas claras. ¿De dónde, de qué caverna o misterioso país regresaba Beatriz al reintegrar su razón?

Traía pavor y sombra en sus ojos diáfanos... ¿Vió acaso al borde del abismo, la imagen de la muerte?

Beatriz estaba hermosa en su lecho riquísimo, de madera esculpida y dorada a fuego, que perteneció a un virrey... La calidad de su belleza se acusaba más que nunca en el desaliño de la enfermedad súbita...

Era de alabastro su cutis, armoniosos los rasgos y rica de matices espirituales la expresión...

El Mayor y Pablo repararon en la magnificencia de aquella mujer, que en la madurez, conservaba esplendor de lozanía...

Su vieja criada le sobaba los pies, hincada junto al lecho.

Le dieron mistela de anís y agua de cedrón.

—Me voy de un galope a Santiago, a traer médico—ofreció Carrera.

—Mi madre sólo se cura con remedios caseros. Es muy sana, tal vez por eso mismo—añadió.—Nunca tiene las enfermedades, ni toma los contagios de todo el mundo... pero, eso sí, que sufre por excesiva sensibilidad y se pone mala, como esta noche, por un perfume... ¿Recuerdas, madre, cuando te pusiste tan acongojada de oír cantar un chuncho?

—No le hagas tanta honra... Fué sólo una lechuza, pero su graznido trajo daño... —respondió débilmente Beatriz.— Como que amaneció muerta el ama de casa, una esclava de

Guinea, que compró mi abuelo, ¡tan fiel con nosotras, tan buena! Esas gentes se apegan a los hogares y entran a ser miembros de familia. Nos quería mucho. Su cabeza era motudita, espesa y los dientes de perlas... Miraba con ojos puros que parecían cuajados en vertiente cordillerana... semejaban dos cuencos llenos de agua clara, y cosa muy rara en los negros, quería a los animales y a los pájaros... ¡todas las criaturas entraban en su reino!...

—Y cuando se murió—continuó Alba—fué el duelo de Peñalolén. Las palomas, los gatos, los zorzales, los perros y el loro, se sintieron huérfanos.

—Nos quedaron en herencia todos los animalitos que cuidaba...

Insistía Carrera por ir a Santiago en busca de alguna medicina, pero rechazaban la enferma y la joven.

—¡No era necesario!—Beatriz los tranquilizaba... —Ese toronjo tiene una secreta ponzoña que opera sobre mí... No daña a nadie más...

—Ya en la tarde, cuando merendábamos, mamá se aturdió de sentirlo oler...

—Le encuentro a esa mata de toronjo algo de monstruoso, de deforme, como son en la especie humana, el enano y el jobado. Es la caricatura del azahar agrandado. ¡A mí me trae maleficio!...

Observaron con extrañeza que una mujer de tan clara inteligencia y exenta de fanatismos religiosos, tuviera supersticiones...

El arreglo de la estancia tenía algo de árabe—morada de sultana.

Amplia habitación con una gran fuente de azulejos adherida al muro, en que pudiera bañarse una reina mora...

Balconcitos pequeños enfocaban el gran parque señorial con

la perspectiva en lontananza de la ciudad, esfumada en sutiles gasas...

—Conviene que ahora dejemos descansar a su señora madre.

Insistía Carrera en ir a la ciudad... No se lo permitieron...

—¡A tomar el mate!,—dijo Beatriz.

Ellos no aceptaron. Era preferible que todos reposasen. Alba cogió una lamparilla de aceite y fué a escoltarlos por los estrechos pasadizos y escaleras, hasta las alcobas destinadas a los visitantes—piezas de huéspedes, amplias y cómodas.

Helaba intensamente. De los picachos andinos descendía frío trasminante. Caminaba una esclava negra, cirio en alto, tras de ellos.

Depositó la candela sobre la mesa de caoba redonda, sostenida por una columna, que se ampliaba en tres patas gruesas sobre el suelo de ladrillo sevillano, cubierto de finas esteras de totora.

—¡Son muy fríos estos pavimentos!,—observó Alba, al sentir el hielo de la pieza.

—Han querido vivir en este clima, con los hábitos contráidos en Granada—dijo el Capitán.

Pablo callado, contemplaba la maravillosa aparición de Alba en la estancia. Las candelas iluminaban a la joven, que estaba de pie con las manos afirmadas sobre la cubierta de la mesa.

La blancura mate de su tez y el oro de sus cabellos lisos, cruzadas las trenzas en corona sobre la cabeza—áurea diadema que la circundaba en esplendor—tomaba todavía realce en la negrura de la esclava, allí junto a ella.

—¿No les faltará nada?,—preguntó.—¿Tienen agua fresca en las jícaras? ¿Lumbre en el brasero?...

Verificó todo con pr6vida atenci6n.

—¡Nos previene Ud. si algo ocurre!

—SÍ; pero ya todo ha pasado. Madre es una enferma singular, no tiene convalecencias. Se pone mala, de súbito, y luego aparece a la mañana siguiente fresca, cual si nada le hubiera ocurrido. Eso sí que es sensitiva y le afectan cosas que a nadie dañan, como el toronjo...

Sonrió en su ancha boca luminosa; centellearon sus ojos y se marchó dando la "Buena Noche" a los huéspedes, seguida de la esclava...

Se tiró una estela de invisible claridad tras su pequeña y armoniosa figura... Los dos hombres quedaron sobrecogidos.

Esa creatura tenía algo de divinamente celestial. Lo palpaba ahora el Mayor, habituado a lances románticos, con mujeres de otra especie...

—¡Te quedaste embobado!,—le dijo Carrera a su amigo;— y lo peor es que no das chispa... No te enciendes, te apagas...

—Estoy... no sabría decirlo... sino en francés: "*sous un charme inconnu!*".

—¿Estás embrujado?... ¡Recibiste el hechizo de esa joven!...
Calló penosamente...

—Otra... Otra... —le tembló la voz, en silencio evocador.—Otra que se casó... ha poco... me daba ese mismo embrujo delicioso y fatal... pesado de sacudir cuando coge hondo...

Estupor de Pablo, que atribuía a Carrera sólo fáciles y groseras aventuras.

—Le rondaba la cuadra como un vigilante nocturno. Me atraía esa niña con fuerza irresistible, sin que pudiera presentar

mi candidatura a novio en su casa de empedernidos realistas...

Esos tales súbditos del Reino me sublevan... Gentes que, por lograr honores y ventajas, no reparan en la oprobiosa esclavitud de este mísero pueblo...

Era un primor de gracia la creatura, tenía salero, ají y todos los picantes que el diablo pone en la carne bella y nueva...

Pablo sorprendido, indagó durante qué tiempo se lanzó el capitán a tales proezas...

—Desde que llegué... Iba en formación con el regimiento de guardias milicianas, y desde un balcón volado, me apresaron unos ojos bailarines... Entró a fuego en mí esa mujercita, con toda la zarabanda del demonio...

—¿Debiste tentar la aventura en regla, si era gente de calidad?

—Por eso mismo no pude... Me repugnan los caballeros de garnacha...

Pablo seguía con los ojos atónitos...

—¿Quiénes?

—Llaman así a los hijosdalgos de sangre y naturaleza, casa infanzona, pendón y caldera... enemigos jurados de mis ambiciones patrióticas... Afrontar el fiero ceño del portón claveteado, hubiera implicado renunciamientos a mi honor de soldado...

... La hallé días después en la calle de los Cruzados... me fui fascinado tras su esbelto palmito... y quedé prendido en las mallas de su ondeante chal de madroño...

Una historia como todas... ancha es la puerta y la salida estrecha...

—¿Y cuánto duraron las escaramuzas?

—Inocentes escaramuzas, que tuvieron como único campo es-

tratégico la mirilla del portón claveteado, después del toque de Animas. Le echaba requiebros y le tiraba claveles... Iba de madrugada a la misa de los Hermitatos... La seguía de lejos... En la calle alardeaba de no reparar en mí... Respondía a mi afán, de noche y a solas. Mi cortejo manifiesto la hubiera puesto en riña con la familia entera... gente dura, taimada y hostigosa...

—Y ahora se ha casado? No es de envidiar al favorecido...

Carrera respondió con amargura:

—Nos vimos a hurtadillas hasta...

Y para mitigar el escándalo de Pablo, añadió:

—... Ninguno arriesga honra, en dar su nombre a damas de prosapia... El matrimonio es cárcel y los hijos son los eunucos del harem. Estos súbditos del Rey, prueban en el amor su ascendencia morisca...

La mujer pierde agilidad, encanto y gracia, antes de valorizar por sí misma el tesoro arrebatado...

Suspiró el militar.

—¡Pobre marido!,—continuó Pablo...

—¡Dichoso él, que pudo llevársela! ¡Era criatura inocente de bajas malicias y muy femenina en sus picardías!

... El misterio de la noche, un Capitán enamorado que desafía todas las intemperies... la helada, el rayo, el granizo y el trueno... la sonaja del espadín, el borneo de la capa, que el viento despliega en alas... la aventura milagrosa del amor... El corazón que cascabalea a gloria en el pecho joven.

¡Me cogió su sortilegio muy adentro! Sufrí recia morderura. Estuve desesperado cuando se concertó la boda... Es penoso para un guerrero anclar todas sus fuerzas afectivas, sobre la cabeza de una sola criatura... En mi vida azarosa de soldado,

¿qué puedo yo ofrecer?... ¡Cuérnigas!,—se dió un golpe en la frente, que, con las hondas entradas del pelo a ambos lados del cráneo, formaba un corazón...—¡Todo y nada! El amor que entre tales gentes y casonas, es menos que nada... Lo ignoran... Entran por el ceñudo portón, a toda gala el Orgullo, la Vanidad y las Conveniencias en buenas onzas narigonas... mientras la ilusión amorosa se evade por la mirilla calada, en azuladas espirales de zahumerio...

Esa niña encierra una mujer de pasión que ahogaran las ventajas materiales y la modorra del vivir...

Tendrá riqueza, holgura, honra, aburrimiento y muchos hijos, pero de felicidad, sólo habrá sentido el leve aleteo del capingo... en un capitán anónimo, que suspiraba junto a su puerta, o le cantaba tras los haces de hierro trenzados de su ventana, refranes andaluces...

—Tu relato me sorprende.

—¿De qué? Son desahogos sin motejo, expansión de juventud... ¡Quimeras que embellecen la vida!... En España hay una expresión para estos escarceos: "*Pelar la pava*"—plato de boda—cuya preparación hacen los enamorados desde los balcones... Cada mirada es una pluma arrancada al ave emblemática del banquete nupcial...

Su ardiente naturaleza se sintió fascinada por el milagroso desconocido que encerraba la niña en flor...

Callaron los dos...

—Es complicada la vida—continuó, tras larga pausa, Carrera, sin turbar el silencio de Pablo... —Así como me ves, tan vehemente, impetuoso y apasionado, padezco desmayos... Reacciono violentamente contra las dificultades y traiciones, pero en horas de soledad, se quiebra mi recio querer de soldado... Me asalta un vago, pero doloroso, presentimiento de emboscada, de injusticia... de fracaso definitivo...

Son negros mis despertares en las auroras cenicientas... El recuerdo de esa creatura... me trae oleada de vida y de coraje, que disipa temores.

... Es cruel la intimidación de cualquier hombre que vive despierto... Tras nuestro franco querer y clara conciencia de las cosas, se extiende una zona oscura, plena de acechanzas...

No sospechaba Pablo, que en aquel carácter fuerte y arrebatado, cupiese la región de los maleficios, a que era él tan propenso.

Le interesó más que nunca el hombre íntimo que divisaba por vez primera en el brillante Mayor de Húsares...

La complicidad de la noche silenciosa en la Cordillera había desenmascarado a Carrera...

—¿Todos los seres—pensó Pablo—aún los que tienen visión más precisa e inmediata de la realidad, emergen a la vida de un fondo infinitamente misterioso?... ¿Y sus actos no son, quizás, más que leves indicios, incoherentes a veces, del mundo invisible, en que viven de verdad?

—Me impele una fuerza que no acierto a dominar... ¿A dónde me arrastra? ¿Al triunfo? ¿A la derrota?... Vivir, sí,—dijo con aire sombrío el militar—vivir hondo y alto... Sobre todo vivir... Se precipita un torrente dentro de mí... Cultivo los sentimientos, que forman el único remanso cristalino, de mi secreto e incontenible bullir de energías...

... Te he dado ahora, la clave de mis nocturnas rondas. La niña a quien arrojaba claveles rojos... me reconciliaba con las fuerzas enemigas que me despedazan por dentro... Su claro reír ponía los fantasmas en fuga... Era el talismán de mi vida...

Tal vez ella, a quien no me acerqué nunca, fué el manantial de energías que hallé en la tierra nueva, dura y hostil...

Esos seres que desempeñan misión oculta en nuestra vida, son, quizá, la brújula que ha dirigido nuestros destinos... Y no nos enteramos hasta que salen para siempre de nuestra senda!

Sentía vagamente Carrera que su amor era cómplice de su gloriosa estrella y que su fortuna no sobreviviría a su pasión...

Ya sola en su lecho, Beatriz pudo aquella noche recoger sus ideas.

Se perdía en un laberinto sin salida. Recordaba que su primer aturdimiento fué seguido de otro... Estados de alma distintos que se modificaron por reacción de ideas, en torno a una raíz inicial. Ordenaba los hechos en su memoria, para enterarse... Estaban en el comedor...

El perfume del toronjo la narcotizó, a punto de suprimirle la visión. Se halló transportada a años de juventud... y a hora suprema de su vida! Estaba ofuscada. Vivía el pasado con loca intensidad y a la vez precisaba sonreír y continuar el hilo de la conversación, con su rostro alerta puesto de centinela, ante la fortaleza hermética de su intimidad.

Había encerrado Beatriz su emocionada y secreta angustia en serenidad exterior, cuando el joven Villeneuve tuvo un acceso de tos... Fuerte evocación del tiempo muerto...

Le pareció aquella manera de toser, conocida y antigua en su recuerdo... alucinación tan completa que la puso mala... hasta vacilar sobre sus pies, derrumbarse en el lecho y perder el conocimiento...

Su sensibilidad se había hecho enfermiza; no podía explicarse de otro modo que cosas tan nimias la dañaran, a ella que tuvo valor para afrontar duras situaciones... desgarramientos de corazón y ausencias definitivas.

Y ahora se hallaba... herida por un perfume, trastornada

por la tos de un extranjero—gestos con lejana resonancia a otros gestos del pasado... de transcendencia funesta...

Alba vino a acompañar a su madre. Temía que en la conversación con el Capitán, Beatriz recibiera una mala noticia.

Le aseguró que nada habían hablado que la impresionara.

—Me complació conocer los proyectos que sustenta Carrera ¡Alma abierta y grande!,—dijo—sufrirá mucho. Sus deseos son peligrosos y la cooperación será mezquina.

—¿Viste—dijo—el alojamiento de esos jóvenes?

Alba se había ocupado de todo.

Deseaba que la hospitalidad de su casa fuese acogedora. Sentía admiración por Carrera, y por el otro muchacho silencioso, urgente necesidad de protegerlo... ¡Era extranjero y debía encontrarse tan solo!

.....

Bruscamente un día cualquiera, a la cruda resolana de media tarde, salía Conchita con Antonio por su portón de la calle del Rey. En ese preciso instante pasaba el apuesto capitán de su secreta aventura.

Toda la sangre se le agolpó al rostro, mientras en el pecho le bailaba el corazón sublevado.

—Amplia curva de saludo cortesano describieron en el aire los dos hombres, sombrero en mano...

Ella permaneció erguida, con los negros ojos llameantes y altaneros. Caminó inflexible borneando su palmito airoso...

—¿Por qué no asistiría a nuestra boda?,—le preguntó el marido, así que el transeunte tomó delantera... Guardaba Antonio esa recóndita inquietud.

—Ignoro quién es ese militar—respondió Conchita, exasperada...

Detuvo Antonio el paso, de puro asombro...

—¡Habras de él con tan viva simpatía y no le conoces! ¿O lo haces sólo para escandalizar a tu familia?

—No conozco a ese hombre que saludaste.

—¡Es José Miguel Carrera!

—¡Nunca me tocó encontrarlo! ¡Nunca!,—se afirmó con valor, ya repuesta de su turbación.

El súbito descubrimiento que en ese instante vinculaba al héroe de su fantasía con el Capitán de su ilusión, dejó a Conchita conjuntamente embriagada y aterrada...

Podía perdonar al desconocido que no supo conquistarla para la vida por sobre las conveniencias sociales, pero no lograba absolver al hombre de su clase, al probable caudillo, que le encendiera, sin escrúpulo, el fuego inextinguible... ¡Dejarla cobardemente en brazos de otro!

Por su noble apostura, siempre ubicó la joven al misterioso rondante, entre los más destacados capitanes del regimiento de la Princesa, pero temía fuese uno de tantos zaragates licenciosos, sin pasta de posible sacramento.

Este fatal encuentro alteraba el fondo de la cuestión. Carrera había querido burlarla...

Hirvió en cólera. ¡Qué santa inspiración la detuvo sin comprometerse con tan peligroso personaje!...

Se envanecía, ahora, de no haber dado a las rondas nocturnas, a que fué tan fiel el atrevido militar, más cabida que a un pasatiempo cualquiera, mata tedio de largas noches ociosas...

... Caídas sus ilusiones... su existencia se consagraría ahora a una dulce venganza... para enredar al Mayor de Húsares, ascendido ya a su verdadero grado, en una femenina celada, que lo humillase... a fuerza de atraerlo y desdeñarlo!...

Ya se había recogido Pablo aquella noche cuando entró Carrera a su cuarto. Estaba iracundo. Necesitaba rebosar su cólera ante un amigo:

—La tribu Larraínista, encabezada por ese mal fraile, conspira contra mí...

—Hallarás muchas resistencias para hacer patria... Los realistas defenderán sus ventajosas posiciones en este Reino, donde imperan...

—Y ese canalla de fraile que juró la independencia de Chile, clavando un puñal en la mesa del Capítulo, es el que más me hostiga.

—Creyó tomar el cetro de Fernando VIII para sí y los suyos, y vos le habéis cortado el paso...

—En los propios amigos he sorprendido bajezas...

Empuñó el espadín con ira. Estaba excedido de disgustos, robos, torpezas y traiciones que el miedo solapaba. El turbión de la vida se quiebra en su alma.

Los más capaces y honestos ciudadanos le envidiaban y le tenían celadas.

Hombre sensitivo, percibía en el aire, las tramoyas que le fraguaban los mismos que lo acataban de frente—descubriendo las conspiraciones con claridad suficiente para temer y no por evidencia de algún hecho concreto que lograra barajar el golpe...

Las proyectadas sediciones, aún ocultas, extendían en su redor la maraña sutil de malevolencias y peligros.

Enemigos emboscados, le minaban las fuerzas vivas del alma.

—Mi hermano Juan José, influenciado por la numerosa familia de los Cotapos, godos irreducibles, estorba mi acción...

—Tú ves largo y abarcas conjuntos, mientras él mira corto, en fragmentos...

—Amargos ratos y horribles disgustos he sufrido con mi buen

hermano. No se resigna a tener una situación de mando inferior a la mía, que soy menor. Los imbéciles de sus cuñados creen todavía en las progenituras de Israel. Todos estos disturbios asfixian mis energías... me roban las fuerzas que necesito en situación tan complicada... Esta pobre gente considera egoísta al que encara de frente el porvenir y no se resigna, como ellos, a la miseria presente... En llenando la panza, la honra de Chile los deja sin cuidado... Me he sorprendido de hallar tanto desorientamiento y cortedad de visión en este pueblo.

—Los patriotas exceden en número a los realistas...

—¿Y de qué vale, si el miedo los congela y el egoísmo de sacar ventajas, los vuelve traidores a la causa, así que el caudillo no los beneficia a medida de sus ambiciones?...

Los tales patriotas comprometen a los pueblos y roban a amigos y enemigos... Si yo hubiera sido uno de ellos, ya sería dueño de muchos miles, pero no nací interesado.

—¿Qué es de aquel joven oficial tan listo?

—Alcázar, es el único que se hubiera hecho buen miliciano entre los demás maricones, pero lo he colocado en otro puesto donde es más necesario...

—Tienes coraje para todo, confía en tí mismo...

—Enfrenaremos a tanto pícaro, que no escarmienta. Ahora mismo he puesto al Cabildo un oficio duro, que les hará clamar al diablo... Sé que en estos días han tratado de matarme... Tenían preparado un plancito ingenioso. Yo los pondré donde se acuerden quién los parió...

Es una tierra de vendidos... pero si los pueblos se venden, los compraremos... —Cerraba el puño con violencia y hacía danzar a golpes un puñal de plata sobre la mesa de caoba.— ¡Malditos sean esos demonios!... Les llegará la justicia antes que alcancen a amarrarse los calzones.

Brutal en la cólera, recobra su entereza y su aplomo en mayor dignidad.

—Necesitas descanso. Vamos a Peñalolén.

El proyecto sonrió a Carrera... Confiaba en su estrella... Su experiencia aventurera y amorosa le enseñaba que las grandes ilusiones frustradas crean imprevistas realizaciones.

¿No había acaso tirado al tapete del destino las más altas cartas de su naipe en una ronda estéril?... El guante estaba arrojado, y la vida—blanda al empeño, como una mujer seducible—respondería en breve. Así lo esperaba el caudillo... y para abrirle cancha, se disponía a frecuentar el paraíso de la altura.

Se paseaba a grandes trancos nerviosos por la estancia.

—Chile, seno de intriga, de emulación y de miseria... —Hablabla solo...

Reparó en Pablo...

—En días pasados me convidó Fray Joaquín a un paseo con Rosales, Ramírez, Izquierdo y Pérez... En el camino, después de algunas botellas de ponche, dijo el fraile: "Todas las presidencias las tenemos en casa. Yo, presidente del Congreso; mi cuñado, del Ejecutivo; mi sobrino, de la Audiencia; ¿qué más podemos desear?". Su orgullo me hirió, y le respondí: "¿Quién tiene la presidencia de las bayonetas?..." Hizo en él tanta fuerza esta chanza, que se demudó... Aquella noche se criticó en la familia mi atrevimiento, aconsejando las medidas de precaución que debían dictarse con los Carreras... y especialmente conmigo...

Las velas se consumían de llorar gruesas lágrimas sobre las candilejas, cuando José Miguel se resignó a recogerse...

—Llevarás pistola—le advirtió Pablo. — Debes precaverte... Algo grave se agita en el aire...

—Estoy resuelto a todo... Ni siquiera les guardo rencor. Están cegados por la envidia.

Le chispean los ojos, le treman las alas de la nariz y se le contraen los labios en rictus...

La lucha temple su carácter en la firmeza que requiere la responsabilidad que lo abrumba.

Pablo lo anima.

—Tienes condiciones para vencer... y si en aquel movimiento beneficiaron otros, tú te has colocado luego donde te corresponde.

—Se me cae el poder en la mano por la tontería de los insurgentes... La vanidad y la cupidez son las debilidades, por las cuales cogemos a los hombres... La ambición es el más poderoso resorte que los mueve... Son capaces de los mayores sacrificios a la subida del camino.

Precisa que el nacimiento y la intriga no conduzcan a ningún puesto elevado. En mi gobierno, nadie ha de sentirse desmedrado por pobreza o carencia de rango.

Su corazón generoso estalla ante la injusticia.

—El populacho perece por tí...

—Los soldados tienen bravura en este pueblo, pero aspiran al mando los que sólo pueden ser subalternos...

Sus gestos vivos se modelan en dignidad...

Alma ardiente, cerebro ágil, corazón inflamable, va arrastrado por la violencia pasional y la viveza imaginativa...

Sentía Pablo haberle insinuado los peligros que lo cercaban...

—Te matas con esa vida.

—Yo me siento vivir.

—¡Tal vez en el futuro!

—¡Y te parece poco!

Se levanta en ese momento Carrera por sobre la pequeñez de

sus contemporáneos para mirarse en el espejo de la posteridad que ha de juzgarlo. Vive como poeta en la leyenda que crearán sus proezas, y se siente en mística comunicación con las almas venideras!...

Lejos de miradas indiscretas ha corrido en Peñalolén, claro como el agua de las fuentes cantarinas, el casto idilio de Alba con Pablo...

El acercamiento produjo, a primera vista, íntima armonía entre los jóvenes. Fué toma de posesión, en tierra conquistada... El tiempo trajo más tarde, en la continua proximidad, lentas o súbitas comunicaciones de sentires e ideas—¡botines cogidos en luchas, experiencias o dolores, traídos de remotas tierras espirituales!

Se iba creando entre ellos un profundo acorde, por gradual fusión de sensibilidad.

Estaban sin testigos en la altura, a solas con Dios. Nadie comentaba, aplaudía o reprochaba sus andanzas.

A veces salían de paseo los tres juntos. En otras ocasiones se separaban para repechar más alto que la madre, las cuestas de aquel parque, hecho todo en sorprendivos accidentes del terreno quebrado.

Beatriz con el muchacho deseaban vivir en otro tiempo... que no fuera éste, tan nuevo en el extremo del mundo... soñaban con otra sociedad, de almas cimentadas en verdad, donde no se restara lo esencial del ser humano—sus fuerzas vivas—a hipócritas convenciones y rutinas...

Palpitaba en la atmósfera del villorrio la claudicación constante del individuo a conveniencias lugareñas.

Despuntaba en ambos un porfiado y vago anhelo hacia vida más bella.

Sentían ansia de alcanzar cierta honda verdad que pugnaba por romper la clausura de la conciencia...

—Tengo la impresión—decía Beatriz—de estar en la vida fuera de tiempo... Nací atrasada en un sentido y adelantada en otro. Desde pequeñita experimenté angustia... una infinita angustia inmotivada, de algo que es mío y que me han quitado... de un tesoro íntimo que me fué robado... en ausencia de este "yo" que el tiempo ha liberado...

A veces preguntaba a mi hermana si sentía ella también esa angustia... si acaso el ansia secreta que me roía era natural y común a todas las personas... Cruz me miraba atónita, como si le hablase en lengua muerta. Y así fué cómo adquirí fama de rara, de huraña y hasta de bruja. A mi esposo nunca le hablé de nada mío. No le interesaban esas cosas nimias, ni las hubiera entendido.

—¿De modo que su marido no la conoció íntimamente?

—Ni yo a él. Murió sin que yo supiese quién era en su alma secreta. No daba confianza. Se mantenía hosco y empinado como un castillo fuerte, erizado de almenas y aislado por fosos... Si tuvo puente levadizo, no se tendió para mí...

Ahora Pablo miraba dentro de esta creatura que le había abierto sus ventanas. Estaba virgen de contactos. Era una isla oceánica, erguida en luz y serenidad.

—Yo—dijo el joven, devolviendo la confianza—nacé con un sentimiento inexplicable, en castellano, que no me abandona nunca. Sólo le calza una palabra francesa: "regret". En el fondo de mis éxitos y de mis goces, siempre despunta ese "regret". Todo me sabe en la vida a cosa incompleta, a fruto que debo coger en verde, a trueque de no verlo nunca maduro. Fué así mi vida de niño y continúa siendo mi vida de hombre. Aquí mismo, entre Uds., donde he visto por primera vez el rostro de ese "algo" tan

diverso y multiforme, que se llama "*Felicidad*", sentí más que nunca el terror a lo fugitivo, a lo incompleto, a la vida traidora que muestra para esconder, que da para quitar, que embriaga para desgarrar más hondo...

Beatriz le escuchó atónita. Hasta en ese sentimiento se correspondían.

—Tome la vida como viene... Coja el instante bueno como si fuera eterno. Es la única ciencia... Vivir el instante aislado, gozarlo o sufrirlo intensamente, recibirlo en gracia... Hay instantes eternos... Pidamos a los dones de la vida, en su efímera aparición, únicamente hondura... Todo lo que vive una vez, muere y renace... *Gozar del sol mientras dura*. Es un sabio decir castellano...

Sus ojos claros confirmaban el anuncio bello.

—*¡L'éternel retour!*,—dijo el joven, y se quedó ensoñado.

... Alba venía con las manos llenas de flores. Era en el umbroso parque de Peñalolén, ilustración del estío en ansias de plenitud.

Se sentó junto a Pablo en el banco de madera.

... Ciertas almas interrogan y otras responden. Los ojos de la niña contenían una serena respuesta del infinito, que calmaba la inquietud espiritual del mozo.

Esa muda afirmación se apoderó de Pablo hasta convertirse en su vida esencial.

Desocupado esa tarde de los trabajos de regadío (pretexto que le servía para frecuentar Peñalolén) estaba junto a ella, que permanecía suavemente recogida...

Su pureza encerraba tal soltura de gracia, que parecía un abandono.

Cuando se levantaba sobre el joven esa mirada confirmadora de luz sobrenatural, ponía todas las sombras en fuga.

Para mostrarle los estragos de la ausencia en los dos días que permaneció abajo, le dijo Pablo:

—Durante mi estada en la villa, he tenido un alma vacilante, mermada y dudosa. No soy yo mismo, y más que yo mismo, sino a través de Ud. . . Re caeré siempre en la mediocridad de una vida menos que ordinaria si no viene a ayudarme con su luminosa fuerza.

Se lo dijo así, en brusca contracción de su ser.

—La presencia disminuye a veces toda la pureza del goce a que tiene derecho la amistad—respondió Alba.

—Sentimos de manera muy distinta. . . Cuando me alejo de aquí se me cierra una noche sin estrellas en el alma. Y todo lo que hago para calmar la vacua inquietud devorante, me parece ridículamente provisorio, cosas que me falsean y me abruman en vez de colmarme. . .

—¿Es posible, siendo que a distancia se comunican mejor los corazones? ¿En la soledad los espíritus se miran unos en otros, como en espejos!

La claridad de su sonrisa, añadía encanto a la gravedad de sus ojos transparentes.

—Precisa tanto esfuerzo para violar la clausura de un alma como la suya, que guarda tan obstinado silencio. . .

—De palabra, tal vez; pero la mía se muestra en absoluta desnudez.

Predominaba en la joven la esencia humana sobre el sexo, el alma sobre la mujer

—En la fuerza de mi sentir no cabe el alejamiento, y a Ud. le parece posible. . .

El ansia de su amor se hizo más urgente y más premiosa su ternura. . .

Necesito hallar en su corazón la certidumbre de un querer aná-

logo al mío... en hartazgo de cosas humanas pequeñas y de proyecciones espirituales grandes... Me urge oír de su boca que nos perteneceremos para siempre...

—Los votos y las promesas ofenden los sentimientos... Es una velada confesión de duda o aprehensión de fragilidad... ¿Qué pueden afirmar las palabras que no hayan dicho antes las almas? Desde que ha entrado Ud en mi vida, huye el tiempo con tal premura, que de sus horas lisas sólo me resta la satisfacción de una infinita plenitud.

—Yo necesito la seguridad que nada ni nadie nos separará nunca.

—De corazón, nada, nadie ni nunca—lo afirmó la niña con voz dorada;—pero crea asimismo que la ausencia material, no puede separar... Une, por el contrario, lo hondo de nosotros mismos, que la presencia aleja, sacando a la superficie del ser lo *menos* que contenemos a expensas de lo *más* que se oculta...

Casi siempre cuando nos acercamos hablamos futilidades, con cierto temor al silencio que gravita sobre los seres.

—Temo que se me escape Ud. por alguna cumbre espiritual a que yo no podré alcanzar.

La más ardua ruta me parecerá fácil para encontrarla... Y nunca hallaré que el camino se estreche lo bastante para caber los dos solos...

—¡Cuidado con tornarse egoísta! Me da su cariño una dicha tan exactamente cortada a la medida de mi alma, que en vez de dilatarme, me ahoga...

El le cogió las manos, riendo con viva alegría...

—De manera que mi amor, por ajustarse bien a su corazón, lo comprime.

Se sonrieron, mirándose a los ojos.

A aquella hora la Naturaleza—voz de Dios en todos los to-

nos de sus infinitos registros—hablaba a los jóvenes una lengua ignorada, que los volvía atónitos.

Una paz luminosa inundaba de sobrehumana belleza el rostro de Alba.

El parque sombrío, la casa silenciosa, todo cantaba su gracia pensativa. En el horizonte se azuleaban los lontanares diáfanos, cual tela peruginesca.

Y la tarde subía en montante marea gris, poniendo en sus almas el misticismo de una cándida plegaria, a que hacía coro todo el paisaje...

—Tengo inquietud!—le dijo Pablo.—Necesito ir a la villa por el medio día y regresar pronto con una gran noticia...

Caminaron lentamente en torno del lago... Abajo la ciudad se diseñaba en nítida visión... La pureza del aire cortaba con violencia los contornos...

—Yo también presumo que se prepara algo grave: Carrera estaba preocupado... Mientras estuvo aquí cantaron a media noche los gallos...

—¿Augurio de qué?...

—Triunfos primero y desastres después... Anuncian los gallos la próxima alborada, pero cuando se equivocan, significa que los triunfos serán inmediatos y los desastres definitivos...

—¿Cómo sabe tanto?,—le preguntó Pablo, tiernamente irónico...

—En este libro tan grande y tan antiguo...

Miró en torno suyo los Andes y el campo inmenso...

Cuando un hecho me impresiona, observo lo que acontece después y por la coincidencia me oriento para el futuro...

—¿A qué observaciones de brujería, dió lugar nuestro encuentro?,—preguntó inquieto el muchacho...

—Sentí que ambos veníamos de muy lejos y que el cruce de nuestros caminos iba a ser breve y triste... ¡Es tan dulce ya el habernos hallado!,—corrigió tímidamente la niña.

—¿De modo que Ud. cree todavía posible que yo me aleje alguna vez, después de haberla descubierto?... —la interrogó mirándola derecho a los ojos...

—No miremos hacia adelante; vivamos hoy... en este minuto... ¿No ha reparado Ud. que cuando se deja a Dios el epílogo de los sentimientos, son más hermosos que cuando los hacemos nosotros?...

—¡Epílogo! ¡Qué palabra!,—exclamó Pablo aterrorizado.

—Digo que el epílogo es divino, cuando los cariños no terminan por el corazón, sino por alejamiento necesario, por la muerte... Entonces duran siempre, quedan suspendidos allá arriba, donde se eternizan...

Pablo deseaba algo más positivo. ¡Siempre y aquí! Sus sueños eran terrestres.

La había hallado y no la perdería.

—El venir de tan lejos debe augurarnos permanencia en el encuentro... ¿No lo cree así?

Alba calló y se iluminaron sus ojos humedecidos de ternura.

Estaban juntas, aquella noche, la madre y la hija. Ocultaban una y otra devoradora angustia, intensificada por las sombras pavorosas... El silencio era hosco y trágico. La canción de las aguas envolvía sensación de perfidia... No cantaban ahora; reían en carcajadas irónicas...

Se quedaron en la sala, con lámpara encendida y los balcones cerrados. Alba no pudo contenerse y salió a mirar la noche,

a acechar la visión de la ciudad, a aguzar su oído, a sorprender el leve despertar de ecos dormidos... No avizoraba nada... La Naturaleza yacía indolente en aquel seno de cordillera.

Las lucecillas del pueblo aparecían miserables, pero tomaban proporción desmesurada a su pequeñez, en el desmayo tenebroso del contorno... Las luces vivían con vida propia y aún prestaban existencia de reflejo, a las grandes masas que en redor anulaba la tiniebla...

Casas, campos, montañas, se desvanecían mientras las trémulas lucecillas vigilaban en la noche, marcando a Alba el sitio ocupado por la ciudad.

—¿Qué pasaba a aquella hora?

Beatriz vino al jardín a encontrar a su hija. No podía ya contener su inquietud.

—Tengo algo aquí dentro, que me roe.

—Yo también, pero es la angustia, madre, que precede a un triunfo... ¿No has reparado que los desastres se anuncian tocando con golpecitos leves el corazón para adormecer después traidoramente y caer como rayos, cuando ya nos hemos vuelto a serenar?...

—Ojalá fuese verdad, que la angustia así prolongada, es buen signo.

Alba estaba convencida. No ignoraba que en la oculta sabiduría se preparan los golpes con reservas de fuerzas—apenas un indicio y luego un largo reposo para herir...

—Esta inquietud, así tan punzante, ¿crees tú que augura buena nueva?

—Estamos ahora tensas al último límite y es porque se acerca la laxitud—aseguró la niña.

No se acostaron. Esperaban algo, que, según Alba, debía ser tanto mejor cuanto más tardase en venir...

Entraron en sus aposentos, dejando Beatriz abierto su balcón del lado de la ciudad... El silencio era más amenazante, a medida que la noche ahondaba su misterio... ¡Nada desgarraba la muda espesura! ¡Nada! Hasta los grillos enmudecieron su ruidoso concierto...

Callaron las vocecillas parleras de leves arroyuelos vertidos de piedra en piedra, cual secreta confidencia que un oído casto confía al otro. Y las sonoridades fundidas en estrépito de catarata torrentosa enmudecieron también, tornando más pavoroso el silencio.

—¿Has sabido algo por el muchacho?—preguntó Beatriz, contando con la indiscreción del amor...

—Al marcharse, Pablo me anunció su próximo regreso con promesa de algo grande que nos traería de abajo... No le pregunté nada, temerosa de que tuviera su parte...

—¿En algún complot? Carrera estaba muy preocupado. Sus ojos torvos miraban de soslayo... Fruncía el entrecejo... La frente ancha se le plegaba y luego distendida dilataba más esos golfos en el cabello que se le internan en la frente, prolongando la luz...

—Yo le ví varias veces cerrando el puño y mordiéndose los labios.

—Sabe Dios qué peligro corre a estas horas. Debimos ir al pueblo y permanecer allí esta noche para ahorrarnos la zozobra de semejante espera...

—Hubiera sido peor, madre, pues al vernos así preocupadas, habríamos puesto sospecha en casa de tía Cruz.

—No son observadoras, y como les parecemos tan raras, nuestras maneras pasan a ese renglón de la cuenta, que nos llevan.

—Te engañas madre, la tía no observa, pero Dolores es muy

intuitiva. A veces me ha contado las suposiciones que hace de asuntos que yo me sé, sin fundarse en ninguna apariencia exterior y ve adentro... así no más a pura ocurrencia... Dolores es muy lista.

—Sólo la he descubierto en esos remedos que hace tan plásticos y caricaturescos.

—Conchita también es maliciosa... descubre a pura picardía... Parece que no atiende a nada en su jolgorio y, sin embargo todo lo pillá...

.....
El silencio hondo de aquella larga noche fué súbitamente desgarrado por tiros de fusilería... que repercutieron lúgubres en el seno de cordillera, siendo devueltos en ecos pavorosos por el granítico muro...

Cien bocas vomitaron su espanto sobre el parque dormido de Peñalolén y continuaron en desapacible coro los ladridos de todos los perros de la comarca—agrias voces de alarma trágicamente prolongadas...

Quedó algo estremecido y vibrando en el aire. Las dos mujeres se miraron consternadas.

—¡Descargas!

Beatriz cayó de rodillas... Tenía miedo... Alba cruzó los brazos sobre el pecho en actitud de orante y sus ojos resplandecieron en ardor de éxtasis.

En vano escrutaron el horizonte. Todo permanecía cerrado y estaba ahora mudo e inmóvil...

El acontecimiento que delataba la descarga de fusilería fué tragado por la noche profunda... En vano escrutaron el horizonte. El silencio se solemnizaba ribeteado en oculta tragedia. Cesó en ellas la ansiedad, después del lejano tiroteo, en que vibró el aire adormilado de la montaña...

Se sintió Alba aliviada de un gran peso y logró comunicarle calma a Beatriz.

—Ha sucedido algo, sin duda, pero es un suceso feliz... Ahora esperemos sin ese hondo pavor que muerde las entrañas...

Aguardaron. Beatriz se arrodilló ante su crucifijo. Necesitaba dar gracias... Alba permaneció de pie.

Júpiter recorría el cielo triunfante. Estaba muy alto a esta hora de la noche... Miraba la tierra con su pupila esplendorosa y fija. Palpitaban gloriosas las estrellas.

Seguía escudriñando la niña del lado de la ciudad muda... Aguardaba la noticia que venía para ella en camino, de allá abajo, de la poza estancada...

Restos de barrizales secos del invierno hacían áspero el camino entre Santiago y Peñalolén. Alba avizoraba la Cordillera en espera del rayo trémulo, en que despuntaría la aurora...

Se retiró a su alcoba, para estar sola y expiar la quietud de aquella eterna noche... Su anhelo le forjaba ruidos fantásticos y aún le fingía el pálido e indeciso temblor de la luz...

El horizonte continuaba obscuro... pero las estrellas adquirirían más viva fulguración en la profundidad negra.

Por un instante imaginó que todo el firmamento se sacudía en recia vibración... Del lago se levantó el trémulo rumoroso de los grillos, orquesta en sordina de los animales acuáticos —instrumentos de menudas cuerdas, tocados por manos sutiles, en notitas que al picar el silencio, hacen sinfonía coral a los cobres ensordecedores que componen las aguas en su estruendo sordo.

—¿Por qué no le daría a Pablo mi cruz?—Ahora se lo reprochaba amargamente Alba.

Era una crucecita de oro que le diera su madre el día de su primera comunión.

Estaba gastada de llevarlo al pecho. El Cristo, borrado por el continuo roce, ya no tenía rostro.

Asimismo la inscripción de atrás era apenas visible... pero marcaba el tiempo y el uso con ingenua ternura de sagrada vejez...

—¿Por qué no se la daría?—Y la oprimió Alba a su pecho, donde la llevaba siempre colgada, con sus manos tan puras, en mística oblación...

Cantó un gallo, estremeciendo el aire... y luego una diuca rasgó el mutismo nocturno, y pronto, muchas voces rompían con agudos picotazos el espeso velo de sombras...

Cantos solitarios venidos de todas partes, desgarraban en jirones la silente quietud.

Vacilaron en penumbra indecisa los picachos andinos... Cundían las notas aisladas, aumentando más y más, hasta formar al unísono la robusta oleada de vida naciente que compone el himno gigantesco de la alborada... —potente voz del Universo que se despierta para cantar la vida en regreso que trae al mundo la luz...

El glacial alborozo del amanecer se difundió en el infinito vocerío que formaban en concierto las pequeñas creaturas de Dios.

La alborada jubilosa apagó el galope de un jinete que repechaba la cuesta hacia las casas de la hacienda.

Embriagada la creatura en la soberana grandeza de la aurora triunfante, no oyó el golpe seco de los cascos de un caballo, que penetraba en ese instante al corralón del lado...

Tiró al aire su sombrero y gritó Pablo en el patio de azulejos:

—¡Hurra!

Alba apareció en el balcón.

El muchacho hacía ademanes de júbilo.

Bajó la niña a escape.

Le cogió las manos y se las besó con fervor.

—¡Gran triunfo! Carrera, complotado con los jefes de la guarnición de Santiago, se ha tomado los cuarteles en la noche con un corto tiroteo...

Beatriz se precipitó por la escalera.

—¿No hubo derramamiento de sangre?

Pablo explicó:

—Todo estaba preparado para que a la una de la madrugada aclamase el Cuerpo de Artillería a don Luis Carrera para jefe. Este, con una patrulla, se dirigió al cuartel de Granaderos a avisarle a su hermano Juan José, que se resolvió a ayudar. Se puso el batallón sobre las armas y se citó la oficialidad...

—¿Qué significó la descarga?,—preguntó Alba.

—Era señal convenida para que los otros jefes de la guarnición tomasen sus posiciones. Me he venido y no sé más...

Se regocijaron con entusiasta ebriedad.

Cerca de oraciones llegaron a la casona Beatriz y Alba. Desde el portón se sintieron congeladas por el hielo del ambiente.

Cruz y sus allegados, pelucones empedernidos, temían las innovaciones. No les pesaba el yugo de España.

Por pereza adoptaron como lema propio, la divisa de la Real Audiencia: "*Lejos de nosotros la peligrosa facultad de discutir*". No pensaban; seguían sus hábitos holgazanes, echando viente. Las audacias de Carrera los molestaban.

Su limitado horizonte se cerraba en los muros de sus patios y

no tendían la mirada más arriba de los aleros de sus tejados. La excesiva grasa de los alimentos embotaba sus energías.

La parentela considera imprudentes aventureros o locos, a los que se lanzan en arriesgadas empresas sin favorecer su cómoda inercia.

Seguros del poderío de España, no manifestaban siquiera sus opiniones, temerosos a una posible revancha de las fuerzas monárquicas.

La prudencia, la moderación y el acatamiento, eran las virtudes coloniales.

Beatriz y Alba cayeron en la cuadra a hora de cena. Hacían extravagantes comentarios.

Don Pascual, el más sorprendido, se declaraba sabedor anticipado del grave suceso, y aprovechaba la oportunidad de sembrar el buen grano.

Siendo la autoridad monárquica de derecho divino, el canónigo fulminaba anatemas sobre aquel audaz militar, que venía a revolucionar la guarnición de Santiago contra el muy amado Rey de España y de Indias.

—Este ambicioso José Miguel, acabará mal,—profetizó Cruz.

Dolores callaba, complacida en la audaz hazaña del brillante caudillo, que en el rítmico donaire de su capa corta envolvía los corazones femeninos... Daba hasta en su guapo talante revuelo a ilusiones, en tanto que los lentos y mofletudos pelucones ponían en fuga ardores y entusiasmos.

Beatriz no ocultó su contento... Admiraba a Carrera y creía que, sin audacia y riesgo, no se haría patria.

—¿Y la suerte que puede correr él mismo en tales aventuras, arguyó Cruz, aparte de los males que acarreará, por su imprudencia, a los realistas?

—No hemos nacido para descansar, sino para vivir, — dijo firme, pero suavemente Alba.

—Venimos al mundo a servir a Dios y al Rey—proclamó, pausado, el Canónigo.

—Dios y el Rey, son nuestro ideal y nuestra conciencia—replicó Alba, muy quedo.

Máximo, que había salido a tomar voces, estaba enterado y vaticinaba horribles males.

—Al amanecer el Ejecutivo mandó a Vial, para persuadir a Carrera de su locura. No se consiguió nada, a pesar que el Congreso tomó parte activa en desviarlo de su insensatez. Se hizo petición de citar al pueblo para que eligiese nuevo Gobierno, por medio de Mariano Egaña y Manuel de Salas. Nada pudo tampoco la brillante elocuencia de esos hombres. La ambición de Carrera nos perderá a todos...

—El pueblo está citado y decidirá—añadió Beatriz con firmeza.

Las niñas se retiraron en silencio.

—Hemos cenado un buen sermón—dijo Dolores al traspasar el umbral de la puerta.

... Pablo esperó a Carrera hasta la madrugada del 18, que se recogió a su casa...

—Esta jornada ha salido bien... —le apretó la mano al muchacho. Estaba radiante.—¿Llevaste la buena nueva arriba?...

—Velaban. Oyeron la descarga... Están ahora en casa de las Iturgóyen...

—¡Buenas caras habrán visto!

—Querrás descansar. Vine sólo a encontrarte un instante...

—Quédate... Cuando estoy tan excitado, como esta noche, el sueño huye de mí... Hablemos...

—¿Todo se realizó como pensabas?

—La experiencia del cuatro de Septiembre, con esos cobardes e imbéciles, me aprovechó. Entonces no se hizo nada de lo acordado. Sólo los Granaderos destinados a la Artillería cumplieron dignamente su encargo. La conducta de los oficiales aquel día, prueba en qué estado se hallaban las milicias. Un comandante se enfermó. Tomada la Artillería, los Dragones llegaron una hora después, porque aún no se creían seguros. Otros procuraron escapar a sus casas, dejándonos en la empresa. ¡Todo fué un desastre! Se juntó pueblo en la plaza e hicieron algunas peticiones. Los diputados, a quienes apuraba la gana de comer, decían: "Oigamos de una vez lo que quiere el pueblo. Carrera puede exigir que escriban sus peticiones... para que no haya confusión..."

Inmediatamente pasé al Congreso con aquel pastel, en que se pedía la separación de los sospechosos, por contrarios al sistema, entre éstos estaba Alcalde...

—¿Cuál?

—No lo desconozcas, el Conde de Quinta Alegre. Yo acababa de llegar, no conocía a nadie, pero descubrí la parte que tuvo la facción. Se me antojó, al entregar la cartilla que contenía las peticiones, que Eyzaguirre, por sus hebillas de oro, bastón gordo, capa grana y zapatos de terciopelo, había de ser más godo que Alcalde, y con lápiz borré a aquél y puse al Conde. Quedó tan visible el borrón, que no quise entregar la lista y pedí al Congreso que mandara escribir a mi dictado.

... Al concluir pidieron que firmara. Rehusé... pero al fin consentí, exigiendo que uno de los diputados fuese a leerlo al pueblo, con la nota al pie de ser la tal cartilla copia del original que se me entregó en la plaza, por uno de los individuos que componían el grupo de pueblo.

Este es mi pecado... la única intriga de aquel día. Lo demás

fué obra de la Casa Otomana, que colocó a su parentela en el Gobierno... Congreso de su agrado y todo a su conveniencia.

—Nada de esto se sabe...

Carrera continuó:

—En la misma noche del cuatro fuí citado a casa de Rosales por Fray Joaquín, para acordar como absolutas las reformas que ellos creían necesarias. El fraile, aunque es muy hábil, atribuyó a inocencia de nuestra parte que hubiéramos trabajado para ellos únicamente, y me hizo sagaces proposiciones, en que creía incitar mis deseos con puestos en la Casa de Moneda, Administración de Tabacos, Aduanas y otros empleitos semejantes. El sabe que la más activa fuerza nace de la ambición y quería hacerme su fiel colaborador despertándome interés...

Verdad que el pobrecito ha acomodado a sus parientes cargados de familia. Hagámosle justicia, la casa de los 500 debe reconocer al fraile, por su muy amante padre.

No me agradaron sus proposiciones y respondí que, habiendo sido nombrado un Ejecutivo, no se necesitaba remover jefes de esas administraciones, pues los agraviados culparían a los Carreras y tendríamos el odio de muchas familias que iban a reducirse a miseria. No le gustó mucho a Su Paternidad, pero calló vislumbrando que la Revolución de atrapar pitanzas, no era la que yo soñaba.

—Es muy interesante todo esto, pero necesitas descansar. No te acuerdes más de esas intrigas.

Se avalanzó Pablo a la puerta.

¡Que la suerte te acompañe!

José Miguel lo detuvo y seguía hablando:

—Los hombres sin ideal no ven más que el vil interés próximo.

—¡Qué desgraciado fué el golpe de Septiembre! ¿Y te quedaste aparentemente resignado?

—La sabiduría de la política consiste en acatar el Destino cuando se torna tiránico.

—Me sorprende la energía de tu carácter. Perdonas con tanta generosidad los agravios...

—Comprendo la miseria y limitación de nuestra pobre Humanidad... Olvido las vilezas y no necesito siquiera perdonar. Me das un mérito que no tengo.

—Te has hecho acreedor al triunfo de hoy. Carecen los enemigos de tu elevación de alma...

—Me perderá mi falta de rencor. Son duras las almas en este pueblo. Necesitan escarmientos, y para vengarme no dispongo de energías y paciencia bastante.

La Junta presidida por Carrera, ofreció un sarao en Palacio, a fin de congregar las voluntades vacilantes, sirviendo la fiesta de nudo cordial a los desorientados, y a todos aquellos que no ven más allá del presente...

Los realistas, reunidos por el "Exitó", fueron más obsequiosos con el joven Presidente que sus propios partidarios y colaboradores.

Se le concedían ahora las cualidades de bravura, denuedo y acierto, que se le negaban el día anterior.

La "pasadera" fué tan general, que no sorprendía a nadie. Los más agrios y empedernidos súbditos del Reino tomaban actitudes de complacida mansedumbre...

Las articulaciones de los realistas crujieron rudamente en la reverencia cortesanesca, con que se doblaran en el sarao ante la fulgurante espada del Presidente de la Junta.

Antonio de Cepeda se presentó con su esposa magníficamente ataviada. Conchita estaba excitada, con cierta febril alegría, que

sus conocidos interpretaban por el gusto de lucir los primores que las "Donas" echaron en su canastillo de Boda.

Llevaba un traje de satín rosado, bordada la banderola del faldellín con ojuelas de oro, paquetes de claveles prendidos en el moño de rodete, aderezo de esmeraldas y largas dormilonas, cuyas chispas rivalizaban con el brillo de su mirada y la audacia de la naricilla impávida...

La Junta, de pie, recibía en el umbral de la puerta grande frente a la escalera de piedra... Al llegar ante Carrera, la señora de Cepeda se puso rígida y le estiró la punta de sus largos dedos...

Antonio, moderado por carácter y demasiado egoísta para mezclarse en luchas, contemplaba con desdén el servilismo de los realistas, que combatieron a Carrera, y que ahora eran sus fieles súbditos, sin transición de pudor a tan violento cambio.

Halló sin embargo, demasiado terca la actitud de su esposa... Actitud inexplicable por la atracción que el Presidente ejerciera sobre ella... desde que era objeto de tan severos comentarios en su familia.

Verdad que Conchita, en la altivez de su carácter prefería los hombres que trepan cuestas, a los que alcanzan cumbres.

No le observó el marido que su saludo, así tieso, rayaba en pura descortesía, temeroso a las violentas reacciones que en su alma apasionada provocaban los motejos.

Damas y caballeros formaban rondas, en pausadas y donosas danzas de cortesano donaire.

Alba, vestida de brocato azul, con alamares de plata, bailaba con insuperable gracia en laxas ondulaciones rítmicas.

Supo de las peligrosas comisiones que en la noche de angustia cumplió Pablo, penetrando a los cuarteles con las últimas órdenes de Carrera, tendentes a la sublevación de los cuerpos,

que le dieron el poder. Su disimulo, destreza y rapidez de acción, dentro de su aparente inmovilidad, contribuyó a asegurar el éxito del golpe astutamente combinado por el joven caudillo.

Ahora las parejas, en abigarrados grupos, se acercaban a la gran mesa del opíparo festín.

Los rostros, algo congestionados por sendas copas de rosolí, se distendían en campechanas sonrisas, apuntando diestros cumplidos a las damas.

Carrera apuraba libaciones... Todos se disputaban el honor de alzar y chocar una copa con el brillante militar, que organizaba su país para la libertad.

... Un imán atrae al Presidente en la vasta sala... Ahí, a pocos pasos, Conchita era el centro de la brillante reunión cuya alegría plasmaba en los hoyuelos de sus mejillas frescas y encendidas... Su claro reír y agudos dicharachos, eran la música, las panderetas y castañuelas del sarao...

Su Excelencia se desprendió rápidamente del grupo que lo rodeaba y, cogiendo de una frasquera todos los claveles rojos que contenía, los empuñó y con gentil arrogancia, en elásticos pasos, avanzó hasta la señora Iturgóyen de Cepeda.

Se le cuadró delante, con atrevida desenvoltura:

—Os esperaban señora, en este Palacio, claveles rojos... Soís vos misma emblema de triunfo...

Ella, amable, picaresca y graciosa, acercó las flores a su pecho...

—Riñen con mi traje rosado de ilusión. No puedo llevar conmigo flores encarnadas, ¡claveles rojos como herida de soldado! No me sienta la sangre de víctimas ni tampoco de héroes...

Y lo desafiaba con impertinente coquetería, extendiendo y re-

cogiendo el abanico, mientras las largas dormilonas de esmeralda le bailaban chispeante danza de centellas, cayéndole hasta los hombros.

Carrera, turbado:

—Aún, si no os placen, guardad los claveles rojos, señora, por la gran devoción de un soldado, que llevan, para vos...

—Prefiero las togas a las espadas, y también las golillas...

Impertérrita acercó a su respingada nariz el mazo de claveles encarnados, y luego lo apartó con irónico desdén:

—¡Ni huelen vuestros claveles, Excelencia, parecen de mentira, flores de papell,—y dió con el propio ramillete un fustigazo sobre la mano izquierda del Presidente... esparciendo hielo entre la concurrencia de adulones y tímidos asistentes. Sabía por instinto que la gracia vence a la fuerza.

Fué motivo de animados comentarios aquella audacia. Era una de las muchas "cosas" de Conchita, joven orgullosa y mimada... Sólo para Alba, aquel gesto, tuvo un misterioso doble fondo, de que no habló a nadie.

.....

Esa madrugada, ya a solas en su lecho, Carrera descubrió una verdad que se le ocultaba, al sentir por vez primera, cuánto podía pesar una mariposilla, sin saberlo ni quererlo, sobre el destino de un hombre fuerte y poderoso.

¡Todas las mujeres que poseyera durante su aventurera juventud no tenían ya valor alguno, junto a aquella dama que no poseería jamás!

En este gris amanecer experimentó en sí mismo esas fuerzas misteriosas que se exhalan de ciertas almas, trabajan en silencio y desde grandes distancias penetran otros corazones y ¡cambian calladamente los destinos humanos!

... ¿Para cuántas creaturas habría sido su aparición tan fatal, como los desdenes de Conchita, lo eran para él mismo?

... ¿Sabemos algo acaso, de las existencias que orientamos o descarriamos? ¿Conocemos las locuras que hemos inspirado? ¿El dolor o la alegría que dimos a seres que salieron de nuestra órbita? ¿De qué dramas hemos sido agentes... Ahora lo sabía el Jefe Supremo, por el vasallaje y la íntima vivencia a que se hallaba sujeto a una mozueta, furtivamente entrevista de noche y que no le pertenecería nunca!

La mujer, en plenitud de fuerza eruptiva, le cruzó a la alborada la senda de gloria ...

.....

Se retiraron Beatriz y Alba a Peñalolén. La atmósfera de la ciudad estaba densa y agria. En casa Iturgóyen un oculto terror los corroía por dentro.

Temiendo la posible revancha, se disgustaban de haberse comprometido tanto en un éxito que no sería definitivo. Un malestar secreto devoraba a los moradores del caserón. No se comunicaban sus pavores.

Sólo don Pascual, entre pitada y pitada de rapé, ponía los ojos más en alto que nunca, tomando al cielo por testigo de las iniquidades sucedidas, para apurar las cuentas de los malvados. Cruz se evaporaba en hondos suspiros y transpiraba su secreta angustia, exclamando:

—¡Que Dios nos tenga de su mano!

Sus amigos, pesados y ventrudos, resoplaban el miedo en los fuelles de sus pescuezos rechonchos. Dolores los observaba maliciosamente, compadecida del susto que pasaron.

Carmen estaba tan preocupada por la numerosa tribu de sus chicuelos, que no le quedaban fuerzas para mirar en la política, ni apreciar sucesos. Su esposo era su propia conciencia de la vida.

Rosario contemplaba con olímpica serenidad los acontecimientos. Su serena visual, puesta en alto, le permitía seguir la línea general de los sucesos, en las sinuosidades del camino que marcaban los hombres con sus proezas y aventuras.

Beatriz y Alba recogieron esas observaciones en su permanencia abajo. Comentaban con Pablo y le referían sus descubrimientos.

Chocó a la niña el servilismo de los realistas. Sus profundas reverencias estaban hechas de miedo y de adulo.

—¡No tienen el espíritu nuevo!,—observó Beatriz.

—¡Espinazos de serpientes!,—apuntó Pablo.

—Si no disponen de más energía, ¡qué culpa tienen!,—excusó Alba.—Están embotados y nada puede sacudirles la pereza.

—Han sido misioneros de civilización, han cumplido su tarea, y a otros incumbe crear la raza... —continuó Beatriz.

Alba halla injusto cargar sobre los seres obligaciones que no les ha dado la vida, puesto que no los ha capacitado. "*La vocación particular se reconoce en nuestras facultades.*"

La serenidad de su juicio no impedía la risa—risa mezclada de comprensiva piedad. Los maridos de sus primas eran hombres timoratos, que no se comprometían así no más. El amplio ruedo de sus capas se movía al majestuoso compás del cetro real de Fernando VII. Todo era lento en ellos: movimientos y palabras. Hasta carraspeaban con cachazuda solemnidad. La idea revolucionaria los irritaba.

Esta vez recibieron la solapada revuelta hecha y la acataron con el respeto debido a los sucesos consumados en éxito.

Desde que Pollenana entró en casa del Canónigo, en calidad

de ama de llaves, las relaciones entre la Cordillera y la ciudad se estrecharon.

La criada llevaba y traía recados y regalos de la Catedral a la hacienda y del campo a la villa. Su respeto a la Iglesia y a los amos, hacía que los envolviera en una especie de culto común.

En el sacerdocio hallaba los herederos de esas mágicas llaves del cielo, que Pedro, el pescador y llavero, como ella misma, les entregara.

En los Amos reverenciaba esas otras llaves, más positivas, a su entender, que abren las cajas de onzas narigonas y las bodegas de vinos y despensas...

El clero y los patronos representaban para Pollenana el poder espiritual y el poder temporal.

Su antiguo oficio—traperera de un prostíbulo—aunque disfrazado de celo por la salvación de las almas, si satisfacía su insaciable curiosidad de hurgar la vida ajena, no daba complacencia a su delicadeza de mujer devota...

Después de colocarse en el ángulo donde la Humanidad aparece más baja—el reino de los instintos—Apolinaria se encontraba restituída en su nueva ocupación a su primitiva excelencia de alma redimida del barro de Adán, por la sangre de Cristo.

El Canónigo, después de su semana de oficios en la Metropolitana y de la consiguiente semanilla, aprovechaba el resto del tiempo en ir a las haciendas de sus amigos.

Apolinaria dejaba, de guarda en la casa, a un sacristán jubilado, para emprender viaje a Peñalolén, llevando de la villa dulces de las monjas, ollitas de greda perfumadas y pintadas con asas de hilo de oro y plata, canastillos de alcorza, amén de escapularios bordados... Eran esos objetos las únicas industrias artísticas de la época—obras de prolijidad que hacían las reclusas.

—Estos obsequios que traigo, te los manda el Prebendado—decía a Alba.—Están benditos por las santas manos que los han trabajado.

El señor Solís confiesa a las madres Clarisas, y para su día, de San Pascual Bailón, lo colman de preciosuras.

—¿Es acaso niña virtuosa y con temor de Dios?—me pregunta por tí el Canónigo . . .

Yo me callo que eres una cabrita, que trisca en la Cordillera, para no asustar a Su Eminencia, ni mucho menos que te pasas pintando monos desnudos y cantando versos profanos en lenguas raras.

—¿Así que vos, Pollenana, te has escandalizado con mis monos? ¿Te asusta que el Niño Dios esté sin ropas hasta en los cuadros de Roma que te he mostrado?

—Ya sabrá de eso Su Santidad . . . pero que una señorita modesta desnude al Niño Dios por puro gusto . . . Cuando venga el Prebendado no le muestres esas imágenes tan vivas que no les falta ni hablar, y tan sin ropas como si no pertenecieran a nuestra santa religión . . .

De vuelta a Santiago, traía Apolinaria de Peñalolén, quesillos de apoyo, pan de huevo, higos secos y frutas de estación.

—La patrona Beatriz me encargó de poner estos recuerditos en la merienda de su Eminencia.

—¿Regresas, hija, de Peñalolén?

—Fuí a ver a la comadre Basilia, que está de baja.

Se interesaba el Canónigo por saber de Beatriz.

—La patrona está muy conserváa y la niña es Virgen de altar, tan inocente que hasta ahora se entretiene con los animalitos y no atiende a la vaniá, ni al orgullo, buena con los pobres y seriecita . . . Aunque la patrona no la tiene a la pretina, como la señora Mayor hizo con ella, y sale a caminar con ese forastero,

que ha dado tanto ailanto a las casas, ella va con él tan modestita, que muy osado había de ser un hombre pa faltarle.

—¿Eso será matrimonio?—inquiría gravemente el Canónigo, temeroso de que tan buena dote le tocara a un renegado.

—Al no ver a otro y llegarle su hora, pudiera ser en queriendo Dios.

—¿Y él, quién es?

—Nadie sabe de los forasteros más de lo que les conviene mostrar; pero éste se ve muy delicado, todo un señor de categoría... Es cerrado pa hablar y se le entiende apenas cuando reclama... Eso sí que agarrando el instrumento lo hace llorar de pena; las cuerdas se lamentan solas, como gente atribulada.

—¿Es músico, ese extranjero?

—¡Musicante, sí! Ha de ser maestro, porque cuando le pega a la piana la hace sonar que atruena, como si no le diera con dos manos, sino con docenas... Sabe de too el gringo; hizo los canales y los estanques, le dió salto a las aguas, que parecen penachos, abanicos, collares. Un caballero muy curioso, como que vienen de esas tierras en que les enseñan de un tóo.

—¿Sabrá Beatriz que es un joven de conciencia, cuando así le abre su casa?—insinuó el Canónigo a la llavera.

—Su Eminencia, así como su mercé me ve, siempre en honesto vivir, yo sé muchas cosas... que no llegan a su confionario... Nadie como ésta, su servidora, conoce los bajos fondos de la religiosa ciudad del Apóstol Santiago. La condición baja permite saber de vidas que hasta los sacerdotes ignoran... Un prebendado como su Eminencia, con asiento en Coro y tablilla en la Metropolitana, no oye más que pecados bonitos.

Los caballeros no se le atracan y su mercé no los conoce en cuanto hombres... Por sacar de iniquidad a una sobrina de la comadre, que cayó por engaño en el mal, me ei allegao a esos

pozos... y ¡qué escándalo!... Los caballeros principales llegan por allá por parvaitas, después de cena.

Dan aviso que les tengan merienda y licor... De anochecida aparecen embozáo, no se les ve caras. Se alivianan de cuerpo en la cueca y se les resfalan solitos los pies... En su casa, cuando atraviesan los corredores, llevan paso de procesión y gravedad de entierro...

—¡Pecados de miseria humana, hija! Ahí no hay malicia, sino pura miseria...

—Hombres casaos, Su Eminencia, con señoritas que es gloria mirarles la cara en resplandor de blancura, y trocarlas así por unas condenáas, que ni el solimán ni el pachulí les disimula la sarna y la pestilencia.

—¡Desgraciados!—El Canónigo levantó sus manos al cielo y elevó los ojos, para hacer testigo a la Corte Celestial de la vil materia de que están hechas las creaturas.—Guarda, hija, el secreto... No pongas nombres... La mujer es pura y por ella se salvará la familia. Es el Arca Santa, el jardín sellado de que habla la Escritura. Precisa que ellas ignoren... porque su virtud, por fuerte que sea, desmayaría...

El varón siente más hondo la punzada de la carne—pensó el Canónigo.—Esa atenuación que la naturaleza física le otorga, permitiendo sea el hombre más fuertemente tentado, no se la comunicó a la criada.

Altos juicios de Dios nos obligan a inclinarnos ante esta miseria, que nos oculta sus sabios designios. La fortaleza del varón probada en el gobierno de la vida y condenación al trabajo, sufre menoscabo en la flaqueza de su carne. La raza y la virtud padecen menos ofensa en el hombre que en la mujer, y por eso permite el Señor que el varón sufra más recia tentación. La mujer debe guardarse en integridad, responde de la familia ante la sociedad, se afirmó el Canónigo.

—Pues lo que iba a decir a Su Eminencia, es que habiendo visto llegar por aquel pantano a tanto señor de los que van con vela y esclavina debajo del Palio del Santísimo en la gran festividad del Córpus, nunca supe que llegase por ahí el forastero.

Dicen las hablillas que no tiene religión como nosotros... Se hinca sólo en las campanillas de la misa... Yo lo aguaitaba, y no se persigna tampoco, como todos los cristianos, pero al dar vuelta el misal, se para como por resorte.

El tedio de Dolores culminaba. Desde su matrimonio no tuvo gozo de vivir. A una durísima preñez, siguió larga convalecencia, y antes de recuperar las fuerzas perdidas, a lo largo de nueve meses de atroz malestar y melancolía negra, vino junto con la salud recuperada la preñez inmediata...

Su temperamento era extremadamente ágil y nervioso por mezcla de ardorosas sangres moruna y andaluza.

Reñían en su alma de recia estructura vasca, la viveza gaditana contra la resignación árabe. Retozaba su imaginación alerta en charachos sevillanos y sufría violento choque entre su sólida razón y su inercia musulmana... Cada raza ponía en Dolores rudo conflicto con las otras sangres.

Por la fuerza de sus contradicciones, la apodaron en familia: *Mixtura*, nombre que se daba a unos saquitos, tejidos con tiras de papeles multicolores. Las monjas mezclaban en ellos flores, que obsequiaban a sus visitantes.

Era una golondrina emigrada y caída en un pozo—el estanque colonial—siesta de la raza conquistadora y aventurera.

Tenía aspiraciones irrealizables... ¿a qué? No hubiera logrado definirlo... ¿Al amor, a las aventuras?... Le gustaría ser una de esas heroínas de novela, que inspiran grandes pasiones,

que pecan, padecen y mueren, después de haber revuelto los destinos y los corazones de una legión de hidalgos...

Su esposo no se parecía a aquellos personajes, ni aquel tranquilo afecto conyugal a los amores que soñara.

Su vida era triste, avara de sucesos, descolorida, pequeña y vulgar. En vez de sorpresas y arrebatos pasionales, hallaba en torno suyo orden, regularidad y tristeza. Padecía debilidad, náuseas, desgana, decaimiento del ánimo...

Su juventud estaba presa en las garras férreas de aquel *Destino*.

Hubiera preferido no tener esposo honorable, ni fortuna, ni prosapia, y vivir, vivir locamente... ¡amar, gozar, padecer!

¡Estaba oprimida por el peso de la vulgaridad!

A esa hora—las tres—los últimos rayos de sol, se escurrían veloces en el patio de los naranjos capuchinos.

Se sentó con Alba, en un petate colocado sobre los ladrillos.

Su rostro estaba estragado, tenía los ojos hundidos y una atormentada fijeza interrogante en las pupilas... signo de angustioso extravío espiritual...

De Alba, fresca en su tez trasparente, emanaba una irradiación de alegría extática—alma suspendida sobre la encrucijada en donde confinan todos los senderos del vivir...

—Te necesitaba mucho. Me das valor. En estos quince días que no bajabas me he sentido morir de aburrimiento y desesperación. Estoy como embrujada...

Alba vertió sobre Lolo el brillo sedante de su mirada azul, en tránsito a otros mundos...

—Es una prueba... Crees tu vida perdida, porque sufres... La estás ganando... De esta miseria va a surgir algo grande... De los desabrimientos mayores que se padecen, brota más tarde una especie de encantamiento... Lo he experimentado...

—Te admiro mucho por eso mismo... Tú no te sientes sola como yo... Estás en el campo, sin más compañía que tu madre... y yo aquí, en este caserón, con todos los míos, que son tantos—la tribu—me hallo en aislamiento de cárcel. Con Fernando no hablo nunca de nada mío. Mis hermanas son hechas de otra laya. Rosario vive contenta sin causa. No comprende que yo me sienta triste... Cuando despierte Conchita, que ahora está dormida en la alegría de la edad, va a tener pena como yo, ansia de algo que se ignora... ¿De qué te nutres dentro de tí? Quisiera saberlo.

—Vivo como derramada en el campo, los límites de mi cuerpo no me clausuran... Es como si yo fuera también aire, pájaro, flor... y me identificase con la Naturaleza... No sólo me acompaña lo que me rodea... Es que yo soy todo eso... Me fundo en la extensión... Me siento hundida en el verdor de las praderas, ampliada en el espacio... Presiento que tras de lo visible se oculta otro mundo prodigioso, en el cual yo también vivo, me dilato, vibro...

... Impresión de no estar nunca sola, sino cuando me hallo entre personas que no ven más allá de las paredes de sus cuartos.

—¿Así como yo?,—interrogó ansiosa Dolores.

—Tú sufres y vives... Esa angustia debe ser el camino, que yo ya he recorrido quién sabe dónde...

—¿Y nunca tienes pena?

—Sí... los padecimientos ajenos me entristecen mucho... Me duele que los desgraciados no sepan que en virtud de lo que sufren, van a gozar después... Tengo penas también... pero sé que es bueno que así sea. Lo han preparado para mí de este modo, aquellos que saben y pueden más que nosotros.

—¿Dios, los santos, son esos?

—No les pongo nombre... Seres muy grandes, desconocidos en la tierra, que no pasarán nunca por acá. Se me ocurre que Ellos nos dirigen, nos aman, se compadecen de nosotros que somos ciegos a todo lo que ellos ven... ¡y no pueden mostrarnos!

—¿Dónde aprendes esas cosas?

—En ninguna parte... Se me ocurren estas ideas, las siento, con una claridad tan viva, como si las viera con mis ojos...

—¡Qué distintas somos!,—suspiró Dolores...

—Yo creo que el camino es el mismo...

—¿Quién lo muestra?

—Precisa que cada uno lo descubra. Ya ves, hasta Santa Teresa tuvo que dirigirse desde adentro de sí misma... Sus confesores no la entendían.

—Nuestro Señor se le mostraba en carne y hueso—recordó Dolores, buscando ajuste a las palabras de Alba...

—En Espíritu, pero lo veía... Creo yo, también, que Cristo está a nuestro lado y que es atraído por el corazón que lo ama...

—Nunca he logrado comprender a Santa Teresa, y sus monjas tampoco la entienden... No es humana en su deseo de sufrir.

—En los comienzos de su vida gustaba de todo lo que halaga en el mundo. Vivía dentro del convento en trato con gentes frívolas de afuera.

—Lo que no entiendo es cuando exclama: "¡O padecer o morir!" Odio el sufrimiento, me hace mala, me quita la devoción, me exaspera en cólera, y si quisiera morir, es sólo para no sufrir más...

—El dolor crea la cavidad del gozo en el alma, y si no sufrimos no somos capaces de gozar... La vida se nos ha dado para

este trabajo de excavación, que el sufrimiento labra a despecho nuestro...

—¡Eso no me entrará nunca!

—¡No importa! Llegará por experiencia. A mí tampoco me cabe lo que leo ni lo que escucho, sólo lo que vivo se hace carne de mi espíritu.

Madre dice que ella nació sin el asombro ni el escándalo que padece tía Cruz... Con una impresión de regresar, de haber estado antes... Yo tampoco tengo novedad de las cosas. Basilia en cambio, se asusta de todo y teme a la muerte... Pollenana, asimismo, vive de espanto en espanto, y por eso sus ojos se dilatan...

—¿Crees que mi suerte se compondrá?

—Naturalmente.

—Y si nada cambia, ¿cómo puedo cambiar yo de ánimo?

—Es que tú vas a cambiar, por dentro, sin que se altere nada a tu redor. Verás todo distinto y te sentirás feliz con lo mismo que ahora tienes y no puedes disfrutar... Ya me ves, soy tan sola y me hallo acompañada... vivo en el campo y no me aburro nunca... Nada me oprime...

Llevo adentro un misterioso surtidor de gozo, de fuerza, de fe y de encantamiento... y es tan hondo ese manantial que vierte su embeleso sobre todas las cosas... especie de invisible sol que me ilumina...

—Siempre es causa de admiración para mí que te diviertas hasta de tratar con los criados...

—En su sencillez de alma, ellos se entregan por entero... Hablar con Basilia es sentirse más cerca de Dios... Su rusticidad misma la conserva intacta. Si tuviera letras y latines, no sería trasparente como es. Esos seres están en contacto con el manantial interior. No han sido deformados.

Alba continuaba siendo un misterio para Lolo... pero un misterio con fuerza viva y comunicante.

Tomaba ánimo en el contacto íntimo de su prima. Qué muertas estaban en su comparación las otras almas que tenía en redor!...

—Es un estado pasajero, ahora estás enferma. De pequeña, cuando me decían que la vida era un valle de lágrimas, me daba risa, por figurarme que todos debían estar tan contentos como yo misma en mi existencia de mariposa...

Después he despertado, he comprendido el dolor y me compadezco... Es más, lo sufro en mí... Querría cambiar el orden en que están hechas las cosas, nivelar a las criaturas para que no haya superiores ni inferiores... Sabes, la otra tarde fuimos con mi madre, donde los criados del tercer patio, y pasamos por las higueras a tiempo que los negritos chicos se habían perdido. Uno desapareció por el tejado y el otro estaba trepado en la copa del árbol...

—Son muy huraños, y dejan las travesuras sólo de miedo al látigo...

—Eso fué lo que evitamos. Cuando llegó Ño Alejo armado de palo, mi madre y yo lo echamos... y ya verás... a nuestro solo llamado cariñoso bajó el monín...

—Son muy duros de llevar esos negros.

—Es que los han maltratado...

—Te equivocas; madre es muy justa.

—Tía es justa... pero la verdad es que esos pobrecitos nacieron asustados y con odio a nosotros los blancos, que hemos sido sus verdugos.

—Las ocurrencias tuyas... ¿Con que al nacer ya traemos, a más del pecado original, susto?

—No te parezca raro, Lolo... En nacer negro ya hay mar-

ca de destino... fatalidad... Llegamos a este mundo en condiciones distintas; unos contentos y otros tristes, cansados, aburridos, enfermos éstos, o bien sanos y felices aquéllos...

El sol se fué sin que lo advirtieran. Las dos niñas estaban yertas sobre la estera amarilla. El hielo punzante de la tarde, que cae en la ciudad con el ocaso, las hizo levantarse.

Durante el día, los naranjitos enanos, dorados de reflejos candentes ocultaban esa espesura siniestra, que les devolvía la palidez de la tarde. Los últimos pajarillos—diucas, chincoles—tornaban a sus nidales y las lechuzas graznaban lúgubres; en los aleros.

Dolores oprimió el brazo de Alba.

—¡Tanta seguridad que das con tus palabras!... Yo creo por afirmación ajena, porque los sacerdotes lo aseguran y por miedo a las penas eternas.

—Yo no acepto que Dios castigue a sus criaturas eternamente...

Dolores se sobresaltó...

—Es de Fe... pecado mortal para el que dude...

No se inmutó Alba.

—Cada uno con su conciencia... La verdad es que yo no sé discurrir... Siento únicamente, y con tanta o más viveza que si viera lo que siento...

Vivimos en Cristo. Su felicidad y su omnipotencia nos pertenecen. En el Señor no existen divisiones, ni tiempo... ni imposibilidades... dentro de su corazón la vida se cifra en unidad y en gozo...

Dolores no seguía a su prima...

—Vives en las nubes... no te muerde en la carne esta miseria que me devora, ni sufres de este vacío que me despoja hasta de mi sexo. Padezco abandono, limitación, impotencia... amar-

gura de ser nadie, y de no sentir tampoco nada por mí misma... Mi fe es de pura imposición...

Se paseaban por el corredor del segundo patio, Máximo y Fernando.

—¿En qué estado se halla la prueba de tu litigio?—averiguaba el Escribano al Licenciado.

—Casi completa. Esa mujer había *faltado*, así lo manifiestan de claro sus hábitos deshonestos. Salía de casa sin que se pudiera justificar el fin... Se trataba en su persona, con excesivo cuidado y regalía. Tenía aderezos cuya procedencia se ignora. En su hogar no usaba ni solimán ni pachulí... y ciertos trajes están saturados a ese olor y también a incienso; prueba de que pasaba por los templos antes o después de ir a sus devaneos amorosos...

Fernando no hallaba prueba suficiente al adulterio, supuesto por el marido para justificar el alevoso asesinato. En su juicio notarial, como cumple a un hombre de acrisolada conciencia legal, llevaba esculpido tan hondo el derecho masculino sobre la hembra en defensa de la propia honra, que creía de escarmiento necesario librar de cargo a ese marido que ejerciera en la esposa un derecho tolerado por el Código...

Devolviendo confianza por confianza, comunicó Fernando a su cuñado que para él la prueba del estado mental, anterior al testamento de doña Pelagia Molina, se complicaba... Momentos antes, según declaración del cura que le administró los sacramentos, la dama había mandado con el sacerdote finos recados de su parte a la Virgen Santísima...

Numerosos herederos impugnaban la validez del testamento, hecho a favor de unos sobrinos que, según rezaban las crónicas del tiempo, eran sus propios hijos sacrílegos, habidos con el

Obispo Lartundo, con defraudación de su legítimo hijo demente.

... En la cuadra, don Pascual, llevado de su celo por los realistas, refería a doña Cruz que circulaban hablillas muy fundadas de que Carrera tenía unos *trapicheos* en el barrio de la Chimba.

—Su conducta siempre fué deshonesta... —dejó caer Cruz con peso de dogma.

Don Pascual, temeroso de haber hecho una temeraria afirmación y aún escandalosa para la "mujer" (considerada como "menor" por cédulas reales y costumbres), se remontó hasta la Biblia, para probar que siempre fué el mundo gobernado por la concupiscencia.

—Se refiere en los libros Santos que la mujer de Onán lo abandonó por sus malas costumbres, y que su nuera, creyendo que le debía dar un hijo se vistió de *ramera*—palabra de la Biblia—que prueba la existencia de una institución formal en que se tenía hasta un traje de circunstancia... Así vestida tentó a Onán...

Entraron los varones a la cuadra. Ya en un círculo más vasto, el Canónigo resumió lo anterior y siguió el interesante relato.

—Al cabo del tiempo natural, cuando nació la creatura, Onán quiso aplicar a su nuera el castigo de la ley hebrea, condenándola a ser apedreada.

Ella aceptó la pena, en caso que también sufriese castigo su cómplice. "Guardo pruebas", dijo...

Era costumbre del tiempo pagar a la mujer, con una oveja y un carnero.

Onán había dado a la supuesta "ramera", en prenda, su báculo y su anillo de bronce, hasta que ella se presentase a reclamar el pago.

No volvió nunca y ahora mostró a Onán su báculo y anillo en prueba de la deuda contraída.

Doña Cruz padeció grave escándalo por la inmoralidad del hombre antiguo y de la Biblia.

Nunca don Pascual hablaba en ese tono ni mucho menos hacía semejantes alusiones a las Sagradas Escrituras.

El Canónigo se sintió desaprobado por Máximo y Fernando. No admitían que su carácter sacerdotal eximiese al Prebendado de guardar el secreto de las debilidades masculinas, que para resguardo de autoridad ante la hembra, necesita rodear de la mayor reserva el varón.

Don Pascual, llevado de su celo realista, no perdía ocasión de impugnar a los rebeldes, que se llamaban patriotas, y así los había traicionado en cuanto hombres con imperdonable ligereza.

Ahora se preguntaban los yernos en sus adentros: ¿si esa índole de conversaciones habría originado la desconfianza que les mostrara su suegra y que nunca le inspirara la varonía de su esposo?

Don Pascual se sintió mal parado. Remontó al principio de la conversación para explicarse.

—Le manifestaba a Crucita los malos pasos que se atribuyen a Carrera, aunque de eso sólo tenga cuenta con Dios...

Máximo, mirando más a los fueros de su sexo, ante la mujer, que al propio enemigo, se apresuró a decir:

—Siempre corren voces malévolas de hombres libres en el pensar...

A Cruz, que ya se tenía sabido todo eso, le sorprendió mucho más que los deslices de Carrera, que en la Biblia apareciesen historias escandalosas... de donde se deducía cuán fácilmente eran tentados los hombres, aún en el pueblo escogido de Dios.

—Miserias en que resplandece su misericordia—dijo con unción el Canónigo.

—¿Entonces la Biblia no es libro de edificación?—inquirió la señora con sorpresa.

Don Máximo ayudó al Canónigo:

—Es de notar para comprenderlo que Jehová eligió a los hebreos, por ser un pueblo duro de cabeza y de corazón, como cuadraba a los fines de la Providencia en la redención del linaje humano. Nada debe escandalizarnos en la Biblia, pues se trata del pueblo judío, que, después de dieciocho siglos, aún es rebelde a nuestra Santa Religión.

Con esto don Máximo creyó dejar conjurada la indiscreción de don Pascual, en que de puro apasionado realista se lanzó en tan resbaladizas sendas.

Una noche de fines de Noviembre, Conchita tomaba fresco en el corredor del segundo patio.

No podía soportar en casa de Cruz los comentarios hostiles a la Junta. Carrera era el blanco de malévolas e injustas apreciaciones.

En ella, tan aguda y sensible, se produjo fuerte reacción.

Creía detestarlo en cuanto hombre, para conciliar dignamente sus íntimos rencores, con la involuntaria admiración al caudillo, por cuyas intrigas hallaba la única posibilidad de que se redimiera la esclavitud de Chile, en ese medio de encarnizados enemigos personales del Presidente, con miras cortas y egoístas.

Esa noche, don Pascual y Fernando colmaron su ya gastada paciencia en escuchar pequeñas murmuraciones contra el autor de todos los males atribuidos a los insurgentes.

Abochornada y colérica, después de haber apuntado diestras cuchufletas disimuladas de ironía en defensa de Carrera, fué a sentarse en un escaño del patio oscuro.

... En la cuadra contigua, que daba por una ventana entreabierta sobre el asiento que ocupaba en el corredor, oyó a Máximo que hablaba con otra persona, en cautelosas frases cortadas, seguidas de silencios...

—Acabar con él, es la única esperanza de este pueblo...

Conchita oyó esa frase entera y quedó estupefacta...

—¿Quién sería el osado?

La otra voz dijo quedo:

—Existen cómplices... para substraer la *ceba* de la pistola que lleva consigo.

Larga pausa...

—Precisa arriesgarlo todo—dijo Máximo...

La niña tuvo un vuelco de cólera... ímpetu de encararse con su cuñado y enrostrarle su villanía. Se contuvo sujetándose el agitado corazón con las manos.

... —Se le atacaría en la seguridad de que va desarmado... ¡Cobardes!,—murmuró la niña...

La necesidad de seguir escuchando dominó los latidos violentos de su pecho.

Continuó la voz:

—Alguien se prepara... uno que puede hacerlo sin peligro de ser descubierto...

—¡Malvados!,—contestaba Conchita, sofocada.

—Se le puede coger en sus correrías nocturnas... Va casi siempre sólo.

... Le corrió a la joven hielo por las venas... Otras palabras dichas en voz baja fueron imperceptibles... Un nombre se pronunció tan quedo, que su fino oído aguzado en máxima tensión, no alcanzó a percibirlo... Luego siguieron otras palabras en secreto, dichas casi sobre el umbral de la puerta del otro patio... El visitante desconocido partió...

La oleada de cólera fué tan viva en Conchita, que ahogó la satisfacción que en otro tiempo hubiera tenido de ejercer su anhelada venganza... El odio que presumía tener a Carrera se borró por obra de magia, trocándose ahora en asco y rabia a su cuñado y a todos esos criminales, que eran en su vivo sentir los enemigos.

Por la presunta víctima de tan negra maquinación experimentaba piedad y ternura... Sobre su conciencia flotaban esos sentimientos con ubicación conocida. Mucho la hubiera sorprendido saber que tales síntomas eran los emisarios disfrazados de Amor... Se presentaban de incógnito para que no se alarmara demasiado y cobrara horror hasta de sí misma. Fué grande su sorpresa de no sentir ya odio... y que hasta su deseo de venganza se hubiera trocado en ardiente anhelo de delatar el complot a S. E.

Su cólera indignada contra los fraguadores de tal delito, iba a la par de su ansia por proteger a Carrera de la emboscada.

... ¿Cómo? Pensó en Alba. Estaba en Peñalolén. El tiempo urgía...

Precisaba un aviso rápido. Tenía la suerte de hallarse sola. Durante la semana, Antonio estaba en el campo...

.....

Un soldado trajo a la mañana siguiente al despacho de Carrera una esquelita que, con letra algo trémula, decía:

"Complotan asesinarlo. Hallará prueba en la *ceba*, que substraerán a su pistola. Revísela al cogerla cada vez...

"UNA MUJER."

.....

... En el parque señorial, la plenitud del verdor se expandía con insolente gloria.

Enredaderas empenachadas de glicinas, tapizaban los muros o caían en guirnaldas. El rosedal abría pomposas corolas cimbrando flores lozanas, sobre tallos flexibles.

Alba y Conchita hablaban con extraña animación, bajo un castaño que daba opulencia de árbol pascual, engalanado para noche prodigiosa.

... —Pensaba en tí, como en la única salvación posible para Carrera... Vivimos tan lejos... No tenía medios de comunicarme sin despertar sospechas.

—En esos casos—replicó Alba—ganar tiempo es lo único que importa... ¿Disfrazaste la letra? No conviene que se entere...

—Me la cambió la emoción; temblaba cuando escribí... ¿Imaginaste alguna vez, en pesadilla, que fueran tan malos los hombres?... ¡Vivir entre asesinos, en el propio hogar!

—Los ciega la pasión... Creen cumplir un sagrado deber...

—Al entrar en la sala esa misma noche, miré de frente a Máximo. Esquivó los ojos... Hablaba con Fernando minutos después de partir el tenebroso personaje, y decía: "Voto a Cristo, que gracias al Fuero Juzgo, podemos ser independientes..."

... ¿Qué será eso que tanto cacarean?...

—Me han dicho que es una ley de Alfonso el Sabio...

—¡O de Mari Castaña!,—agregó Conchita con un delicioso mohín.—¡Miserables!,—volvía a hervir en cólera.

—No los odies... Bastante daño se hace Máximo con urdir tales tramoyas... Fué preciso que Judas traicionara al Señor y también que se ahorcara... Compadezcamos más a los verdugos que a las víctimas. Llevan la peor parte. Los que sufren cancelan cuentas y los que atormentan crean deudas para satisfacer irremisiblemente a plazo largo o corto...

Cenaban esa tarde, cuando cayeron de improviso a Peñalolén, Carrera y Villeneuve.

—Es honra para esta casa que no nos olvide S. E.,—y le apretó la mano Beatriz.

—No resistiría la carga que me he echado encima, sin venir a descansar, aquí donde creo continuar siendo el amigo de siempre...

Saludó a las otras damas con gentil desenvoltura.

Un irresistible impulso lo arrastró esa tarde a la Cordillera... La suerte le sonreía...

La ternura admirativa que Conchita sintiera de lejos por el Capitán, se disipó en su presencia... Volvía a encararse con el enemigo...

Se inmovilizó en leve crispadura...

El embeleso que tan inesperada presencia produjo en Carrera, alejó las hieles de que estaba emponzoñado, trocándolas por expansivo entusiasmo...

Aquella dama picaresca y altiva, cuya nariz respingada dibujaba con fina ironía su atrevida hostilidad, lo compensaba en ese instante de daños habidos y por venir...

Ya estaba munido el Capitán General de energías, para dominar al ejército que la enemiga le desplegaba en línea de batalla...

Se manifestó generoso y largo de miras. Extendía su brazo describiendo en el aire signos evocadores de ocultos mirajes, con fuerza imperativa.

—¿Cómo lo han tratado, Capitán (Beatriz se corrigió al punto), Excelencia?...

—Le ruego me llame Capitán... a ese grado con que me degradaba una señora, debo la mejor campaña de mi vida... ¡Capitán!, suena bien a las mujeres... Se sube en dignidad a los

otros peldaños del escalafón y se descende en amor...

—Pues, entonces, ¿cómo lo han tratado los caballeros de golilla, Capitán?

—Les procura más a esos señores de garnacha, la preeminencia de asientos en festividades de tabla o la vanidad de llevar palio en las procesiones, que la esclavitud de este mísero pueblo... Se disputan honras como las damiselas galanteos... Otros están ávidos a presa de pecheros... Enorgullecidos en sus hueras de fueros por ley de nobleza, desdeñan la suerte de esta tierra... Viven terciando con leguleyos sus probanzas de limpieza en hojas de vitela... ¡Imbéciles!...—Dió con el puño cerrado en la mesa...—Tienen almas de comitres y sobrestantes de la Cadena del Puente... Esclavos acollarados en viles pasiones...

El fuego interior lo había cogido, y ardía en centellas de explosión volcánica...

Buen palmo de pescuezo para el cabestro ofrecen esos togados, con golilla o esclavina... ¡Indecentes pelucones! ¡Nadie entiende la jerga macarrónica de sus controversias! Todo se reduce en el fondo a resguardarse la pelleja y a esconder los caudales...

Conchita lanzaba chispas por los negros diamantes de sus ojos... Beatriz le cortó el torrente de ira al Capitán...

—Venga a casa con Javiera.

El oportuno recuerdo de su hermana fué un para-rayos.

—Mis viajes son tan rápidos... Puedo venir sólo cuando cojo el rabillo del tiempo que huye ante mí... Le comunicaré su deseo. Les tiene mucha afición. No para de encomiar las zalemas y tetelemenas de la señora de Cepeda.

Encaró a Conchita con fijeza altanera. La aludida contestó ásperamente:

—Retribución a mi querer y no a gracias, que sólo ella me concede...

.....

La noche clara abatía sobre el campo su sueño de plata... Los perfumes incitaban... El silencio ahondado por voces reposantes y espaciadas de animales, se hacía cómplice del vivo parloteo espiritual.

Beatriz se quedó en la casa... Caminaron los jóvenes. Pablo se colocó junto a Alba.

Conchita avanzaba algunos pasos adelante en el sendero que conducía al lago, cuando la alcanzó Carrera.

Ella siguió impávida... El le dijo en voz candente, con inflexiones acariciantes:

—Mi estrella toca esta noche el zénit... Desde siglos aguardaba este instante...

—Las estrellas, Capitán, sólo conjuran bayonetas para vos...

—Miserable revés de una vida, cuyo anverso está en otro poder...

—Cuando sobra gloria, Excelencia, el destino, que es un viejo avaro, resta la suerte principal...

La otra pareja llegó junto a ellos, que iban lentamente...

—¿Verdad, prima, que la mujer huelga en la vida de los grandes Capitanes... diré mejor, que la ambición y el amor riñen en el mundo?...

—No habría héroes, Concha, si no hubiera cariños que enciendan el alma.

—El amor a la Patria, suple al amor que la mujer no paga. Es el mismo amor exaltado al ideal... —se afirmó Carrera.

—Ud., Capitán General (y apoyó la palabra Conchita), no convence a nadie con palabras que desmienten los hechos.—Lo encaraba audazmente, mirándolo en derechura a sus ojos...

Se sentaron en los escaños de madera que bordeaban el lago. Las aguas rumorosas cubrían las voces con cristalino estrépito. Se ajustó a la cabeza. Conchita, un pañolón madrileño, que dejaba al descubierto su rostro nimbado de claridad.

—La vida militar traiciona la esencia de uno mismo. Las circunstancias muestran rara vez y ocultan casi siempre nuestro hondo querer... Parezco ambicioso... y nunca sospechará una Mujer que es Ella el resorte secreto de mi acción... La brasa que arde en el pecho...

Nerviosa la niña:

—Tal vez si hablárais en plural vería un asomo de verdad...

—Y vos me lo decís, señora... —La quemó en el fuego de una mirada voraz...

—Yo, sí, yo que os he divertido las noches tediosas de la ciudad muerta... (No quería hablar y estalló de súbito)...

—¡Divertido!... Blasfemáis, señora. Me herís en lo vivo de mi alma. Es el recuerdo más grande que guardo...

—Pobre es vuestra memoria, Excelencia, si esos escarceos marcaron huella... A mí se me escaparon tales recuerdos en el torbellino de mis travesuras... Mi aburrimiento me hacía acechar portón afuera... Agradezco la asiduidad con que seguistéis la chanza... ¡Tan ocioso cuando érais Nadie, como yo misma!

Le silbaba la voz en amargos dejos...

—Chanza es, en el caso, palabra sacrílega. No enturbiéis, señora, por piedad, la fuente de mi energía. Mi vida encierra un misterio... Entonces... (La palabra brotó henchida de las más ricas simientes)... Entonces... no érais para mí, lo que fuísteis después. No supe "entonces" la hondura de mi querer... —Se le ablandó el acento y le tremaron los labios.—Cuando era Nadie no sabía, y ahora que soy Alguien sé...

Cuajada en lágrimas la voz se le ahondó.

—A fuer de soldado que sois, no continuéis.

No era ya Conchita la que hablaba... Un alma hondamente dolorida salió por primera vez al encuentro de Carrera

—Cada palabra vuestra me insulta... Si sois un caballero, callad...

Frente a él se había erguido soberana una mujer—la que presentía y no vió nunca trás las rejas...

Alba celebraba en cristalería de risas los disgustos que los huasos ocupados en la faena de canales daban a Pablo—el Gringo—según apodo en la hacienda.

—En las discusiones con los mayordomos y capataces— explicó Conchita, en grave mohín,—“*lo hacen siempre lesa*”. Por lo demás, ese fué el consejo que recibí de mi madre, para vivir en paz: “*Hazte lesa*”, me decía...

—Consejo imposible—respondió Carrera;—la traicionan desde sus ojos hasta sus pies... Rebosea picardía... Dormida nos haría lesos contra el sabio consejo materno.

—Me engañan—dijo Pablo, entre risueño y cortado— sobre romaneage, portazgo, arrias, cargas, descargas y alcabalas... En suma de cuentas, me hallo pagando más de lo que debo.

El arrastre de “erres” daba a su acento una cerrazón que debía incitar a los rústicos al engaño.

—En cambio, los pelucones creen grandes hombres a todos los que hablan inglés, por más pobre cabeza que tengan—dijo Carrera, burlesco.—Pasarán siglos antes que descubran, como en el caso de Mackenna, que no son genios todos los británicos.

—A Ud., Capitán,—apuntó Conchita—los bravos godos Coptos le sacarán más roncha que los mapuches...

—¿Sabe, acaso, las disposiciones en que se hallan hacia el Ejecutivo?

—Excelentes para devanarle los sesos a todos los Capitanes Generales...

—A mi hermano Juan José, la conjunta persona del marido, como signan las actas del Cabildo, lo ha trastornado a puro amor... Es toda una hermosura su esposa.

—Ella no... la vasta tribu familiar... que le monta la cabeza... Creen esos godos que el Mayorazgo no confiere sólo derecho a tierras y caudales sino a mando... y le repiten: "No te dejes atropellar... Eres el mayor y te corresponde la primacía..."

Al son del harpa, bailó Conchita, en la sala adonde los recluyó el relente de la noche montañesa...

El palpitante oleaje de su falda y el *chic chac* de las castañuelas, da en el ritmo musical, magia animadora.

Sus piecitos van y vienen veloces, remedando en avances y huídas, el flujo y reflujo de la vida universal... Juegan alborozadas en sus músculos ágiles las fuerzas dormidas...

Las figuras que crea la danzarina en su cuerpo liviano, materializan inconfesados ardores y bosquejan intraducibles sentimientos...

El trémulo batir de las franjas de su chal, mecen los ensueños...

Vuelca la niña en gracia, zandunga y picardía, el carcaj de sus hirientes flechas contra el temido adversario.

Sus audacias, envites, desvíos, y cadencias, hubieran electrizado a un ejército en derrota...

... "Puede ser tuya y no quisiste", canta la escultural modelación de su cuerpo, entre el chapineo de los piecitos, el rítmico donaire de las caderas y las miradas enredadoras de sus ojos quemantes.

Aquel baile de dañinas intenciones y pimentosos recatos, es la venganza que oculta enemiga escogiera para vencer a un Capitán General.

... "Te quise y me dejaste", describen con suma agilidad, sus rondas, piruetas y esquivaces, sobre el fino petate amarillo.

... Para dañar más hondo, no es procaz esta danza; un velo de pudor deja entrever fugitivos encantos, sutilizados de malicia y envueltos en señoril delicadeza.

... Sugerentes desvíos, incitan el deseo y lo retienen en brusca comprensión... Curvas de entrega y fugas veloces, ponen embriaguez y angustia en los nervios tensos...

El gesto rítmico plasma con graciosas actitudes los ardientes anhelos del corazón cautivo.

El chal de Manila, que envuelve a la joven en andaluza seducción, le dibuja el cuerpo ya ceñido a las formas o extendido por los finos brazos y ondula flotando a compás de las franjas desmayadas... El trepidante batir de sedosas flecaduras pone aleteos en el aire...

Su palmito esquivo y garboso embiste contra el Jefe y se fuga veloz sobre el petate.

El misterio de aquel cuerpecito ágil, muerde las carnes con punzantes deleites, en breves picaduras de avispa...

Sujeto el chal por las manos finísimas, o extendido en mariposeo de alas, tan pronto se entrega la niña en signos de furtiva pasión, como se evade en rápidos deslices, dejando traza de infinitas sugerencias...

El ritmo cadencioso que brota de la música se modela en Conchita, cristalizando ansias del alma en fusión infinita...

Su fresca sonrisa, punteada de reidores hoyuelos y rimada con el ardor de los ojos, se le filtra al Capitán Supremo en cosquilleante dulcedumbre...

La armonía musical de aquella figulina, el donaire con que despliega y recoge el chal, las ondulantes curvas descritas por el vuelo de la dorada mariposa, sumergen a Carrera en vértigos de abismo.

Las castañuelas, con gruesos nudos de cintajos, en sus bellas manos—flores animadas—dan chasquidos de besos traidores... Repican sus chapines con locura sobre el petate, la alegría de vivir, que riman y puntean en gloria "*chic chac*" las castañuelas.

El sometimiento del cuerpo dócil, al compás del harpa, marca obediencia a la ley imperante sobre humanas alternativas...

En el baile ata Conchita la gracia espiritual con la belleza plástica, en gestos esculturales.

La transfiguración por el arte anula en su hechizo a la creatura breve, trocándola en eterno símbolo de la "*Mujer*"—ánfora sagrada de agua viva, que sacia la inextinguible sed...

Cuando Alba punteó en su harpa el acorde final, la danzarina se clavó en seco sobre sus piecillos.

Puesta de jarras y abierto el chal, cerró con un sonoro golpe de castañuelas, el círculo mágico de deleitosa ensoñación, en que tuviera preso al caudillo de la Libertad.

—Has bailado mejor que nunca, Concha,—la aplaudió Alba, arrepentida casi al instante mismo de su indiscreción...

—Sería primor hasta en un cante sevillano—siguió Pablo.

Carrera nada dijo. El pelo que le bordeaba los golfos de la frente, se le irguió rebelde y su palidez devino fantasmal...

Conchita fué súbitamente herida por la trágica figura del Caudillo...

Disimuló en chanza, una impresión horrible.

—Nunca mis castañuelas pusieron cara patibularia a ningún

hombre que yo sepa... Parece, Capitán, que yo le hubiera encendido, con manos y pies, la pira del Santo Oficio... y que lo fuera a quemar vivo...

En delicioso mohín se llevó a los labios la encintada castañuela y haciéndola vibrar en musical chasquido, la arrojó al aire con un beso:

—*¡Al Capitán de los insurgentes!*

Desgranó una cascada de perlas en su risa...

Carrera, turbado, agradeció con un signo de la mano extendida y se quedó mudo...

Irritado de tan insano desvarío y devorado de locas ansias, bendijo Carrera la suerte que lo librara de semejante mujer, en cuyo cuerpecito fino anidaban serpientes de perdición.

—Si la hubiera asociado a mi vida, no sería ahora el jefe de la Revolución, pensó para calmarse.

... ¡Tales creaturas ponen fuego en las venas, enloquecen y doblan la altivez del más fuerte!

... ¡Vanos discursos! ¡Otro abogado litigaba por Conchita, y era la Pasión, más dulcemente ilusionada que viviera nunca! Amor cuyo envolvente atractivo ponía temblor desconcertado en sus carnes...

Pasó la noche insomne. Se revolcaba en el lecho punzado por aquellas visiones torturantes y deliciosas... Mordido y remordido de deseo hasta la entraña viva, volvió a examinar la esquelita, que llevaba consigo como un talismán...

La acercó a la candela, y tras los caracteres negros, sobre papel celeste, creyó divisar como a través del hierro calado de cierta ventana, el rostro de Conchita que lo desafiaba irónica.

"... *¡Me dejaste tras las rejas*

... *y sus hierros me defienden!*"

Sufría alucinación; la letra trémula tomaba vida para confundirlo...

Obcecado clavaba sus ojos en el papelito rasgado hacia las puntas que sellaban dos obleas rojas...

Y en mayor precisión las letras se convertían, ahora, en finos cuadrados de hierro—los de una mirilla, en que tras ceñido portón, dos luceros lo acechaban por dentro durante largas noches lluviosas.

La aurora lo sorprendió con los huesos molidos y la carne machucada.

Ni herido en Ocaña tuvo tan enervador cansancio... Durante las lentas horas de esa noche, pudo leer en su alma... Supo así que en ilusión de ventana enrejada y en fugaz aventura callejera, halló el tremendo impulso de la lucha...

A la luz del reciente ayer, reconocía el manantial de frescura, en que bebiera sus energías indomables...

Supo de Amor en el rudo choque producido por la boda. El pesar de la separación cerró su diáfano horizonte de ensueños...

Se desprendía de aquella joven, apenas entrevista por la noche, la fuerza de una virtud, grande y fatal, que incubó el destino a que estaba amarrado... Su influencia, oculta de cerca, se manifestó en alejamiento... Alrededor de ella surgía como de un aura magnética, incontenible anhelo de gloria...

... ¿Era todo eso ilusión de su pena o realidad de otro mundo inaccesible?

Se perdía en divagaciones quiméricas.

La danza de esa noche, le fulminó la revelación en la carne tremante de una niña...

De haber hallado la luz de esos ojos, la miel de esa sonrisa

y el revoloteo de esa mariposa de oro, valía la pena vivir, pelear, triunfar y morir!...

—¡Soy un imbécil!—se dijo, tomándose el cabello con las manos.—¡Todo lo puede el “querer”, y será mía!

Conchita pasó la noche en agitadas pesadillas... Nunca recordaba nada a la mañana, pero esta vez cuadros de milicianos, combates y peligros de celadas, ponían en su alma angustiada confusión.

Entre muchos dislates veía al Capitán de pie frente a una escuadrilla de fusileros que le apuntaban al corazón.

Ella le agitaba un pañuelo empapado en lágrimas y él echaba su gorra al aire. Muchos otros cuadros trágicos y sin ilación se agrupaban en torno de la escena central.

Justificaban de sobra la índole de tales sueños, sus angustias de los últimos días.

Para huir de la ateneante garra, fué a coger la frescura matinal en las praderas diamantadas de rocío...

Carrera se había despedido en la noche para partir a la madrugada.

Trepó la montaña con menudos pasos livianos.

En el recodo de un camino solitario se halló de improviso frente al Capitán...

Venía demacrado, el pecho saliente galoneado de oro y la caperuza terciada sobre el hombro.

Placer, miedo y cólera ponen desordenado tumulto en el alma de la joven.

—¡Qué audacia de malvado!—le murmuraba un viejo estri-billo adentro, mientras su corazón avasallado por dulce tiranía, rebozaba de júbilo...

—No os creía matinal—le dijo, descubriéndose, con los ojos ardientes como brasas...

—Depende... —y respingó la naricilla.—Estaba cierta de vuestra partida a la aurora...

—También yo dependo de sucesos imprevistos...

Conchita se armó en cólera, borradas en presencia de Carre-ra, las enternecedoras pesadillas de la noche. Un mundo es-peso y cruel surgía con la insolente luz del sol... Tenía ahora, ante sí, al eterno conquistador, Don Juan temerario, de roman-ces castellanos...

—Anoche habéis agitado en mi alma, señora, infiernos y pa-raísos...

—No me sabía tan poderosa... que de conocer mi fuerza, os hubiera condenado a fuego solamente...

—Vuestro poder es terrible... usadlo con piedad... La vi-bración emocional que desatáis en vuestros alados giros de dan-zarina, encumbra y arrastra... Dáis el misterioso frenesí de la vida, que lleva y trae los destinos humanos en vertiginoso tur-bión. El repique de vuestros chapines y el trémulo batir de vuestro chal, dan escalofríos, columpiando sobre abismos...

—Floreáis con vuestros decires en vano... Os puse en el patíbulo para ser ajusticiado...

—Me sentí cobarde, por vez primera, en mi vida de solda-do...

Era tan diáfano el aire, que la Cordillera se les venía enci-ma al repechar la áspera pendiente.

La nieve ha esculpido jeroglíficos en las arrugas de las pie-dras bravas... La sonora viveza del aire da al ambiente má-gica solemnidad.

Llegan a una planicie sombreada de boldos y canelos.

En breves instantes el silencio, cómplice anónimo de amor, ha ahondado las almas...

—Señora—dice con energía acumulada en el embrujo del sitio.—Excusad mi atrevimiento. Anoche he releído una esquila que llevo siempre conmigo y creo deberos la vida... Os devuelvo la noble dádiva, dejando a vuestros pies esa misma vida a que sólo vos dáis precio... Ahora me la retornáis embellecida y yo os la consagro sin reserva...

Sacó la esquila.

—¡Decidme si es verdad, lo que me grita aquí dentro del pecho!—Se llevó la mano al corazón.—¡Que me habéis salvado!

—Si así fuere—se irguió altanera—yo no he querido salvaros a vos, sino la libertad de este suelo en que nació... Huelga la gratitud. Cualquiera en posesión de tal secreto, hubiera hecho el mismo uso...

—Permitid que la libertad que yo definiendo os bese esas manos, por mis labios.

Se las cogió con ardor frenético, que estremeció a la joven. La quemó a hierro candente con su boca. Ondas magnéticas circularon por las venas de Conchita, haciéndola palpar con violencia...

... Caminaron bajo densas frondas, sin mirarse, con la respiración entrecortada.

Repuesto en seguida, continuó:

—Hice la comprobación indicada en la esquila. Al día siguiente fuí advertido por mi hermano Luis de un grave denuncia. Revisamos las pistolas que habíamos cargado en la mañana y la "ceba" ya estaba substráida... Un resorte defiende el rastrillo; no era posible se hubiese escapado el proyectil

Conchita lo miraba ahora con ojos despavoridos.

—He sido providencia en vuestra vida...

—Sin vuestra ayuda... —y la miró de frente—no hubiera acometido la empresa de liberación... dura, ingrata y llena de peligros... En la Junta estoy rodeado de enemigos. Los hombres esclavizados son cobardes... Temen el látigo y pelean con malas armas.

—Fué una espantosa revelación...

—¿Nadie lo sabe?

—Alba... No peligra con ella el secreto. Asunto tan delicado requiere absoluta reserva.

—Reserva más sagrada que mi vida. Sólo vale mi existencia con relación a vos...

La miró con tigresca voracidad, que corrigieron las palabras...

—No quiero nada...

La entonación de la voz se plegaba cual cinta de seda a la dulzura ya acariciante del rostro...

—Saber que existo para vos, veros alguna vez, recibir un leve signo de que estáis ahí... ¡tan lejos de mi vida, tan cerca de mi alma!

Conchita calla... El le habla con palabras ardientes que la electrizan, devolviendo a la niña sus ensueños proyectados como en un espejo...

El enemigo había desaparecido y junto a ella caminaba, en la gloria matinal, la soberana ilusión de amor... Ilusión hecha carne de hombre y magnificada por el prestigio del caudillo, que empuñaba el porvenir de la Patria.

... Cuando Conchita entró a su suntuosa morada aquella tarde, era otra mujer...

El tósigo de un activo veneno le ardía en la sangre impetuosa...

Entre los muros de su hogar nada la atraía, y el lujo de su propia casa la insultaba. Había vendido su derecho a la vida—primogenitura que Amor confiere a pocas almas—por un miserable plato de lentejas... Giraba en torno de otro eje y sus polos de orientación estaban invertidos...

Un mundo nuevo, cuyo umbral traspasara dormida, la ofuscaba con su brillo mágico.

El Capitán se había amasado, sin que lo advirtiese, a su propio ser... Escuchaba dentro de sí misma su voz imperativa de candentes inflexiones.

Sus largas manecillas blancas quedaron unguadas en la llama de su beso...

Amplias y doradas perspectivas se desplegaban, empujándola por todas las sendas rectas y torcidas al delirio amoroso...

... Y la vida que antes le pareciera regocijada comedia, tomaba sentido de honda gravedad.

Había descubierto el rostro trágicamente sombrío de la *Pasión*, fuerza desconocida, que le presentara el Capitán en fugaz visión, no ya vencedor y glorioso, sino caído, traicionado y solo.

La miraba desde un fondo ignorado por ella y le imprimía en el alma la honda amargura que encierra un "gran querer" en toda su desnuda y terrible verdad! Lo experimentaba la niña... Dejaba de ser ella, la veleidosa Conchita, el testigo irónico de un sainete, para convertirse de súbito, en actora de tragedia.

... Al sentimiento grande, sigue, en cortejo fatídico, la separación, el temor, la duda, el miedo al pecado, todas las penas que confinan a la cárcel del amor y que sólo compensa ese bullir embriagador del alma en gloria...

... Quiso la joven chancear consigo misma, tomándose en risa—escape seguro de pasos peligrosos—pero su risa estaba seca...

Insistió:

—Dicen los hombres que no quieren nada, para exigirlo todo...

No pudo enredar su imaginación en el ridículo contraste, que el varón ofrece entre la generosidad de la palabra y el egoísmo del acto...

La oprimía el peso de un grave destino que se anudaba estrechamente al suyo liviano, de avecita volandera.

Ignora la joven hasta el nombre de la potencia que la abruma, pero adivina que va a ser presa de algo obscuro y formidable...

La vida que su niñez vió tan llana, le mostraba ahora un misterioso revés, que el milagro de su aturdida juventud le había ocultado...

Sospechó los millares de manos invisibles que vienen desde remotas épocas tejiendo el destino de cada creatura... Escondida la recia urdimbre, apenas percibimos el embrollo de la complicada madeja, cuyos enredados hilos multicolores nos confunden... Nadie nos mostrará nunca el dibujo, sobre el cual trabajan las obreras anónimas... ni tampoco logramos evadirnos de la red que nos coge y encierra en sus apretadas mallas de seda...

Se sentía rodar esa mujer, en el torbellino de una avalancha monstruosa, a que ninguna fuerza humana ni divina pondría atajo...

Un gran dolor helaba ya para siempre el cristal de su risa, dándole hasta en lágrimas infinita dulzura...

¿Sería, acaso, ella así traviesa y frívola, emisaria de inspiración en el amanecer de la tierra vírgen?

Ahora recordaba a Alba... ¡Sufrir, sí, pero vivir!... ¡Penar para gozar!

Como en un fantástico miraje, descubrió en Carrera al cristizador del ensueño, aún inconsciente de la raza, marchando a su lado, en la alborada milagrosa de la montaña simbólica!...

... Graves debían ser los sucesos de aquel día. Don Pascual, entre chupada y chupada a la hirviente bombilla de plata, suspiraba más hondo que nunca...

—Ha corrido un pasquín, Crucita, que Carrera, con la mayor insolencia, ha llevado a casa de Rosales... —Bajó la voz ante la enormidad del delito... —Llaman a Fray Joaquín apóstata, fraile intrigante y ladrón...

—¡Jesús, qué horror!—Cruz se tapó la cara con las manos. —José Miguel es capaz de todo...

—Culpan a otros...

—¡Ah, sí! Sacan la castaña de las brasas con mano ajena... Bien conozco las uvas de mi majuelo.

—Cuentan que Carrera, a instancia de Rosales y su señora, para que les revelase el autor, se negó a confesar el nombre del culpable y se retiró de la casa enfadado.

—Es un revoltoso incorregible. Era tan díscolo desde pequeño, que la familia lo mandó a España. Fué a perfeccionar la maldad y a perder la poca religiosidad que le quedaba... ¡Si al menos se hubiera quedado! Allá tenía asegurado su porvenir con grado de Sargento Mayor, tan joven...

—Y desfogando su afán de pendencia, contra ese canalla descreído y loco, que va arrasando a fuego la Península...

—Desde que llegó, presumí que íbamos a tener el fandango en casa—desplegó Cruz su don de profecía...

—Castigo de Dios, por la relajación de este católico pueblo.

—No paran de contar los lances en que se mete...

—Alguien dijo: desde que llegó este tunante, precisa una institución para remedio de doncellas. Nos dejará sudar la paciencia... Su vida es de puro jaleo... Da pábilo para todas las maledicencias. Se le barruntan muchos amoríos... Va inflado de galanura y de pólvora en su esbelto talante militar...

—Yo sé—lo afirmó Cruz—que se ha estado noches a la reja de damas principales y que hasta les ha dado esquinazos.

Se caldeaba de indignación la atmósfera entre la dama y el Prebendado.

—Anda metido en todas las zahurdas. Emborracha a las mujeres con azufaifas, argórgolas y toda clase de engañifas e ilusorios galanteos.

—Por los tendales de las arquería de Sierra Bella pasó con una tapada que le revolvía el ojo lascivo y le bailaba expresiones de alegría... mientras él le echaba cantaletas al oído... y ¡sabe Dios qué dulzainas! Esa noche iba embozado, pero con las recias ventiscas, al resplandor de una soflama de los mecheros, se le descubrió el rostro...

—Me han dicho que sabe como nadie hacerle arrumacos a las mujeres...

—Va a ser el pecadero de las doncellas...

—¡Ojalá que no fuera también de damas!—suspiró Cruz.

... Se abrió la puerta y Máximo entró azorado... Lanzó un proyectil de grueso calibre:

—Carrera cierra el Congreso... pretende que lo han querido matar... que hay asesinos dentro...

Callaron consternados. Don Pascual cruzó las manos sobre el voluminoso vientre...

—Nadie lo va a contener... —Aumentó Cruz el pavor de la infausta nueva.

—Su tiranía rompe ya todos los marcos de la ley... —amplió Máximo la fuerza del mal.— Asume todo el poder... ¡Ya no hay Congreso! Disuelto así no más por capricho del tirano.

Beatriz, que vino a la villa el día antes a dejar Conchita, entró en la sala... Todos estaban mudos. Ante tan grave silencio indagó la causa.

—Se ha consumado la mayor iniquidad de la tiranía que vivimos, por cierre del Congreso...

Esperaba Máximo que esta vez estallase de indignación Beatriz.

—No dejaban sin duda, los diputados, gobernar a la Junta, para que haya sido necesario ese golpe...

Se quedaron helados...

—Hermana—dijo Cruz, con cierto cansancio en la voz,—no tomas el peso a los acontecimientos; tu simpatía por los Carreras te ciega.

—Este es un carro señora, que va lanzado vertiginosamente al abismo—trató de impresionarla Máximo...

—Contra Dios y el Rey se arruinan los pueblos—vaticinó severo don Pascual.

—Y Uds. esperan todavía el bien de esta tierra bajo el yugo de España... ¡Progreso en la esclavitud!

—La esclavitud es necesaria a los pueblos-niños... —indicó el Canónigo...

—Es el caso de Carrera, que por ver más largo suprime la voluntad de los que miran corto... Lo que más me halaga de este régimen, es que suprimirá también la esclavitud del pueblo.

Saltó Cruz, picada de avispa...

—¿Y nos quedaremos sin criados?

—Nos servirán mejor libres que atemorizados al látigo.

Conchita que llegaba, avisó que el Judas Reyes esperaba a Máximo...

—Lo encontré en el zaguán cuando paraba mi calesa.

—¡No pareces hija mía cuando profieres tales expresiones! Sonrió.

—Es un decir que ha quedado desde que le robaron el escudo del patio, sobre las propias narices... "El Judas, se quedó sin escudo":

De tal modo su insolencia estaba amasada a su picaresco modo, que ya no luchaban por contener la correntada de invierno, que era su carácter.

Además, el "estado" le había dado cierta arrogancia, que reforzaba su osadía, sin restar livianura a su gracia...

—Que así trate mi propia hija a tan gran caballero y fiel súbdito del Rey.

Cruz se puso la mano en el pecho, dolorida.

—Hombre cabal—acentuó tozudamente el Canónigo—y con más latines que el Santísimo Padre, amén de un saber teológico tan profundo que le pararía razones a todos los obispos en los Concilios.

La irreverencia de Conchita, con tan preclaro señor, rayaba en sacrilegio...

Estaban solos en Peñalolén, bajo la luz de la lámpara, en silencio desdoblador de pliegues secretos.

Se había cuajado entre ellos palpitante atmósfera de intimidad. Pablo tuerce un pitillo y Alba se ocupa en urdir meñaque sobre un tamboril.

Se apesadumbró sobre ella la mirada de él.

—Me parece ahora Conchita la estatua animada y más perfecta, si cabe, de sí misma. Su risa, que se precipita todavía en cascadas, es sin gozo. Los gestos que plasmaron su rostro siguen

pintándole una alegría que ya no tiene. Sus silencios huecos, ahora son vivos...

—¡Tristes silencios!—suspiró Alba.—¡Pobre Concha! Sufre y paga con su propio asombro, la llaneza de alma que fingiera. Es complicada, y por fuerza del medio en que vive, cubría con alegre ingenuidad sus revoltijos...

—A ratos la máscara se le desprende del rostro y muestra la desolación de su alma, en signos que los iniciados conocen...

—... ¡Conocemos!—subrayó Alba...

La miró Pablo con ternura apasionada.

—Trasluce huellas profundas de cierto paso...

Se detuvo, temerosa de haberse excedido...

—¿De qué paso?—la interrogó bruscamente.

—De lo mismo que suelo ver con miedo en Ud... No sabría explicarme... Sombra que proyecta esa potencia anónima, que nos revela el sentido profundo de la vida...

Pablo se incorporó, arrojando con el meñique la ceniza del pitillo.

—Certidumbre que nos sobrecoge de estar sometidos a fuerzas sobrenaturales y oscuras... por revelación que nos trae el primer amor, al concentrar la vida entera sobre una mujer, en forma imperativa y absoluta...

—Yo he sentido la conciencia de esa esclavitud en ciertos momentos, tan fútiles como graves... Supe desde pequeña, que lo humano, por breve e ínfimo que parezca, se liga a un "todo" que permanece... El monstruo está en acecho, me digo con favor en ciertas ocasiones, y otras veces vivo bajo la amplia y dulce mirada de Dios.

—Para mí toma forma el monstruo en todas las cosas que pudieran separarme de tí... (Sin quererlo se coló en la frase cálida el tratamiento íntimo).

Conchita está ahora presa de esa misma funesta garra... El monstruo la ha cogido...

—Se ha enamorado, y Amor es el guardián de la llave que encierra la fiera...

—¿Carrera le ha hablado de eso?—preguntó azorada...

—Nunca, es decir, no me ha dicho nada... pero antes, recién llegó, me refería cierta historia romántica, de acecho a una dama, naturalmente sin nombre.

—¿Cree Ud. que desde entonces?

—¡Ah!, no sé... Sólo en el baile de Palacio creí descubrir...

—Yo sentí el "asunto" a pura corazonada.

—Aquella noche, en la audacia del gesto con que Conchita le fustigara el brazo a José Miguel, sacudiéndole el ramo de claveles, se me evocó esa dama, a cuya reja se había estado pelando la pava...

—En ese mismo gesto, audaz para un primer encuentro, vi tirarse en traza de luz, sobre el pasado reciente, la perspectiva de un tierno romance...

—Después se ha acusado en el cambio brusco que le ha vaciado el rostro, marcándole una expresión triste con los mismos gestos alegres... Al hallar la clave, buscaba al hechor... y sólo Carrera me parecía responsable.

—Hemos robado sus tesoros escondidos a nuestra pobre Concha, entrando cada uno a saco por distinta puerta. Ud. observaba y hacía la cuenta, mientras yo robaba a pura sensibilidad sin poderlo evitar. Ud. es ladrón premeditado y yo intuitiva.

—Tengo muchas ocasiones de observar a Carrera. Le veo diariamente. Está muy turbado... Tras sus planes y alarmas hay otra cosa terrible... Me hace preguntas suspicaces... a que lo alienta mi aparente distracción, o "pavería", como dice Concha.

—Vive abstraído.

Sonrió finamente Pablo, feliz de ser comprendido...

—Está José Miguel muy agitado. Desea caer sobre Peñalolén por casualidad y con provecho... Y aunque es capaz de robarle huevos al águila, no se entera de que le he atrapado... Signo inequívoco de amor, es el de creer que nadie observa... Llené el "dossier" con lentitud de juez de paz.

—¿Y cuál es la sentencia de ese tribunal?

—¡Que está perdido!... Lo más extraño es que de espectador apasionado que era yo, de los graves acontecimientos de este pueblo, Carrera me ha convertido en actor, por sugerencia de fuego sagrado. Quiero ayudar, poner mis estudios al servicio de los insurgentes... No obstante el horror que siento de alejarme, me voy luego a levantar planos, en cierta región que me han indicado... Me iré a pesar de la angustia que me provoca la separación.

—¡Angustia, no! Contrariedad que la vida paga...

—Me han confiado en la Junta un trabajo delicado, cuyo estudio me ha revelado el genio militar de Carrera. Sus planes estratégicos le acusan discípulo eximio de Napoleón.

—Tiene mucha penetración y tanta fuerza. Pobre Conchita, puede que la salve de ese gavilán su agilidad de chincol matutino...

—¿No es verdad que es el hombre más peligroso que pudiera hallar?

—Amor equilibra las fuerzas de los combatientes...

... —¿Presiente, Ud., acaso, el misterioso poder que me ha vencido?

—El que da luz queda a oscuras... Sígame hablando de Carrera por el reverso íntimo...

—Mientras los demás duermen sobre sus laureles, o se repar-

ten honras y puestos, él prevé con extraordinaria videncia el furor con que los españoles emprenderán la reconquista, y prepara un vasto plan defensivo con poquísimos recursos y ninguna colaboración. Quiere levantar planos de la región sureña, conocer las distancias, los pasos de ríos y montes con las ventajas y dificultades que presenta la topografía del terreno... En este sentido puedo serle útil... Me ha hecho el honor de asociarme a su obra y también me ha transmitido su ardor patriótico... Este suelo se me convierte en patria. Ardo en deseo de sacrificarme.

—¡De ayudar en la obra de liberación!

—... ¡Para merecerte! Pagando al destino el milagro que le debo...

Sus ojos, concentrados de ardores, devoraron a la niña en el temblor de su llama... Bajó los párpados.

—Veo venir malos tiempos... y siento a Carrera la víctima expiatoria... Tal vez Conchita tiene una misión que ignoramos... y quizá su vana alegría, en que la familia viera peligro para su alma, fuese el estímulo necesario a un gran sacrificio...

Se quedó pensativa...

Tomaban mate.

—De ese jaleo, han salido todos cufifos... Y José Miguel más ebrio que los otros—explicaba Cruz al Prebendado.

—Parece que se ha enredado con una de esas lusitanas que ahora llaman "*chuscas*"—hembra de lo último, amplió las señas a tan deshonesto lío, don Pascual.

Conchita, que había entrado a la cuadra, sin ruido, escuchó la conversación a escondidas, mordiéndose los labios de cólera...

—Derecho tiene a jalearse un hombre tan odiado y tan patriota—saltó avispada.

—Al tirano que ha cerrado el Congreso, lo haces víctima... Y que pretende suprimir la esclavitud... para que esos indios nos degüellen a todos...

Cruz echaba leña a la hoguera...

—¿Y que va a correr una gaceta para predicar las heregías de ese bandolero italiano, que azota a nuestro Rey?,—continuó el Canónigo.

—El expone su vida por la libertad... Es el único patriota... Vosotros todos queréis seguir la siesta y echar panza y enterar, enterar la cuenta, que bien mala ha de ser... para tenerle tanto miedo!...

—¡Jesús!, Concha, ¡qué escorpión te ha mordido! Faltas el respeto a su Reverencia y a tu madre...

Encendida la niña se abanicó con violencia.

—¡Que Dios los perdone!—y desapareció...

Por rara excepción en su vida feliz de reclusa, Alba bajó a la villa. La víspera en la noche se sintió llamada por Conchita.

No era sólo remordimiento de haber violado su intimidad (que en su conciencia implicaba deber de ayuda), sino el angustioso llamado que, a la manera de siempre, creyó sentir.

Al presentarse esa tarde en la calle del Rey, la criada de razón le advirtió que la señora Cepeda estaba enferma, y había despedido las muchas visitas de ese día. Alba insistió y halló a Conchita en cama, con la cabeza atada y rodela sobre las sienes.

Estaba deshecha, mustia y alterada. La vista de Alba la reanimó. Yacía sepultada bajo amplio catafalco, en un suntuoso catre, sostenida la techumbre por cuatro columnas salomónicas.

Nadaba su pequeño cuerpo, en aquel magnífico lecho esculpido y dorado a fuego, con regios cortinajes carmesí.

—¡Eres adivina!—le sonrió débilmente.—Necesitaba tanto de tí.

—Vengo a tu llamado. No es chanza. Te veo por dentro como si fueras de vidrio.

—Ya me ves, tan enferma.

—No, Concha; sufres y puedo decirte tu mal... ¿Quieres que te cuente todo lo que callas?

Tuvo un gran sonrojo.

—Desde aquellos días allá... estás turbada... Te ha salido de adentro una mujer nueva que no reconoces en tí misma... y de quien la antigua Conchita era la burladora, que pretendía cerrarle el paso...

—¡Te equivocas!—Se puso en actitud defensiva.

—Importa poco el momento en que apareció la otra... la terrible. Quizá ni tú misma sepas desde cuándo la verdadera Concha dió guerra a la personita inventada o falsificada para circular en la casona, sin que tía Cruz se cayera muerta...

—Quisiera hablar, pero no puedo...

—Como nunca has dicho nada en serio, ahora no puedes improvisar...

—Cierto es que jamás he dicho mi verdad, ni cosa sincera en relación conmigo. Ahora desbordo amargura — copa plena de hiel... Tú eres tan buena... no te espanta ningún sentir, por raro que parezca o por malo que sea... No se te enreda en la conciencia esa idea del pecado que asfixia.

—La vida de los sentimientos no depende de nosotros...

Se sintió la niña alentada, y tras grandes esfuerzos exclamó:

—¡Me hallo desesperada y tan sola! Tú me entenderás... No me atrevía a llamarte. Tengo vergüenza de contar...

—Conmigo huelgan palabras... Lo sé todo...

Se cubrió la cara Conchita, y rompió a llorar entre las sábanas de blanco y finísimo, holán. Sollozaba... Alba le tomó la cabeza y la acariciaba tiernamente... Animada de pronto, se irguió para lanzar su queja...

—Haber tenido una boda tan suntuosa, con toda la ciudad invitada...

—Sí, mi pobre Concha, ya lo sé, y faltó el único convidado de gala...

Se puso la joven el índice en la boca, de miedo que su prima nombrara a la persona fatal.

—¡No lo nombres aquí!

—¡Faltó el Amor! ¿Creías que era otro el gran invitado ausente?

Serenada, Conchita continuó:

—Y yo no lo sabía...

—Precisa que aparezca después, cuando está cerrada la gran Puerta... Es huracán ese Señorón y gusta de colarse por las rendijas...

—Se enderezó, y con lágrimas temblándole en las pestañas:

—Creía odiarlo, por no haberme solicitado en matrimonio...

Alba hizo un ademán, que esbozaba curiosidad... Le cortó Conchita la palabra que venía...

—No imaginas los arrumacos y reconcomios que ese miserable, durante meses, me hacía por la ventana y desde la calzada... Ignoraba quién era. Nunca se presentó... Después de casada, en un encuentro callejero, pegué el nombre al personaje... Qui-so burlarse de mí.

Rompió a sollozar con infinito desconsuelo. Calmado el acceso continuó:

—Por pura venganza bailé con tanta rabia aquella noche, ¿te acuerdas? Después me dió una pena muy grande... Se puso tan triste.

—Siempre es así... Son equivocaciones necesarias... Las penas labran las almas.

Conchita ya no oía, tomada por sus rencores y quebrantos:

—No es lo peor la burla cruel, el descubrimiento tardío, la equivocación de mi vida... No...

Se le contrajeron las facciones y la boca dibujó otro gran sollozo, que rompió en estallido de lágrimas.

—... Si pudiera creer que ese hombre me quiere ahora... como por un instante lo pensé allá, cuando se desfiguró tanto... Me sentiría feliz, pagada hasta de haberme casado sin amor; ¡pero ni eso siquiera!

Las lágrimas le bañaban el rostro...

—Después de sus intrigas y engañifas, sé que anda enredado con una "tapada" de esas que dicen "lusitanas", una mujer de lo peor y de lo último, según don Pascual se lo refería a mi madre, sin saber que yo escuchaba de pie en la puerta.

—Te convendría creerlo según las miras de ciertas personas, que pretenden atajar la vida con mentiras, pero como la verdad es vengativa, no quiero traicionarla... Son cosas que dicen, apariencias que los enemigos toman valiéndose de ellas para dañar... Puede que ande en jaleos... ¡pero, en otro "querer" no! Eso del Amor, cuando viene "así", no es por chanza... Un "querer" suprime a las otras mujeres... rompe el corazón. Un "querer" le pone cara humana al monstruo...

Conchita se asustó.

—Explícame.

—Un gran "querer" nos enfrenta con Dios y enseña que la vida no es cosa de tomar a risa... ¡Vas a sufrir, pero te harás

mujer! ¡Despertarás a otro mundo cruel, pero bello y grande!
¡Estabas profundamente dormida! Las cosas que nos suceden
vienen de "allá" cortadas a nuestra exacta medida... No te
aconsejo que huyas, ni que mientas. Deseo que esa "Estrella",
la de tu Amor, no caiga nunca al suelo... La estrella de nuestro
Amor manda a todas las otras... Es la directiva de nuestra
senda. Mientras esté arriba, te alumbrará, pero si cae... ¡mi
pobre Concha!...

.....

Fueron interrumpidas por una procesión de chinitas vestidas
con monjiles de estameña, que llegaban en fila, repitiendo una
en pos de otra, al presentar su respectiva bandeja con dulces:

—Dice mi Ama, que es su hijita que le manda este manjar,
hecho de su mano, para endulzar la boca y que tenga muy bue-
na fiesta el caballero... y que Dios lo guarde muchos años...

—¿Qué fiesta es?

—La de Antonio, que nació en San Cástulo.

El mes de Diciembre trajo a Peñalolén, con la fuerza del
estío, frutas nuevas, plenitud de vida, espesor de frondas, modo-
rra en el aire y escueta desnudez en la Cordillera...

Implacable, hosca y dura durante el verano largo, la montaña
impúdica exhibía sus arrugas y acrecía por reflejo el calor de
Peñalolén.

El sol poniente quemaba la falda montañesa y la resolana del
alto muro andino vertía candente vislumbre al jardín.

Para la fiesta del Niño Dios—la novena—debía subir de la
villa a la hacienda toda la parentela y chinerío de tía Cruz.

Desde Octubre la actividad doméstica aumentó en las casas. Mayordomos, sotas y capataces cumplían nuevas y diversas tareas.

Durante el tiempo que frutecieron los guindales, se prepararon los sorbetes, jarabes y dulces de almíbar...

Igual labor dieron las ciruelas y más tarde las frutillas...

"*El Nacimiento*", recién llegado del Viejo Mundo, en un galeón, se componía de muchas figuras—verdadera Arca de Noé—en que a los personajes centrales, el Niño, San José y la Virgen, seguían en cortejo, Reyes Magos y pastores, además de todas las especies creadas que enviaban embajadas al pequeño Jesús...

Alba pintó un fondo panorámico—telón de perspectiva tomado de algunos grabados orientales suministrados por Pablo, quien, en calidad de ingeniero, construyó el gran cerro y el establo de paja...

Fué traído el artefacto en una carreta especial del pueblo, cubierto con amplia lona, que ocultase a los moradores de Peñalolén los bastidores de la gran representación que les aguardaba.

La Pascua del Niño era la fiesta de los esclavos. La época de Adviento se anunciaba para ellos en alegría, descanso, regalos y diversiones.

El divino Infante traía promesa de liberación y anuncio de amor a los desheredados.

Todas las pequeñas creaturas de Dios fueron llamadas a Belén, con tierna invitación, que no se hizo a los ricos ni a los poderosos de la tierra.

Aquel color oscuro que esclavizaba la raza negra a la raza blanca, reintegraba su primitiva dignidad ante Cristo, en Melchor, Gaspar y Baltazar.

Exaltaron los Reyes Magos ese tipo, despreciado en la especie, ilustrando con su presencia la página evangélica de Navidad.

Para dar a la caravana oriental divina audiencia, no bastó un coro de ángeles—emisarios del Mesías prometido—fué preciso una estrella del cielo, que les hablara su honda lengua de astrólogos. Y así la dignidad restada por el oscuro nacimiento, les era restituída a los esclavos en los Reyes, que ofrecían al Niño Divino, oro, incienso y mirra...

El misterio de que se rodeaban los preparativos de la Novena excitaba el jolgorio del chinerío, desatando lenguas y desgranando perlinas risotadas, en sus bocas inmensas.

.....

En el gran patio interior de la servidumbre, ubicado en el edificio antiguo que fué convento, la preparación de los comistrajos, tenía ocupada a toda la gente menuda.

Un loro verde, de cola multicolor, se suspendía por el corvo pico de los latones de la jaula y con majadero afán, recomenzaba sin cesar su canción estridente:

... "*Lorito real, en la Veracruz criado*".

En otras jaulas de caña, colgadas del largo corredor enladrillado, zorzales y tordos renegridos, rompían con inconsciente algarabía el sopor letal de las siestas.

Sepultada en el lecho de donde ya no se levantaría más, estaba la negra Basilia.

La barrera de clases se borraba casi entre ama y sierva, cuando Beatriz iba a verla y hacían veladas alusiones a un pasado en que la anciana esclava hubo de compartir la vida de su ama...

Basilia mantenía en su humilde condición una dignidad que le hubiera envidiado cualquiera altiva dama de rancios pergaminos castellanos.

Era devota, abnegada y honesta; inculcó a sus nietas Bárbara y Venancia, los sanos principios de la religión, guardando para sí un alto sentido de respeto a la Vida, representada por cada niño que nace, ya sea en "deber" o en "falta" de la madre.

Y este sentimiento era extensivo en su alma, al reino animal y vegetal. Palpitaba Basilia en su mismo sentido reverencial de la vida ante una flor, un ave, un garito o un niño...

Allá, en remotos años moceriles, la trajeron del alto con un mal que la mantuvo horas sin conocimiento... Fué a las chácaras en busca de legumbres para el hervido de la cena—plato casero de resistencia y bajo de un espino a campo raso, descubrió la negra un montón de harapos, de donde salía un débil gemido. Basilia escarbó entre los trapos sucios, y halló una creaturita de horas, que se le estiró en los brazos.

El niño muerto había rodado de su regazo inerte.

En ese hecho se concentraba para Basilia su horror al pueblo bárbaro, de que ella no tenía más que el forro—a ese pueblo que no respeta la vida, que maltrata a los animales indefensos, que martiriza a los reptiles y deja, por inercia, que se agosten las plantas.

No le era dado a la anciana asistir a esa Novena del Niño, que se proyectaba en inusitado esplendor y múltiples sorpresas... Tenía ya paralizado todo un lado del cuerpo... y escuchaba levemente el amoroso llamado del Niño Dios, que la invitaba a otro Nacimiento que se realiza a cada instante y que no termina nunca!

.....

Con anticipación Alba había echado a nacer trigo, en pocillos Talagantinos de loza vidriada, repletos de algodón.

Vino aquel medio día con Pablo a la azotea de su alcoba, a recoger las ollitas, en que verdegueaba el trigo ya nacido.

Los tiesos brotes compactos de la simiente, darían fresca de verdor al árido invierno de Judea llevando a Cristo la ofrenda generosa de la tierra virgen olvidada del Señor...

Los jóvenes miraron con enternecido asombro los pocillos minúsculos en que la vida se afirmaba gloriosa sobre el grano muerto.

Alba contempló la ollita tupida de brotes frescos que llevaba a su madre, en prueba de que no había fallado su cálculo del tiempo necesario a la germinación.

—Este triguito nacido me habla al corazón, como parábola evangélica... *"Precisa que el grano muera, para que continúe la vida..."* Aquí está contenido el poema de la resurrección de la carne.

—El dolor engendra vida—continuó Alba, hablando ya consigo misma.

El joven guardó silencio... La Naturaleza era sin duda, el libro de sabiduría inicial... que en la joven alcanzara su honda finalidad, convirtiéndose el libro de horas, de su solitaria contemplación, en libro de paz... Deletreaba en la Naturaleza el sentido trascendente de las cosas.

Los brotes apretados que emergían rectos de los granos entusiasmaron a la niña:

—¡Qué lindos! Tengo veinte... ¿Serán suficientes para dar verdor a la aridez de la montaña bíblica?

Estos trigalitos brotados de las rocas, harán poética la colina de Belén...

Ya lo veía también Pablo, con sentido de artista, que anticipa los conjuntos en imaginación...

Se quedó pensativo... Cogió otro tiesto, lo levantó, considerando de cerca los granos ya podridos de que emergían las hojillas firmes y tersas.

La última frase de la niña cantaba en su oído... ¡El dolor engendra vida!...

—¿Precisa sufrir siempre para vivir?...

Lo interrogó Alba abriendo el cielo azul de sus ojos atónitos... Repitió Pablo la pregunta...

—¿Habéis dicho que la simiente muere para nacer?...

—¡Y que el dolor es vida! Ahí lo tenéis explicado...

—¿A todo nacimiento precede la muerte?... ¿Y el amor acaso?...

—Nace de sacrificio, que es muerte, también.

No juntó Pablo las dos ideas... Cerca de ella, todo para él era conquista, creación y confianza infinita—¡vida sin muerte!...

.....

Cruz había echado en la carreta que trajo el gran bulto a Peñalolén una carta, ofreciendo los servicios religiosos de un Padre dominico, para la Novena... Deseaba que su hermana, tan relajada en devoción y ese chinerío de lo alto, ayuno también de palabras divinas, escuchasen buenos sermones...

Sospechaba los graves desórdenes en que estarían sumidos esos esclavos, sin látigo, sin muros divisorios y sin temor de Dios. Debería ser Peñalolén cenagosa charca de vicios, que la inocencia algo orgullosa de su hermana y la ignorancia de la niña salvaje, desconocían...

Mucho mal auguraba Cruz para aquella hacienda, en que tan olvidadas se tenían ya las tradiciones familiares de amor a Dios, respeto a sus Ministros, sagrado culto, conmemoración de los misterios santos y de los fieles difuntos.

Era una tarde tornasolada de la altura...

La campana muda tiempo ha, que llamara a los Jesuítas a coro, echada ahora a vuelo, congrega a los oscuros vivientes cordilleranos para la primera "distribución" de Navidad...

Cuando todos los esclavos domésticos y los inquilinos de la hacienda estuvieron frente a la iglesia, el portalón, casi tan ancho como la nave misma, crujió en sus goznes, y a la mirada atónita de los siervos, brilló en luces multicolores un mundo en miniatura.

A toda la anchura del fondo de la capilla se erguía el cerro coronado por el Pesebre... en que el Divino Niño, iluminado por luces invisibles,—celestial claridad—estaba rodeado por los personajes del drama... mientras por innumerables senderitos ascendían pastores y animales... La creación entera se daba cita en la cuna del Hombre Dios...

Luces de lámparas, candelabros, arañas y velillas en tubos de colores se proyectaban sobre el Nacimiento que resplandecía con magia sobrenatural.

Maravilloso conjunto presentaba el cerro de piedras y cartón pintado, que, en hondonadas, cuevas y planicies, ofrecía los necesarios accidentes a la peregrinación de las distintas especies...

En amplios lagos de espejo, navegaban bajeles de dorado velamen; puentes suspendidos sobre osadas rocas, dominaban los precipicios, dando paso a los peregrinos. En pequeñas pozas bogaban cisnes albos, y corderillos blancos pacían en praderas.

Era un mundo pequeño el Nacimiento. Pájaros, insectos, árboles, plantas, frutas y flores, completaban la decoración.

Crea mágica ilusión el mundito que Amor va a redimir por igualdad en Dios, dentro de humana desigualdad.

Es la eterna peregrinación, en ávida búsqueda de lo divino—posada breve en forma sensible, correspondiente al desarrollo de cada alma—para alcanzar ese Infinito prometido al Espíritu que emigra a través de la Materia.

La tela panorámica del fondo, ampliaba en lontananza de ensueño, el reducido espacio ocupado por la montaña diminuta que albergaba a la creación...

Al precipitarse los fieles hacia adentro, empujándose en robusto tropel sobre la puerta, irrumpió la música de un harpa y muchas vihuelas, a cuyo compás de rasgueos y punteos, voces argentinas respondían las tradicionales tonadas de Pascua florida...

Orquesta de estruendosas resonancias fué el acorde de esos instrumentos, que las frescas voces de las muchachas bordaban de cristalinas florituras... Las bajas notas roncas, se tornaban diáfanas al culminar en las agudas voces transparentes.

La gente reunida en distinto color y clase, proclamaban un cristianismo sin barreras entre todas las almas, unidas al Niño Dios.

Beatriz rezó la Novena, con voz de cálidas entonaciones melódicas. Siguiéron cantos de harpa y vihuelas, en estrofas pintorescas. La joven Humanidad celebra sus nupcias con el Espíritu eterno, disfrazado en tierno ropaje de inocencia.

Los asistentes, provistos de pífanos, tambores y chicharras, hicieron infernal algarabía así que salieron al corral, donde los aguardaba una opípara cena, con cazuela de cordero picante, rociada con mosto viejo y chocolate espumoso.

Los devotos se regocijaron con esta sorpresa que les hacía el hermanito nuevo... El Niño Jesús aceptaba regalos y daba oportuno "retornito", pagando a los esclavos en sabrosa merienda, las "brevas curás", las sandías verdes, los duraznitos pelados y las albahacas fragantes—adorno de niñas retacas—que perfumaban con fuerte aliento campesino la amplia mesa del festín.

La polvareda marcaba la ruta que seguían los birlochos bajando a la ciudad. Ese Domingo habían venido a Peñalolén las Iturgóyen y Antonio con su esposa. Carrera llegó en la víspera por la noche.

Beatriz y Alba asistieron, entre bastidores, a una comedia con ribetes dramáticos, al margen de pavorosos silencios.

Miraban ahora alejarse la nube de polvo, sentadas con Pablo en el corredor.

Entre frases de fingida cortesía y malévolas reticencias, se había desarrollado una charla a cuyo reverso crepitaban centellas, que caldeaban el aire... Los enemigos emboscados en la convención social, se disparaban acertados proyectiles, entre finas sonrisas, palabras amables y ojos abrasados...

—¡Temo que se halla enterado Antonio!,—suspiró Beatriz.

—No lo tema... Está acorazado por su orgullo marital... Los hombres de raza española creen conquistar a la mujer una vez por todas con la bendición nupcial. El sacramento les venda los ojos.

No tranquilizó a Beatriz la argumentación de Pablo...

—Antonio es hombre de ideas hechas a molde de hierro. No desciende de sus castillos escolásticos... Generaliza, se ofusca y no descubre el caso particular.

—Pablo tiene razón, madre... Siendo tan letrado Antonio, no penetra lo que resta al margen de sus libros... se queda fuera de la hondura viviente... Ni de niño habrá creído en hadas ni en brujas...

—Casi no se han divisado... ¿Cómo ha podido suceder esta desgracia?—Beatriz continuaba hablando consigo misma.

—¡Nada ha sucedido, madre!

—¿Y te parece poco? Tal vez es peor para el caso que nada suceda...

—¿....?

La interrogó Alba con una mirada.

Ella desarrolló su idea.

—Los sentimientos en que nada sucede duran demasiado. Lo que más me asombra es que no han tenido ocasión de conocerse...

—Mamá cree que el amor va en carreta y que se anuncia con voladores de luces.

—¡No acabo de enterarme! Por lo menos se necesita hablar, estimarse, entenderse... ¿qué sé yo?

Pablo sonreía y de soslayo miraba a Alba...

—¿Y el amor que fulmina a primera vista?—la interrogó el joven.

—Ese no está en mis cédulas...

—Si mamá está tan alarmada, ¿qué deja para tía Cruz?

—Dios permita que lo ignore siempre, mi pobre hermana... ¡Se caería muerta! Ella se figura que la pasión amorosa es fábula, que el matrimonio produce afecto por gracia de estado y que ciertas "*faltas*" se cometen por pura malicia, premeditación y voluntad pervertida de pecado... ¡Con tal que los otros no lo hayan notado! Estaba aterrada.

—No tema madre, por Rosario... su placidez la mantiene suspendida en nubes... Manuel es muy niño...

—Por momentos el fuego era tan visible, que temía ardiera en disputas... ¡Hubo un combustible de hoguera!

·
Todos los días por la tarde, en el trayecto que la señora Cepeda hacía desde la casona de Santo Domingo a la calle del Rey, se hallaba Carrera al paso de la calesa. Al principio la niña volvía la cara en altivo dengue, pero la fuerza de aquella mirada concupiscente y atrevida, acabó por vencerla...

Fácilmente pudo leer los engañosos secretos de aquel rostro viril, animado por sutiles matices de expresión, y llegó a serle temible el pliegue cruel de esa boca contraída en fuerza imperativa.

... Algo tan hondo e indiscutido en ella como un instinto fatal, se alzó en abierta rebelión contra él. Nunca creyó ser capaz de mantener reservada en su alma dosis tan fuerte de aversión amorosa.

Al divisarlo cada tarde, después de atisbar con angustia, su inconfundible silueta por esquinas y calzadas, experimentaba embriaguez de gozo y rabia contenida de larga odiosidad.

A veces el osado viandante la abrumaba bajo el peso de una mirada durmiente, que se deslizaba bajo los párpados, vertiéndole veneno. La cogían esos ojos tenaces—velados, sin ser vagos—y cuya precisión ardorosa la suspendía a su fuerza de imán, aislándola de todo en redor...

Estaba esa tarde, en que ya tocaban a oraciones, de pie en la esquina de la calle Chirimoyo, en actitud de dar paso a la calesa. Cogió la mirada colérica que le fulminó la dama, dándose el lujo de retenerla y abandonarla, para que pesara su dominación de dueño y de tirano...

Avanzó rápidamente, y cuando el coche enfrentaba el portón de la calle del Rey, para penetrar al zaguán, en ese breve instante de espera, metió la cabeza por la portezuela y clavó su mirada cortante, cual puñal, en los ojos espantados y vencidos de Conchita.

—... ¡Me vas a matar mujer!

Ella alcanzó a contestar:

—¡Intrigante! ¡Comediantel!, pero no supo si fué oída, pues la calesa, ya bien enderezada sobre el zaguán, tomó ímpetu y entró al gran patio, rechinando en su ferretería, sobre las gruesas piedras sonoras...

La fiesta tomaba revuelo de entusiasmo en el pobrerío de todos los ranchos diseminados en la montaña.

La voz cundió por las faldas cordilleranas, llevando el anuncio de la Noche Buena, con Misa del Gallo.

Bajaban familias, que no movieran de sus chozas ni las avalanchas de invierno.

De las haciendas vecinas acudían a la Novena en lentas carretas que llenaron el corralón de las casas, quedando aún afuera en el camino real.

El asombro de la maravilla consternó a los rústicos campesinos. Vinieron a celebrar la Santa Noche en Peñalolén, de Macul, de Tobaraba, de Culitrín y del Resbalón...

El Nacimiento, con los regalos de frutas y flores, traídos por los fieles, llenaba ya media iglesia...

.....

Fué una larguísima romería de carretas, caballos y gentes de a pie, que subían según sus medios o bajaban del alto, mientras el campanario desgranaba sus alegres repiques festivos.

Trajeron los romeros sus meriendas, e instalaron en los alrededores de la iglesia todo un mercado en bollos, empanadas, sopaipillas y arrollado.

A la caída del sol se había hecho un pintoresco campamento de gitanos, formado por el numeroso vecindario, que atrajera la Noche de Belén.

.....

Las tonadas comenzaron, el pueblo tamboreaba y los niños levantaban ingenuas voces chillonas y descoloridas que ampliaban los cánticos respondiendo con un refrán a cada estrofa.

Tres repiques consecutivos marcaron el último cuarto para las doce...

La noche era clarísima. Las pupilas estelares derramaban suave penumbra en los campos. El aire vivo de la montaña, saturado a floripondios recién nacidos, espesaba de fragancias la atmósfera. Abajo, la pequeña ciudad, Santiago del Nuevo Extremo, parpadeaba en lucecillas moribundas...

... ¡Las doce! ¡Media noche! Las dió en solemnes campanadas la muda torre antigua.

El Nacimiento—haz de luces—brillaba en todos sus fuegos, produciendo la alucinación del misterio cristiano en los humildes.

Rompió el clavicordio en acordes sostenidos. El incienso se elevó en nubecillas azuladas y la voz de Alba se fué abriendo como una maravillosa flor de armonía que llenó de vibraciones la nave repleta.

El sacerdote, revestido de oro, pronunciaba las palabras rituales y la dulce voz de cristal—remedo de angélicos corales—invitaba a la gloria de vivir en éxtasis de divino amor.

El canto dominaba la sonoridad del clavicordio y se fundía cual magnético fluído en las almas, llevándolas por infinita dilatación en confianza y gozo a divinos lontanares...

Al concluir el *Ave María* y entonar "*Morte Nostra*", la vibración dió a la palabra "*Muerte*" alucinante claridad de pórtico recién abierto, sobre vida inmensa...

Pablo fué arrastrado por las últimas notas en vértigo delicioso... Evadido de limitaciones, se halló unido a esa voz cristalina en íntima vivencia...

Breve pausa... El sacerdote se inclina sobre el altar, para pronunciar la fórmula ritual de mágica trasmutación... Y durante la gravedad de ese momento, Alba puntea el harpa, trazando en notas suaves un místico paisaje para el supremo instante en que la campanilla de la elevación alza ante los fieles prosternados la sagrada Hostia!

Minuto que arrastra en el mismo vuelo a todas las almas de buena voluntad, invitadas por los ángeles al banquete celestial, así al ignorante, al sabio, al rico y al pobre...

Pablo cayó de rodillas, íntimamente suspendido por fuerza secreta... El harpa desgranaba perlas melódicas en la atmósfera recogida de misterio...

Cristo ha nacido, y viene para vosotros todos los que sufrís.

Esa anunciación cantaba la niña al son del harpa, en el corazón del joven extranjero... No estaba solo en el mundo... Madre, Familia y Amor se develaban a su alma en la ternura de la Noche Santa.

Jesús traía el "Don" en sus manecillas—divino don de paz... en amor—amplio crédito abierto al tiempo eterno, cuyas ondas llevan para traer y encierran el milagro de todas las posibilidades...

En Beatriz la Hora Santa, de divino advenimiento, lanzaba los viejos fantasmas del pasado, y allí, frente al Pesebre, en que sonreía la imagen del Niños Dios, su alma se colmaba de quietud y de esperanza sobrenatural...

En los cristales de su voz había arrastrado la niña a Pablo hasta regiones suprasensibles de que excluye la humana proximidad... Algo se había unido entre ellos, abriendo un contacto profundo que jamás lograra la cercanía personal.

Terminada la misa, las cantoras rasgieron sus vihuelas, vibrando sus voces chillonas en sabrosas tonadas, mientras todos los fieles respondían con sonoros estribillos...

.....

Eran las tres de la mañana. Tardas carretas rodaban ásperamente por las pendientes montañosas, y los farolitos de los romeros, picaban las sombras por aquellas sendas, dibujando la ruta en interminables filas de luces vagabundas...

Alba y Pablo contemplaban desde la terraza alta...

El silencio de la honda noche se rompía a veces en lejanos ecos de tonadas, que cantaban los peregrinos...

Cuando ya las sombras iban tragando las últimas chispas de esa amplia serpiente luminosa, que zebreaba los lomajes cordilleros, una misma emoción se apoderó de los jóvenes—frucción de encuentro profundo, angustia de posible alejamiento y palpitación de inquietud...

Las errantes lucecillas ya casi devoradas por los abismos de la montaña fragosa, eran vivo símbolo de esa solitaria ruta humana, en que aproximaciones y lejanías, se nos imponen traidoras.

—He seguido con pena esa peregrinación de luces que se va hundiendo abajo o desapareciendo arriba...

—Yo también... La vida no se detiene nunca... cambia sin cesar, pero la voluntad puede clavar el momento feliz—dijo Pablo con cierta seguridad insolente...

Alba lo miró con piedad... Cuánta osadía revelaba su juvenil presunción... ¡Clavar la vida!

—Vamos todos embarcados en el mismo galeón... Algo corre bajo nuestros pies y nos arrastra.

—¿Su experiencia le ha enseñado eso?

—No... pero siento que es así... Nada ha salido aún de mi vida y ha entrado Ud...

—Para no salir jamás—la envolvió Pablo en una mirada candente.—¿Prométame, por la emoción de esta Santa Noche, que no me arrojará nunca de su lado?

—No me complacen las promesas en negativo... Le contestaré que mi querer durará siempre...

—¡Gracias!—y le cogió una mano.

—¡Siempre!

—¡Siempre!

Quedaban todavía suspendidas del flanco abrupto de la montaña dos farolillos oscilantes... Eran los últimos peregrinos que subían.

Desde que comenzó el desbando esas luces gemelas trepaban la senda escarpada de una loma. Separadas un instante volvían a aproximarse.

Los jóvenes miraban con ávidos ojos aquellos últimos farolitos. En esa porfiada gemelidad de luces postreras hablaba para ellos el destino...

—Si desaparecen juntos como hasta ahora—dijo ella... y se detuvo temerosa.

—Habremos clavado la felicidad... —continuó él... —¿Eso es?

Se aproximaron tanto las chispitas lejanas de luz en ese mismo momento, que se sintieron triunfantes los jóvenes...

—Deben ser ancianos lo que llevan esos farolitos; caminan tan lentamente...

—O jóvenes que no tienen prisa de llegar...

... Las lucecillas se separaron después de inmovilizarse un instante, y, esta vez, con igual lentitud, se distanciaron más y más...

Se les oprimió el corazón. Siguieron anhelantes aquel espacio negro, que se abría entre las luces más y más amplio—boca imaginaria de sombra, en cuyas comisuras se balanceaban las dos chispas... hasta que desapareció una...

—¡No vuelve más,—dijo Alba después de un silencio. El pequeño suceso se convertía en drama para su observación anhelante.

La otra luz seguía oscilando... ya perdida y reaparecida hasta que también se hundió en la tiniebla...

—¡Para siempre!—dijo Pablo... —¡Nos hemos entristecido por una tontería!

Ella encontraba que valía la "*pena*" que les diera ese supuesto augurio...

—¿Cree Ud. en estas cosas... les atribuye importancia?...

—No sé... Creo en esta Pascua... en la promesa infinita de Jesús...

—Entonces, no recordemos la mala impresión y digamos: ¡Felices Pascuas!

—¡Feliz!,—y le oprimió ella tiernamente las manos...

El muchacho le besó con timidez la frente inmaculada.

—¡Feliz! ¡Siempre!

—¡Siempre!—repitió ella, y se cogieron de nuevo las manos, en hondura pasional...

—Esto faltaba a nuestra Pascua, ¡el sello!

La mudez de la noche era ahora perfecta... Ni ruidos, ni luces...

Regresaron tomados de la mano...

Beatriz estaba sentada en el corredor... Pablo avanzó resuelto.

—¡Felices Pascuas!,—y la besó en la frente...

Ella se lo devolvió con premura, necesitando cogerle la cabeza con las manos para alcanzarlo...

—Me he quedado contemplando las estrellitas diseminadas en la montaña... —lo dijo para disimular su emoción... —Ha sido tan hermosa la serpiente de fuego, en que se extendió la romería... Fué la apoteosis de la Noche Buena...

—Me parecía que cada alma se llevaba en esa llamita la fe y la esperanza... —dijo Alba;—creo que habrá desde ahora menos tristeza en los ranchos cuando venga la nieve y tengan frío!

.....

Al recogerse a su lecho, halló Pablo una estampa de Navidad hecha al lápiz, débilmente coloreada.

Divina sonrisa resplandecía en el rostro del Niño Jesús y al dorso iba escrito con letra de Alba:

"Más de lo que sueñas, te reserva el Niño Dios en los dones que te trae".

Anegó a Pablo aquella lectura en ola de emoción. Por un instante cedieron los diques que estancan los ideales, en posibilidades razonables, para confundirse en una infinita esperanza, sin humana limitación.

Permaneció embargado, dejándose arrastrar por una amorosa potencia... ¡Sí!, todo era divinamente posible... Lo leía en los ojos de Alba.

.....

Beatriz volvía de la villa. Carrera le salió al encuentro... Su sorpresa se convirtió en asombro al hallar también a Conchita, quietamente instalada junto a Dolores.

La atmósfera contenía capitosa dulzura. Nunca estuvo tan exuberante Carrera, de energías indómitas, ni Conchita tan alegre, ni Dolores tan graciosa.

Alba ponía en el concierto de las almas el embeleso de un gran ensueño y la sedante quietud de blandas caricias.

La madre interroga a la hija con miradas angustiosas, a que ella responde con la serenidad de sus ojos profundos.

—Necesitaba huelga de afanes—explicó Carrera a Beatriz.—Estoy abrumado y embromado...

—Gracias a que Peñalolén es convento sin frailes, no podemos trocarle la huelga que necesita por la juerga que apetece—rectificó Dolores.

—Por algo, "*picardía*" tiene género femenino... Nosotros podemos ser pícaros en grande sin culminar en la picardía de las

mujeres... —y le coló por entre los párpados una risita canalla. —Llega momento en que ahoga la necedad y cobardía del medio... Si no me vengo, estallo en descarga...

Se levantó en busca de su pedernal. Cuando volvió la espalda, dijo Dolores:

—Parece que su hermano Juan José lo hostiga mucho.

—El pobre no tiene cabeza—disculpó Beatriz...

—Administrado por José Miguel produciría más que si fuera listo y se gobernase solo...

—Su falta de habilidad le vuelve empecinado... No lo manda nadie...

.....

El ocaso incendiaba el jardín. Salieron a caminar y luego Carrera con Conchita quedaron distanciados y perdidos en los senderos tortuosos...

La Cordillera se alza imperiosa por sobre los faldeos, con bárbara crueldad de amenaza.

La ciudad esfumada en niebla azul se entrega en candorosa visión, de mujer sometida a su rey el Andes, que la acecha y la oprime...

Van en silencio cerro arriba. Las aguas, con fragor de tormenta, acompañan sus pasos.

—¡Has tenido fe en mí, y la merezco!

—Tu llamado me dió pavor...

—Mi torpe audacia de aquel día fué la causa... Tengo arrebatos incontenibles que, como esa vez, me tracionan... Estuve dispuesto a locuras... Hiciste bien en cederme, si no te hubieras arrepentido toda la vida...

Estaba sombrío y tierno...

—¡No me exasperes nunca! Necesitaba que me escucharas, que me comprendieras... Es peligroso enconarme... Yo mismo

no sé de lo que soy capaz cuando se me desencadena la fuerza... esa terrible fuerza de mi querer... ¡el único triste y grande, que he sentido nunca!

Ella enmudecía con temor... Se le presentaba el mismo hombre que viera la noche en que danzó... ¡Ese que tenía el extraño poder de dominarla con energía dolorosa y concentrada!

El llamado de la carta que la trajo a la cita contenía esa fuerza... ¡a que no pudo substraerse!

—¡Ten confianza absoluta en mí!... No confundas el amor con miserables devaneos... ¡Sería sacrilegio! Calaveradas de juventud nada significan... Es el bullir de la sangre joven en impetuoso torrente. Hasta el matrimonio cabe en la vida sin cogerla... Amor pasa a sangre y fuego, devastándolo todo...

—Sí, eso lo siento yo también, pero no puedes vivir solo... Necesitas establecer un hogar... dar paz a tu existencia íntima... hallar cerca de tí un afecto seguro... esa compañía que yo no puedo darte... Fué nuestra equivocación, no encajar el Amor en la vida... en esta vida pequeñita de todos los días... bendecida, permitida... al aire libre... en honestidad!

—¡Cruel e irreparable equivocación!—Se le contrajo la frente y se le ahondaron los ojos como reculados a un abismo.—No quiero ahora traer conflictos a tu vida, ni menos echar sombras a tu honra... Me basta que sea mío tu querer... ¡Todo mío! Que me des aliento para luchar, fe en la vida, que sólo me vale por tí... ¡dura y peligrosa vida de perpetuo azar!

—Querría creer que me quieres como yo a tí. ¡Nada más! Mi mayor pena ha sido la de sentirme burlada... ¡Cuando supe que andabas en un enredo, creí morirme!

—Eres una chiquilla tan deliciosa como incauta. Debo ir a ciertos sitios por razón hasta de espionaje... Vivo entre enmascarados... En esos bureos y francachelas, el ponche arranca antifaces a los hipócritas que me juran amistad y me traicionan...

La revolución empieza... Si me guardas fe venceré... Si tu "querer" me da el coraje que necesito, saldré airoso de esta empresa tan grande que he acometido y tan aventurada!...

Sombras le cruzaron el rostro, trágicamente empalidecido...

—¿Sucede algo ahora?... ¿Complot?

—Atravieso por dificultades enormes... Tendremos que resistir luego un formidable ataque de los godos... Las milicias están pésimas y las cabezas cerradas, para comprender la urgencia del peligro...

Se escuchaban voces lejanas...

—¿Parecerá muy raro nuestro paseo?,—volvía de pronto a la realidad circundante...

—Alba sabe... y Pablo también.

—¡Pablo!...—Se turbó...

—¿Lo crees acaso tan pavo por el revés, como por el derecho?

—Teje muy delgado. A veces le digo: "*Pon cara de macuco para que te respeten...*" De puro listo no lo necesita.

Bosques de maitenes, canelos y peumos, gimen con las ventiscas crepusculares como ánimas en pena...

Los rayos oblicuos del sol cruzan con sus flechas los pinares y pintan cobres ardientes en las piedras...

... Suben... Suben... Sobrecogidos de emoción...

La Cordillera retrocede cual milagroso telón de fondo, presentando en sus arrugas suaves regazos, que huelen a yerbas silvestres.

Los signos que las nieves esculpen en su pizarra gris, semejan la sentencia que, a modo de maldición, trazara el destino para los osados que se acogen a su sombra...

Los últimos oros crepusculares han caído en el lago de arriba, que invierte el esplendor del cielo, sobre la tierra parda junto al negro cipresal.

Entre los árboles fantasmales y mudos él la cogió y amándola tiernamente a su pecho le bebió el aliento en besos profundos de ansias desesperadas. Su ternura misma es tan violenta que raya en delirio...

Ella, blanda e inerte, vivió en instante eterno, la plenitud de la vida infinita, a cuyo gran ritmo asocia Amor...

... Bajaron con premura.

Se les había caído la noche montañesa.

Iba ella oprimida a él, en deliciosa embriaguez, con su pequeño cuerpo distendido en vastedad emocional, a que el relente de la noche, que ha entrado sigilosa, presta la voluptuosidad de su pavor...

... Se detienen todavía un instante para beberse el alma en los labios ardientes, a que la frescura de amor único, añade excel-situd. Por entre los árboles divisan la lejana ciudad, ya encendida en sus candelas.

—Se han caído a la tierra todas las estrellas del cielo... — le dice él con enfática solemnidad.

Mira ella consternada, por brusca asociación de ideas, con las palabras de Alba grabadas a fuego: "Que la estrella de tu amor, no caiga nunca en tierra".

No distingue casi nada. Ya de anochecida el pueblo había prendido sus faroles, y el sitio que ocupa la villa es un cielo caído al suelo...

—Ese temblor de luces me fingen un Puerto con bajeles iluminados, que nos invitan a la prodigiosa travesía de la gloria... ¡Gloria de que seas mía y ofrecerte el mundo!...

Conchita distinguía ahora la palidez de los trémulos candiles, que la creciente oscuridad evidenciaba mejor a cada instante... Y sintió que aquel parpadear de lucecillas hacían el funeral de sus vidas tronchadas, por un amor irrealizable...

.....

Después de cena Carrera se acercó a Alba.

—No tome a mal lo que voy a decirle, Capitán—le miró ella suplicante.

El se armó para escuchar un sermón.

—Le estimo tanto, que deseo realice su gran misión, pero crea que a su triunfo está vinculada la altura en que mantenga sus afectos... Haga los sacrificios necesarios a la tranquilidad de ella... ¡Le traerá suerte!

—¡Ella es mi vida, y su felicidad es mi ventura!

—¡Dios se lo pagará, Capitán!

Tuvo un violento arrebato, por cólera de hallar descubierto su secreto y de ser amonestado.

—No creo en otro Dios, ni apetezco otro bien, que Ella misma...

Alba, espantada, le puso sus largos dedos en tupida reja sobre la boca, para sofocar las palabras sacrílegas...

Tenía horror a la blasfemia. Creyó en ese instante escuchar de los propios labios del caudillo la sentencia fatídica, con que condenaba su amor y su destino a la desgracia...

Pasadas las grandes festividades del Niño Dios, que desalojaron las viviendas y hasta las cuevas de la región, la quieta vida de las "casas" recuperaba su ritmo de lenta regularidad.

Los días iguales seguían ahora su tardo curso.

Entraban a producir su repetido acontecimiento anual — las frutas nuevas y el "rinde" de las siembras.

Los largos crepúsculos ardientes vertían en ígneos reflejos los rayos cogidos por los poros de la tierra y predisponían a una languidez, en que los nervios laxos adormilaban los cuerpos y cerebros.

Después de hundido el sol—a oraciones—Beatriz iba a acompañar a Basilia paralítica.

Era el único ser vivo, asociado a su vida secreta.

Con ella desaparecería del mundo la sola puerta de comunicación con el pasado...

No necesitaban hablarse, ni lo quería tampoco Beatriz. La mansa mirada de la esclava, le traía un panorama de vida irreparable...

Era Basilia su segunda conciencia—conciencia de creatura humilde, libre de prejuicios, en armonía con la santa inocencia de la Naturaleza, que brota pura de las manos divinas.

.....

Estaba esa tarde más animada la enferma, cuando de pronto tartamudeó y se le estiraron las facciones... Un sudor frío le corrió por la frente, alargándola de fatiga hasta parecer difunta. Le dió Venancia un traguito de mistela...

—Voy bajando mucho, patrona. No veré la nieve este año...

Quedaron solas. Una vela ardía en la cómoda.

—Cuando pueda, Amita, venga de anochecida, mientras cenan los criados. Quiero darle unas cositas que guardo desde entonces...

Beatriz palideció.

—Desde que su mercé me llevó a Colina.

El rostro de Beatriz quedó exangüe y consumido instantáneamente. Fuerte emoción la enjutó por dentro, y momentos después amplia oleada de sangre le encendía el rostro.

—No tarde mucho en venir... yo tengo unos bajones tan grandes, que casi me quedo al otro lado. Me viene una consunción, como que me acabo...

.....

¿Qué guarda para ella Basilia?

¿Alguna revelación que reservara para su último día?

Estas preguntas angustiosas se hacía la dama en su lecho aquella noche. Su curiosidad iba a par con el miedo.

El tiempo que todo lo cancela, limando asperezas de recuerdos en suaves óleos de olvido... el tiempo que consume el dolor, destilándolo gota a gota, hasta dejar el hecho consumado en su seca verdad, no había realizado su obra de aniquilamiento en Beatriz.

Una angustia quedaba en pie, angustia que tomaba cuerpo y se le encaraba... El fantasma permanecía en acecho.

El porvenir de su hija estaba asegurado.

Su conocimiento más íntimo de Pablo la confirmaba en certidumbre de felicidad para Alba... pero fatídicas evocaciones la atormentaban... Todos hemos arrojado hacia el porvenir valores, afectos, partes íntimas de nosotros mismos, cuyo resultado aguardamos inquietos...

Beatriz padecía de un sobresalto permanente... como si del fondo de lo irreparable, pudiera sufrir algún día su hija el zarpazo de oculta fiera...

Por su pequeño balcón penetraba la claridad estelar. Oía la tierna voz de Alba, a que respondía Pablo en acento grave.

Las enredaderas de jazmines, olían fuertemente aquella noche, suspendidas por la arcada del edificio, hasta los calados hierros de la ventana.

No dejaría Beatriz pasar la hora quieta del próximo día, sin acudir al cuarto de Basilia.

... Fué una tarde bella... Comieron a las seis. Alba y Pablo caminaron cerro arriba.

La niña era una canción de alborada que se evanescía al aire puro de la montaña... Pablo buscaba un palo adecuado para bastón... Los vió alejarse Beatriz.

La voz de Alba despertaba los ecos callados del parque...

Ya más lejos, el viento traía jirones rotos de su cantar, en ráfagas de armonía. Los criados merendaban...

Era la hora oportuna. Basilia estaba sola.

Ama y criada se miraron en hondura de tiempo y pavor a las cenizas que iban a remover... pero la Muerte acechaba y urgía saldar cuentas.

—¿Necesitabas confiarme algo?—Se le quebró la voz a Beatriz...

Vivían ambas asomadas a una invisible ventana del pasado, sin que ninguna palabra aludiera directamente al hecho fundamental...

—¿Es algo que no supe entonces?...

Y el "entonces" trazó entre ambas un larguísimo túnel de obscuridad y de silencio, a cuya trágica boca se agrupaban incógnitas...

—Nada, mi Ama... nunca supimos nada...

¡Nada! La palabra hincó su garra en Beatriz, y lápida de eternidad le selló el alma con peso de remordimiento y de inquietud.

Vislumbró en ese instante la cifra de dolor acumulado en años largos... No se sucumbe al pesar, porque se le vive en partículas separadas, dosificado por mano piadosa a humana debilidad... pero a veces como esta tarde, el dolor se suma en un instante y se sufre en magnitud.

Hondo silencio cayó entre ama y sierva... Basilia quería hablar, y su garganta se anudaba...

Miró a Beatriz en comprensión de sus ojos piadosos a la pena que viven también los ricos, en otras cadenas, melladoras del corazón...

... Hizo valor, mirando al Señor crucificado—que todo lo perdona, porque todo lo sabe...

—Son unas cositas que guardo de entonces... quería dárselas a su mercé... Ropitas de cristianar...

Beatriz estaba como petrificada...

—Cuando me lleven de aquí van a hurgar las niñas... y parecería raro, entre mis cosas feas, esos primores...

—¿Dónde están?—preguntó Beatriz azorada.

—En esa caja... —Señaló una viejísima petaca de cuero de becerro, con clavos dorados.—La llavecita está colgada del cordel que suspende a mi Señor San José.

Como sonámbula Beatriz se dirigió al sitio. Al mover la imagen se levantó una nube de polvo y se rasgaron las telarañas tejidas entre el marco de latón y la pared caliza... Giró la llavecita mohosa en el candado negruzco.

Al levantar la tapa se escapó de la caja un olor compuesto de substancias diversas... alcanfor, polvo rancio, insectos muertos, herrumbre.

Las ropas viejas guardan fluídos de seres desaparecidos. Los años hacen de esas emanaciones una mixtura que lleva su marca, pues confunde la vejez de las cosas con la ranciedad de aquellos fluídos... La descomposición que crea el tiempo en su lento andar, dió en los sentidos de Beatriz... Echó la cabeza atrás y se puso rápidamente de pie...

—Esta petaca huele a siglos... ¿Te paso algo? ¿O será mejor llevarla a mi cuarto?

Deseaba diferir el momento y hallarse a solas con los temidos objetos.

—Como guste, su mercé.

Así lo prefería Beatriz. Hizo girar precipitadamente la llave, como si la humilde caja contuviera un objeto macabro, y vino al lado de la anciana, contenta de haber prorrogado la impresión.

—¿Qué hago con el resto de esas cosas?...

—Dispone de ellas su mercé.

—¿Qué es lo que me confías?—Apuntó en el blanco.

—Poquita cosa. La señora verá... —Sus pupilas nadaron en amarillento bláncor.

—Gracias,—y un sollozo fué comprimido por sus labios...

—Lo va a hallar todo su mercé, en una cajita muy olorosa, con chinitos tallados... una prolijía... Todo está juntito... Silencio.

—Las demás tiras las ha codiciado siempre Ña Mariquita, pero no ei quería franqueárselas pa malos fines.

Son damascos de altar, ropas usáas por las amas con que iban a fiestas santas... Hay una basquiña de la Señora Mayor... por güena no me sirvió nunca a mí. Se la ponía pa Semana de Gloria y pa la procesión de Mayo. Está muy quebrajáa la sea rica, con los dobleces de la caja... La denó, hubiera servío pa cambiarle la pollera a la Virgen de la Soleá de San Agustín, que sale en la procesión del Resucitao. También está ahí el manto mejor de la patrona vieja, que me dieron cuando fué fináa... Saqué de esa petaca las blondas que tiene puestas mi Señora del Carmen.

La larga enumeración alivió entre Beatriz y Basilia la atmósfera cargada de pasado... que revolvió, en un instante, todos los residuos aconchados en las vasijas del Tiempo... Se levantaron legiones de recuerdos conjurados por la negra, que los legaba a su ama.

.....

Ni esa noche, ni muchas otras, pudo Beatriz decidirse a abrir la caja que, como un féretro, quedó depositada en un rincón de su cuarto.

Tiró sobre ella un rico chal de Manila, con pomposas flores de relieve, sobre campo negro.

Y llegó la noche en que no pudo dormir, asaltada por esas inmersiones en el pasado, que traía la papura cordillerana con su silencio de fin de mundo.

En vano Beatriz trataba de refugiarse en el presente, pensando en su hija de alma clara, en plena comunión con la vida alegre y sana de la Naturaleza o en el concierto anímico que formaba con aquel joven... ¡Inútil!... La embargaba el ritornello de una suave canción que Alba cantara esa misma tarde, punteada en el harpa... "*Tuve miedo de tí*"... Otra voz respondía del fondo de sí misma... "*Y te fuiste para siempre!*"

Temblaban durante esa larga noche en su sensibilidad avivada, las notas de la canción, trazando los recuerdos trayectorias que confinaban en desgarramiento...

La voz de Alba tomaba en la noche callada repercusión de amenaza, de queja y hasta de venganza... "*¡Tuve miedo de tí!*"

Se acusó Beatriz de haber obrado cobardemente por miedo. Arrojó lejos de sí las mentidas atenuaciones y halló cierto alivio... Su conciencia hechiza le alegaba inocencia.

—Era tan joven, entonces... Fuí tan tímida... Vivía de la buena impresión que por reflejo, me daban los otros... Ahora no... La vida me ha vuelto de cara hacia adentro de mi ser... a una profundidad ignorada entonces... y donde antes estaba vacío han surgido ahora mis verdaderos testigos... Dios, mi madre, todos mis muertos—más vivos que esos fantasmas, que vegetan o sueñan dentro de cuerpos humanos...

¡Si los hubiera hallado entonces, no habría sacrificado mi deber y mi amor, a quimeras!...

Nunca he vivido, en verdad, de los otros... Mi familia no me ha comprendido, ni me conoce... Actúan dentro de un alma común sin conciencia propia... Y a ellos me he sometido, ¡qué error!

Ninguna de sus habituales consideraciones atenuaba su amargura...

A más de la trémula lamparilla de aceite, propicia a secretas evocaciones, encendió dos cirios, que alumbraban el rincón donde estaba la petaca.

Los gusanos del remordimiento se habían soltado para devorarla, en el curso de la noche larga...

¡Acabar una vez por todas!... Se dirigió resuelta al rincón, abrió la vieja petaca con la llavecita que colocara días antes en una pila de agua bendita, seca desde tiempo atrás.

El temido hedor de pasado le azotó el rostro.

Ni el mismo toronjo tuvo tanta fuerza doliente y evocativa como esa oleada de atmósfera acumulada dentro de la nefasta cajuela.

¡Impresión de destapar un ataúd y ver los restos ya espantosos, por transformación macabra, de una creatura amada!

... ¡Espeluznante pavor ante hallazgos insospechados!... Creyó sentir la garra del destino que la cogía por el fondo de aquella caja fatal, al introducir su mano... Miedo de la noche, de la soledad, del tiempo transcurrido, miedo sin nombre que congela la sangre y anima las sombras...

Hundió febrilmente los dedos crispados entre las viejas telas y no tardó en sentir el duro contacto de la cajita de madera tallada... áspera sensación del objeto que contenía las reliquias.

Al borde de la tumba se las entregaba Basilia, la negra fiel que la ayudara en su quebranto.

Extrajo la caja sin mirar y cerró con violencia la petaca...

Su cuarto estaba ya impregnado de aquel hedor en que se fundían los objetos entregados a la guarda del Tiempo... ungidos por el misterio de la Muerte...

Se recogió a su lecho, colocando sobre sus rodillas la cajita olorosa, menudamente esculpida de chinerías... Miraba su cu-

bierta, tallada en asuntos pueriles con chinitos en palanquines bajo grandes quitasoles.

Ironía sutil de los objetos, cuya destinación ignora el operario, pues la Vida, sabia o irónica, convierte el objeto, que fué agradable obsequio, en arca de misterio y de dolor.

La noche profunda seguía su curso. Ardían los cirios. La tiniebla se eternizaba.

... Parpadeó la lamparilla de aceite... signo de que la noche aún tan negra tocaba a término. ¿Blanquearía pronto la Aurora?... Sin su luminoso aliento, no abriría Beatriz esa caja, cuyo secreto le despertaba los más negros fantasmas de su vida secreta.

Cantó un gallo... Oyó que Alba tosía—síntoma del mayor frío que al pie de la Cordillera anuncia el amanecer próximo. Cerró los ojos... La tos de la joven conmovía a Beatriz de manera inexplicable... Era frágil la niña. Su espíritu necesitó de órganos más sensibles para expresarse...

La carne salida de su seno, transparente como un marfil, estaba expuesta a mordeduras y desgastes...

Mayor angustia. Tembló siempre por la salud de esa creatura, allí, junto a ella, cuidada con solicitud... Su pequeña garganta de ave azul, sensible al hielo de la madrugada, estremeció a la madre, como un aviso del futuro... Así solía toser una chicuela que murió años ha de calentura, en Peñalolén. Ese síntoma acusaba en Alba debilidad al pulmón, y dió a Beatriz un secreto terror de castigo... ¿Acaso iba a perder a su hija?...

"*Tuve miedo de tí*", volvía el ritornello de la canción en fatídicos ecos... Sus notas condensaban ahora un vivísimo dolor sin nombre que hería a la pobre mujer en sus fibras más íntimas...

La aurora, entre tanto, había penetrado sigilosa a la estancia,

—pálida aurora que cubría de ceniza los objetos y atenuaba el fulgor de los cirios...

Alborada de muerte, tranquilizante sólo por promesa del sol en marcha...

En esta luz cadavérica quiso Beatriz abrir la caja... Las prendas que saldrían del fondo pertenecían a su tenebrosa conciencia de soledad incomunicable.

Con el día que nace, cunde la bruma cenicienta... Entró a la estancia, sin que lo advirtiera Beatriz... una presencia invisible y muda... El pasado retornaba de amanecida en su alma... no en triunfante claridad de aurora, sino en riña de esquivas palideces con el parpadeo de los cirios moribundos.

Volvía en luz de funeral.

La lamparilla de aceite se apagaba en el vasito de cristal.

Saltó del lecho y sopló las velas. Había ya luz suficiente. Vuelta a su cama, con febril mano levantó la tapa de la cajita chinesca...

Trapitos de blancura amarfilada yacían lacios, domados, por el tiempo. Los cogió con terror... Era una bata de cristianar... Estaba mustia, amarillenta y negrusca... Se rompía al tocarla, deshecha de humedad. Al desdoblar la túnica bautismal, en largura de mortaja, saltó de entre los pliegues una gorrita de encaje.

Punzada aguda de dolor convulsionó a Beatriz... ¿Dónde se hallaría el tierno cuerpecito?... ¿Dónde estaba el pequeño rostro que asomara un día en el arco leve de la tela? ¿Dónde la creaturita que ungió el agua santa? ¿Dónde?

Su entraña se desgarró viva...

Echó a llorar, sobre aquellas finísimas gasas para lavarlas con sus lágrimas, de olvido y abandono... Introdujo sus dedos apiñados dentro de la gorrita minúscula, que armada ya con su mano, fingía en sus propios dedos la carita del ángel que no supo

hospedar... La contempló una y otra vez... la oprimió con sus labios, desesperadamente...

¡Pobres despojos de un irreparable ayer!... ¡Posibilidades destruídas para siempre, que ningún poder humano renovaríá nunca!...

Quedaban esos trapitos tenues, lacios, a medio destruir y un gran remordimiento clavado en el alma...

—¿Qué he hecho, Señor?

Sólo ahora medía en hondura y extensión el crimen de que fuera instrumento, en época de completa ausencia de sí misma, en que no era ella, sino embrión humano, hechura de otros...

.....

Cada día pasaba Beatriz a visitar a Basilia. Temía que la anciana rompiera el silencio de toda una vida, a que la autorizara la entrega de aquellas prendas.

La devolución de la misteriosa cajita había sido su testamento.

Entre ama y sierva hubo desde entonces mayor acercamiento. Se creó un silencio más activo de afecto y comprensión, que el reflejo anticipado de la muerte, aumentaba en gravedad.

Las escasas palabras que se decían eran las últimas, y por insignificantes que fueran llevaban consigo el valor sagrado de aquello que no repetirán nunca los mismos labios.

Además Basilia fué, por naturaleza, cultora de dignidad. Ni su clase ni su raza obstaron a que se sintiera dentro de su alma, hermana de sus amos... y aún privilegiada de haber nacido entre los que enviaron sus primeros adoradores al Niño Jesús, y todavía de pertenecer a los pobres, cuya humildad honró un Dios.

Fué siempre costumbre en Peñalolén, que Basilia reuniese a los

criados en su cuarto, para rezar el Santo Rosario, cuyo coro llevaba en grave pausa. Su entonación disminuía de tarde en tarde.

Entró Beatriz cuando terminaban con la consabida oración (uno de los muchos agregados que hacía interminable el rosario) a Santa Bárbara, ayuda en contra de terremotos, rayos y tempestades.

Basilía estaba con los ojos cerrados y las manos juntas.

Se destacaba en azabache su rostro y sus pasas menuditas sobre el almohadón de lienzo.

Concentrada y compungida, movía los labios, ajena a la salida ruidosa de los criados, que se llevaban sus asientos consigo.

Beatriz ocupó un viejo sillón junto al lecho... La sintió Basilía y miró al ama con la mansedumbre de sus pupilas café.

No dejó interponerse las palabras habituales de saludo y clavando sus ojos tristes en Beatriz, entró al fondo del asunto.

—Patrona, dejo confiadas a su mercé mis negritas cuando me vaya...

Beatriz, con voz afectuosa:

—No necesitas encargármelas...

—Confío en que Nuestro Señor me habrá oído... Le ei pedío tanto que les dé paz, pa llevarse el humor contrario... Cuando yo sea fináa, no disputarán...

Beatriz la contempló casi con envidia...

La esclava iba a dormirse en la paz del Señor, segura en que su poder crecería desde Allá, hasta evitar las duras riñas entre las dos hermanas...

—Eres dichosa, Basilía; los tuyos están ahí...

Se le arrasaron de lágrimas los ojos... Silencio de abismo...

—¡Están cerca!,—volvió a repetir con más honda tristeza...

La anciana se irguió en el lecho armada de extraña fuerza.

Con voz sonora y profética, los ojos vueltos hacia el Crucifijo y su mano colocada sobre el pecho, dijo:

—Tóos estamos en manos de Nuestro Señor; los que creemos alejáos están más cerca... la pena de ausencia cava huecos hondos en los corazones que se buscan...

Era tal la fuerza anunciadora de su palabra viva, que Beatriz se colgó moralmente de aquella fe...

—¿Tú crees, Basilia, que nos volveremos a encontrar?

—Lo promete el Señor moribundo... que nos hallaremos toos reuníos al final de esta jornada. Han de seguir encontrándose los que llevan sangre común, hasta confundirse en la pasión y muerte de Nuestro Señor. El nos promete, por sus méritos, gloriosa resurrección...

La anciana esclava parecía inspirada.

Cesó el esfuerzo y su pobre cabeza cayó pesada sobre el almohadón blanco, con miriñaques de algodón.

Beatriz lloraba dulcemente. Aquellas palabras de fe se habían adentrado en su herida...

¡Nadie la consoló nunca así! En comparación de aquella voz, como salida de la eternidad, todas las palabras le parecían vanas...

Basilia le inspiró aliento y temor, un saludable temor, pleno de esperanza... Lo que pudiera reservarle el porvenir sería mejor que la incógnita cerrada en que viviera—continuación ya desesperada de la misma nada...

—Me has dado confianza. Siento que tú crees lo que me anuncias...

—Lo creo, porque he rogado toda mi vida por esa vuelta... No puede despedirme de este mundo el Señor en su misericordia, sin concederme la Gracia... Yo no lo veré... Me llaman de por allá... pero me basta esa seguridad, pa que me vaya contenta.

Sentía Beatriz una confianza nueva en esa unión de las almas, supone el dogma de la comunión de los Santos, letra muerta hasta entonces para ella, de su credo religioso.

—Todos vivimos en Cristo,—se afirmó la dama.—Ninguna distancia separa...

.....

Esa tarde llegó Pablo de la villa.

Hacia una semana que estaba ausente. Preguntó por Beatriz a Alba, que lo recibió en la verja.

—Debe estar en el cuarto de Basilia, que empeora cada día...

—Sí! ¿Va a peor?...

—Es muy viejita... no se conoce la edad en los negros; no encanecen ni se arrugan. Basilia era tan anciana como ahora cuando yo nací, según dice madre. Será pena grande cuando se vaya... Es toda mi niñez.

Pablo se interesó por conocer a la vieja esclava, que se había hecho en la familia una especie de venerable reliquia...

Se asomaron por la ventana y Beatriz los llamó... Pablo fué introducido por la niña a la estancia, ya algo obscura, en que se acumulaban los restos de un Arca de Noé, en toda clase de chamelicos y trebejos.

—Aquí está Alba con el caballero que hizo el Nacimiento—anunció Beatriz.

—¡Dios lo guarde por haber trabajado en la gloria del Niño!,—dijo Basilia.

—¿Crees que se ha ganado el cielo, mama?

—Es poco para tanto premio—contestó Pablo...

—El Niño es muy generoso—continuó con su tono inspirado la anciana.—Nadie le ha trabajado nunca sin paga... Eso sí que suele ser tardío... Dicen que paga aquí, pero muchas veces deja la cuenta pa la otra vida...

Pablo, a través de las palabras de la anciana esclava, recordó: *"Más de lo que deseas te guarda el Niño en sus manecitas divinas."*

—A este joven le gusta que le paguen al contado— sonrió Beatriz.

—Es que no sabe cómo crecen las cuentas que se ilatan en el pago . . .

—Por eso, mama Basilia se apresura tanto en pagar, de miedo a que cunda la deuda—dijo Alba, y contó cómo ella, de chica, con sus primas, le recogían los huevos en el gallinero y se los mandaban en venta por una niña del rancho alto . . . Basilia se apresuraba a pagar, sacando reales anudados en un pañolón rojo—su caja de fondos.—Ibamos a la despensa, le robábamos los mismos huevos y se los enviábamos en otro atadito. En la noche, al verificar Basilia la cantidad que comprara, no hallaba nada ni tampoco los reales, medios y cuartillos guardados en el pañolón.

—Siempre travesaron conmigo . . . Se ponían tan formales, que yo me creía todo.

La cabeza ennoblecida de tiempo, sobre el lienzo blanco, evocaba a Beatriz los distintos fondos en que la viera a través de la vida. Le palpitaba el corazón en loca prisa, al recuerdo de la espesa figura, siluetada sobre el bastidor de maduros trigales, en los campos de Colina . . . allá en años pretéritos que marcaron hondo en su vida.

El cuarto de Basilia llegó a ser el centro de reunión de las casas durante su larga enfermedad. Venían a verla del alto y del bajo y hasta personas de la villa.

El mal la espiritualizaba.

Las mujeres de los ranchos le contaban sus miserias . . . Todas las historias rebotaban en su lecho.

—A Ña Peta se le arranca la niña pa los zarzales—le refería Ño Meneses.—Anda al aguaito del peón que ronda por ahí en las laderas, pero no se le divisa ni el color de la manta. Se descuelga a las horas pardas y a la mairugá no hay ni señales...

Le traían también a Basilia niños *empacháos* y *ojeáos*, para que les pusiese agua bendita.

Cundía por los campos vecinales su prestigio de alma caritativa.

—Nunca se ha engréido con el favor del ama,—era un decir en la Cordillera.

Guardaba la enferma abundantes cosechas que repartía en la crudeza del invierno, además de azúcar y yerba mate, para darles a los viejos que se alimentan de agüitas.

De su boca gruesa salían nobles palabras. El espesor de los labios no obstaba a la unción de los vocablos, ni a la altura de su sentir, dentro de aquel saco de vil materia oscura.

Al cerrar la noche, cierto día, en el alto, se notó que Basilia tartamudeaba y ponía los ojos blancos...

Beatriz encontró a la enferma sumida en sopor... Le cegió una mano, ya inerte, y la llamó:

—¿Te has puesto mala?

La enferma hacía esfuerzos inauditos por responder en algún signo...

Con el silencio de la noche, fué más pavorosa la soledad de la Cordillera. Las candelas rompían apenas la oscuridad de la vasta estancia.

Beatriz tomó la pila de agua bendita y echó gotas sobre el lecho, para atenuar las tentaciones del maligno Espíritu, que libra con furor la última batalla en las almas escogidas.

Los ruidos de gente en vela agitaban la atmósfera, y así Pablo, más que oyó, presintió que esa noche no era como todas las otras noches muertas de la montaña.

Se levantó envuelto en una amplia capa española, que lo silueta en caballero de romance de capa y espada... Nunca usaba esa prenda que trajo esta vez al campo, porque las neblinas de Marzo humedecían las noches...

Tirada la capa sobre el hombro izquierdo, le quedaba un brazo afuera.

En el corredor encontró a las comadres que le informaron de la súbita gravedad de Basilia. Hizo llamar a Alba, que estaba dentro del cuarto. En aquella figura asustó a la niña.

—¿Por qué se ha disfrazado?

—Por el frío. ¿Puedo ser útil? ¿Quiere que baje a la villa?

—Ya el capataz ha llamado gente para la carreta y el birlocho, que parten de plena noche.

Beatriz rezaba las oraciones de agonizantes y letanías de la buena muerte. La enferma parecía aletargada... Callaron las voces...

Alba entró al cuarto nuevamente.

De pronto Beatriz se volvió hacia la puerta... No reconoció a Pablo embozado, y aquella figura le produjo violenta conmoción... Se le apareció en el joven otra figura ya esfumada. Un estremecimiento de hielo le corrió hasta el corazón. Solía sentir a veces ese escalofrío ante ciertos aspectos sorprendentemente repetidos de una vida que fué. Esas figuras de embozados le traían representaciones fugaces de antaño...

Amaba y odiaba las capas españolas, que dan al hombre carácter de aventurero, suprimiendo la silueta y el rostro, para favorecer la intriga y el crimen. Prefería Beatriz la honesta manta campesina a ese embozo de traición y de perfidia, con que disfraza la capa clásica de los viejos romances castellanos.

Se recobró Beatriz de su asombro visionario para observar a la enferma que se llevaba la mano a la cabeza con afán desesperado.

Trató de humedecerle los labios, recordando que los moribundos padecen de sed...

—Es estado de inconciencia. No crea que sufre... —dijo Pablo.

—Pobrecita, su máquina rota, ha de estar muy sensibilizada al dolor.

—Madre, pasémosle el Crucifijo grande—advirtió Alba.

La niña lo colocó sobre el pecho de la esclava.

Las tres cabezas de Alba, Beatriz y Pablo se agruparon a los pies del Cristo.

Del otro lado del lecho, seguían orando las comadres, en entonadas voces chillonas... "Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte... Amén..."

El sudor helado de la agonía le rodaba a la moribunda en amplias gotas por la frente de caoba.

Beatriz, cogida de su mano, trataba de transmitirle vida—la suya—diciéndole con el alma:

—Tú que me sabes desgraciada y remordida, ruega al Señor que nos encontremos aquí...

La negra abrió ojos desorbitados, y luego los clavó sobre el grupo que formaban las tres personas reunidas... Pablo, ahora de pie, con su capa abierta en alas, junto a la cabecita de la niña y a la paloma blanca que semejava el cabello esponjado de Beatriz, miraba fijamente a Basilia, quien con voz ronca y los ojos visionarios, prorrumpió:

—¡El Amo aquí!... ¡Juntos otra vez, Señor!... ¡Aquí mismo!...

Y su lengua se enredó, se volvió un trapo. No articuló más.

—Apriétame la mano—le decía Beatriz...

¡Nada! Cayó en un letargo—el mismo de donde saliera por breves segundos espantada—y que continuó durante la noche profunda.

Se sucedieron los rezos en alta voz y las secretas preces de Beatriz, para quien aquella alma buena era una emisaria ante Dios.

Ella abogaría por la humana miseria, común a las altas damas, como a las pobres esclavas en forro de Humanidad...

.....

Cuando tembló la luz sobre el horizonte de la montaña y cantaron las primeras diucas, todo había terminado...

Alba traía a Dolores las primeras violetas de la estación. Comenzaba el otoño. La enferma tenía su lecho expuesto al sol del Norte, acariciador de tristes... único ojo compasivo con que el cielo se apiada de la tierra remota y la asocia en su triunfante carrera de luz, a la ilusionada vivencia del planeta, en centros más cultos.

Dolores tenía calentura. De su última preñez no pudo reaccionar. Quedó exangüe y de una flacura tan asustante, que devino el espectro de sí misma.

Los inmensos ojos negros, devoraban el óvalo marfileño del rostro, incendiándolo en fuego voraz. Las manos lácias, que no perdieran su forma escultural, estaban descarnadas, húmedas y febriles.

Su melancolía no tuvo alteración durante el estío pasado en Chuchunco, con la familia entera, como era de rigor.

Estaba irascible, seca y displicente... Las amigas de la casa y las comadres, agotaron sus recetas, vaticinios y conjuros, sin aliviarla.

Tuvo odio a su esposo, terror a la gente, y un miedo invencible a todo. Ella, naturalmente, tan irónica y vivaracha, cayó en inercia. Deseaba la soledad y pedía que la dejaran morir en paz.

De clérigos no deseaba ver proyectarse ni la sombra sobre el

muro de su alcoba. Un estado tan raro produjo la alarma consiguiente en el vecindario, parentela y relaciones.

Se creyó al principio que fuera "*mal de ojo*" ocasionado por una religiosa endiablada, a quien visitara Dolores en su convento del Carmen alto.

Se le echaron exorcismos a distancia, sin ningún efecto. Tenía siempre consigo una Cruz que besaba con fervor, sin que el Maldito aullase—prueba de que su enfermedad no era de posesión demoníaca... Mucho temían que se pusiese mala de la cabeza. Don Fernando rogaba a Dios que no se la llevase la calentura. La situación se hizo insostenible y se decidió, a pedido de Beatriz, llevarla a la Cordillera...

—Que me la entreguen sola—había impuesto como única condición la tía—y trataremos de sanarla o aliviarla al menos.

Era tibio aquel día el sol de media tarde, cantaban alborozados los zorzales y ráfagas de heno, de huano y leche fresca, venidas del establo próximo, donde a esa hora ordeñaban el *vacuno*, traían las emanaciones saludables, en que exhalara la tierra sus substancias generosas.

Notable fué el cambio de Dolores desde que salió de la atmósfera casera.

—Me siento escapada de cárcel—decía a Alba... —Aquellos muros me oprimían, hasta el sol de reflejo en la pared frente a mi cuarto se me presentaba irónico... Yo, y todos en mi casa, me parecían condenados a expiar un crimen que no se ha cometido... Esa religión que suprime esta vida, por la "*otra*", tan indeseable de puro inhumana, no compensaba mis pesares. No quiero volver nunca a ese pozo... Le tengo odio. Hablo una lengua que no entienden.

—Son buenos, pero ciegos... —alegó Alba.

—No discuto la bondad, pero es una bondad negativa. No ayuda, no consuela y no ilumina. Mi pobre marido es inteli-

gente cuando discurre, pero su mismo cerebro está muerto. Todo lo cuele a través de reglas teológicas, latines y códigos. Y nada resiste a esos cedazos... Ha estudiado y no ha vivido. El "Deber" lo disloca... Ni un forzado a galeras llevaría vida más falsa y vacía...

—Ignora el deber de vivir en alegría, para dar gloria al Señor que ha hecho tanta belleza...

—¡Qué vida!... No saben lo que significa... En mi casa creen que vivir es prepararse a la muerte. Se consideran echados a un valle de lágrimas sólo para conseguir la vida eterna—y son lógicos en despreciar este momento, que es el tiempo humano, por la eternidad...

—Para mí, todo es vida eterna que trasciende, se transforma y perdura en la esencia de las cosas. No hago distinciones entre alma y cuerpo...

—¿Y la muerte no te espanta?

—¡No!, ha de ser un viaje, en que se embarca el Espíritu para otro mundo más bello.

—A mí la vida me parece soportable sólo cuando pienso que tras de ella está la muerte, el pavor a lo desconocido, la entrega de nuestro cuerpo a los gusanos y después ese terrible purgatorio, en que nos van a ajustar unas cuentas inícuas...

—¡Cómo te han deformado el alma, Dolores!... ¡Sobre qué abismos están suspendidas las conciencias!

Comprendió el mal de su prima...

Naturalmente, la más sensitiva de las hermanas pagaba tributo a aquellas ideas, forjadas por una sociedad nueva, al extremo de la tierra.

Nada aquí y un gran temor de allá, unido a lenta consunción física, en un ambiente de completa desarmonía con su temperamento, habían desquiciado a Dolores.

—Tu alma ha sido prisionera del medio... has vivido una

existencia puramente material, que no era para tí, y hasta tu cuerpo sano se ha rebelado a tanto absurdo.

—Ya no tengo alma... Soy un paquete de miseria. En mi casa hallo enemigos que me hostilizan por incomprensión y que no pueden amarme como soy de verdad... Si me manifestase en realidad, se espantarían de encontrar un monstruo que no han sospechado...

Beatriz vino a sentarse junto al lecho...

Su sedante dulzura caía como óleo perfumado sobre el alma torturada de Dolores.

—¿Cómo te sientes?

—Estoy mejorando rápidamente, tía, pero guárdeme el secreto. No quiero irme de su casa.

—Déjate vivir sin cuidado... Este aire y esta tranquilidad curan de todo.

—Es la atmósfera espiritual, tía, que me sana. Aquí respiro alegría, confianza... Allá, alentaba frío, muerte y miedo... Sufrí hasta con los consejos y las recetas que me daban sin cesar... Fernando creyó siempre que mi mente estaba desordenada, por falta de estudios filosóficos... Mi madre descubrió que la ociosidad era la causa de mi mal.

... *"Le das vuelta a lo mismo, como rueda de molino. No tienes preocupaciones, me decía, y te creas brujos..."*

Doña Arsenia contaba que yo estaba endemoniada. Don Pascual se aventuró a decirme que me faltaba unión con Dios, por rebeldía a mi esposo. Mis hermanas me creen calenturienta... Ellas están en la verdad... y algo todavía más gracioso, tía, la Pollenana asegura que tengo lombriz solitaria.

—Es la más acertada, porque las cinco lombrices solitarias que has criado, te han chupado la sangre, dejándote exánime.

.....

Beatriz lee números atrasados de "La Aurora"—papeles muy escasos.

Mientras Alba puntea el harpa, la madre continúa su lectura, a media voz: "Aviso marítimo. Anoche, a las 9, fondeó en este Surgidero (se trata de un buque arribado un mes antes a Valparaíso) la fragata "Berenguela".

—¿Te interesa, madre?

Beatriz sigue: "Su capitán y piloto Ricoma, cargamento: azúcar, papel, añil, algodón, miel, hierro de Vizcaya, efectos de la tierra..."

—¡Válgame Dios si precisa leer esta gaceta!... A saber si esos barcos traen clavazón... ¡como que no se construye sin clavos!

"... Oficio del Cabildo. El Juez de Abastos ha hecho presente la escasez de trigos que se advierte en esta plaza."

Sonrió Beatriz en las gemas de sus ojos, con picaresca malicia.

"... Puede influir el temor de los arrieros de que les aporraten las mulas".

Se miran las dos con cierta ironía, ante la ingenua mocedad del mundo en que viven.

—¡Ah!,—exclama Beatriz, ante un hallazgo—: "Se vende con equidad un coche forrado en terciopelo de seda, charolado y colgado a la moda con ladillos de cristal y también de madera, quien quisiera comprarlo ocurra a Froilán Pantoja, en calle del Sauce, tercera puerta, poniente, cargando a Cañada". Quizá me convenga. Haría el orgullo de Ño Eustaquio, ya tan resentido en su dignidad de cochero, por la vejez del birlocho.

Dolores aventuraba pequeños paseos. Esa media tarde se reunieron las tres en la península que avanza sobre el lago.

Era uno de esos días gloriosos, cuyo esplendor crece hacia el ocaso...

Su ya avanzada convalecencia le devolvía el gozo de vivir, despertando todas las travesuras de su fantasía novelera.

Contemplada desde la altura de Peñalolén, era bella la vida, en sus largas perspectivas luminosas, que en emergencias renovadas, de tiempo fecundo en sorpresas, abre posibilidades infinitas.

Ya sus noches no eran ardidadas de calentura, como allá abajo entre los gruesos paredones y los aleros chatos, donde se respiraba desaliento, melancolía y pavor... En el pozo de la villa todas las cosas bellas se alejaban en melancólica fuga, mientras que en el regazo de Cordillera se unguía la vida aún inmóvil y sedentaria, en candorosa gracia bautismal...

Ni el otoño con sus tardes abreviadas, ni los traicioneros vientecillos en que rumoreaban estremecidas las hojas, tenía ese sello de muerte, con que en el caserón de Santo Domingo suspiraban los corazones oprimidos.

Beatriz leyó en voz alta:

"Mirad los lirios del campo, ellos no siembran ni cosechan, y yo os digo que Salomón en toda su gloria no estuvo nunca vestido como uno de ellos..."

Vibró en Dolores la ingenua confianza que despertaban aquellas palabras y su alma se dilató en la divina inocencia de la Naturaleza.

—¿Por qué los sacerdotes no se inspiran, tía, en ese libro, para sus sermones y amonestaciones?

—Lo ignoro, tal vez creen que las almas son más susceptibles al terror que al amor...

—Las lecturas del "Año Cristiano", en que madre repasa día a día todo el Santoral, son de una puerilidad lúgubre... Nunca brota de esas páginas energía ni belleza.

Ya vitalizada interiormente, renovada, fecundada, vibrante, se le abría a Dolores un mundo nuevo... No sólo el bienestar físico pudo producir tan radical transformación en su ánimo. Un elemento misterioso había entrado inadvertidamente en ella... No importaba conocerlo. Latía con la sangre en sus arterias y se derramaba por su ser...

Llegó Pablo del trabajo. Estaba construyendo un canal de regadío para recoger las caídas de agua y fertilizar los faldeos cordilleranos durante los largos meses de estío. La indumentaria criolla, no le restaba distinción.

Grande era su dificultad para entenderse con los naturales. Lo miraban con el menosprecio y la inquina que sienten por los forasteros.

Bajo el concepto de "gringos", ocultan los huasos macucos su fastidio al "Intruso" que quiere mandar en otra tierra. Los campesinos se creen poseedores de todos los secretos de su suelo y no le conceden a ningún extranjero, el derecho de inmiscuirse en lo ajeno.

Los peones cumplían sus órdenes a regaña-dientes, pero tanto el capataz de la faena, como los trabajadores se burlaban de él:

—*Güen dar el jutre, que con sus estrumentos vá hallar los niveles pal agua, más bien que los otros, al puro ojo...*

Tenían el perverso empeño de que el trabajo saliera mal, para que el gringo volviese confundido a su tierra.

—Ejante la manta y los arreos de la montura, siempre parece gringo...

Para ellos esa despectiva palabra "gringo" suponía falta de fuerza, de malicia, de astucia y hasta de destreza manual.

Pablo interesaba a Dolores por su espíritu ricamente matizado y por su complejidad mental. Detonaba en el simplismo tradicional a que su medio la habituara.

Los mismos temas de conversación cerrados sobre prejuicios,

una vez por todas, estaban abiertos y ofrecidos por aspectos nuevos, en la conversación vasta, flexible y multiforme del joven francés.

Se aventuró Dolores a preguntarle si había extrañado mucho en Chile.

—Menos de lo que yo creía, pues conozco España, donde viví de niño, y he vuelto de mozo... Se asemeja mucho aquella sociedad a ésta. Las mujeres viven para su hogar. Son madres ante todo.

—¿Hay alguna cultura en las mujeres?

—De libros religiosos únicamente. Ignoran si los griegos vieron a civilización antes o después que los romanos... ¡Y no les hace falta tampoco!,—sonrió con fina ironía, que subrayaban sus ojos grises teñidos de malicia.

—Aquí retardamos algo más—dijo bruscamente Dolores, que volvía por los fueros de su gracia perdida.—Se ignora que griegos y romanos hayan existido nunca en el planeta.

—¡Exageras!,—protestó Beatriz.

—Verdad, tía, y la prueba es que el mundo para nosotros está dividido en paganos, los malos; moros, los herejes; y cristianos, los buenos... No existen ni los judíos, a menos que se les considere como los sayones de la pasión en los días de Semana Santa. ¿Y la ciudad le gusta?

—Le hallo mucho carácter. Esta decoración de montañas es soberbia y la edificación andaluza se asemeja sobre todo a Córdoba, siendo aún más austera y triste. Los patios cordobeses rien...

—¿Y aquí suspiran o bostezan?,—inquirió Dolores. — ¡Debe hallar muy atrasado este pueblo!...

—No... Empiezan a entrar en crecimiento... Ha sido Chile favorecido por belleza y perjudicado por situación.

—En cuanto a raza, somos desteñidos y rutinarios—siguió Dolores.

—Con escasa imaginación, pero recios de carácter.

—¿No halla aquí más tontos que en ninguna otra parte?

—La "Bêtise" existe por parejo en el mundo—contestó Pablo, con desaliento en la voz... —En Francia hay una "Bêtise" gaie, y aquí he reparado que la tontería es solemnemente triste.

—El miedo al infierno ha helado el goce de vivir—amplió Beatriz...

—Eso es para los que creen, ¿y a los otros?

—El temor al gran desconocido, que el recuerdo constante de la muerte aviva...

—¡Hoy toca salida de la gaceta!,—recordó Dolores con gusto. Pablo ayudaba en la publicación de "La Aurora"...

—¿Cómo va esa empresa?

—¡A merveille! El fraile de la Buena Muerte tiene ardor de cruzado y Carrera escribe proclamas de fuego.

—¿Ahora los bandos de buen Gobierno y los oficios al Cabildo se corren por la gaceta?

—Menos los pasquines...

—Den a conocer a Napoleón—insinuó Beatriz.

—Hallarían semejanzas peligrosas. Requiere mucha reserva y discreción una gaceta... Ya Fray Camilo ha hablado bien claro...

—¿En qué reside la fuerza que posee Bonaparte?,—inquire Dolores.

—Es un Genio... y tiene el supremo don de los caudillos, que es el arte de encantar a los hombres... ¡*Il les charme!*, y su talento militar hace el resto! Carrera también posee esa especie de magia. Domina por fuerza de carácter y por simpatía.

—¡Con las mujeres es un Don Juan!,—lanzó la bomba Dolores.

—Se aburre con las complacientes y se encanta con las tiranas...

.....

Alba esperaba inquieta a Pablo... Pasa la hora habitual de su llegada.

Beatriz compara en silencio, la tranquilidad anterior de su hija, con esta vehemencia nueva.

Siente, por afinidad, la raigambre que el amor ha tomado en su alma.

La vida la morderá hondo en su sensibilidad por la amplia brecha que le ofrece en su corazón delicado, en su inteligencia penetrante y compleja, que enfoca aspectos de cosas que en la raza nueva se miran simplemente por un lado.

La traía ya tan preocupada, desde que fué mujer, el temor al posible yerno en ese hombre de la ciudad. Tampoco hubiera querido para ella un ser de condiciones extraordinarias, un conquistador como Carrera.

La dicha está, sin duda, reñida con la celebridad...

Alba habría sido viuda en vida, con un esposo semejante.

Pablo era el ideal de hombre que se forjara Beatriz. El encuentro de un extranjero al extremo del mundo en tales condiciones, le pareció providencial...

Sin embargo, quedaba un punto oscuro: el origen del muchacho, que Cepeda debía saber.

Las explicaciones eran fáciles, en el peor caso, por cuanto Beatriz despreciaba los prejuicios sociales.

Dentro de la intimidad de madre e hija, nunca hablaban del problema que intrigara a ambas.

Vivían en la atmósfera del muchacho, comunicándose sus impresiones, pero no se nombraba la palabra "Amor", ni se tendían

líneas hacia el matrimonio, como si el estado actual de relaciones pudiera durar y fuese el más hermoso. Beatriz, no obstante las vendas educacionales con que le fajaron el alma, poseía un fondo de verdad en que entraba a ritmo con aquel muchacho idealista.

... Al sentir la simpatía mutua y el atractivo creciente, entre ambos, experimentó complacencia y miedo.

Precisaba mirar de frente el matrimonio.

Pero ninguna consideración razonable obstaba al secreto terror de aquel enlace.

Muchas veces pensó Beatriz tomar datos concretos de Pablo.

A pesar de la intimidad ya establecida, le repugnaba tocar un tema, que el muchacho evadía cuidadosamente.

Nunca le oyó hablar de su niñez, ni hacer alusión a sus parientes

Parecía que fuera una creatura prematuramente huérfana, o acaso lastimada por abandono. Su nacimiento era la zona cerrada de aquella alma.

Para los recuerdos relacionados con su infancia permanecía mudo. Debíó ser penosa y solitaria hasta su misma juventud.

.....

Crecía en Pablo la angustia de la pasión, cada vez más vehemente y concentrada en hondos silencios.

Se alarmaba también la niña de hallar en sí misma un personaje desconocido, que hiciera su primera aparición con el Amor, al sentirse devorada por horrible intranquilidad.

Algo irrazonable y tenaz la roía en secreto.

¿De dónde podría venir la obscuridad?

Todo se presentaba llano, fácil, pero le latía desafortadamente el corazón al aguardar a Pablo esta tarde.

Llegó más atrasado que de costumbre.

La apoteosis del ocaso fué aquel día magnífica.

Dentro del vasto panorama ardía en sagradas nupcias, un crepúsculo exaltado en voluptuosa magnificencia de indómita tierra virgen.

El muchacho, que ascendía la cuesta, asistió a la magia de aquel soberbio espectáculo, unido a ella, que lo esperaba, entristecida de no compartir la jubilosa admiración juntos.

A su arribo, los picachos andinos palidecieron y al oro y rubíes fulgurantes, siguieron livideces de agonía.

Se enfriaba rápidamente la Cordillera y la sombra helada invadía los jardines...

Aguardó ella al pie de la gran escalinata, que asciende hasta el terraplén, en que el lago quieto retrata los paisajes de arriba. Cuando subieron, pasaba por el espejo del agua, fantástica procesión de nubes—graves peregrinos que recorrían el espacio, a las últimas luces de la tarde...

Alba sintió, hasta en las nubes viajeras, tristeza de despedida...

Pablo estaba dichoso. Venía por tres días.

—Ya no puedo vivir abajo. Me devora el deseo de verte. Precisa que no nos separemos ya más.

Lo miró ella con sus ojos ensoñados...

—El tiempo urge ya demasiado. Antes de mi partida al Sur debe quedar "Todo" arreglado con tu madre, para sostenerme con esa esperanza en la ausencia...

—Yo tenía antes quietud, pero ahora la he perdido. Me siento mal cuando te vas. Todas las cosas me parecen vacías y casi hostiles. El ocaso de esta tarde, que hubiéramos gozado juntos, me atormentó en la soledad. Hasta su hermosura me dañaba, porque no estabas tú a mi lado... Sin tí vivo a medias...

—Yo no vivo lejos de ti. Me has animado la existencia entera, ¡me has descubierto a mí mismo!

Y la envolvió en una mirada de infinita ternura...

—Me arredra lo poco que puedo ofrecerte a ti, que tienes derecho a todo en la vida.

La felicidad a que aspiro, es sentirte cerca de mí. ¡Nada más!... Sabes cuánto me retrae el mundo, las fiestas...

—Así como Carrera es hecho para el poder y no viviría sin el mando, yo soy para el silencio y el amor oculto...

Mudos se estrecharon las manos. Habían llegado a la dulce compenetración, en que huelgan palabras.

Se hallaban en vibrante armonía con todo, en redor.

—No me marcharé esta vez sin tener un plazo fijo ante mí... No podemos separarnos ya más—y le tembló la voz.—He sufrido demasiado...

.....

Recordaron sus inquietudes de aquella noche, cuando estalló la Revolución.

—Era una angustia inmotivada... Madre y yo nos ocultábamos la una de la otra... hasta que nos comunicamos el susto. ¡No resistíamos la inquietud! Los disparos se sintieron hasta aquí, a modo de un lejano tronar en la Cordillera...

—El silencio agranda y da resonancia a todo.

—En vez de alarmarnos el tiroteo, nos tranquilizó.

—¡Extraño! ¡Debían haberse alarmado más!

—Y no fué así. Sentíamos que era fin de alarma. ¡Triunfo!

Pablo admiró la correspondencia psíquica de estas almas, con el acontecimiento.

—Cuando tomamos la guarnición—dijo—la señal de acuerdo entre los batallones fué ese tiroteo, que resonó hasta aquí, a pesar de la gran distancia.

—Los sonidos suben...

Caminaron lentamente en torno del lago hasta un banco.

—Sufrió mucho—dijo la niña—y aquilaté en mi angustia, algo...

—Yo pensaba en la cruel ironía de mi vida, si no acertaba el golpe... Haber padecido de soledad siempre, para...

—¿Siempre solo?

—Sí, solo y sin afectos, forastero en los sitios que recorrí y en las almas a quienes me acerqué. La alegría de los otros me daba tristeza en equivalencia...

Alba lo dejaba hablar... a él tan callado.

Ella también se sentía sola en el mundo, pero tan acompañada en la soledad... Pablo, antes de llegar hasta ella, vivía ya espiritualmente en su ambiente... No le conocía el rostro, pero su alma estaba muy próxima.

No se lo dijo, sin embargo, temiendo herirlo en su sentimiento de huérfano.

—Esa noche me arrepentí de no haberle dado un talismán que llevo siempre conmigo. Se me ha caído algunas veces y me da terror, como si me abandonase la protección que me asiste desde allá...

Pablo la miraba con asombro... El también poseía otro talismán... y ¡cuántas veces! quiso dárselo, sin atreverse, como si la dádiva misma de esa reliquia suya envolviese un maleficio...

Ella le abría el camino, lo alentaba...

—Yo también le guardaba un talismán. Tenía miedo de desprenderme de ese objeto tan querido... lo único que me liga a mis muertos.

Y enmudeció—. ¡temeroso de haber hablado demasiado!

Ella sacó una larga cadenita que llevaba siempre oculta—finísima cadena, con que se suspendía interiormente sobre el pecho, una antigua Cruz de oro con el Cristo, gastado por el roce continuo. Cuatro perlas terminaban las puntas de la vieja reliquia familiar.

—La llevo desde mi primera comunión. Se me ha perdido varias veces...

Pablo hizo el mismo gesto, de extraer algo muy íntimo y secreto de sí mismo. Y sacó una medallita de la Virgen, en Anunciación, al recibir el mandato celestial.

Estaba rodeada de menudas perlas desiguales... La besó tiernamente, antes de pasársela a la niña, que hacía igual ademán con su Cruz, al trocarla con la medalla del joven.

El mutuo destino de las creaturas se juntaba quizás en el trueque de los humildes objetos familiares. Fué grave y solemne el cambio de los signos... Se miraron abismáticamente a los ojos... más hondo que la vida, en un juramento silencioso y trascendente...

—¿Siempre?—afirmó él con varonil entereza.

—¡Siempre!—respondió ella con honda ternura...

Estuvieron los tres ausentes durante la cena, hablaban para no estar callados. Cubrían de ruido banal el gran silencio que se ahondaba entre ellos.

Suspendidos sobre un abismo, trataban de ganar tiempo, como si la palabra que iba a brotar viva, trajese algo de cruelmente definitivo...

Al hacer pronósticos políticos, otra conversación profunda se hilaba entre ellos, corriendo en impetuoso torrente, por bajo la charla insípida...

Cogidos en la tenaza férrea de aquella preocupación, comían, hablaban, reían, sin poderla desechar.

Después del "desengraso" Alba se puso mala. Le ardía la cabeza.

Beatriz también tuvo amago de jaqueca. Les causaba moles-

tia recogerse temprano, pero les complacía separarse, sin saber por qué...

.....

Completo era el reposo aquella noche serena, y nadie dormía.

Pablo, ni siquiera se recogió. Vagaba por la estancia, presa de inquietud, asomándose a veces al balcón.

Con cierto pánico, a la una de la madrugada, vió despuntar por la alta Cordillera el espectro amarillento y fatídico de la luna menguante.

Astro de muerte, traía en la lividez de su disco mutilado, un perfil cadavérico que le hizo daño.

No era supersticioso, pero se había contagiado al sentir en torno suyo la trascendencia universal...

La Naturaleza le parecía ahora transminada por una fuerza soberana, inteligente y expresiva, que pinta sus vivientes imágenes, a este lado, del velo material.

Graznó una lechuza y lo hizo estremecer... ¿Era acaso tan grande la vida, que necesitamos los hombres pagar su rescate, en vanos temores?

.....

Alba se agita en su lecho, desconcertada.

Ha apagado la luz y abierto la ventana sobre la Cordillera.

De pronto, una claridad llega siniestra hasta su cama... Ella, que extiende a la luz su cuello de orante, como el iris al sol, ahora se cubre el rostro con el albo lienzo del lecho... Teme la desolada y pálida blancura que la acecha cual nefanda mirada de monstruo nocturno.

No es Júpiter, su estrella, ni tampoco el lucero del alba.

Es un maleficio... Siente graznar una lechuza y no resiste más... tira la sábana y se yergue con rapidez...

La lívida mascarilla de la luna menguante, la mira ahora con angustia de moribundo...

Astro maléfico, se ha levantado traicionero sobre el Andes y su amarillenta luz de cirio en vela fúnebre, llega hasta su cama y la envuelve en sortilegio...

Instintivamente sus manos buscan la antiguo crucecita; el viejo Cristo de oro que veló, sabe Dios, cuántas agonías, hasta perder el rostro... y sus dedos palpan otro objeto que la sorprende... la medallita, nueva en su pecho y tan vieja quizás en otra obscura historia de amor y de muerte.

"*Ancilla Domini*", inclina su virginal cabeza ante la celestial revelación... Esclava del Señor, ella es también, y aceptará la luz que abre sendas nuevas en rutas peligrosas...

La besa y guarda entre sus dedos con devoción.

La opone al maleficio de la luna menguante e invasora, que ha venido a violar hasta la dulce reclusión de su lecho virginal.

Beatriz, cuyo aposento mira al poniente, no ha sido acechada por el astro cadavérico.

No reposa tampoco... Se siente mal. No puede conciliar el sueño.

En su sensibilidad, ha percibido que esa noche Pablo iba a hablarle... pero todos, de tácito acuerdo, prefirieron aguardar...

Y hasta esa tardanza le da inquietud. ¿Por qué el joven calla todavía?... ¿Qué timidez le sella los labios, en la urgencia misma de su pasión?

Beatriz lee en aquel corazón, como en viejo libro de juventud.

Le inquieta el malestar de Alba...

Va a obscuras y en puntillas, tocando las paredes, para escu-

ñar su respiración... La acompañará en su gran soledad de esta noche, el ritmo sereno del sueño de su hija...

Todas las puertas se abren entre los dos aposentos, que comunica una salita íntima...

Cierta luz la guía, en incierta penumbra...

Al traspasar el dintel, la ventana de Alba, abierta sobre el oriente, le enfocó la visión, en que la luna menguante, rojiza y trágica se elevaba en el espacio... Tuvo miedo...

Alba se asustó mucho al verla aparecer sin ruido, como un fantasma.

—... ¡Madre!, ¡te creí un ánima!... ¿Te sientes mal?...

—No, pero es una noche rara... Tú tampoco dormías. ¿Rezas?

—No sé... estoy como acechada por esa luna fea... que se ha colado hasta aquí...

—Cerremos.

Pero antes hubo que descubrir la pajuela para prender la candela, tan triste en su parpadeo, pero menos amenazante e intrusa que esa luna siniestra... La humilde velita espera que la enciendan para dar lumbre y la otra se cuelga de rondón en las alcobas con su perfil de espectro...

Beatriz se sentó al borde de la cama de su hija...

Era un catre riquísimo—lecho de Virrey que nunca quiso ocupar en su viudez.

Componían la testera unos barrotes dorados entretejidos, formando reja calada y finísima, a manera de dosel... Cuando la dulce cabecita de querubín se destacaba sobre la magnificencia de aquella verja dorada, parecía aprisionada por un conjuro mágico.

Espíritu alado, recluso en densa materia, sin evasión posible. La belleza del lecho, realzaba para la joven el símbolo del ave azul, en jaula de oro...

La madre besó a la hija. Se miraron tiernamente.

Iba a mostrarle a Beatriz la medallita que le trocara Pablo por su propia Cruz—recuerdo de primera comunión.

Sería la confidencia oficial del juramento, hecha en un solo signo, cuando los ojos de la madre se clavaron en el objeto pequeño, que ella levantaba en su mano lilibal.

Se ahondaron en esa misma sombra trágica, que tantas veces ya reparara Alba con terror, en las pupilas de Beatriz...

Su madre, al mirar aquel objeto, se había transportado a la zona peligrosa... región desconocida, a donde nunca penetraron juntas.

Tomó Beatriz la medalla con manos trémulas y ojos ya desorbitados.

Pasó la cadena por sobre la cabeza de Alba, con precipitación enloquecida, en el mismo gesto de enajenada, con que se la hubiera podido arrancar del cuello. Ya la medallita en sus manos, se acercó vacilante al cirio...

Alba seguía a su madre con pavor...

Miró apenas el anverso y fué a clavar sus pupilas en el reverso, despavorida...

Se llevó la mano a la cabeza y entre sus dedos crispados y enflaquecidos en un instante, tembló el cabello de plata ondeado, hasta erguirse, al soplo de un huracán...

Alba saltó del lecho... Estaba aterrada.

La impresión de su madre no correspondía a ninguna de las posibilidades corrientes... Un gran misterio abría su enigma espantoso...

Beatriz juntó las manos, apretadas en la medalla, y convulsa se estiró en rigidez marmórea... Alba le rodeó el cuello con los brazos.

—¡Mamá! ¡Mamá!

... Fijando Beatriz en ella sus ojos espantados de enajenación, gritó:

—¿Quién te dió esa medalla?...

Estaba completamente transtornada...

—Tú lo sabes, mamá... —balbuceó la niña. —La troqué por mi Cruz...

—¡Desgracia... ada!

Y cayó la pobre mujer al suelo, fulminada por un rayo...

.....

Fueron siglos de angustia las horas que siguieron al accidente. Era un derrame cerebral.

Alba calló la leve causa que sirvió de pretexto al ataque, pero se sintió en el deber de explicar el detalle inicial al médico de cabecera.

Le refirió con escrupulosa minuciosidad la escena.

En su corto alcance, halló posible el doctor que una madre se sintiera sobrecogida de horror ante la idea del matrimonio de su hija única... No necesitaba más datos... ¡Un derrame cerebral!

Junto al lecho de Beatriz, velaron Alba y Pablo.

La niña le pintó la escena entre sollozos.

Pablo se quedó aterrado. Le corría hielo mortal por las venas... Tuvo tal frío, que le castañetearon los dientes.

Vaciló como un ebrio sobre las piernas flojas y rompió a llorar, con llanto de niño enfermo... Le zumbaban los oídos...

Un fantasma horrible, el mismo bajo cuyo Sino naciera, ese, que nunca presentó bulto, pero que lo acechó a lo largo de todos los caminos; el mismo que creó la soledad en torno suyo, que lo lanzó huérfano a la vida, "Ese", tomaba cuerpo ahora, y en la cumbre de la felicidad le cerraba el camino con una espada de fuego... ¡No pasarás de aquí!...

Lo sospechó, lo temió siempre...

Vendría así, de emboscada, envuelto en manto de ternura, traído por humilde símbolo cristiano...

Su nacimiento habría sido descubierto... Una fatalidad obscura se atravesaba en el secreto signo de su juramento.

Nunca temió que Beatriz, tan evadida de prejuicios, diera importancia a su origen extraviado de sendas civiles.

Además, le manifestaba ternura maternal a él, un huérfano...
¡Cuánto la amaba!

Lo sentía ahora en la desgarrada hondura de la herida sangrante...

.....

Vió Alba en los ojos extraviados de su madre, abrirse un abismo más hondo aún que el que entreviera Pablo, en parpadeo de relámpago.

No sabía qué...

Era el monstruo de la fatalidad... el Destino que devora a sus víctimas y dice: ¡Nunca! ¡Jamás!

En silencio impenetrable callaría el misterio.

Era demasiado hermosa la vida para ella. ¡Encontrar la gemelidad espiritual, esa que no se halla nunca! ¡Su dicha atrajo la desgracia!

No quería indagar, no necesitaba saber más.

El secreto instinto que nõ engaña, había dado su fallo: ¡Nunca!...

Se rebelaba contra el horror de tamaña desventura... ¿Por qué?

Arrodillados a ambos lados del lecho, los sorprendió la ceniza del amanecer...

Sin hablar, se miraban en el rostro convulsionado de la moribunda, dándose cita en aquel ser, donde se hundía, retroce-

diendo en sombra, cada vez más profunda, el pavoroso enigma...

Pablo hubiera dado su vida por volverla a la conciencia un instante, para que dijera la palabra clave—la única—que alumbrara el abismo...

La enferma se agitaba en espasmos oscuros... movía las manos en gestos de enajenada—signos indescifrables—mientras su cerebro estaba hundido en la tiniebla...

Le cogían las manos... Alba se las acariciaba suavemente.

En crispatura de garra, en convulsiones horribles, Beatriz se las llevaba al cerebro, moviendo angustiosamente la cabeza, en ansia de disipar densa bruma...

Al estado comatoso del primer momento, se siguió la agitación—lucha quizás del Espíritu que va a evadirse, contra el organismo roto, que lo oprime.

Después de los movimientos bruscos, empezó a articular sonidos incomprensibles...

Sus labios rumoreaban confusos... Este segundo período fué más cruel que el primero.

Antes, la inercia simulaba descanso, pero ahora el esfuerzo ponía de manifiesto la lucha.

El médico anunció que la sangría ya iba a traer su reacción.

Las negras sanguijuelas chupaban la sangre en el brazo mármreo de Beatriz. La blancura fresca y tersa de aquella cutis, resaltaba aún en los lienzos del lecho...

Para Alba, la desesperación de la enferma era su tormento mayor.

... Largo tiempo ha que la hija trasluciera una zona de inaccesible dolor en Beatriz.

La prueba aumentaba el amor a la creatura que callaba... Todo en ella sería cortado a la medida de su alma...

Se le desgarraba el corazón a la niña de oír a Beatriz articulando sonidos ininteligibles, en espantosa contracción de las manos finísimas... Por el desasosiego y ansiedad de la cabeza, parecía desquiciada, fuera de su centro de gravedad... Su ternura iba a estrellarse impotente al mal... Allí tan cerca, ¡cuán lejos estaba de su madre!... pasada ya quizás a la otra margen ¡de donde nadie torna nunca!...

Los estremecimientos convulsos aumentaban. ¿Sería acaso el regreso a la vida?

La titánica lucha tenebrosa, multiplicó también sus signos in-traducibles...

.....

Ya avanzada la mañana, llegó parte de la familia y don Pascual. Venían anhelantes, agitados, haciendo mil aspavientos.

Cruz penetró a la estancia, azorada, trémula, en son de reproche:

—¡A lo que se exponen por vivir en despoblado! ¡Yo se los había dicho!...

Al hablar, manoteaba violentamente.

Dolores traía los ojos dilatados. El Prebendado entró pausado y solemne, echando bendiciones para arrojar los malos espíritus, que, como cuervos a cadáveres, despedazan el alma del agonizante.

Temieron encontrar a Beatriz difunta sin confesión.

En Dolores resurgía el terror de antaño a la muerte, por la prédica continua de espeluznantes postrimerías. Estaba hondamente compadecida de su pobre tía, tan cerca ya del terrible juicio divino... ¿En qué estado de conciencia la sorprendería el ataque?

Lo pensaba con pavor. ¿Y qué penas le estaban reservadas por allá siendo tan poca rezadora?...

La fuerte evolución producida en ella por el trato íntimo con Alba, en sus obscuras y estrechas ideas religiosas, quedaba anulada ante el espectáculo de la muerte, que la volvía sin razonamiento posible a su obscuro fanatismo.

Conchita llegó más tarde con Rosario. Conmoción terrible. No lograba permanecer en la alcoba de la enferma. Presentía la germinación de fuerzas tenebrosas que se disputaban el alma de la moribunda...

Un terror sin nombre la oprimía ante el acecho de la muerte —condensación fulminante de amenazas, que su juventud dejó a la vera del camino...

La honda brecha abierta por mordedura de amor, daba paso a los fantasmas. Se distendía sobre las paredes de su alma clara, la sombra de un gran pavor...

Don Pascual, de pie junto al lecho, declaró que no tenía conocimiento la enferma. Le dió una absolución condicional. Los latinazgos caían pesados en la alcoba... Salieron un instante con Cruz.

—¿Cómo la halla?

—Malita.

Alba no abandonaba la cabecera de su madre.

Pablo está ahora de pie, en la sala contigua, ensimismado, acariciándose su pequeño bigote y sin mirar a nadie.

—¿Y Ud., cómo supo?,—preguntó Cruz, imperativa e indignada, de que otro, un forastero, llegara antes que ella, rompiendo así el orden establecido.

—Dormía anoche aquí. La señora tuvo un ataque fulminante. Se había recogido... Estaba desvelada, y fué al cuarto de su hija. Quedó adormecida, pero desde el amanecer se agita...

—¡Dios tenga piedad de ella!,—dejó caer como una lápida de piedra don Pascual.

—No se puede vivir en cordilleras—continuó con su estribillo Cruz.—Se expone una a morir como perro... ¡Mi pobre hermana!

Se complacía ahora dándose testimonio de su vida devota, toda de edificación para el prójimo... tan cerca de sacerdotes, que no dejarían partir a ninguno de los suyos, sin pasaporte para el cielo...

Suspiró... Su hermana nunca se preocupó de ganar indulgencias en jubileos, de asentarse en cofradías, de dar gloria a Dios en sus santos... y comparó consigo misma, que tenía a su haber en la cuenta divina tantas misas y sufragios por las ánimas benditas del purgatorio.

Se complació con egoísmo frío en su propia excelencia. ¿De qué le servía ahora a Beatriz su fortuna, su belleza, si nada trabajó por la salvación de su alma?...

—¿Cree Ud. que le volverá el conocimiento?

Don Pascual no creía nada...

—Son los altos juicios de Dios...

Sacudió con sus dedos rugosos una pizca de rapé, extraviada en la sotana.

—¿Y si le rezáramos los padre nuestros del camarero?

—No es el momento oportuno todavía; encomendadla, sí, a nuestro Padre San José, protector de la buena muerte...

La actividad de Cruz encontró ya asunto. Se dió con afán a buscar una imagen del Santo... Encargó a la villa agua bendita y vela de bien morir... En la casa halló sólo un Crucifijo.

—¡Y esta niñita (por Alba) que no sabe nada de religión!,—exclamaba azorada.—Vive en Belén con los pastores...

Estaba nerviosa y revolvía la lengua en la boca como una taravilla.

—¡Si se pudiera confesar!

Cruz ahogó un suspiro.

—¡Dios lo puede todo!,—contestó el Canónigo.

Beatriz dió entonces un grito y sus ojos se abrieron espantados.

Alba le oprimió la mano.

—¡Madre! . . .

Se precipitó Cruz en la estancia. Don Pascual la seguía sin perder el rítmico compás de su amplio manto.

—¿Qué hay? ¿Ha vuelto en sí?

Ella, con un signo negativo de la cabeza, quitó a la tía el des-punte de esperanza . . .

Cruz no le perdonaba su quietud silenciosa. ¿Por qué no le gritaba: “¡Madre, confiésese, salve su alma! . . .”

¡Nada! La niña, que fué criada en alejamiento de la religión, permanecía en calma.

Por fin Cruz se enfureció:

—¡Mi hermana no puede morir sin sacramentos, su salvación peligrá!

Alba la miró estupefacta.

El médico vino a tomar el pulso de la enferma.

Cuando pasó a la pieza contigua, Cruz se fué ansiosa tras de él.

—¿Hay esperanzas? . . .

—Sí, se puede detener el derrame . . .

—¿Volverá el conocimiento, para que sea administrada?

El médico lo ignoraba.

Le era preciso un gran reposo.

—¡El alma está antes que el cuerpo, doctor!,—dictó con imperio.

—¡Pero no se entrega a nosotros!

La inquietud de Cruz se hacía desesperada. ¡Qué tibieza encontraba en las almas!

Continúa la enferma algunas horas en el mismo estado.

Vino del pueblo más gente.

Cuchicheaban, fruncían el ceño, alargaban las caras y suspiraban...

En el fondo de cada uno hervía la pregunta:

—¿Cuánto tiempo a que no se confiesa?

Pablo era objeto de observación y comentario.

—¿Están de novios?—preguntó Fernando a Dolores.

—No lo sé.

—¿Y por qué se hallaba aquí, en el ataque?

—Por los trabajos que realiza en la hacienda... Ha hecho los canales...

Ninguna respuesta satisfacía las curiosidades.

Se sintió ruido de caballerías. Alarma primero y asombro después. ¡Era el Presidente!

Ignoraban en la familia que fuera tan íntimo de Beatriz, para emprender un viaje largo...

Cruzó por las mentes la idea que su pretensión a la mano de Alba, estaría muy avanzada...

Desde ese momento, por la mágica presencia del triunfador, quedaba prestigiosamente justificada la vida rara que Beatriz llevara en su casa. ¡Venir de tan lejos! ¡Admiración general!

—Antonio nos refirió la amistad que unía a Carrera con Beatriz; lo supo de la mejor fuente, por su amigo el ingeniero,—explicaba Fernando en el grupo.

—¡A otro perro con ese hueso!,—dijo Máximo, cuyo espíritu práctico no aceptaba que un Presidente viniera a Peñalolén con otro fin que una pretensión amorosa.

Carrera penetró a la estancia de la enferma. Se detuvo a los pies del lecho...

Avanzó marcialmente hacia Alba, que estaba arrodillada, y le estrechó la mano.

Fué en busca de Pablo. Lo halló desesperado, dando vueltas de león en jaula, por su cuarto, con los brazos cruzados atrás, el aire sonambulesco y los ojos enjutos... Le tomó una mano y le golpeó el hombro:

—¡Compañero! ¿Cómo se produjo el ataque?

—Estaba con su hija anoche, desveladas las dos, cuando se desplomó...

Carrera le estrechó otra vez la mano con efusión.

—Me tienes a tus órdenes... ¡Qué gran mujer! No la ha empañado ni deformado ningún ambiente.

—¡Es la claridad misma!

Volvió a la estancia de Beatriz. Contempló nuevamente el cuadro, se miraron con Alba en honda comprensión muda, y salió de la alcoba con paso rítmico y seguro.

... Lloraba Conchita con hondos sollozos bajo la negrura helada del cipresal.

... De súbito repica a fuego en su sangre, la sonora pisada inconfundible. Salió de su escondite...

... Encuentro breve, mudo y frenético.

... Efusión de palpitante ternura contenida.

... Siglos condensados en minutos de acelerada combustión sentimental.

... Hondo el beso... Largo el deseo...

... Estrecho el abrazo... Dilatado el vuelo...

De regreso a la conciencia indaga:

—¿Toda la familia está aquí?

—Menos Antonio.

Le cruza un relámpago los ojos encendidos en siniestra lumbré.

—En el campo—continúa ella tímida...

—Baja a la villa—le manda con voz trémula y premiosa...

Los ojos de la joven, quemados de lágrimas en el óvalo de cera, inquietan:

—¿.....?

Con mirada incisiva en punta de estilete, la violentaba a partir, poniéndole una llave en la mano.

—Puerta reservada de mi despacho.

—Tía se muere—responde, contraído el rostro macerado.

—Guarda la llave—la incita con brusco ademán de dominador implacable.

—Me da pavor...

—Es la llave de mi vida.

—O de tu muerte...

Se resistía la niña desesperadamente a cogerla...

Estrechados con obscuro ardor, roban en fuerza pasional a la fugacidad del instante, las futuras traiciones del destino...

.....

Bajo la negrura helada del cipresal giraban errabundas las ánimas en pena de muertos antaño...

Flúidicas larvas describían rondas en torno al nudo glorioso, con que Amor ata la juvenil pareja.

Ellos anhelantes, confundidos y agónicos, selladas las bocas una contra otra, sentían ansias de fusión suprema.

... Fatídico enjambre de almas tristes, olvidadas y errantes, suspiran en redor, incitando a los jóvenes con desesperada violencia, a culminar en la ciega y loca pasión, que viste de carne al *Espíritu*...

Animas atormentadas buscan liberación de pena, en acecho de vida nueva...

Empujan a los amantes por la resbaladiza pendiente de lascivia, hacia el hondo abismo a cuya sima, Amor hospeda a los deserrados peregrinos del infinito... para cobro o rescate de pretéritas deudas, a veces muy viejas!...

Murmuran los cipreses secretos inconfesables y un temblor helado sacude las negras frondas espesas...

La obscuridad se espaciaba pavorosa en la montaña...

.....

La enferma parecía ir recobrando lentamente sus sentidos. Por breves momentos sus ojos se clavaban interrogantes en Alba.

Se hacía acaso, preguntas a sí misma.

Miraba con extrañeza en torno suyo... balbuceando palabras incoherentes... La niña le oprimía las manos...

—Estoy aquí, madre mía...

Parecía reconocer a Alba... Buscaba algo en torno suyo. ¿Sería acaso Pablo?

No engañó su presentimiento a la niña.

Cuando el joven vino a colocarse del lado a que estaba vuelta Beatriz, pareció sosegado su afán.

Creyó Pablo que la enferma quería manifestarles su aprobación, sin poder expresarla.

Alba no se ilusionaba...

Así que los contempló allí juntos, volvió a entrar en estado letal, pero ya no movía la cabeza, llevándose las manos con desesperación al cabello. ¿Era un sueño?... ¿Mejor o peor?

En la duda llamaron al médico... El doctor indicó que bien podía ser efecto de la sangría que despejaba el cerebro o también la vuelta al estado comatoso... Cruel incertidumbre quedó suspendida sobre el lecho en amenaza.

Velaron con pavor aquel sueño—túnel que no indicaba aún destinación... ¿Iba a la Luz o a la Sombra?

.....

Don Pascual se recogió a una alcoba para reposar, pero Cruz rondaba por las estancias, molesta de que un forastero como Pablo estuviera instalado junto a su hermana moribunda, lugares destinados sólo para ella y el sacerdote.

Los espiaba desde afuera...

Estaban ahora los jóvenes sentados a ambos lados del lecho; Pablo con la frente entre las manos, Alba rodeando con el brazo la cabeza de Beatriz.

El silencio de aquella noche era profundo: hasta el rumor de las aguas se oía en sordina...

Las lamparitas de aceite daban tétrica y amarillenta claridad...

Cantó ásperamente un gallo y luego una diuca solitaria, rasgó el mutismo montañés.

La enferma que parecía inmóvil, empezó a moverse. Tuvo una fuerte convulsión.

De súbito abrió los ojos... y miró espantada en redor...

Cruz entró en ese momento. Su hermana estaba con la mirada atónita y lejana.

No dudó que era el momento preciso de introducir a don Pascual, y de pie junto a la baranda del catre, le dijo:

—Beatriz, va a venir un sacerdote... prepárate...

La enferma permaneció impasible... Cruz, en afanosa vehemencia, se encaminó en busca de don Pascual.

Andaba con lentitud de obesa, pero el celo de la salvación del alma de su hermana, aceleró su paso.

Cuando se alejó Cruz, la enferma pareció despertarse en luz de conciencia.

Quiso llevar a sus labios la mano de Pablo y no pudo... Este esbozo de gesto, fué la más sedante caricia para los dos jóvenes... ¿Quería, acaso, desmentir los temores que ocasionara su enfermedad?...

—No te inquietes, madre... Reposa para que te cures pronto...

Ya estaban en la estancia Cruz y don Pascual.

—Mamá no está capaz de nada—insinuó tímidamente Alba; —sería mejor aguardar otro momento...

—¡Inútil! Don Pascual, armado de su autoridad sacerdotal, ancho y frondoso en los pliegues de su manteo, impuso con su sola presencia la soberanía secular de la Iglesia.

Doña Cruz mandó que dejaran sola a la enferma con el Canónigo.

Alba abandonó la cabecera del lecho, arrastrada por la tía.

—Urge que se confiese pronto; no sabemos si tendrá lucidez más tarde. Lo primero es la salvación de su alma...

Alba escuchaba asombrada... ¿De modo que Beatriz, en el sentir de Cruz, tenía su alma en peligro de condenación eterna?

Se indignó, pero no pudo protestar...

—Luego que salga el Prebendado, rezaremos las oraciones de los agonizantes y le pondremos la vela de bien morir.

Alba rompió a llorar en lágrimas silenciosas y sollozos ahogados...

Cruz, seca e imperativa, daba órdenes como un general en campaña.

El día rompió sus clausuras y la alborada triunfal estalló en el canto de todos los pájaros.

Nunca sintió la niña más cruel ironía entre el esplendor de esa aurora y la tragedia de su alma.

Don Pascual salió de la estancia con su habitual solemnidad.

La enferma se había confesado... Aunque hablaba con suma dificultad, se le entendía... Satisfecho el sacerdote en la importancia de su ministerio, se juntaba el manto con las manos cruzadas, en signo de recogimiento solemne... Había dado a un alma pasaporte a la gloria, cerrándole la puerta del infierno. Aún podría acortarle con indulgencias la pena del purgatorio...

Pablo odiaba a don Pascual en aquel momento. Aquel hombre le parecía un verdugo de almas indefensas...

El Canónigo, en el ejercicio de su ministerio se presentaba misteriosamente agrandado por la conciencia de su poder y dignidad.

Ahora se ponía en marcha, para traer el Viático...

--Vaya pronto, en busca de Nuestro Amo—decía Cruz, complacida de que su hermana muriese administrada por un Canónigo, como cumplía a su abuelo, de nobles personas adictas a Dios y al Rey.

Beatriz acogió a Alba en evidente señal de conocimiento... pero la palabra torpe no obedeció a su deseo.

Confundía las expresiones y se agitaba...

La niña la besó y le rogó que no hablase... pero Beatriz hacía esfuerzos para decir algo... —impotentes esfuerzos, pues la palabra traidora quedaba reclusa.

Le tomó la mano a su hija y la estrechó con un fuerte temblor de la suya derecha.

Hizo el mismo gesto con Pablo. Su mano izquierda, ya muy torpe, cogió la del mozo.

Los jóvenes quisieron juntarlas, acercando las de Beatriz y haciendo un nudo con ellas, para expresar lo que sus labios no podían ya formular... pero ella, con desesperado esfuerzo, en que se le saltaron los ojos y recularon a la misma sombra fantástica, que tanto temía Alba, volvió a separarlas con violencia

trágica... manteniendo a la vez muy oprimida la mano de Pablo y de Alba, en cada una de las suyas, distantes una de otra.

Estaba el cuerpo un poco inclinado de un lado y la brusquedad del movimiento lo tiró de espaldas, quedando con la cabeza echada atrás y los brazos abiertos en cruz. Oprimía a Alba en su mano derecha y a Pablo en la izquierda. Permaneció así crucificada sobre el lecho, clavada entre esos dos amores y sirviendo su propio cuerpo de barrera entre los dos...

.....

Colgado de la pared, encima del catre, un Crucifijo de marfil abría grandes sus brazos de Salvador de almas...

Cayó Beatriz en un profundo letargo; sus manos se crispaban y su cuerpo se estremecía en violentas convulsiones...

Quedaron solos los jóvenes.

La actitud de crucificada en que se colocara la enferma, bajo la Cruz del Señor, se mantenía ahora en suma rigidez... Sus músculos tomaban por instantes, recia tensión de endurecimiento.

Los párpados caídos velaron la mirada, que, al cogerles las manos y mantenerlas separadas, se hizo abismática.

Respiraba ahora trabajosamente. Las criadas le sobaban las piernas y los pies.

.....

Pasaron, todavía algunas horas... Guardó la misma postura.

Poco antes del ocaso, se agitó con violencia espantosa, y de súbito se incorporó, con el rostro descompuesto y expresión de muerte.

—¡Luz! ¡Luz!,—gritó muy claro, por vez primera, desde que cayó fulminada.

Alba corrió a abrir la ventana que miraba el poniente. Se

hundía el sol en el cerro de la costa. El disco de fuego contemplaba a Beatriz, con su terrible ojo encendido...

Se quedó así incorporada, con las manos en tensa crispatura y los ojos fijos y abiertos... Buscó a Alba y a Pablo con alucinante mirada...

—¡No! ¡No!... ¡Hijos míos! Piedad, Señor... Misericordia... mi... os... ¡Nunca!...

.....

Y se desplomó, como una masa inerte, sobre el lecho.

Entraron apresurados el médico, las sobrinas, Cruz, los criados...

Se oía en la estancia el estertor de la agonía, la respiración era cada vez más corta.

Alba cayó de rodillas...

Cruz, con desesperación, mandaba a divisar por el camino si acaso la nubecilla de polvo anunciaba la calesa en que traería el Viático don Pascual. ¡Nada! El horizonte estaba claro... e incendiado el cielo en la hoguera donde se había hundido la hostia de fuego...

Palidez marmórea cunde en el rostro de la moribunda hasta devenir luminosa blancura.

Mientras Cruz rezaba las oraciones del camarero, con voz machacante, le tembló el cuerpo todo entero a Beatriz y exhaló el último aliento... junto a la cabeza de su hija... que la contempla ahora exánime...

Todas las mujeres allí presentes gritaron, se desmayaron...

La niña se mantuvo en la misma posición, muda, inmóvil... hasta que el hielo del cadáver, cuyas manos tenía cogidas, le corrió en temblor de escalofríos, por su propio cuerpo...

.....

Es la noche... En la alcoba fúnebre alza la muerte su desconcertante interrogación, por sobre la desnuda naturaleza invernal, con anuncio de regreso...

... Rígida en su última máscara de cera fría, con los rasgos estilizados y entre abiertos los ojos de agua purísima no enturbiada todavía, reposa la muerta en su lecho suntuoso.

Retrocede la expresión del rostro, cerrado en abismática profundidad, interponiendo la difunta distancias infranqueables con los vivos...

Las pavesas humeantes del funeral espesan el aire... En torno de la caja mortuoria, los dolientes y las criadas condensan, con su orante Jesuseo, en rumoroso sonsonete, el terror al gran desconocido que trajera la muerte!

.....

En el corredor solitario que mira a la ciudad se estrechan dos bultos.

Las manos yertas de Conchita son violentamente acariciadas... La sombra larga que se inclina sobre ella la implora con voz silbante:

—¿No sientes esta noche el imperioso mandato de la vida? ¿Ignoras que Amor vence a la misma muerte? Un gran querer burla al tiempo corto y nos prolonga para siempre...

—Tengo miedo de ti... mi pavor crece con mi amor... ¡Y si este querer mío tan triste te llevara maldición!

—¡Si te pierdo a ti me perderé también yo!

Le selló con un beso voraz la boca convulsionada, violando en infinitud a la vida que muere, lo que el tiempo subtrae...

Estrechas las bocas... Infinitas las ansias...

Vivo el deseo... Alto el ensueño...

Hirvió la sangre en las venas jóvenes, y allí junto a la des-

trucción triunfante, sintió la niña que su fragilidad era aliada de las fuerzas que tejen la vida breve...

—¡Juremos aquí mismo nuestro amor, sobre la muerte!

Interpuso la cruz de hierro de su espadón batido, entre los mutuos labios ardorosos...

Allá abajo en la ciudad dormida crepitaba en fuego oculto y voraz la Revolución... que si para Ellos, los caudillos, preparaba triunfos y derrotas, para Ellas, las mujeres, víctimas de siempre, otra gloria se preparaba en los estanques del tiempo, que Amor y Dolor gemelos, acrisolan en eternidad...

.....

Estaban todavía de pie en el mismo sitio, cuando Carmen, tan inoportuna como inocente, salió de la estancia mortuoria.

Ante aquella inmensa sombra que proyectaba la pareja tras la luz de un farol, alargadas las figuras sobre la pared y alcanzando hasta el techo del corredor, dió un grito espantada...

Se desprendió rápida Conchita...

—¿Qué te pasa? ¡Soy yo!

(Carrera se acercó lentamente) .

—¿Me ha tomado por bandolero?

Carmen turbada.

—No sé. Estaba encandilada...

Conchita mimosa salió del mal paso, segura de que la impavidez mata la confusión... Miró a su amigo con candoroso fingimiento.

—Se ha figurado mi buena Carmen, que Ud. era el Arcángel San Miguel, aplastando al dragón infernal... y se apuntó a sí misma. Siempre te ha asustado, hermana, el Maldito tan feo que lancea el Arcángel en la imagen del altar.

Y volviéndose a Carrera con diablesca comicidad:

—Por algo, Excelencia, le pusieron en la pila bautismal nombre de combatiente... ¡Asusta hasta a la gente de paz!

En verdad, Carmen no había visto dos figuras humanas entrelazadas, sino una gigantesca sombra ancha y pavorosamente alargada sobre la pared, a que su espíritu acongojado diera esa noche terrible aspecto de aparición...

Conchita se hizo humo y Carmen entró a la sala en cuchicheos con el Capitán General—inocente pareja, aniquiladora de sospechas...

Todo había terminado. La sala mortuoria abrió sus ventanas al aire vivo y perfumado de la montaña.

El cortejo bajó a la villa.

Alba miró alejarse el fúnebre acompañamiento, que se empeñecía más y más en la distancia.

La casa estaba vacía, cuando volvió a ella. Y la soledad la oprimió en infinita desolación.

Ahora sabía por vez primera, que Beatriz llenaba todo en torno suyo. Su presencia, era fuerza y certidumbre...

Se recogió a su alcoba y a su lecho.

Por lo menos allí se hallaba consigo mismo y con su madre; íntimamente unida a ella en la reconditez de su alma secreta—zona inaccesible a todos los otros.

Nadie las separaría nunca, dentro de esa raigambre espiritual de donde emergieran sus almas a la conciencia terrestre.

El lecho que recluye el cuerpo, en reducido espacio, ayudaba a esta dulce concentración.

No quería derramarse afuera, temiendo que se le diluyera el sentimiento de Beatriz viva, ahora que hasta su rostro físico se le borrara de la memoria.

Quería evocarla y no la veía... pero algo más hondo, cierta

substancia espiritual intangible y fuerte se acrecentaba dentro de Alba, en la misma proporción en que se le escapaba la figura humana de su madre.

.....

... Le golpearon suavemente la puerta, y entró grave don Pascual...

—Me he quedado, hija mía, porque debo hablarte a solas. Te traigo la revelación que tu madre me confió, para que te la transmitiera.

Un frío mortal corrió por las venas de Alba.

El monstruo presentido tomaba cuerpo en la voz del Canónigo y la iba a devorar... Se armó para resistir... Y miró al sacerdote en desafío. ¿Qué le iba a comunicar, que no supiera ya, por otros secretos toques de reconocida elocuencia, en la pared de su corazón?...

Aguardó la desgracia, erguida en el lecho, sentada al centro...

Se apoyó en las manos afirmadas al colchón, con los brazos tensos, la cabeza ligeramente echada atrás, sobre la balaustrada de oro...

—Es íntimo y doloroso lo que voy a decirte...

—Continúe Ud.—dijo ella, algo trémula.—Estoy preparada para lo peor...

Y una sombra veló el esplendor de su mirada virginal.

—He recibido la confesión de tu madre y debo transmitirte su secreto y su voluntad...

Silencio pesado.

—¡No puedes contraer nupcias con el hombre que quieres!...

Alba palideció hasta devenir marmórea...

Se le dilataron las pupilas diáfanas y retrocedió la mirada

hipnótica, clavada en un punto invisible a confín nefando... Don Pascual temió que se pusiera mala y calló...

—Siga Ud... —dijo con voz débil.—Tengo fuerzas para todo.

—Tu madre no ha sido llevada en esto por vano orgullo ni por capricho.

—Demás está decirlo—se afirmó en su voz clara...

—Hay un obstáculo de conciencia... insuperable... ¡Necesitaríais vosotros nacer de nuevo!

—¡Diga la palabra, que yo la oiga!—Retó a duelo al Canónigo con entereza grande.

—*¡Sois hermanos!*

—Ahora calle, Ud., don Pascual, no diga más... Déjeme sola...

El Canónigo levantó en alto las manos exangües y apergaminadas.

Resígnate a los inescrutables juicios de Dios...

Y tomaba al cielo por testigo, de que esos juicios escapan a nuestras más temerarias previsiones humanas.

Alba se embutió el rostro entre las manos y no oyó más...

—¡Yo lo sabía, pobre de mí, y me negaba a entenderlo!...

Cuántas veces leyó el secreto de Beatriz en la sombra de sus ojos, lo sintió en sus caricias, lo escuchó en sus silencios...

Compadecía tanto a Pablo, que se olvidaba de sí misma. No tendría fuerza para resistir el choque.

La atormentaba el temor de que la revelación empañase el recuerdo de Beatriz, en el corazón del joven... A no dudarlo, ¡eran hermanos de vientre!...

Pablo se hallaba tan lejos de la verdad, que no se sentía capaz ni creía prudente revelársela entera.

Que el silencio cayera en la parte más dolorosa... ¡Su madre!

De eso, tomaría Pablo lo que le fuese posible soportar. ¡Nada más!

No podía destruir a la madre de ambos, ni mancillarla en el alma del huérfano...

Dentro de los prejuicios masculinos, más fuertes por razón de sexo, una mujer debe mantenerse pura, inmarcesible, para que no se desgarré el ideal mismo, que sostiene la vida en su fuente... para ella, Alba. ¡No!...

Su madre era la misma, la amaba más porque había sufrido tanto! Le era más sagrada que antes, porque sabía ahora que cruzó la tormenta, cayó... miró el fondo del abismo y se irguió en alto sin que le manchase el lodo sus albas vestiduras.

.....

Lo esperó en la sala donde estaban siempre los tres juntos, en la noche...

Sin poderse lo explicar, Pablo sentía el aleteo de la fatalidad en torno suyo.

La desgracia, que, según el mundo, debía precipitar el matrimonio, era lápida de piedra que sellaría su amor...

Se abrazaron en un torrente de lágrimas... Permanecieron largo tiempo ahogados de emoción, dejando escapar sus sollozos en la penumbra de la alcoba.

El dolor había marchitado a Alba—lirio mustio, se inclinaba suavemente sobre el dosel de la silla...

Ni quejas, ni protestas de amor. Silencio ardiente, cruzado de fatídicas claridades relampagueantes.

—¡Más unidos que nunca! No puedo separarte ahora de tu madre...—Antes éramos tres, ¡ahora uno sólo!...

Calló...

—Somos ya para siempre tres, y nadie nos separará ya más. Sea el consuelo de nuestro alejamiento doloroso...

—¿Alejamiento?

—Alejamiento, no!, separación humana. Estamos unidos en raigambre de vida...

Pablo sintió que se le desplomaban los muros del cuarto encima...

—¿Separación has dicho...? Explicáte...

—Sí, a lo que se da, por lo menos, ese nombre en este mundo...

Tartamudeó el muchacho sílabas ininteligibles... se le hinchó la vena en la frente, como si le fuese a estallar...

Veía turbio.

Desde el momento del ataque de Beatriz, levantaba sin cesar dique a sus presentimientos.

Oponía pequeñas razones a la gran sin razón de su pavor... que lo arrastraba en olas encrespadas de mar embravecido...

Se dijo primero que Beatriz, en un orgullo racial de que era inconsciente, se había rebelado ante la perspectiva de que su hija se aliase a un hombre sin tradición ni vínculos en la ciudad... y hasta ante el temor del forastero, que la alejaría de su lado...

Mientras más se razonaba a sí mismo, en lógica de apretados eslabones de hierro, un pavor creciente le sobrecogía, mordiéndole el alma...

Sospechó aún que Beatriz hubiera sabido de improviso, que era hijo sin madre conocida... Y su terror aumentó...

Vino la muerte con su majestad muda... y debieron caer estrepitosamente todas las convenciones humanas y erguirse, cual columnas del templo inmortal, esas fuerzas vitales, que son el Dolor y el Amor... ¿Qué podría resistir a ellas?

Al volver a aproximarse a Alba, casi había alcanzado una relativa serenidad...

Aún cuando ella se creyera el origen inmediato del ataque que fulminó a Beatriz y se aturdiera un instante, la nueva luz se encendería ahora en su corazón, nutrida por ese mismo dolor y amor, que destruye en su hoguera voraz los deleznales prejuicios mundanos...

Sin embargo, la quietud de Pablo, alcanzada por sus razonamientos, era apenas la tabla frágil que lo sostenía a flote sobre una inmensidad movible y procelosa... Bajo sus pensamientos débilmente apoyados por endeble razones, se escuchaban sordos rugidos de tempestad...

A las primeras palabras de Alba, el derrumbe se había producido, casi por sólo la magia de su voz, completo, fatal... irremediable. Crujió todo el andamiaje de sus buenas razones y se halló caído en un piélago...

... —¿Qué, qué, sabes?...

—¡Todo!

—¡Dímelo de una vez!...

—Estaremos siempre unidos de alma... y ¡nada más!—Le tembló la voz de ángel.

El muchacho se echó a sus pies, le tomó las manos ardientes y crispada y se las oprimió con loca desesperación.

Ella se les estrechó en apretado nudo... Los gemidos de Pablo y los sollozos de Alba llenaban la estancia... Apenas recobrado el muchacho de la tremenda sacudida, interrogó nuevamente.

—Explica, explícame...

—Que Dios y ella te ayuden...

Y sus ojos enigmáticos, tiernos, terminaron la confidencia cruel...

—¡Tenemos la misma sangre!

... Los ojos del muchacho retrocedieron enajenados...

... Pasándole dulcemente los dedos por el cabello crispado y amasado en sudor frío... —¡Tan cerca y tan lejos!—murmuró la niña como un eco...

Tuvo el joven un arrebato horrible; cruzaba la estancia enloquecido, maldiciéndose a sí mismo... Iba de un lado a otro, como demente. Se dió con la cabeza en el muro repetidas veces... ¡Imposible!

Trataba ella de calmarlo con su luminoso silencio sedante y con sus manos tan tiernamente piadosas...

Curaba su tormento emponzoñado, con bálsamo de suaves caricias.

Se echó ahora Pablo de bruces sobre el diván, sollozando... Ella le oprimía la frente con la palma de su mano y le pasaba por el cabello sus finos dedos de lirio...

Desmayó la luz en la estancia.

... Ella seguía hablándole como una madrecita a su niño enfermo.

—¡No blasfemes, creatura! ¡Tenemos el Amor! ¡Nada se ha perdido!... ¿... Importa, acaso, que la vida nos distancie y que el mundo nos aleje? ¡Nada! Tú crees en mí, yo confío en ti. Somos los mismos. Ella desde allá nos protege.

Casi no daba fe a sus propias palabras, las mismas de *antes*, cuando era feliz, pero las pronunciaba con fervor, como un talismán de conjuración al Dolor, oponiendo su fe invencible al caos.

Hablaba como una sonámbula. Temía ya que el amor a distancia, en la obscuridad de la lejanía no pudiese sostenerla... pero era menester consolar, proteger, endosar a viva fuerza el salvavida de una última ilusión, al naufrago...

—¡Quiero acabar conmigo! ¡No puedo mas! ¡Soy la fatalidad de tu vida!...

Los sollozos le entrecortaban la voz...

—¿Por qué vine?

Se tiraba con furia el cabello.

—Pues yo continuaré bendiciendo el cruce de nuestros caminos... Nos hemos hallado... ¡y nos pertenecemos para siempre!

—¡Ah, no, tú debes buscar la felicidad... y yo desaparecer! Sí, desaparecer... hundirme en la nada y ¡malditos sean los que me trajeron a la vida!...

La única promesa que pudo arrancarle, en el momento de la cruel despedida, fué:

—¿Llevarás siempre contigo la Cruz?

Pablo lo prometió inclinando la cabeza, con los ojos cerrados, entre sollozos...

—Pásamela—dijo ella, con firmeza.

La cogió de manos de Pablo... A la luz del cirio contempló por última vez, la crucecita de oro pálido y ya tan gastada, brillante aún en el pulimento de un roce continuo... ¿de cuántas agonías fué la herencia postrera?... ¿de cuántos juramentos el testimonio sagrado?

Cuatro perlas, como cuatro lágrimas estancadas, terminaban las puntas. La oprimió, la besó y devolvió a Pablo... Sería el talismán... el viático en la ausencia...

En seguida extendió al joven su medalla sin sacarse la cadena que le rodeaba el cuello... La interpuso entre sus mutuos labios trémulos, y oprimió largamente la plaquita de oro... muro y canal... revelación fulminante y promesa de más allá...

.....

Ella habría querido retener a Pablo junto a sí... consolarlo, con ternura fraternal, dejar que el tiempo, al correr en doliente pausa, vertiera su bálsamo de cicatrización.

Nada logró...

El muchacho, desesperado, se fué...

Iba a vagar por el mundo y a sembrar su pena por todas las rutas que le abriera el destino...

Cuando el ruido del coche se alejó... más y más hasta perderse, ella cogió, con mano trémula, la medallita... ¡No le quedaba más que esa prenda en la tierra!

.....

A la partida de Pablo, siguieron horas de abismática infinitud, en que su Fe fuera de dogmas—grande como la vida espiritual—vaciló y se desplomó sacudida por el cataclismo, hasta hundirse en infinito vacío. ¡No hay nada, ni nunca hubo nada!... La Vida, una sombra engañosa... La Muerte, eterna realidad, de cuyo seno nadie responde a la angustia del que queda!...

El Universo se presenta cual fantasmagoría hueca...

Cenagosa ola negra rompió de improviso, en el alma de la niña, todos los pretiles defensivos que levantara desde siempre, entre su conciencia y las crudas verdades circundantes, anegándola en su espesa amargura.

APARICION

Aiba quedó sola.

El vasto silencio de aquella noche fué pavoroso. Temblaba el espacio en inmensa vibración estelar.

Los ruidos de la tierra habían enmudecido. Las aguas mismas detuvieron su curso. Las compuertas del estanque grande se bajaron y la cristalina orquesta calló.

Ni grillos siquiera ponían su armonioso rumor metálico—coral de plata—en la sonora sinfonía del sitio.

El silencio se dilataba extático en el seno de la noche callada... Los perfumes hacían orquesta muda de suaves fragancias, cargando de penetrantes esencias el aire...

Alba había tocado, en las eternas horas de ese día, la cima del dolor...

Culminó en angustia y desolación.

Miró en torno suyo y no vió más que sendas vacías que no llevaban a ninguna parte...

Superficie melancólica de océano, que se cierra para siempre, cual lápida de acero, después que se ha tragado el barco de Ilusión y su poderoso velamen de ensueño...

Eso era ella, el último sobreviviente de la catástrofe... Ven-

drá con la nueva aurora la calma que al fin traen los días iguales, y todas las auroras retornarán ¡sin devolverle nunca nada!

El hombre, más en armonía con su propio plano—el mundo físico—se consuela mejor... halla margen a sus actividades.

Se le abren caminos inesperados. Tiene la ambición y la voluptuosidad—impetuosas fuerzas de arrastre en el mismo caos.

La mujer, nada.

Así lo sentía Alba aquella noche.

¡Su dolor era sin consuelo y sin esperanza!

La religión no respondía a las grandes interrogaciones del alma. ¿Por qué? y ¿para qué?

Cielo pueril, infierno inverosímil, purgatorio espantoso . . .
Misterio y siempre misterio . . .

El alma humana sacada de su marco—la vida—queda suspendida sobre enigmas indescifrables . . .

Absurdo el amor por falta de continuidad y ubicación superior, fragmentaria e ilógica la verdad enseñada, sin eco de respuesta el infinito . . .

... Somos navegantes sin brújula, peregrinos sin santuario de finalidad, magos sin estrella . . . ¡Y nada más!

Invadía el alma de la creatura, una densa sombra . . . en desconsuelo profundo.

No creía ya en nada . . .

Esa soberana ley de compensación que le mostraba el Universo, trasminado de amor y compenetrado de inmanente justicia, se había dislocado quebrándose en un instante . . .

Estupenda y complicada máquina armada en su poderosa imaginación, saltaba en pedazos al primer choque con la ruda realidad . . .

Beatriz había encerrado en su ataúd, su Fe y su Esperanza, dejándole su Amor destrozado y sangrante . . . Le quedaba eso,

su Amor... Cruzó ferviente las manos sobre el pecho y oprimió la medallita de su desgracia...

Había trocado el Crucifijo por la Anunciación... Dolor por Luz—y el Dolor apagó toda la Luz en su alma.

Tiniebla caótica de fin de mundo, muerte de todos los dioses...

La oprimió contra su pecho exahusto... Sí, eso le quedaba... Amor y Dolor.

Se envolvería en ellos como en una coraza y viviría en la obscuridad de su noche eterna.

Besó con ardor ferviente la pequeña medalla... La imagen de la divina Madre, con el roce de humana miseria, había borrado su rostro.

Quedaba aún intacta la figurita en su tierna sumisión al mandato divino, pero venía a ella de incógnito en su sometimiento al misterio.

Hasta su dolor era anónimo. Escondía el rostro.

Luego sintió que por algo que entra en los planes superiores la Virgen anunciada, había pasado de las manos de Pablo a las suyas... ¡Cuánta luz necesitaba en este caos!...

La oprimía la estancia cerrada... Era ya la media noche... Quiso salir afuera, llevada por un impulso irresistible... Nunca temió nada de la soledad...

Munida de una lamparita de aceite para dirigirse por la escalera, entró al parque tan solemnemente mudo y vacío... La sobrecogió el augusto silencio producido por las aguas detenidas en la violencia de su carrera loca...

Todo parecía muerto en redor. Sólo los perfumes intensificados hasta producir ebriedad, cantaban en silentes voces, armonías indescifradas por los hombres...

Sintió la niña que la vasta soledad era piadosa a su dolor...

Creyó aún que el alma de Beatriz estaba difundida en su mansión.

No era ya su madre reclusa, como en vida, entre los muros de su estrecha alcoba.

Expandida en el aire, vibrante en los perfumes, la acariciaba por dentro ahora y le hablaba más quedo, pero más hondo que nunca! ¡Su voz era triunfal!

... Caminaba sola esa noche por el parque desierto. Anduvo cual sonámbula arrastrada por subyugante fuerza, hasta la península, donde acostumbraba permanecer con su madre, durante largos y gloriosos días estivales.

Las estrellas daban suficiente penumbra, para distinguir los contornos de las cosas...

La superficie del lago remedaba en su quietud una inmensa lápida grisácea brillantada en tonos acerados.

Las aguas doblaban la lumbre pálida del firmamento invertido.

Sólo una gotita resbalando tímida del surtidor, añoraba en la fuente, melancólica cadencia sutil...

Tan leve cristalina y alucinante era su vocecita humilde, que Alba se volvió azorada de ese lado... ¿De dónde venía el requiebro?...

Sus lágrimas caían en dulce remedo a la gotita de agua que lloraba quedo en la pila. Su llanto había perdido la amargura de potente rebelión... Era el desmayo de un desaliento infinito. Estaba anonadada.

Hasta el cadáver de su madre le pareció vacío cuando lo contempló por última vez...

No siguió Alba ni siquiera las preces, que se elevaban incessantes en la sala mortuoria...

En una sola frase del Pater Noster entraba su corazón...
"Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo..."

La atmósfera al redor de la niña tenía algo mágico... Se aspiraba en el aire quieto, el conjuro de un milagro...

Vaga nebulosidad, se condensa súbitamente... El vaho del agua toma espesura y contornos. La materia fluídica se transforma. Alba tenía el rostro cubierto con las manos y sollozaba en convulsiones bruscas.

Una fuerza extraña le hizo despegarse las manos de la cara y le inclinó la cabeza hacia el surtidor. Resistió y se tapó con más fuerza el rostro.

Por segunda vez el fenómeno se produjo con mayor violencia.

... —¡Falta que tenga ahora un ataque!,—pensó con espanto... recordando a esas personas que pierden el conocimiento en las penas y caen en poder de fuerzas misteriosas...

Por tercera vez una energía irresistible le coge el rostro, se lo tuerce y le desprende las manos con que se defiende desesperadamente... y ve o no ve entonces una gran luz que la hiere...

Visión o sensación, tampoco lo percibe en la rapidez fulminante de un resplandor que la deslumbra con luz sobrenatural.

Sólo percibe el brillo de una visión que haría opaca y sin consistencia toda humana realidad.

Es su madre viva, gloriosa, radiante, que en premura de relámpago la acaricia...

No hay palabras, sino íntima persuasión, certidumbre de eterna continuidad, vida infinita de que es vana sombra la carne humana...

"Amor recomienza mañana".

Sólo ese sentimiento retiene la niña y su dolor se convierte en gozo...

Le sonrío Beatriz con divina sonrisa. Sus cabellos brillan. La blancura resplandeciente de la aparición alumbra la oscuridad de la noche con irradiación ambarina... El rostro del ánima fulgura como antorcha... Mira a la hija con pasión triunfante, ya muy alejada de terrestres limitaciones...

... A fuego se esculpe en el corazón de Alba una voz musical, misteriosamente distante, que le canta:

... "AMOR RECOMIENZA MAÑANA" ...
¡MAÑANA!

... En lo más hondo de la clara noche otoñal, el embozado que estaba clavado a la reja, en la calle solitaria, tuvo un estremecimiento.

La campana de los Ermitaños de San Agustín daba las cinco. En breve rayaría gélida la aurora.

Tras el embrujo de las rejas maceraba su bello rostro quemado en lágrimas candentes cierta dama principal...

Era el año de gracia de 1813, a la madrugada del primer día de Abril.

Desde largo tiempo ella temía la fatalidad de ese año en cifra "trece", que su intuición sorprendiera ingrato a Amor...

Transcurrían las incontadas y delirantes horas pasionales. La creciente angustia femenina evocaba el porvenir de ese hombre que partía a guerrear—hostia sangrienta de injusticia y enconadas pasiones viles...

... Era grande en demasía para la tierra virgen en que le tocara nacer y las fuerzas ocultas—invisibles tejedoras de humanos destinos habían de inmolarlo en holocausto vivo sobre el altar de América domada...

Vió abrirse el arcano oscuro por la desgarradura que en su corazón hendiera la partida.

A través de los calados hierros el postrer beso tremante de pasión y furioso de rebeldía, se apesadumbró en dolor grande y trascendente como un símbolo.

Sintió en ese instante, aunque ignorándolo de humana verdad, al Capitán de milagrosa flota, dictador en Buenos Aires, vencedor de la Pampa, rey del desierto e ídolo de los bárbaros...

En el beso rasgado por matinal esquila estaba ya incluida en espiritual milagro de tiempo, la celada del Médano, que arrojaría al caudillo cual víctima indefensa a las furias enemigas...

Al alejarse el embozado del alféizar, tomó la calzada rumbo a Oriente con el pecho alto, noble el ademán, serena la frente y el hondo pisar de moceriles rondas pretéritas...

Temblaba el primer albor de luz en la cumbre de la alta cordillera fantasmal.

Iba con paso firme hacia la vida cruel inmensa y traidora, a cuyo término lo aguardaba como a vulgar ajusticiado un patíbulo infame...

Llegaría así mismo, noblemente erguido, impávido y heroico... desafiando a la muerte con los ojos sin venda y la mano puesta sobre el corazón, en homenaje al Juez Soberano, de una existencia sin mácula, pura de sangre inocente, vivida en amor y en perdón...

Miró esta mañana el Andes que lo acechaba en el esplendor de la alborada, como lo miraría al darle el adiós supremo frente a frente también en la otra banda, con sus picachos coronados con las últimas nieves de un Septiembre glorioso...

La Cordillera se alzaba en formidable barrera, dando significación a los recios caracteres que forjaría la ciudad, de que eran remedo castellanos mojinetes.

Maldijo el embozado las rudas limitaciones y defensas que

Naturaleza y sociedad oponían de consuno, para tentar su apasionada violencia, templando su alma de héroe.

.....

Durante esa noche había bebido con anticipo la dama en su boca plena de juvenil frescor, la crueldad del injusto destierro y el heroísmo silencioso de la víctima...

Amor y dolor gemelos, diéronle entre rejas, viático para la vida larga, en cálida miel de besos.

... Al desplomarse en su lecho a la aurora naciente, con el canto del primer gallo—anunciador de humana traición a lo divino—ya sabía la creatura frágil que, por bien o por mal, para gloria o para infierno, su carne breve y su almita vieja, estaban amasadas al Genio de la Raza, al Héroe y al Mártir de su Tierra Moza!...

CUANDO MI TIERRA NACIO...

... El sol cayó a plomo sobre la Plaza Mayor. Era la hora meridiana. Las milicias batieron redobles de tambores.

Revuelo de entusiasmo sacude el populacho. Efervescente ebriedad bulle en la tropa bisoña, que va a pelear.

... Parte el Ejército en masa al encuentro de las tropas invasoras desembarcadas al Sur del territorio.

Grupos de pueblo se condensan por todos lados. Flamea la bandera tricolor al aire frío del invierno en marcha.

Asoman racimos de cabezas humanas por los tendales. En las arquerías de Sierra Bella aparecen damas tocadas de vaporosas mantillas y señorones envueltos en ruedudas capas.

Formado y desplegado el brillante cuadro de los regimientos ante la Catedral, los tendales, la cárcel y las arquerías, entró bizarro un jinete al centro de la Plaza, montado en brioso caballo alazán, con uniforme verde galoneado de oro... Es el Brigadier Carrera, general en jefe del Ejército Libertador.

Idolo del pueblo, cuya conciencia dormida ha despertado en inflamadas arengas, encarna el terror de los pelucones blasonados en escudos y rancios pergaminos castellanos, que presienten

en este gran aristócrata de la sangre, el genio y la bravura, al fundador de la raza chilena.

Concentró el joven militar en su donairoso figura todas las miradas, con igual ímpetu que su capingo de húsar, arrastrara femeninas voluntades.

Era un decir poblano, que el más encarnizado enemigo no logró nunca substraerse a la fuerza de aquella seducción, que si envolvía a mujeres, también quebraba el tozudo empaque de los señorones.

Mago del alma sabía tocar los registros espirituales hasta hallar la tecla sonora en cada ser.

Sus arengas en calles y cuarteles ejercieron una acción fulminante sobre el pueblo.

... Hizo caracolear con leve impulso de la brida, el encabritado corcel, en audaz pirueta al centro de las tropas y luego lo clavó en seco sobre las patas traseras, con gesto de altiva arrogancia.

Su serena mirada recorre el amplio cuadrado de la Plaza Mayor, rebotante de pueblo que las milicias pintan de vivos tonos.

Erguido sobre su montura, cobra esbeltez y grandeza de personaje legendario.

Tintinearón las espuelas y saludó con la espada desenvainada, a un punto misterioso, en que asomaba, por entre el denso agrupamiento de cabezas, peina de calada mantilla...

... Cuatro invisibles puñales se cruzaron en el aire estremecido por corriente de fuego...

Transfigurado de súbito su rostro irradió luz, por reflejo de la gloria que un siglo más tarde había de nimbarlo: luz velada sólo para los espectadores de ese día, vasos de carne, viajeros de una jornada—para quienes se oculta la esencia de vida, que acumula Dios en infinito presente.

Electrizado el general, describió un círculo relampagueante,

con el acero toledano que empuñaba, y paseó su mirada soberbiamente dominadora sobre la muchedumbre.

No era en ese momento el Brigadier Carrera, primer Director Supremo, legislador constitucional y creador de la fuerza armada, sino el monumento ecuestre, que la Humanidad futura levantaba a la gloria de una República en ciernes, por el ansia de libertad continental encendida en el pecho de su más elevado caudillo.

... Gran silencio colma la plaza con el bullir de invisibles presencia y de fuerzas secularmente dormidas, que se yerguen potentes.

Un mundo iba a nacer, y en torno de la fuente bautismal, que era el pilón de piedra antañoso, madrinas congregadas desde el fondo eternidad venían con sus dones, a verter el cántaro de agua lustral.

El general habló con voz sonora y armoniosa:

"La gloria toca a nuestras puertas. Soldados que entráis a la Legión Inmortal, honrad a los pueblos más grandes de la antigüedad: Esparta y Roma, templando vuestro coraje ante los trescientos héroes que detuvieron en las Termópilas a un ejército entero, y de los pocos bravos que al defender el Capitolio, hicieron a Roma soberana.

"¡El heroísmo vence a la fuerza, jóvenes patriotas! Miles de combatientes os aguardan a orillas del Maule. El tirano español pretende uncirnos a su odioso yugo. Nos suponía divididos, pobres y desarmados, pero esa Bandera que se bate al aire libre, es la voz del conjuro, con que el pueblo chileno se ha alzado de secular abatimiento.

"El majestuoso cuadro de esta plaza que os reúne, enarbola hoy el pabellón de la Libertad americana."

... La magia de su palabra transforma los hechos, convirtiéndolos en fulgurantes visiones...

Sus ojos poderosamente escrutadores se imponen con fuerza singular.

Crepitan sus palabras en chispas ardientes, y su voz toma sonoridad metálica de trompeta guerrera.

"... Desprendeos nobles patriotas de riquezas superfluas, inventadas por ocioso lujo de Corte menguada. Nada valen metales encerrados en arcas sin honra nacional.

"Gastad vuestros caudales patricios chilenos comprando libertad, que hasta el poder del oro se anula en esclavitud."

Su vista se clava ahora con magnética fijeza en los portales de Sierra Bella.

"Destruid vanos prejuicios, que originan absurdas sumisiones.

"Abatid rejas aprisionadoras de almas y corazones. Trocad escudos de piedra heredados, en blasones de bravura y de honor adquiridos."

... Tan viva es la persuasión de su elocuencia, que las damas querrían tirar sus joyas a los pies del caballo alazán. El oro perfumado de los álamos abribeños ponía rumorosa palpación al centro de la Plaza.

... "Me habéis hecho un crimen de loca prodigalidad, en preparar estas milicias que van ahora a salvarnos de enemiga invasión."

Les tiró a la cara el reproche, como un dardo y volviendo la triunfante mirada hacia las tropas:

"Escribid, soldados, en la primera página de la Historia, rasgos dignos de la noble tierra de Arauco..."

"Firmad con vuestra sangre en el rudo suelo de esta tierra que nace, el heroísmo de la raza nueva.

"Probad con denuedo y pujanza que merecéis la libertad.

"Coged todas las sendas que conducen a la gloria... Id a redimir la esclavitud de América, supliendo con bravura la es-

trechez del suelo, ya que por sugerente designio, la Providencia flanqueó a Chile de gigantesco muro...

"Bauticemos nuestra tierra recién nacida a sangre de héroes—agua de purificación.—Id, jóvenes... La América encadenada y de pie os contempla!"

... El entusiasmo raya en delirio... Suspendidas de sus labios vibran miles de almas, sintiendo la embriaguez del triunfo, la gloria de la libertad!

... "Grande es la conmoción que sacude este suelo... Mía es la responsabilidad que contraigo ante América, porque mía es la obra. Mi sacrificio responde de esta contienda, en que invito a todos los pueblos del continente para retar en duelo común al tirano español.

"La huella de nuestros pies o el peso de nuestros cadáveres han de marcar los campos y los caminos de Chile... Quedará hecha en hazañas, la geografía de la historia.

"Todo lo que mi brazo ha desplomado con estrépito se ha reconstruído con ventaja. Rotas quedan las opresoras leyes de Indias, y dictada nuestra propia Constitución. El pueblo amordazado en oprobiosa mudez levanta hoy su voz y expresa sus anhelos.

"La frente del esclavo se ha alzado recobrando sus derechos de ciudadano en la patria libre.

"Mi ansia es que estas tierras de América no tengan nombre ni derechos propios, para que una sola alma anime el continente redimido. Nuestra causa—la causa de la libertad—no reconoce fronteras. Es la causa sagrada del alma humana, libre por derecho divino que no puede crecer encadenada!

"Mi querella es la querella continental de la América contra la tiranía...

"Querella ardiente del corazón que se azota contra las rejas

coloniales, del alma nueva errante y prófuga que rechazan los portones claveteados.”

Ráfaga de aire vivo, sacude recio el alamar, cubriendo de doradas láminas albrilante Caudillo—cual si manos invisibles le arrojasen laureles de lo alto.

... Natura se asocia a la culminación de la Hora Plena...

“Es guerra sin cuartel al orgullo de sangre, cuando impera sin mérito personal.

“Lucha sin tregua para derribar castas esclavizadoras del Espíritu, por la vil materia.

“Guerra, ¡sí!, a sangre y fuego, de la verdad contra el error, de la justicia del honor y del heroísmo, para sacudir vergüenzas, crueldades y vilezas...

“Esa es la causa que voy a defender con vosotros, jóvenes soldados, de la tierra nueva, en el extremo del Mundo.

“Pagaremos cara nuestra lid, porque mucho cuesta, lo que mucho encierra...

“Este soplo fugaz que se llama “Vida”, vale sólo ante la Verdad, la Justicia y el Amor—principios eternos, arquitectos del mundo, que los hombres venimos a servir por ocultos designios en años breves...

“Mi causa es la causa eterna del alma nueva que se debate trémula y recién nacida en la tierra virgen de América...”

Describió el general en jefe un amplio y fulgurante círculo con la espada desnuda, apuntando el cielo azul de la hora de gracia, en que el alma de la Patria fué concebida.

Picó espuelas al redoble de todos los tambores, batiendo bulliciosas generalas.

... Vibraron sonoros repiques en los altos campanarios y desplegados en escuadrillas los batallones, a lo largo de la calle del Rey, emprendieron marcha, en acompasadas ringleras.

Iba al frente del brillante desfile sobre el fogoso alazán de ondeante cola y estremecidas crines—guapo jinete: el Brigadier Carrera.

Sus ojos se escurren veloces hacia enrejada ventana en la esquina de Chirimoyo.

Ante la ventana cerrada se entenebrecen los ojos furtivamente clavados en sus hierros.

Avanza Abril sigiloso y deslumbrante. Su vital aliento en desmayo aroma el aire.

En la cañada de San Francisco, la dilatada Alameda, abre su avenida gigantesca.

La sonoridad de áureas hojas, lanzadas al azar de los vientos, en cascadas de oro reluciente, otorgan gracia, color y música a la estación muribunda.

Solemnes eremitas en procesión—los álamos—murmuran confusas preces en sus altas copas... Una inmensa oración rumorosa se eleva entre frondas palpitanes... Agonizan candelas al pie de antigua cruz.

En largos días perezosos, el viento ha sacudido la Alameda cubriendo el suelo de un denso y sonoro tapiz dorado, que cruje bajo los cascos del alazán!

Es llamarada el caballo y electricidad el caballero que, espada en alto, saluda galante a las damas inclinadas sobre balcones volados, agitando albos pañuelos de encajes...

Ventana cerrada.

Fin de estación.

Hojas muertas.

Velas que extingue el viento otoñal.

Cruz de piedra en abiertos brazos impasibles, ante candelas agonizantes...

Separación. Peligro. Enigma.

Corriente de hielo atraviesa el corazón angustiado del General en Jefe.

Un pavoroso "DESCONOCIDO" penetra por secreta puerta a su vida...

CUANDO MI TIERRA NACIO,
ERA EL ATARDECER.

*En ofrenda fervorosa al Brigadier
Carrera, alumbra esta postrer can-
dela sobre el altar de Santa Colonia.*

La Mujer Chilena.